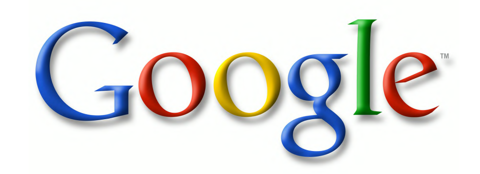




Harvard.
[illegible]
Doc File

Harvard
Ave
300 6th

EPISODIOS NACIONALES

LA SEGUNDA CASACA

1MPR1 /

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

LA SEGUNDA CASACA

(Continuacion y fin de las Memorias de un Cortesano de 1815.)

MADRID

1876

IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA PEREZ

Corredera Baja de S. Pablo, 27.

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

TOMOS PUBLICADOS.

PRIMERA SERIE.

I.—**Trafalgar** (2.ª edicion).
II.—**La córte de Cárlos IV** (2.ª edicion).
III.—**El 19 de Marzo y el 2 de Mayo** (2.ª edicion)
IV.—**Bailén** (2.ª edicion).
V.—**Napoleon en Chamartin.**
VI.—**Zaragoza.**
VII.—**Gerona.**
VIII.—**Cádiz.**
IX.—**Juan Martin el Empecinado.**
X.—**La batalla de los Arapiles.**

SEGUNDA SERIE.

I.—**El equipaje del Rey José.**
II.—**Memorias de un cortesano de 1815.**
III.—**La segunda casaca.**

SE PUBLICARÁN SUCESIVAMENTE

IV.—**El Grande Oriente.**
V.—**7 de Julio.**
VI.—**Los cien mil hijos de San Luis.**
VII.—**El terror de 1824.**
VIII.—**Un voluntario realista.**
IX.—**Los Apostólicos.**
X.—**Un faccioso más y algunos frailes ménos.**

8 REALES TOMO EN TODA ESPAÑA.

Administracion, Barco, 2, Madrid.

LA SEGUNDA CASACA

(Continuacion y fin de las Memorias de un Cortesano de 1815.)

I

¡Qué infames eran los liberales de mi tiempo! En vez de conformarse á vivir pacífica y dulcemente gobernados por el paternal absolutismo que habíamos establecido, no cesaban en sus maquinaciones y viles proyectos para derrocar las sábias leyes con que diariamente se atendia al sosiego del Reino, y hundir á todos los hombres eminentes que describí en la primera parte de mis *Memorias*.

¡Miserables bullangueros! ¿Qué volcan os escupió de su pecho sulfúreo, qué infierno os vomitó, qué hidra venenosa os llevó en sus entrañas? No os contentábais con aullar en los presidios, clamando contra nosotros y contra la augusta magestad soberana del mejor de los reyes, sino que tambien ¡oh vileza! agitásteis con

nefandas conspiraciones la Península toda, amenazándonos con un nuevo triunfo de la aborrecida revolucion. Despues de insultarnos á todos los que componíamos aquel admirable conjunto y oligarquia poderosa, para mangonear en lo pequeño y lo grande, con el Reino en un puño y el Trono en otro, os atrevísteis á conjuraros con militares descontentos y paisanos inquietos para cambiar el Gobierno. ¡Trece veces, trece veces alzó su horrible cabeza y clavó en nosotros sus sanguinolentos ojos el mónstruo de la revolucion! Trece veces temblaron nuestras pobres carnes, cubriéndose del sudor de la congoja y susto que tales tentativas de desórden nos producian. Así es que en medio de los beneficios y de la privanza y regalo en que vivíamos, se nos podia ahorcar con un cabello, y al despertar cada mañana, nos preguntábamos si habia llegado ya la hora de bajar del machito.

¡Trece veces, trece conspiraciones! Al ver tal insistencia y la endemoniada tenacidad de aquella gente que al pié de los cadalsos donde espiraba una conjuracion, comenzaba á tender los hilos de otra nueva, cualquiera hubiera creido que el despotismo era la peor cosa del mundo y que el afligido Reino no se consideraba con vida hasta no sacudírselo de encima.

¡Embrollones, farsantes, que así desdoraban una institucion tan buena!

No quiero seguir adelante sin contar las abortadas conspiraciones que yo recuerdo.

1.ª Conspiracion para asesinar á Elío y á La Bisbal (1814).—Fué una intriga misteriosa que unos atribuyeron á los masones y otros á la córte.

2.ª Conspiracion de Cádiz (1814).—Tenia por objeto proclamar la Constitucion del 12 y restablecer en el trono á Cárlos IV, que en sus buenos tiempos habia dado pruebas de muy entendido en aquello del *reinar y no gobernar*.

3.ª Sublevacion de Mina en Navarra (1814). —Abortó á los pocos dias.

4.ª Conspiracion del *café de Levante* en Madrid (1815).—Andaban en esto varios afrancesados. Dejáronse cojer tontamente y casi todos fueron condenados á presidio.

5.ª Conspiracion de Porlier en la Coruña (1815).—Esto ya fué un poco más formal. Frustróse el plan y ahorcaron al *Marquesito*.

6.ª Conspiracion de Richard en Madrid (1815).—Fué misteriosa, grave, atrevida, y la condujeron con destreza sus autores, que eran lo más perdido de todo el Reino, un comisario de guerra y un sargento de marina, un soldado y un fraile, diversa gente, animada de bruta-

les deseos. Los angelitos querian asesinar al mejor de los reyes durante su paseo á las Ventas del Espíritu Santo ó en casa de Juana la Naranjera. La cabeza de Richard estuvo mucho tiempo clavada en un palo en la carretera de Aragon. Funcionó la horca, y algunos sufrieron un tormento muy simpático y persuasivo que se llamaba *los grillos á salto de trucha.*

7.ª Conspiracion del conde del Montijo en Granada (1816).—El *tio Pedro* del 19 de Marzo en Aranjuez, habia sido despues afrancesado en Bayona, agitador en Cádiz más tarde, y luego absolutista acérrimo en la Junta de Daroca. Hallándose de capitan general en Granada, dicen que preparó, ayudado del *Grande Oriente,* las sublevaciones militares que estallaron más tarde.

8.ª Gran conspiracion de Lacy en Cataluña (1817).—Compañías sublevadas, gritos, entusiasmo, soborno, audacia, traicion; y por fin mucha sangre y un bravo general arcabuceado en Mallorca.

9.ª Conspiracion de Torrijos en Alicante (1817).—Proyecto de alzamiento militar en varias plazas de Levante. La Inquisicion se encargó de castigar á los culpables; pero lo hizo tan mal que desde entonces se dijo: *inquisidores y masones todos son unos.*

10. Conspiracion de Polo en Madrid (1818). —Se dijo que Polo y sus amigos deseaban poner en el trono al venerable Cárlos IV. Envióse un emisario á Roma, y como el solitario Rey no tenia qué comer, no le pareció mal el proyecto. Militares muy altos anduvieron en estos enredos, pero descubierto todo, hubo muchas prisiones.....

11. Conspiracion de Vidal en Valencia (1819).—Trama espantosa contra el tirano Elío. Dios amparó á éste y Valencia presenció una horrible tragedia. La horca y los fusiles la desenlazaron entre lágrimas y crugido de dientes. En las cárceles no cabian los presos. Para desahogarlas, fusilaban. La tierra sedienta pedia sangre que beber. Cruzaba los aires pavoroso hálito de ódio. Oíanse pasos de gigante. Algo muy terrible se acercaba.

12. Conspiracion del conde de La Bisbal en el Palmar (1819).—Durante su vida política y militar, el conde encendió siempre una vela al santo y otra al demonio. En 1814, cuando se dirigia á felicitar al Rey por su vuelta, llevaba dos discursos escritos, uno en sentido liberal y otro en sentido absolutista, para espetarle aquel que mejor cuadrase á las circunstancias. En 1819, despues de merendar con los conspiradores de Cádiz y los oficiales del ejército ex-

pedicionario de América, los arrestó de súbito, haciendo una escena de farsa y bulla que le valió la gran cruz de Cárlos III. El ejército estaba furioso. Tenia la fiebre devoradora de la insurreccion. Desde Madrid oíamos su resoplido calenturiento y temblábamos. En las lógias no habia más que militares, infinitas hechuras de aquellos cinco años de guerra, los cuales habian de emplear en algo su bravura y sus sables. Todo indicaba tormenta. Cruzaban el negro cielo relámpagos de amenaza. Nos sentíamos en el cráter de la revolucion y nuestros piés se quemaban. Á cada bufido de la subterránea lava creíamos ver la erupcion.

13. Conspiracion de los provinciales en Galicia (1819).—Órdenes falsificadas pusieron sobre las armas las milicias gallegas. ¡Qué escándalo....! hasta las milicias gallegas....! Unos echaron la culpa á los empleados de la Inspeccion, otros á la capitanía general de Galicia. Ello es que hasta los escribientes se creian autorizados para hacer revoluciones. Cada oficina era un infierno, y un ordenanza habilidoso, falsificando un sello, ponia con el alma en un hilo al Trono y al Gobierno. ¡Qué país!

La 14 se verá más adelante.

II

¡Qué hombre tan completo era el señor D. Miguel de Baraona! Su gran patriotismo, su caballerosidad, su fervor religioso, su rectitud, su entereza, le hacian tan respetable, que era imposible oirle sin subordinarse con filial sumision á su voluntad y á su pensamiento. Merecia muy bien el remoquete de *Patriarca del Zadorra* y yo se lo daba con frecuencia, para tenerle contento y parecer amable ante él. Pues ¿y aquella energía moral que desplegaba á los setenta y tantos años, cuando no podia ni empuñar la espada, ni alzar la voz sin peligro de estar tosiendo tres horas? Su cuerpo caduco participaba tambien de aquel vigor nervioso, más semejante á los tempranos ardores de la juventud que á las voluntariedades caprichosas de los viejos, y siempre que se enfadaba ó se le contradecia, daba con la trémula mano tan fuertes bastonazos, que la casa se extremecia.

Otro más celoso por la causa del Rey y por la monarquía absoluta no nació de madre. En

su amor inmenso, en su fervor entusiasta y en su religiosa devocion por la pátria inmutable, no habia sutilezas, ni distingos, ni cabian transaccion ni arreglo alguno. Para él la templanza era traicion. Miraba al liberalismo como una especie de horrenda heregía, más digna aún del fuego que las de Lutero y Calvino. Juntaba la religion con la política, haciendo de todas las creencias una fé sola ó un solo pecado, y habia amalgamado dogmas y opiniones, haciendo un Evangelio, en el cual Elío no era ménos que un apóstol. Comprendia que el sol se ennegreciera; pero no que sus principios pudieran variar. Segun él, la sociedad estaba perfectamente arreglada tal como entonces la conocíamos, y constituida en virtud de leyes tan inmutables como las del mundo físico. Discutiendo no cedia ni una pulgada de su terreno.

—Mis principios—decia,—estos principios que sustento, no son mios, son de Dios, y no se puede ceder ni un ápice de lo ageno. La maldad de los hombres no puede nada contra mis principios. Me vencerá la violencia; pero no me convencerá el sofisma. La infame revolucion podrá triunfar un dia por expreso consentimiento de Dios; pero no porque triunfe dejará de ser alcázar de pecados fundado sobre la arena de la traicion.

Habia venido D. Miguel á la córte á varios asuntos privados y del comun. Era hombre que no se acobardaba ante los desaires de las oficinas, ni ante la tiesura y desden de los personajes más envanecidos. Tuvo la dicha de encontrarme despues de dar los primeros pasos en la Córte, y nos entendimos perfectamente. Todo aquello que podia resolverse con facilidad, fué arreglado entre los dos, sin que jamás frunciéramos el ceño por palabra ni por peseta de más ó de ménos. D. Migüel habia traido un bolson de cuero lleno de onzas de oro, y siempre que echábamos bendiciones, frotadas las manos con el dorado unto milagroso, se abrian de par las puertas de las oficinas y con ellas el corazon de los más cerrados covachuelos. Baraona habia venido tambien á estar á la mira de un pleito de tenuta que no tenia trazas de acabarse en medio siglo.

Acompañaba en Madrid á Baraona, su nieta, una tal Genarita, muy hermosa é interesante mujer, á quien yo habia conocido en mis verdes abriles en la Puebla de Arganzon. Era rubia, callada, grave, pensativa, poco franca, de carácter velado. Su tranquilidad y calma eran como la ténue oscuridad de los dias bochornosos. Ya se sabe que detrás de las nubes está el sol. ¡Aquella hermosura, cuán distinta

era de la de mi funesta Presentacioncita, la risueña asesina, que me ponia ante los ojos las frescas rosas de su cara para que no viera las aléves manos con que me empujaba á la muerte! Presentacioncita sin ser hermosa, era lindísima. Tenia toda la gracia de Dios en sus ojos flecheros, y burlándose de uno, daba idea de las bromas que deben de gastar los ángeles en el Cielo. Genara era hermosa como una ideal figura, antes soñada que vista; hermosa como las creaciones del arte que ha sabido escojer todas las perfecciones, desechando lo feo. No se burlaba nunca; hablaba sériamente como habla la discrecion pura, la prudencia suma, la cortesanía y la urbanidad. Su gracia (pues tambien la tenia), no era la desenvoltura picante y alegre de una muchacha juguetona; consistia en lo que llaman gracia los artistas clásicos, en la perfecta nobleza de los ademanes y de las palabras, en la armonía sin discrepancias, en el misterioso ritmo que se desprende de toda la persona y es don rarísimo acordado á pocos sobre la tierra. Distinguíase además por una expresion magnífica, tan llena de elegancia como de soberbia. Su fisonomía era pura, delicada, sin la más ligera incorreccion, y su mirar de una diafanidad celeste. Hermosa hasta no más, se envolvia en una capa de nieve, bajo la forma de

un silencio sistemático, de miradas castas, de indiferencia hácia la mayor parte de los asuntos y las personas.

En 1815, como dije en la primera parte de mis *Memorias*, vinieron á Madrid el Sr. de Baraona y su nieta. Poco despues se casó ésta con un jóven guerrillero, del cual no puedo ménos de ocuparme para disipar las dudas que acerca de su persona puedan haber corrido. Cárlos Navarro, hijo del nunca bien ponderado D. Fernando Garrote, fué gravemente herido en un duelo al dia siguiente de la batalla de Vitoria. Dejóle el fiero matador sobre el campo, del cual fué al poco rato recogido con más señales de muerte que de vida, pues la existencia se le iba á borbotones por la descomunal hendidura que su contrario le habia abierto en el pecho. Largo tiempo estuvo el infeliz héroe suspenso de un hilo sobre el negro abismo del morir. Los médicos de Vitoria le sentenciaban todos los dias para la mañana del siguiente. Pero la enérgica naturaleza del enfermo, ayudada por cuidados asíduos le sostuvieron, hasta que al fin la aplanada y caida existencia se fué enderezando poco á poco. El convalecer fué tan largo como la enfermedad, y un año despues del suceso, Cárlos Garrote, reconocido coronel de ejército, apenas podia tener el sable en la mano.

Á principios de 1816 vino á Madrid y se casó con Genara. Vivieron algun tiempo acompañados de Baraona en la calle de Cosme de Médicis. Pero en Setiembre del 18, Navarro tuvo precision de ir á Treviño á asuntos de interés, y en los dias á que me refiero no habia vuelto todavia, aunque le esperaban todas las semanas. No podia haber ocurrido desavenencia en el matrimonio, porque ambos cónyuges se escribian con frecuencia. Repetidas veces oí á Cárlos renegar de la Córte y de los cortesanos, asegurando que Madrid era para él destierro espantoso más bien que agradable residencia.

Yo vivia en una hermosa casa de la calle de la Inquisicion, esquina á la Flor Baja, cerca del edificio de la Inquisicion de Córte y á poca distancia de los Premostratenses. Mis servicios á determinado prócer diéronme aquella habitacion demasiado grande para un soltero, mas tan suntuosa, que me acomodé con gusto en ella para aparentar grandeza ante el vulgo y dar en los hocicos con mi magnificencia á los pobres petates paisanos mios, que tanto me habian despreciado en mis tiempos de miseria y nulidad. No me envanecí poco con D. Miguel de Baraona, infanzon y ricacho alavés, mostrándole mi vivienda; y enamoróse tanto de ella

mi venerable paisano, que algunos meses despues de la partida de su yerno, me dijo:

—Pipaon, en esta gran casa vives tú como garbanzo en olla. ¿No te ha acontecido algun dia perderte en sus cuadras y corredores, y no poderte encontrar? En cambio yo estoy muy estrecho en aquella fria y triste casa de la calle de Cosme de Médicis. ¿Por qué no me he de venir á vivir contigo mientras llega el dia en que terminado ese maldito pleito, pueda volverme á la Puebla? Aquí hay espacio para todos, y sin que tú nos molestes ni molestarte nosotros á tí, podemos acomodarnos. Yo pagaré lo que me corresponda, y si no lo llevas á mal ocuparemos mi nieta y yo estas hermosas piezas asoleadas que se abren al Mediodia y caen á ese patio, lindante con el jardin vecino. Aquí estamos muy bien guardados; por un lado la Inquisicion, por otro el Santo Rosario.

Acepté sin vacilar. Lejos de molestarme, me agradaba la compañía, y como me habian dado la casa sin otro gravámen que algunos censillos y costas de poco precio, nada más confortativo para mí que sacarle algun jugo, arrendando una parte de ella. Instalóse en seguida Baraona, ocupando una deliciosa y alegre crugía solana que daba á lugar abierto, y desde la cual se veian los árboles de un jardin de

la vecindad. Yo seguí en las mismas piezas que antes ocupaba, sin más novedad que la mejor compañía y algunos gastos ménos. Cada cual tenia su servidumbre, y aunque comíamos juntos, contribuíamos separadamente al plato comun.

Por las noches, despues de la cena, nos reuníamos todos en amena tertulia, á la cual solia concurrir algun amigo, tal como D. Blas Arriaga, capellan de monjas, y D. Pedro Retolaza, secretario de la Inquisicion de Logroño, ambos personajes establecidos accidentalmente en Madrid por motivo de pretensiones y otras cosillas. Tambien nos honraba alguna vez don Juan Estéban Lozano de Torres, que era entonces Ministro de Gracia y Justicia, y mi antiguo protector D. Buenaventura, que era ya marqués.

Allí no se hablaba más que de las conspiraciones descubiertas, de las que se iban á descubrir y de las que por todas partes descubiertamente se fraguaban. Esta era entonces la comidilla habitual de las gentes en todo Madrid. Luego que cada cual expresaba su opinion sobre los peligros que amenazaban á la desdichada monarquía, y sobre las probabilidades de que desapareciese arrastrado por huracanes de traicion, pecado y osadía, el gallardo edificio

del gobierno absoluto, se iban retirando los tertulios y quedábamos solos los de casa, charlando otro ratito, más ocupados de asuntos domésticos que de la revuelta política. Una noche, luego que Arriaga y D. Buenaventura se retiraron, Baraona, que habia estado harto pensativo durante todo el tiempo de la tertulia, pronunció, en coloquio consigo mismo, no sé qué balbucientes expresiones, y golpeando repetidas veces el brazo del sillon en que se sentaba, se encaró conmigo y me dijo:

—¡Vive Dios, que si ahora se nos escapa, es*tos* justicias de Madrid merecerian ser ahorcados al lado de los ladrones á quienes ayudan y protejen.

Yo le miré interrogándole con los ojos.

—Querido Pipaon—añadió cuando las toses le dieron algun respiro,—tengo que comunicarte un asunto importante, y espero tu parecer y con tu parecer tu ayuda.

—¿Qué ocurre?

—El infame asesino de mi hijo Cárlos, del esposo de Genara, está en España—dijo frunciendo el ceño.

—¡Salvador Monsalud en España!—exclamé.—No lo creo. Por D. Pedro Cevallos con quien solia cartearse antes de que éste fuera á Viena..... (tratos de masonería, Sr. D. Miguel)

por D. Pedro Cevallos, digo, que es un *hermanuco* de tomo y lomo, supe hace tiempo que Salvadorcillo seguia en París.

—¡Hace tiempo! No se trata de hace tiempo; se trata de ahora—dijo con impaciencia.—Es indudable que ese vil trabaja dentro de España en las misteriosas conspiraciones que Dios está permitiendo para fines solo conocidos de la Sabiduría infinita.

—Puede ser.

—No puede ser, sino que es—dijo repentina y enérgicamente Genara, que hasta entonces hábia permanecido silenciosa.—Yo le he visto.

—¿Le ha visto usted? ¿Luego está en Madrid?

—¡En Madrid, en la Córte, en donde está el Trono, el Gobierno, el Rey, los Consejos, la suprema Justicia!—exclamó Baraona con aquella furia senil que se desbordaba de su pecho en las contrariedades graves.—¡Esto es escandaloso!.... No sé de qué valen las medidas adoptadas contra los afrancesados..... ¿Es esto gobierno?.... ¿es esto justicia?.... ¡Ah Pipaon, aquí están poseidos de necedad! No persiguen más que á los mentecatos inofensivos y dejan en libertad á los perversos. ¡Ahorcan á los sargentos y permiten que todos los oficiales del ejército se vendan á la masonería!

—Monsalud no es oficial del ejército.

—Pero es malo, rematadamente malo y listo..... ahí tienes el secreto de su impunidad..... ¡Dios soberano! Ese Rey, esos ministros, esos consejeros, ¿en qué piensan?

—Descuide usted, Sr. D. Miguel—dije agitando en mis manos la badila, despues de acariciarla ya moribunda lumbre del brasero.—Si Salvador está en Madrid, no se escapará.

—Muy pronto lo has dicho..... Me parece que he de renunciar al más grande rogocijo que ha soñado últimamente mi imaginacion desconsolada. Me morire sin ver el castigo de un miserable, convicto de los siguientes crímenes: asesinato, infidencia, heregía, afrancesamiento y traicion. La idea de que ese mónstruo naciera en aquella honrada tierra de Álava, que no ha sabido nunca ser madre sino de hombres eminentes, de caballeros piadosos y ejemplares campesinos, me enardece la sangre, Pipaon amigo. Segun todos los indicios, él dió muerte á nuestro insigne compatriota, á aquel espejo de la caballería alavesa, el gran D. Fernando Garrote; tambien hirió gravemente al hijo de éste y mio por los lazos del corazon, Cárlos.....

—En duelo.....—dijo Genara interrumpiéndole.—Un duelo temerario y horroroso.

—No fué duelo—afirmó Baraona resuelta-

mente, enojado de la interrupcion.—Aunque Cárlos, impulsado por su noble generosidad lo diga así y aun sostenga que él le provocó, es mentira, mentira, mentira..... Hirióle á traicion Monsalud. Cuando el pobre mártir cayó, apoderáronse del asesino algunos guerrilleros que á la sazon pasaban. Confesó él mismo su crímen con hipócritas palabras; hizo la farsa de que deseaba morir conformándose con su destino, y hubiera perecido en efecto al siguiente dia, si la diligente proteccion de una señora afrancesada no comprara su libertad primero con ruegos, despues con dádivas; pues todas sus alhajas (que eran muchas y habian sido ocultadas en el momento de la derrota) las dió por ponerle en salvo. El criminal se refugió en Francia. Nosotros deseosos de hacer pronta justicia, trabajamos porque el Gobierno español lo reclamase al Gobierno francés; pero nada se pudo conseguir. Allá están tan embobados como aquí. Respondieron que se ignoraba su paradero. Para averiguarlo, aprehendimos á la madre del delincuente. Dióle tormento la Inquisicion de Logroño en cuyas cárceles está todavia; pero de los lábios de la infeliz no ha salido una sola palabra que sea luz de nuestra oscuridad, certeza de nuestra ignorancia. ¡Ah! Pipaon, mientras no se haga pronta justicia,

mientras no desaparezca este espectáculo de los bribones que se pasean impunes por la Península, insultando con sus miradas á la gente honrada, no tendreis Gobierno firme y respetable. Os ocupais de tonterías, de crear cruces, de mudar los ministros todos los meses, de dictar leyes que no se cumplen. Esto es hacer pajaritas de papel, mientras el suelo se extremece, mientras la tempestad se prepara y el volcan ruge. Vendrá la revolucion y os encontrará disputando sobre el color de una venera ó sobre si la Reina está ó no está embarazada..... En verdad no sé adónde volveremos nuestras miradas los partidarios del Gobierno de Cristo, de la verdadera política cristiana, que tiene por base la justicia. ¡Desgraciado de mí! Cerraré para siempre los ojos, sin que en la postrera mirada de ellos pueda ver otra cosa que miseria y debilidades, los buenos patricios olvidados, los criminales libres, la revolucion amenazando ó quizás triunfante, los mayores delitos impunes ó quizás premiados, y Salvadorcillo Monsalud paseándose tranquilo por las calles de Madrid.

Hundió la barba en el pecho y permaneció en silencio largo rato.

—Si está aquí—dije yo, por decir algo,—y mucho lo dudo..... pero en fin, si está, es cosa

muy fácil averiguar su domicilio y llevarle á la cárcel. Ya sabe usted que ahora estoy en desgracia y no puedo nada; pero sin embargo, intentaré.....

—Harias la obra más meritoria y más patriótica de tu brillante carrera, Pipaon—manifestó Baraona con semblante adusto.—Mi nieta y yo te lo agradeceríamos mucho más que esos mil favores de oficina que nos hiciste. ¡La justicia! ¡El castigo del crímen, de la traicion, de la heregía, del engaño!.... Yo deliro por esto. La justicia sin aplicacion no es ni será más que un ideal vago é inútil. No hay que decir que se encargue Dios de castigar al criminal, no. Aparte de esto, á nosotros, hombres, nos corresponde no dar paz á la cuchilla para que los díscolos aprendan, para que los buenos teman y los extraviados se corrijan..... ¿Por ventura habria llegado á la tierra de promision el pueblo elegido, si Moisés, por órden de Dios, no hubiera aplicado tremendos y merecidos castigos?

"¡Oh! ¡Cuán hermoso espectáculo dió aquí Su Magestad dictando á poco de su llegada rigurosas leyes contra los francmasones y liberales! Yo creí que el pueblo elegido llegaria á la tierra de Canaan; pero no, ya veo que se quedará en mitad del camino. Todo es debilidad;

las leyes no se cumplen; cada cual hace lo que más le agrada; son presos los pequeñuelos mientras los grandes conspiran; alrededor del Trono alzan su cabeza enmascarada de sonrisas la traicion y la sedicion; todos los militares trabajan sordamente en la masonería. Es esto un constante hervidero de inquietud, de amenaza, de ambiciones locas que surgen, como los insectos en el muladar, de la gran escoria del Reino; los magnates se ocupan de convites y cenas, mientras los masones proyectan comerse á la Nacion; son cogidos algunos criminales conspiradores, y á poco se les suelta; reina una confabulacion espantosa entre los conspiradores y la policía, entre presos y carceleros, entre alguaciles y alguacilados para taparse sus respectivas infamias, y hasta la Inquisicion volviéndose tibia y complaciente, es un cuchillo que se ha hecho alfiler; apenas pincha..... Todo es flojedad, enervacion, raquitismo, pequeñez. La Nacion que tan enérgica, varonil y potente ha sido contra el extranjero, es en su vida interior un pueblo de chiquillos que juegan en el fango, y con el fango hacen bolas que se arrojan unos á otros, no para matarse sino para mancharse..... ¡Quiero morirme de una vez, si no he de vivir más que para ver esto! ¡Los hombres como yo estamos de más en reuniones de mu-

chachos! El papel de Herodes es difícil y el de maestro de escuela ridículo.

III

Dijo, y siguió accionando en silencio durante un rato. Estaba desasosegado y colérico. La enorme desproporcion entre su energía intelectual y su fuerza física, entre sus ideas y su posicion le ponian en aquel estado de frenesí tan semejante á una monomanía furiosa.

—En algunas cosas tiene usted razon, señor D. Miguel—dije.—No se castiga todo lo que debiera castigarse; pero si ese humor endiablado que usted tiene se ha de aplacar con la prision y escarmiento de Salvador Monsalud, dése usted por curado..... Hablaremos á Lozano de Torres..... aunque sigo en mis trece y sostengo que ese desgraciado muchacho no está en Madrid. Debe de haber error en esto.

—Está, está en Madrid—afirmó Genara, clavando en mí sus ojos azules, cuya serenidad se alteró visiblemente.—Yo le he visto.

Al decir *yo le he visto,* se puso pálida. Su semblante expresaba más bien miedo que cólera.

—¿Le ha visto usted?—pregunté con incredulidad.

—Hace seis dias—dijo poniéndose más pálida aún,—fuí á misa á la iglesia del Rosario, que está aquí cerca. Despues de oir misa y de rezar, me dirigí á la puerta. Estaba oscura la iglesia. Pasaba yo junto á la entrada de una capilla, cuando sentí más bien que observé la proximidad de un bulto, de una figura, de un hombre. Llegó hasta mí una corriente de aire frio, cual si una capa se agitara á mi lado; yo temblé. Al mismo tiempo, llevadas por aquel aire glacial, sonaron en mis oidos estas palabras, dichas con marcado tono de burla é ironía: "¡Adios, Generosa.....» Me extremecí toda; tropecé en una estera, y ya tocaban mis rodillas en el suelo cuando una mano me levantó con energía. En el mismo instante, como levantaran la cortina del cancel de la puerta, entró alguna luz, y ví á mi lado una cara morena, muy morena, la misma cara. ¡Jesús!

Genara daba á su relacion un interés inmenso. La patética emocion del drama se pintaba en su semblante.

—Nunca he tenido,—añadió,—más fuerte impresion, no sé si de miedo, no sé si de ira, no sé si de lástima..... En término muy breve experimenté sensaciones diversas, traidas la una

por la otra. Temblé, como si sintiera la mano del demonio agarrando la mia..... me pareció que iba á ser asesinada en aquel mismo instante..... me pareció que aquel hombre no era un diablo ni un asesino, sino simplemente un pobre que me pedia limosna..... se me representaron las facciones de mi esposo herido..... se me representaron uno tras otro los crímenes de Monsalud, desde su traicion á la cáusa nacional hasta su duelo con Cárlos..... no ví luego más que desgracia, mendicidad, hambre..... ¡y qué cara santo Dios!

—¿Le observó usted bien?

—Está más moreno, mucho más moreno que antes. Sus ojos queman, su boca al sonreirse con ironía, no sé si sanguinaria ó hambrienta, muestra unos dientes más blancos que el marfil; su aspecto infunde miedo y dolor. Viste de un modo extraño, anda de prisa, pasa y mira.

—¿Pero le ha visto usted una sola vez?—pregunté asombrado de tantos detalles.

Genara estuvo un rato sin contestar. Luego, mirando al suelo, dijo:

—Una sola vez. Yo corrí para salir de la iglesia. Desde la puerta miré hácia dentro, y ví que un fraile se le acercó.

—¡Un fraile!....—murmuró sordamente Baraona.—¡Buenos están tambien!

—¿Y dice usted que desde ese dia no le ha vuelto á ver?—pregunté á Genara.

Despues de vacilar, me contestó:

—No..... no puedo asegurar que le haya vuelto á ver..... ni tampoco que no le haya visto.....

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que la impresion que en mí produjo aquel encuentro ha sido tan duradera, que á veces se ha reproducido ella misma, sin causa real..... La imaginacion.....

—Diga usted los nervios. Cuidado con creer en duendes y apariciones,—afirmé riendo.

Despues callamos todos, contemplando las menudas áscuas de la copa de bronce, que mezclándose con la blanca ceniza, lanzaban su último brillo; existencias que próximas á espirar, dirigian á los vivos su postrer mirada.

Baraona, Genara y yo, mirábamos en silencio la moribunda lumbre. Todo callaba en derredor nuestro. Era la hora en que los espíritus pusilánimes y los niños suelen tener miedo, y al ir á acostarse atraviesan corriendo y cantando para ahuyentarlo, los largos pasillos y las oscuras piezas. Era la hora en que las puertas de algun ventanejo alto y lejano suelen dar porrazos, extremeciendo la casa y el corazon de sus habitantes. Era la hora en que el gato

trasnochador suele lanzar lastimeros ayes, que parecen llanto de criaturas ó algazara de voladoras brujas que van por los aires á sus repugnantes asambleas. Era la hora en que el viento suele ponerse en la boca el tubo de la chimenea, como un gigante que sopla su bocina, y cantar ó decir ó refunfuñar alguna horripilante estrofa, que hiela la sangre en las venas del inquieto durmiente..... Los tres nos hallábamos profundamente pensativos, cuando sonó de improviso en lo interior de la casa inusitado estrépito, una puerta que se cerró, un mueble que vino al suelo, un golpe, un tiro, qué sé yo..... una nada, una tontería, un fútil accidente; pero que sin duda á causa de la hora y de cierta predisposicion del espíritu, nos extremeció á todos.

—¿Qué es eso?—exclamamos á una vez.

Miré á Genara. Estaba blanca como el papel, y sus dientes chocaban.

—Es la puerta de mi cuarto que ha dado un golpe. Quedó abierta la ventana de la calle..... —dije yo, tranquilizándome por completo.

Al cabo de un instante me sentaba de nuevo junto al brasero, despues de cerciorarme de la insignificante causa de nuestro pueril miedo. Genara seguia temblando; yo me reí, y ella arropándose en su manton, dijo:

—Tengo frio.

—Vamos á acostarnos—dijo Baraona levantándose.

Les acompañé á sus habitaciones. Al pasar por la larga galería que las separaba de las mias y del comedor, observé que Genara dirigia miradas inquietas á un lado y otro. La sombra de nuestros cuerpos sobre la pared atraia sus miradas con más fijeza de lo que una vana sombra merece. Yo iba tras ellos. Cuando les despedí en la puerta, Genara me dijo: «Entre usted.» Seguia temblando, y como yo le interpelase sobre aquella injustificada desazon, no contestaba sino,

—Tengo frio.

Obligóme á que registrase su habitacion, á que asegurase las puertas, las cerraduras de las ventanas, y cuando me retiré al fin despues de tranquilizarla respecto á lo innecesario de tales precauciones, echó llaves y cerrojos por dentro, quedándose acompañada de su criada.

Dirigíme á mis habitaciones, sin dar importancia á las voluntariedades de mi hermosa huéspeda; pero al llegar á mi alcoba y lecho, y cuando me disponia á acostarme, recibí una sorpresa, una impresion tan fuerte, que mis carnes temblaron, dieron unos contra otros mis dientes, y me quedé frio, absorto, mudo, petrificado. Sobre mi lecho y en la misma vuelta de

las sábanas, habia un papel escrito. Con trémula mano lo tomé; recorriéronlo mis ojos en un instante; decia así:

«Infame Bragas: Tú que eres amigo y compinche del Tigre y del Zorro, podrás conseguir que manden poner en libertad á Fermina Monsalud, presa y atormentada en la Inquisicion de Logroño por supuesto delito de infidencia. El Elefante trabaja en pró de la mujer inocente. Ha asegurado que la Culebra, es decir, tú, podrás ayudarle con éxito seguro.

«Infame Bragas, si dentro de quince dias está libre mi madre, no te pesará; si no lo estuviere, te acordarás de

SALVADOR MONSALUD.»

IV

Juzgad, ¡oh, amigos! de mi asombro, de mi anonadamiento. Largo rato estuve con el papel en las manos sin saber qué partido tomar, sin poder concretar mis ideas, sin resolverme á dar un paso, ni poder formar tampoco un juicio claro sobre aquel hecho. En mi cerebro bullia el caos. Ocupaba mi espíritu un miedo horroroso, un miedo cual nunca lo he tenido.

Pasó algun tiempo en dolorosa incertidumbre. Como si tuviera la conciencia de que mi cuerpo era una masa de apretada aunque suelta arena, que se iba á desmoronar al menor movimiento, no me atrevia á dar un paso ni á menear un dedo. Poco á poco fuíme recobrando, empecé á discurrir; me esforcé en atenuar la gravedad del caso, y la curiosidad se abrió paso en mi espíritu. ¿Quién habia traido aquella hoja amenazadora? El hombre que me escribia, mi camarada antaño, ¿por qué habia ideado tan singular modo de comunicarse conmigo? ¿Era él realmente ó algun chusco desocupado? Y quien quiera que fuese, ¿de qué medios se habia valido para dirigirme tan atroz apercibimiento?

Mi casa no era casa de duendes, aunque muy antigua y grande, propia por lo tanto para que se pasearan por ella los invisibles habitantes de la sombra, si el miedo les permitia la entrada. Felizmente yo no creia en brujerías, ni en chuscadas de duendes, ni en fabulosas correrías de almas en pena. Ni por un instante pensé en tales puerilidades. Pero al mismo tiempo yo tenia la seguridad, gracias á un reconocimiento prolijo que á poco de mi mudanza hice, de que mi casa, con ser de dos puertas, no tenia comunicaciones novelescas,

ni sótanos, ni compuertas, ni armarios maravillosos, ni escotillones, ni ninguna tramoya de esas que en el teatro y en los libros dan materia para un sorprendente enredo. No teniendo, pues, mi casa secreto alguno, era evidente que alguno de los criados habia sido mensajero del extraño mensaje.

Eran tres: el primero, que tenia por nombre Farrancho, servíame de mandadero, ayuda de cámara y tambien de amanuense en casos de mucha urgencia, y era un hombre de honradísimos antecedentes, por su cacúmen casi incapaz de Sacramento, pues discurria como una acémila, por su carácter moral apreciabilísimo al parecer. Jamás le cojí en mentira, ni en hurto, ni en falta alguna.

La segunda persona de mi servidumbre, era una mujer, una venerable matrona bastante vieja y fea para no incurrir en deslices amorosos, bastante jóven y aseada para servir bien y guisar mejor; una mujer de mérito inapreciable, Marta por lo diligente y entendida en cosas domésticas, Magdalena por lo piadosa. Habia servido á monjas durante veinte años, con lo cual dicho se está que era la prudencia misma, la santidad personificada, la honradez en efigie. Jamás se ocupó de chismes domésticos, y parecia carecer del uso de la palabra, como no

fuera para emplear ciertas fórmulas devotas, pues nunca entraba en mi cuarto sin decir lúgubremente el estribillo cartujo *de morir tenemos*. Su obediencia era ciega, su solicitud inmensa, su cariño firme y mudo como el de los buenos esclavos, su arte culinario de plata, su silencio de oro. Hasta su nombre era admirable de concision y santidad. Se llamaba D.ª Fé.

Habia además en la casa otra hembra; pero no me servia á mí (aunque bien lo quisiera yo), sino á Genara, de quien era doncella. Paquita, guapa moza, estaba desde poco antes en la casa, y no me eran conocidas las prendas de su carácter. Parecia excelente muchacha. Mis sospechas recaian principalmente en ella, despues en Farrancho. D.ª Fé estaba libre de toda suposicion desfavorable, porque además de tener un carácter formalísimo, incapaz de toda farsa ó enredo, hallábase á la sazon en cama, molestada de horribles dolores en la cara y oidos.

Despues que mentalmente repasé las cualidades de aquel doméstico triunvirato, recayó mi atencion en el asunto principal, en la extraña hoja que tan á deshora habia venido á turbar la tranquilidad de un hombre de bien, servidor diligente de su Rey y de su pátria. Lo más singular del singularísimo documento, era

que el autor de él, ya fuese en realidad Monsalud ú otro cualquier pelanduscas de su propio estambre, al mismo tiempo que solicitaba mi auxilio, me ofrecia su proteccion, como parecia indicarlo el *no te pesará*. Pero á renglon seguido me amenazaba de un modo insolente. El *te acordarás de mí* me ponia en gran cuidado..... ¿Seria aquello una farsa ridícula? El que ofrece proteccion ó castigo es porque tiene poder; y si Monsalud tenia poder, ¿por qué solicitaba mi auxilio?.... ¿Debia despreciar el escrito ó fijar en él toda mi atencion?

Pensando en esto, venian á mi memoria recuerdos del ardiente carácter de mi antiguo amigo; surgia ante los ojos de mi imaginacion su figura, representándoseme desmelanada, horrible, teñida de la palidez siniestra del jacobinismo; volviendo á contemplar el escrito en cuyos caractéres se conocia la mano de Salvador, y dueño de mi espíritu, el miedo me sumergia de nuevo en cavilaciones sin fin.

Las palabras del escrito indicaban una resolucion firme. Lo que á mis lectores podrá parecer oscuro y enigmático, para mí no lo era entonces, por ser comun y aun popular el tiznar con viles apodos la persona de hombres exclarecidos y respetabilísimos, que consagraban su vida al servicio del Reino. Así el *zorro*;

era D. Juan Estéban Lozano de Torres, Ministro de Gracia y Justicia; el *tigre,* mi amigo y protector D. Buenaventura, recientemente convertido en marqués de M*** y el *elefante,* don Ignacio Martinez Villela, Consejero de Castilla y hombre muy metido en palacio, aunque por entonces corrian voces de que era mason.

Despues de mucho meditar, no repuesto del mortal susto, juzgué que para requerir á los criados convenia esperar al siguiente dia. Acostéme; pero el sueño huia de mis ojos. No se apartaban de mi mente las anécdotas que acerca de los masones y su audacia habia oido contar últimamente sin darles importancia; recordé lo que por entonces se decia de connivencias misteriosas, de sobornos de criados, con otras artimañas atrevidas que establecian una verdadera mina dentro y debajo de la sociedad.

Yo procuraba determinar algo, pero ninguna resolucion definitiva lograba echar su raíz en mi vacilante y perturbada voluntad. Mi entendimiento, excitado por la vigilia, iba de aquí para allí, entre las revueltas olas de un mar de ideas, empujado ya de un lado, ya de otro, sin poder llegar á ninguna orilla, ni sumergirse en el silencioso y quieto fondo, que era el dormir y lo que yo más deseaba.

Pero la luz del dia ¡bendita sea mil veces!

disipó aquel delirio caliginoso en que mi pensamiento con angustia se revolvia como un loco en su jaula. Se me presentó el hecho en proporciones muy pequeñas, y libre ya del miedo, si no del recelo, tomé dos resoluciones: no hacer caso del escrito, é interrogar á mis criados para despedir de mi honrado hogar al delincuente.

Cuando conté el caso á D.ª Fé llenóse de miedo, trajo al punto de la iglesia un cantarillo de agua bendita, y roció toda la casa, recitando exorcismos. La piadosa mujer, hecha un mar de lágrimas al ver el peligro que mi persona habia corrido, me dijo haber visto á Farrancho en la calle el dia anterior, secreteándose con indivíduos de aspecto tan revolucionario como heterodoxo, y aunque el tunante protestó y lloró, y me mojó las manos con la baba de sus hipócritas besos, le despedí. Su culpabilidad era evidente. Genara me respondió de la inocencia de su doncella, y antes hubiera dudado yo de mí propio que de la venerable matrona á quien tan bien sentaba el nombre de Fé. Baraona quiso levantarse á deshora del lecho para dar dos palos al infame y desleal muchacho; pero le contuvimos, y durante un rato Genara y yo hablamos vagamente del asunto.

—Yo tampoco he dormido nada en toda la noche—me dijo.

Le pregunté si tambien habia recibido papelito; pero no se dignó contestarme.

V

El incidente que he referido dejó de preocuparme al siguiente dia, y poco á poco fué olvidado por completo. Salgamos ahora de mi casa y veamos cómo andaban las cosas públicas en aquellos dias, que eran los últimos de Octubre de 1819, á los once meses de la sangrienta conspiracion de Vidal en Valencia y á los cuatro de los sucesos del Palmar.

Grandes mudanzas habian ocurrido en la córte desde 1815 á 1819. En tan breve tiempo Fernando se habia casado dos veces, la primera con Isabel de Braganza (cuyas bodas concertó en el Brasil Fray Cirilo de Alameda y Brea, enviado secreto de Su Magestad Católica), la segunda con María Amalia de Sajonia, hermosa y desabrida, humilde y bondadosísima, devota y tambien algo poetisa. Mientras reinó Isabel, la influencia política de los criados mermó mucho en palacio y este fué lo que de-

bia ser, una vivienda de Reyes; pero desde Diciembre del 18, en que Dios se llevó de la tierra á la insigne Princesa, las culebras de la camarilla empezaron á recobrar su imperio. Sin embargo, ni Alagon ni Chamorro fueron tan poderosos. Ramirez de Arellano y un tal Villar Frontin, antiguo escribano del resguardo, eran los que se comian el Reino crudo.

Nueva gente se encontraba en las oficinas, en los Consejos, en Palacio, y los ministros variaban á menudo; que no es la inconstancia don peculiar de los poderes constitucionales. En seis años ví bajar y subir tantos, que casi se pierde la cuenta de ellos. Ceballos se hundió en Octubre de 1816. D. Tomás Moyano habia desaparecido tambien del escenario, cayendo en la oscuridad, de donde jamás volvió á salir, quedando tan solo, cual muestra de su paternal administracion, los mil y un parientes que en su breve poltronazgo sacó de la miseria y soledad del campo; D. Francisco Eguía tambien dejó por algun tiempo al ejército huérfano de su proteccion. Hubo un divertido minueto de señores ministros de la Guerra durante corto plazo, porque á Eguía sucedió Ballesteros, á Ballesteros el marqués de Campo Sagrado, y al marqués de Campo Sagrado otra vez el Sr. Eguía, sin cuya coleta parecia no poder existir la atri-

bulada Nacion. La Marina habia perdido á Cisneros, y era gobernada por Figueroa. Desgraciada andaba la Marina en aquellos tiempos, pues para que su orfandad fuera completa, tambien perdió en Abril de 1817 á aquel imponderable terror de los mares, el Infante don Antonio Pascual, de quien dijo el poeta:

¡Neptuno, Tétis, Céfiro y Favonio
Eterno mostrarán llanto abundante,
Pues falleció el Infante don Antonio!!!

Así terminaba el soneto que al triste suceso dedicó D. Diego Rabadan, el primero de los poetas de aquel tiempo, Rioja de los líricos y Herrera de los heróicos, hombre de esclarecido ingénio, gloria de su época, y al cual la envidiosa posteridad ha tratado injustamente, equiparándolo al D. Hermógenes de Moratin..... ¡Como si no fuera la mejor pieza del mundo aquel célebre soneto en que, para decir que D. Antonio habia muerto de pulmonía, se manifestaba *que el cierzo quiso dar testimonio de su aridez,*

arruinando á la España su almirante!

No puede darse imágen más hermosa ni entonacion más robusta que la de aquel comienzo:

Ya vencidos de Acuario los rigores
que aprisionan alíquidos cristales.....

Pero llevado de mi aficion á la poesía y á los buenos poetas de mi tiempo, me he apartado de lo que estaba tratando y era, si no recuerdo mal, los cambios de ministros. D. Felipe Gonzalez Vallejo, á quien pusimos en Hacienda, salió como habia entrado, es decir, que se lo llevó un viento cortesano, y el pobrecito con ser tan inocenton y tan para poco, no se libró del destierro. Entonces era comun que á todos los caidos les recetaran un paseo higiénico para recobrar las fuerzas gastadas en el servicio de la pátria. Sucedióle Ibarra, luego Lopez Araujo, que apenas sabia leer y escribir, y al fin entró el célebre D. Martin Garay, que más que hombre era una escuela, pues trajo al Ministerio todo un plan é idea completa para reformar la Hacienda pública, tarea equivalente á beberse el mar ó á ponerse por montera el Moncayo. Gozaba aquel señor de mucha fama, que aún conserva su nombre; pero todos los hombres de mi tiempo, desde el Rey y los ministros y el clero hasta el último zascandil se pusieron en contra suya, y tuvo que salir del Ministerio y marcharse con la música y el sistema á otra parte. Por fortuna no tuvo tiempo de hacer nada de provecho; que si le dejáramos, capaz hubiera sido de volver la Hacienda del revés, elevando los ingresos y mer-

mando los gastos. Su sucesor Imas era un bendito.

En Estado el célebre Leon Pizarro, amigo y compinche de D. Antonio Ugarte no duró mucho tiempo, ni tampoco Irujo que empezó su carrera por page de bolsa de un consejero y la acabó marqués y millonario. El duque de San Fernando, su sucesor, no fué ménos afortunado, porque al principio de la guerra era soldado raso y en 1818 teniente general, duque, grande de España y no sé qué más.

En Gracia y Justicia despues del obispo de Mechoacan que fué ministro veinticuatro horas *(¡tanto se emprende en término de un dia!)* entró y duraba aún en la época de mi relacion, D. Juan Estéban Lozano de Torres, la gran figura de aquellos tiempos, y no porque la tuviera gallarda, ni aun digna de ser vista, sino porque con su hermosura moral tenia cautivados á todos, empezando por el Rey. Habia sido Lozano de Torres en su mocedad relojero. No habia hecho estudios de ninguna clase, siendo el primero y el único ministro de Gracia y Justicia, lego en jurisprudencia. Ni siquiera sabia latin, cosa rara y chocante en aquellos tiempos.

La carrera de este benemérito español habia sido el comisariato del ejército. ¡Y qué here-

gías dijeron de él á propósito de la administracion del hospital militar de la Isla! Con ser tan fuertes, sin embargo, las especies que acerca del comisario dijo el vulgo, no llegaban ni con mucho á lo que decian los enfermos, un atajo de tunantes que ponian el grito en el cielo desde que les faltaba caldo. ¡Qué tal fama de abastecedor y despensero tendria el niño, cuando, destinado á la Intendencia de Castilla la Vieja, no quiso darle posesion el gran Wellington, jefe del ejército aliado!

La causa de su elevacion á la silla de Gracia y Justicia fué el desmedido y loco amor que á Fernando tenia, el cual era de tal naturaleza que rara veces se presentaba ante Su Magestad sin derramar lágrimas de ternura, y para besarle la real mano hincaba la rodilla en tierra. Habia en el alma de Lozano un sentimiento parecido á la dulce fiebre del misticismo, que le llevaba á la identificacion con el objeto amado, haciéndose partícipe no solo de las impresiones morales de éste, sino tambien de sus sensaciones físicas. Cuando Fernando estaba enfermo, Lozano de Torres se quejaba de la misma dolencia, y si á Su Magestad le dolia un pié, al punto cojeaba el amigo; tal era la fuerza de simpatía entre los dos.

Pero cuando el Ministro de Gracia y Justi-

cia desplegaba toda la vehemencia de su alma fervorosa, era cuando la Reina Isabel estaba embarazada. En cierta ocasion, mi hombre celebró en San Isidro por su cuenta solemne funcion religiosa y Manifiesto, que habia de durar hasta que Su Magestad saliese de cuidado; y queriendo dar pública muestra de su amor á la Monarquía, hizo en medio de la iglesia tales aspavientos de devocion, golpeándose el pecho y desollándose las rodillas ante el altar, que los fieles no pudieron contener la risa. No quedó sin premio lealtad tan ardiente..... ¡pues no faltaba más! Segun puede verse en la *Gaceta*, Fernando VII dió á Lozano de Torres la gran cruz de Cárlos III, *por haber publicado el embarazo de la Reina.*

Desde 1815 éramos muy amigos D. Juan Estéban y yo. El pobrecito no recibia recomendacion mia sin que al punto la despachase, y en la camarilla partíamos un confite, segun éramos de tolerantes y condescendientes el uno con el otro, sin estorbarnos ni quitarnos de la boca el hueso, como hacian algunos, más semejantes á perros hambrientos que á cortesanos hartos. Yo no dejaba de prestarle servicios menudos, á más de los grandes, bien desempeñando ante Su Magestad un papel, entre Lozano y yo convenido, bien llevándole secretitos y

noticias, sábiamente pescados al vuelo detrás de una cortina.

Pero últimamente yo no tenia en la córte el favor á que me hacian acreedor mis servicios y adhesion al Monarca. Tocóme á mí tambien un poco de aquel hálito de desgracia que á tantos habia matado, y aunque no me persiguieron ni me desterraron, hallábame en situacion bastante equívoca, ni elevado ni caido, lejos de Palacio, á pesar de que Su Magestad me enviaba hipócritas recadillos. Yo no podia tragar al señor Ramirez de Árellano, ni éste me tragaba á mí. Supe que se hacian esfuerzos para desprestigiarme; pero como yo tenia tantos amigos, como conservaba excelentes relaciones con los hombres más eminentes, no solo esperaba defenderme de los que me querian empujar hácia abajo, sino tambien recobrar el terreno perdido. Alagon, Ugarte, D. Buenaventura, Imas, Villela, San Fernando, Lozano de Torres, me tenian en gran aprecio, y me halagaban con fastuosas promesas. Conste, ante todo, que yo estaba cesante desde el verano, pues una cuestion de delicadeza (yo siempre fuí muy delicado), obligóme á ceder mi plaza á un sobrino del Ministro de Estado; pero se me habia ofrecido solemnemente el primer puesto que vacase en el Real Consejo. Como la ambicion y el dorado sueño

de mi vida eran esta canongía, la esperaba con la más viva ansiedad.

¡Crítico y solemne momento! Á fines de Octubre estaba vacante una de las canongías del Consejo. Yo tenia derecho á esperar que se cumpliria la oferta, no solo por mis méritos personales, que eran muchos, dicho sea sin modestia, sino porque en repetidas ocasiones y por mediaciones de ambos sexos, me habia prometido la plaza Su Magestad.

Verdad es que las promesas de Fernando eran como los *cien pájaros volando* del viejo refran; ¡pero tenia yo tantos amigos....! Como el viajero que despues de larga travesía divisa la ansiada orilla, así estaba yo cuando divisé la tal vacante. No cabia en mi pellejo de puro angustiado, inquieto y caviloso. Estudiaba hasta las más insignificantes palabras de los íntimos de Fernando; atendia á los gestos y á las miradas, porque no habia accidente alguno en que no viese alguna esperanza de obtener mi prebenda. Andaba tan desasosegado que apenas comia. ¡Ay! si hubieran provisto la vacante en indivíduo distinto del que está dentro de esta casaca, me habria muerto de pena..... Y verdaderamente, habia motivos para que no estuviese tranquilo, por ser España la tierra de la injusticia y de la ingratitud. ¿El sin par Colon no

El Ministro cerró fuertemente un ojo, torciendo con extraño mohin la boca.

—¿La vacante del Consejo?....—balbuceó.—Sí..... en efecto; yo mismo prometí á usted.... Si de mí solo dependiese; pero.....

—¿Pero qué..... pero qué?—dije remedando la perplejidad de Lozano.—¿Es esto formal? ¿Se puede decir hoy una cosa y mañana otra? Si se me cree indigno de formar parte de una corporacion en la cual han entrado peluqueros, boticarios y mozos de caballerizas, díganlo de una vez..... ¿Por ventura la he pretendido yo?

—No, ya sé que es usted modesto.

—Yo no he pedido la plaza..... han venido á ofrecérmela, empezando por el Rey; me han estado pinchando mucho tiempo; me han sacado de mis casillas..... Si yo no quiero ser consejero, si no quiero figurar..... Por todo el oro del mundo no sacrificaria mi dignidad en cambio de una posicion.

—Vaya, Sr. de Pipaon, no se amosque por tan poca cosa—dijo el buen Torres.—¿Por qué no espera usted ocasion más favorable? Siendo usted quien es, no tardará en ser consejero. Pronto habrá más vacantes. Aguarde usted unos meses..... Su Magestad la Reina D.ª Amalia estará embarazada bien pronto. Cuando venga lo

que ha de venir, se repartirán muchas mercedes, sobre todo si es Príncipe.....

—Señor Ministro—repuse sin poder contener mi sofocacion;—se han burlado ustedes de mí. Esto no se hace con un hombre que ha prestado tantos y tan difíciles servicios al Reino, al Rey, á los amigos, á usted mismo.

—Es verdad, por eso dije que anoche acordamos darle á usted una recompensa magnífica,—afirmó su excelencia melífluamente.

—¿Cuál?

—Puede usted escojer. La superintendencia de la Moneda en Méjico, la.....

—¿Indias, Sr. Lozano?—exclamé con el mayor desden.—Ya sabe usted que no me gusta viajar por mar. Puesto que se me trata de ese modo, renunciaré á servir en la administracion. Para ir á América y labrarme en cinco años una fortuna, no necesito que el Gobierno me dé un destino con visos de destierro.

—Entonces, amiguito..... Debo advertirle que Su Magestad fué quien manifestó deseos de que marchase usted á América.

—Es raro—respondí.—La última vez que nos vimos, Su Magestad no me dió un canastillo de cerezas como á Campo-Sagrado, ni un mazo de cigarros como á Villamil. Yo no pretendí la plaza de consejero; yo no la queria; yo

no dí paso alguno para que se me diera; pero me la ofrecieron: se ha dicho que yo iba á entrar en el Consejo; he recibido ya las felicitaciones y aun algunos regalos anticipados como prévia accion de gracias por beneficios que no he hecho todavía..... por consiguiente, si ahora salimos con que no hay nada, mi situacion no puede ser más grotesca. Mi dignidad, mi honor indúcenme á no admitir otro destino qué el de consejero.

—Pues, hijo—repuso Lozano dando un suspiro.—Lo que es eso..... La vacante está ya provista.

Y me alargó un papel que tomó de la próxima mesa.

VI

—¡Me lo figuraba!—exclamé con indignacion,—devolviendo la minuta despues de leerla.—El nuevo consejero es el sobrino del marqués de M***. ¡Bonito nombramiento!

La ira apenas me permitia articular las palabras. Pegajosa saliva entorpecia mi lengua, y con los crispados dedos arañaba los brazos del sillon en que me sentaba.

—El sobrino del marqués de M***!—repetí. —Me lo temia!....

—Mañana aparecerá en la *Gaceta*.

—Y mañana sabrá España, ¿qué digo? sabrá la Europa entera, sí señor, la Europa entera, cuáles son las prendas, cuáles los servicios, cuáles los antecedentes que se necesitan aquí para escalar los puestos del Consejo. En primer lugar, ser jugador, borracho, calavera, no pagar las deudas contraidas, deber más de tres mil reales en Canosa; y en segundo lugar, no saber más que un poco de latin, echársela de traductor de Horacio, decir mil pedanterías á propósito de leyes antiguas, defender malamente algun pleito de tenuta, criticar en todo, fantasear en la Sala de Alcaldes, hablar mal de los funcionarios honrados y respetables como usted y tambien tener de brevas á higos algun tratillo con los masones de Granada y de Madrid.

D. Juan Estéban alzó los hombros.

—¡Qué personajes, santo Dios!—proseguí sin que con tanto hablar se desfogara mi cólera.—Tal sobrino para tal tio.....

—Silencio—dijo vivamente Lozano.—El marqués de M*** está aquí.

En efecto, sin prévio anuncio, porque á causa de su intimidad con el Ministro no lo ne-

cesitaba, apareció en el despacho el marqués de M*** el cual no era otro que aquel famoso personaje á quien en otra parte puse el nombre de D. Buenaventura, tapando con esta especie de velo de benevolencia el suyo propio, para que la posteridad no le mortificase. Fué mi protector, mi amigo, mi Providencia en los primeros años de mi carrera (1). Por esta razon infundíame siempre mucho respeto, y aunque últimamente solia mostrar cierta envidia de mi rápido encumbramiento y me molestaba cuanto podia, yo, que era hombre agradecido, le ponia generosamente á él como á sus sobrinos fuera del alcance de mis artimañas y de mi lengua.

D. Buenaventura, á quien solian llamar el *tigre*, se habia hecho marqués de la manera más sencilla. Nombrado Consejero de Hacienda en 1814, hizo en poco tiempo una gran fortuna, comprando fincas que estaban adjudicadas al crédito público. Por aquellos tiempos, necesitando los padres de Atocha algun dinerillo para reparar su templo, dióles Fernando dos títulos de nobleza para que los vendiesen. Don Buenaventura compró en veinte mil duros el de marqués de M***. Era familiar de la Inquisicion, hombre cruel, y absolutista tan fanáti-

(1) Memorias de un Cortesano de 1815.

co, que se pasaba la vida buscando masones por todos lados y averiguando picardías de liberales para contárserlas al Rey. Tenia en 1819 gran privanza en palacio; pero le hacia sombra Villela, de quien se contaban no sé qué masónicas liviandades. Conmigo sostenia buenas relaciones, pero á pesar de eso, solapadamente y sin dejar de halagarme, bebió los vientos para quitarme la plaza de consejero; y á pesar de lo mucho que me moví, ganóme la partida, como se ha visto.

—¿Se murmura, eh?—dijo amistosamente, despues de saludarnos.—Este diablo de Pipaon no está nunca contento.

—Yo le he dicho que puede esperar mejor ocasion—añadió D. Juan Estéban, ofreciendo un cigarrillo á su amigo.—Grandes acontecimientos van á venir..... Puede ser que nazca un Príncipe.....

—Es claro—dijo el marqués mirándome con sorna.—Pero ¿tú qué crees? ¿se hacen consejeros á los treinta y seis años? Estos sietemesinos apenas dejan el biberon ya ambicionan los primeros puestos del Estado..... ¡qué tiempos, señores! no sé adónde vamos á parar. Hé aquí un chiquilicuatro á quien saqué de las covachuelas hace seis años. Le hemos visto subir como la espuma, le hemos ayudado como bue-

nos amigos, y ahora, ingrato y desconsiderado todo lo quiere para sí. Paciencia, amiguito, paciencia y aguardar. Felizmente no estamos en los tiempos en que el Sr. Chamorro y Paquito Córdova disponian de los destinos y sueldos del Reino. Ya los caprichos de una bella no conmueven la monarquía: ya no caen y se levantan los ministros al compás de la escoba de los mozos de retrete: estamos en tiempos mejores.

—Las personas han variado, convengo en ello —respondí con malicia; pero las cosas no.—Entre las ruinas de la antigua camarilla, eleva su magestuosa frente la negra del Sr. Villela.

—Silencio—dijo Lozano de Torres.—Le espero de un momento á otro, y puede venir.

—¿Quién gobierna? ¿Quién aconseja á Su Magestad? ¿Quién empuña el timon de la nave, como generalmente se dice?—proseguí.—Todos sabemos que si Artieda no tiene el poder que tenia, lo tienen Ramirez de Arellano y Villar Frontin, pues los ayudas de cámara tambien caen y se levantan, como los ministros, aunque sin canastillos de cerezas ni mazos de cigarros.

—Bueno—dijo D. Buenaventura riendo.—Puesto que es así, Pipaon, déjanos en paz. Sigue tú en la agencia universal y diplomática

de D. Antonio Ugarte. Sigue comprando barcos rusos, y contratando empréstitos. ¿Qué más quieres, pelafustan? ¿Aspiras tambien á comprar á los rusos sus barbas, para ponérnoslas á nosotros despues de hacérnoslas pagar?

D. Juan Estéban se reia como un bendito.

—¿Quieres ser consejero?—añadió el marqués.—¿Y para qué? ¿Qué vas tú á hacer en el Consejo? sepámoslo. ¿Meditas algun informe luminoso sobre cualquier materia? ¿Vas á poner en olvido las dotes eminentes de Jovellanos, Campomanes, D. Arias Mon y demás notabilidades? ¿Para traer y llevar los recados de don Antonio Ugarte, para ayudarle en sus negocios, no estás mejor en cualquier oficina que en el Consejo? Á pesar de ello, yo te prometo que te apoyaré decididamente en la primera vacante, ¿qué más quieres?

—Sé lo que es el Consejo—respondí breve y sentenciosamente;—sé lo que son las oficinas; todo lo conozco y aprecio en su justo valor, menos las influencias que imperan hoy, las cuales son de tal naturaleza, que no sabe uno á qué atenerse.

Me levanté para marcharme. En el mismo instante un portero anunció á D. Ignacio Martinez de Villela, que no tardó en entrar. Me quedé.

Este venerable señor, uno de los que más trabajaron en 1814, cuando la persecucion de los diputados, era entonces muy influyente en palacio. Él y Lozano de Torres y otros que no menciono, formaban á la sazon la pequeña córte del Monarca, sustituyendo á la antigua, que con gran trabajo desbancaron y de la cual tuve la gloria de formar parte. Era Villela, además de corpulento como un elefante, hombre muy vividor, y en la apariencia grave y respetable, con grandes humos de probo y justiciero. Oyéndole, parecia que por su boca hablaba el derecho público y privado. Poseia bastantes conocimientos jurídicos, lo cual le daba respetabilidad, poniéndole en situacion muy favorable; porque desde 1816 y desde la venida de la Reina (que coincidió con el eclipse de nuestra camarilla), comenzaron á estar en alza los llamados sábios, los jovellanistas, y los de la escuela de Garay, verificándose un descenso rápido en el influjo de toda la gente lega y romancista.

Pero la mayor notoriedad del magistrado en cuestion, no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal D.ª Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa, de cuya intervencion en los negocios públicos se habló durante mucho tiempo. Habíase captado de tal modo la voluntad de su dueño, que teniendo éste la clave de muchos

nombramientos, túvola ella tambien. Especialmente las mitras, que se concedian siempre á propuesta del Consejo, fueron de tal modo monopolizadas por D.ª Inés, que ésta no abria la mano sin que saliera de ella un obispo. Habia prévio convenio y eclesiástico arreglo antes de que una mitra fuese provista, y era cosa sabida: ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo, si antes no se ponia á bien con la tal negra, impetrando y consiguiendo su soberana gracia. Con este motivo ocurrió más adelante un suceso curioso que no quiero callar.

Vacó la diócesis de Astorga, y siguiendo los trámites ordinarios, fué presentado para la silla un sugeto, cuyo nombre no hace al caso. Llevóse el decreto al Rey para que lo firmara, y Fernando, que tenia felicísimas salidas de aticismo cómico, leyó detenidamente el pliego, sonriendo con la socarronería que le era habitual. Estaba verdaderamente cargado, como ahora se dice, de aquella ambicion desmedida de la negra de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar sus prerogativa con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma y al márgen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: «Será obispo

de Astorga Don X..... X..... *y perdone por esta vez D.ª Inés.*"

Pues bien, aquel que acababa de entrar en el despacho del Ministro era el venerable Magistrado, el celoso Juez de 1814, el consejero de la Sala de Justicia del Consejo Real, con honores del de la de Cámara; era el amo de su negra, en fin.

VII

—Señores—dijo sin responder á nuestro saludo.—Ocurre una cosa muy importante. El Sr. Requena acaba de morir de un ataque de apoplegía fulminante. ¡Pobre señor, pobre amigo mio! ¡Nos queríamos tanto!.... Pero en fin, puesto que Dios ha querido llamarlo á su seno...... ello es que con esta muerte hay ya otra vacante en el Consejo.

Yo dí un salto en mi sillon.

—¡Una vacante en el Consejo!—repitieron el marqués de M*** y Lozano de Torres.

—Sí, señores—añadió Villela sentándose;—una vacante en la Sala de Provincia.

—No podia venir más á propósito—dijo Lozano de Torres mirándome.

—Ahí tienes, Pipaon, ahí tienes.....—dijo el marqués de M***.—La Providencia no abandona jamás á quien confía en ella. Hé aquí que cae del cielo una vacante y te toca en la punta de la nariz.

—Poco á poco, señores—dijo el Sr. Villela de muy mal talante, mirándome por encima de sus gafas verdes.—No me toquen á esa vacante, que es para mi primo.

Toda la hiel de mi cuerpo vino á mis lábios al oir esto, y era tanto lo que se me ocurria decir que no dije nada.

—Tengo promesa de Su Magestad para la primera vacante—añadió Villela,—y además, amigo Lozano, ¿no hablamos de esto la otra noche?

—Sí, es cierto.....—repuso con turbacion el Ministro;—pero á la verdad no sé cómo contentar á todos. Pasan ya de media docena las personas á quienes Su Magestad ha prometido la primera vacante. Creo que lo mejor será echar suertes.

—¡Bah!—exclamó Villela con su impaciencia habitual y mirándome de hito en hito;—¿lo dice usted por Pipaon que nos está oyendo? Amiguito, usted es jóven aún y puede esperar. En mis tiempos no se entraba en el Consejo antes de los sesenta años. En los que vivo no

he visto un mozo más favorecido por la fortuna que usted..... Cuando mucho se sube, más peligrosa puede ser la caida. Usted se ha encaramado con excesiva prontitud, y me temo que si no se detiene un tantico, vamos á ver pronto el batacazo..... un polvito, señor marqués; un polvito, Sr. Lozano; amigo Pipaon, un polvito.

Describió un lento semicírculo con su caja de rapé, en la cual iban entrando sucesivamente los dedos de los amigos.

—Sr. D. Ignacio—repuse yo aspirando con placer el oloroso polvo.—Admito los consejos de una persona tan autorizada como usted..... pero debo hacer una indicacion. Jamás pretendí la plaza de consejero; pero como se me ha ofrecido repetidas veces y se ha hecho pública mi pronta entrada en la insigne corporacion, sostengo el cuasi-derecho que me dá la real promesa.

—¡Oh!... usted puede sostener lo que quiera —repuso Villela, volviendo risueño el rostro y elevando la mano, cuyos dedos sostenian aún el polvo.—Cada uno es dueño de tener las ilusiones que quiera. Por eso no hemos de reñir.

—Con perdon del Sr. Villela—dije yo inclinándome y poniendo un freno á mi cólera,—seguiré esperando, que Su Magestad no me ha de dejar en ridículo.

—Tantas veces han puesto en ridículo á Su Magestad personas que yo conozco.....—indicó el consejero de la Sala de Justicia, llevándose á la nariz los dedos y aspirando el tabaco con cierto adormecimiento voluptuoso en sus ojos ratoniles.

—¡No lo dirá usted por mí!—repuse colérico.

Villela se puso muy encendido.

—Por todos,—murmuró.

—Señores, señores, basta de tonterías—dijo el Ministro conociendo que la cuestion se agriaba un poco.—Basta de pullas. Se procurará contentar á todos. Esto se acabó.

—Por mi parte, concluido—dijo Villela estirando el cuerpo, arqueando las cejas, sacudiendo los dedos y tirando de la punta del monumental pañuelo, para sacarlo del bolsillo.

—Por mi parte, ni empezado siquiera—indiqué yo.

—Háblese de otra cosa—dijo el marqués de M***.

—Hablarán ustedes, porque yo me voy al Consejo—dijo Villela despues de sonarse con estrépito.

—¿Tan pronto?

—Pero no sin hacer al señor Ministro una recomendacion. Á eso he venido.

Diciendo esto Villela sacó un papelito.

—Veamos qué es ello.

—Lo primero que pido al Sr. Lozano de Torres, confiado en que lo hará—añadió Villela,—es una obra de justicia, es que ponga término á una iniquidad horrenda, á un atropello impropio de los tiempos que corren.

—¿Qué?

—En las cárceles de la Inquisicion de Logroño—continuó Villela,—está una pobre mujer anciana llamada Fermina Monsalud, á la cual se ha dado tormento para arrancarle declaraciones en la causa que se sigue á un hijo suyo que vive en Francia. Es mujer piadosísima y á nadie se le ha ocurrido tacharla de heregía. ¿Por qué ha de pagar esa inocente las faltas de otro? Si no pueden atar á la rueda al verdadero criminal, ¿por qué se ensañan en la que no ha cometido otra falta que haberle parido?

—¿Cómo se llama esa señora?—preguntó Lozano haciendo memoria.—Ese apellido.....

—Fermina Monsalud—repuso Villela guardando el papelito.

—Monsalud.....—repitió D. Buenaventura apoyando la barba en la mano y haciendo tambien memoria.

Tuve intenciones de hablar; pero despues de un rápido juicio, resolví no decir una palabra y observar tan solo.

—Esto es una iniquidad, una brutalidad sin nombre—exclamó Villela golpeando el brazo de la silla.—Hablé anoche de ello á Su Magestad, y Su Magestad se escandalizó.....

El Ministro y el Marqués meditaban.

—Pero eso es cosa del Supremo Consejo—dijo Lozano de Torres.

—Yo no quiero cuentas con el Supremo Consejo—repuso Villela.—Bien sabemos todos que este no hace sino lo que le manda el Ministro de Gracia y Justicia. Haga usted que pongan en libertad á esa pobre mujer y cumplirá con la ley de Dios.

—Y con la de los masones—dije yo entre dientes.

—¿Alguno de los presentes tiene que decir algo en contra de lo que he manifestado?—preguntó Villela con cierta soberbia.

Nuevamente sentí deseos de hablar; pero el recuerdo de la epístola acompañado de cierto miedo me cortó la voz, y callé.

D. Buenaventura no dijo tampoco nada y seguia meditando.

—Déjeme usted nota—indicó Torres.—Yo veré.....

El Consejero escribió la nota y la entregó al Ministro. Al retirarse, habló así:

—Tengo gran empeño en ello, Sr. Lozano;

pero grandísimo empeño. Si consigo arrancar á esa mártir de las garras de los verdugos de Logroño, me conceptuaré dichoso.

Cuando D. Ignacio Martinez de Villela se fué, alzó de súbito la meditabunda frente el Sr. D. Buenaventura, y dando un porrazo con el baston, exclamó;

—¡Vive Dios, Sr. Lozano de Torres, que ya no me queda la menor duda!

D. Juan Estéban reia como un zorro, y graciosamente se atusaba con la mano derecha el remolino de cabellos rubios que Dios, cual digno coronamiento de una obra perfecta, habia puesto sobre su frente.

—¡Fermina Monsalud!—repitió leyendo el papel que habia dejado Villela.

—Madre de Salvador Monsalud—dijo el marqués,—madre del hombre que anda trayendo y llevando mensajes de los masones; de ese que ha logrado hasta ahora burlar, con su ingénio peregrino, las pesquisas de la justicia.

—El mismo, el mismo—añadió Lozano.—Ese pobre Sr. Villela..... vamos, parece increible.

—*Vox populi, vox cœli*—repuso el marqués. —Hace tiempo se viene diciendo que muchos elevados personajes de la Córte están en connivencia con la masonería; hace tiempo se viene

diciendo que el Sr. Villela..... Lo que digo, *vox populi, vox cœli.*

—Cuando el rio suena, agua lleva—afirmó Lozano, que por no saber latin, expresaba la misma idea en refran español.—Para mí hace tiempo que no es un secreto el francmasonismo de Villela; pero Su Magestad, á quien Don Ignacio ha sabido embaucar con tanto arte, no consiente que se le hable de esto, y sostiene que todo lo que se dice de las sociedades secretas es pura fábula.

—Tambien yo tengo datos para asegurar el francmasonismo del señor Consejero que acaba de salir—dijo D. Buenaventura.

—Desde que estoy en esta casa—afirmó Lozano,—no ha pasado una semana sin que haya venido con pretensiones de indulto, de sobreseimiento, ó de evasion en favor de algun agitador ó revolucionario.

—Y este empeño porque se ponga en libertad á la mamá de ese....! Cuando la Inquisicion de Logroño le ha dado tormento, ya sabrá por qué lo ha hecho.

—Pues claro está.

—Salvador Monsalud.... ¿en dónde he oido yo ese nombre?—dijo D. Buenaventura, procurando recordar é irritado de su falta de memoria.

—Hace dias que hablé de él en este mismo

sitio,—repuso Lozano.—Es un revoltoso á quien no se ha podido prender nunca.

—Ya..... si no se puede castigar á nadie—dijo el marqués con enfado.—Si todos los criminales se escapan, protegidos por estos señores que afectando servir al Trono y á las buenas ideas, son los más firmes auxiliares de la revolucion. No sé cómo Su Magestad protege á tan pérfidos hipócritas..... Ya lo he dicho. La serpiente de la anarquía se agasaja en los mismos cogines del régio sólio..... ¡Y pretende ahora la nueva vacante del Consejo! Pipaon, ó hemos de poder poco, ó será para tí.

Me incliné dando las gracias con lenguaje mudo.

—Es triste lo que está pasando—dijo el Ministro.—Prendemos á los revolucionarios, y los más altos personajes del absolutismo, los más íntimos amigos del Rey, vienen á implorar que se ponga á aquellos en libertad.

—Soy familiar de la Santa Inquisicion—exclamó con vehemencia el Marqués.—Mi deber es seguir la pista á los criminales. Es preciso trabajar con piés y manos para que no se nos venga encima la revolucion, ¿estamos? Adelante; es urgente desenmascarar á los bribones, poner de manifiesto las malas artes y la perfidia de los que les protegen.

—Pues señor familiar de la Inquisicion—dijo Lozano sonriendo,—descúbrame usted el paradero de este Salvador Monsalud; propórcióneme los medios de cogerle, y yo le respondo de que no se burlará por más tiempo de los ministros de Su Magestad.

—¿Está en Madrid?—preguntó el Marqués.

—Creo que no.

—Está en Madrid—dije yo, rompiendo al fin el silencio.

El Ministro y D. Buenaventura me miraron con asombro.

—No se pasmen ustedes—añadí;—yo no soy mason. Por una casualidad he sabido que está en la Córte ese señor mensajero de los revoltosos. Hablando con toda franqueza, debo decir que en nuestra primera mocedad fuimos amigos Salvador Monsalud y yo; pero desde el año 13 no nos hemos vuelto á ver.

—¿Y cómo sabe usted que está en Madrid?

—Una señora paisana mia, y que por desgracia le conoce muy bien, asegura haberle visto hace dias.

—Soy familiar de la Inquisicion—repitió gravemente D. Buenaventura,—y como tal tendria un gozo vivísimo en poder echar mano á un propagador del jacobinismo y de la heregía..... ¡Ah, Pipaon, si tú quisieras ayudar-

me!.... ¿Dices que le conociste en tu juventud?

—Somos paisanos.

—¿Y qué tal hombre es?

Me llevé el dedo á la frente para indicar ingénio.

—Sí, debe de ser listo..... pero un tunante, ¿eh?

—Sirvió al Rey José.

—¡Afrancesado!

—¿Y tú respondes de que está en Madrid?

—Respondo.

—Ha demostrado en las últimas conspiraciones un atrevimiento y una constancia que confunden—dijo Lozano.

—Vamos, es preciso cogerle aunque no sea sino por dar en los hocicos al mason vergonzante Sr. Villela que le protege.....—dijo el Marqués.—Pipaon, ¿me ayudas ó no?

—Ayudo.

—Soy familiar de la Inquisicion; pondré de mi parte cuanto pueda. ¿No hemos visto á los más insignes hombres de la nobleza, á los Medinacelis y Albas y Osunas, saltando de tejado en tejado, en calidad de alguaciles mayores del Santo Oficio, para perseguir á los criminales?

—Voy á dar á ustedes un resúmen de las fechorías de ese Salvador Monsalud—dijo Lozano de Torres tirando de la campanilla.—Los

corregidores y las audiencias han suministrado algunos datos, los cuales, unidos á los informes que tomé en el ministerio de Seguridad Pública, forman un curioso expediente.

Se presentó un oficial de secretaría, el cual, por indicacion de Lozano, trajo poco despues un grueso legajo.

—Se cree que tomó parte en la conspiracion de Richard para asesinar á Su Magestad—dijo Lozano fijándose en el primer pliego.

—Se cree..... eso es; y debe de ser cierto—indicó D. Buenaventura.—No puede ménos de ser cierto.

—Viósele en Granada en el año 16—continuó Lozano leyendo,—y al poco tiempo estuvo en Murcia y Alicante, donde le protegian Lopez Pinto, el brigadier Torrijos y algunos oficiales del regimiento de Lorena.

—Esa fué la conspiracion del regimiento de Lorena, que abortó por fortuna..... Ojo, señores. Por empeños de Villela fueron puestos en libertad los conspiradores.

—El año 17 estuvo en los baños minerales de Caldetas, donde pasaba por criado del malogrado Lacy, y el 5 de Abril salió de Tarragona con las dos compañías de Quer. Desapareció en Arenys de Mar.

—Desapareció.....—dijo con enfado D. Bue-

naventura.—Si no existiera esta sorda y astuta confabulacion de todos los pillos, no se habria evaporado tan fácilmente.

—Volvió á aparecer en Gibraltar, visitando la casa del judío Benoltas, que dió dinero para la sublevacion de Alicante—continuó Lozano, hojeando los papeles.—Despues se le vió en Murcia muy unido á Romero Alpuente y á Torrijos; pero cuando este fué descubierto y preso, el otro..... desapareció.

—¡Desapareció!.... Lo de siempre.

—Pero al poco tiempo se le vió en Madrid, donde los masones de Murcia tenian tan buenas aldabas. Sostuvo relaciones epistolares con D. Eusebio Polo y con Manzanares, oficiales de Estado Mayor, y otros muchos militares distinguidos que están afiliados en la masonería. Cuando estos fueron reducidos á prision, se pudo echar mano al Monsalud; pero al poco tiempo de encierro.....

—Desapareció. Ya sabemos lo que son esas desapariciones—afirmó colérico el familiar de la Inquisicion.—Los Hermanos del Grande Oriente han tenido buen ojo en la eleccion de sus venerables. Son éstos algunos señores de la grandeza, generales y consejeros como el Sr. Villela.

—Reapareció en Valencia—prosiguió Loza-

no,—á principios de este año. Trabajó con Don Diego Calatrava en los preparativos de la conspiracion de Vidal. Frustrada ésta, fué herido gravemente y preso con otros muchos. Llevado á la cárcel en camilla se le encerró en un calabozo, donde era imposible la evasion. Cuando fueron á sacarle para conducirle al patíbulo, encontraron en su lugar.....

—¿Qué?

—Un muñeco vestido con sus ropas.

—Esto es burla..... Pero sea lo que quiera. Pipaon ha dicho que el *desaparecido* está en Madrid.

—Así me lo han asegurado—repuse.—Creo que podemos saberlo con toda certeza.

—Soy familiar de la Inquisicion, y tú, Pipaon, un hombre listísimo. Si de esta vez no hacemos algo de provecho, tengámonos por dos alcornoques de tomo y lomo.

—Pero si hacemos algo, mi Sr. D. Buenaventura—dije,—que sea para conseguir desenmascarar á un magistrado tan corrompido como el Sr. Villela.

—Vamos,—repuso riendo,—á tí lo que te escuece es la vacante de consejero que Villela se quiere apropiar, caliente aún el cuerpo del Sr. Requena. Por mi parte te juro que aborrezco á Villela. Siempre he visto en él un

hombre tan astuto como peligroso, que está sirviendo á la revolucion.

—Ya se lo dirán de misas. Soy.....

—Cójame usted á ese Monsalud, Sr. D. Buenaventura—dijo el Ministro.—Vamos ¿á que no se atreve usted?

—¿Que si me atrevo? Pipaon: vete por casa mañana. Hablaremos.

—Pues hasta mañana, Sr. Marqués.

—No hay más que hablar.

VIII

Veamos ahora lo que pasaba en mi casa. Detenido en ella el Sr. D. Miguel de Baraona por ciertos achaquillos en las piernas que no le permitian zarandearse en paseos y cafés, mataba el aburrimiento escribiendo cartas ó perorando, si por mi desgracia lograba echarme el guante. Genara hacia vida muy distinta. Ménos ocupada que antes en sus labores de mano, salia á la calle con alguna frecuencia, pasando largas horas fuera. Todo revelaba en la hermosa Genara que traia entre manos un asunto importante, asunto de verdadera accion, que re-

queria tanta actividad como cavilaciones. No tuve que hacer grandes esfuerzos para descubrirlo, porque ella misma me lo reveló todo una noche junto al brasero, despues que Baraona se recogió en su cuarto.

—¿Ha averiguado el Gobierno—me preguntó,—el paradero de Salvador Monsalud? ¿Sabe que está conspirando?

—El Gobierno, señora—le respondí,—lo sabe todo y no sabe nada; mejor dicho, sabiendo que se conspira á más y mejor, es completamente incapaz de descubrir y más aún de castigar las conspiraciones.

—¡Qué Gobierno!—exclamó Genara.—Bien dice mi abuelo que estos que hoy mandan son como los muñecos que se ponen en el campo, cuando se acaba de sembrar: espantan á los pájaros; pero no á los hombres. Diga usted que sabe tanto—añadió con jovialidad,—¿por qué no se habian de encargar á las mujeres ciertas cosas del Gobierno?

—Porque no. Ahí están Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra y otras, que gobernaron á sus pueblos.....

—No, no es eso lo que digo. Gobiernen á los pueblos los hombres: lo que segun mi entender podia confiarse á las mujeres, es un trabajo menudo y que no requiere ciencia de libros,

por ejemplo, el descubrimiento de las conspiraciones.

—En Francia dicen que hay muchas mujeres empleadas en la policía secreta.

—Las mujeres—dijo Genara con gravedad y gracia,—son más leales que los hombres, sirven con más ardor y más honradez á una causa cualquiera, son ménos accesibles á la corrupcion, poseen instinto más fino y mayor agudeza de ingénio, mayor penetracion. Ustedes piensan; pero nosotras adivinamos.

—Es verdad: ustedes adivinan—dije con mucha sorna.—Vamos á ver, ¿ha adivinado usted el paradero de Salvador Monsalud?

—Sí señor—repuso mirándome con fijeza, y sonriendo vanidosa y triunfalmente.—Sí señor; lo he adivinado, lo he descubierto, lo sé.

—¿Pero es broma, es sospecha ó presuncion?....—pregunté lleno de asombro.

—Es certidumbre, Sr. D. Juan.

—¡Es usted un tesoro, es usted una diosa, Genara!—exclamé con entusiasmo.—Pero dígame usted: Esas salidas diarias, esa multitud de recados, esa ocupacion constante durante más de una semana, ¿se han consagrado al servicio de la pátria y del Rey? Me parece inverosímil.

—Si he de hablar con verdad, no he atendido gran cosa al servicio de la pátria y del

Rey..... He tenido fijo el pensamiento en mi esposo acuchillado y moribundo.

—Verdad es que la persona á quien queremos castigar ha sido por mucho tiempo la pesadilla y el espantajo de su familia de usted.

—Yo no sé hacer nada á medias—dijo Genara con solemne voz.—Me impulsaba á dar estos pasos un sentimiento que inflama mi corazon, un sentimiento criminal que ofende á Dios, lo sé; un sentimiento.....

—¡Genara!

—Sí, Sr. de Pipaon, el ódio; hablo del ódio que se ha fijado en mí desde hace algunos años como un puñal que me atraviesa el corazon. Incapaz de tranquilidad, escandalizada de la debilidad de los hombres, que han dejado sin castigo á tan gran criminal, me he lanzado resueltamente y con todo el ardor de mi carácter á un trabajo impropio de mi sexo y condicion. He desfallecido muchas veces, he sufrido grandes sonrojos; pero al fin la fuerza de mi propia pasion me ha dado gran energía, y con la energía una luz extraordinaria. ¡Qué no conseguirá la voluntad de una mujer, su penetrante instinto, su admirable sagacidad!....

—Esas prendas, señora, han revuelto el mundo muchas veces, han provocado guerras y revoluciones,—dije contemplándola fijamente,

por ver si descubria cuáles eran las verdaderas ideas y los sentimientos efectivos de Genara en aquella ocasion.

No era fácil averiguar esto, y en vano clavaba yo los ojos en la marmórea beldad que ante mí tenia. Por experiencia sabia yo que respecto al conocimiento del alma de Genara, era preciso atenerse á lo que decian sus lábios, dejando al tiempo ó al acaso la mision de describir el color y los astros de aquel cielo siempre cubierto de nubes. Al mismo tiempo no podia hacer grandes observaciones fisiognómicas, porque mis ojos, lo mismo que mi atencion, se distraian con el recreo y embobamiento que tan grande hermosura les producian. ¡Lástima grande que bajo aquella serenidad magestuosa, aunque algo artificial como los papeles de teatro, se escondiese, cual serpiente en nido de rosas, el ódio tan ponderado verbalmente por ella!

—Si es cierto—dije,—que merced á las averiguaciones que ha hecho usted, como principal agraviada, se logra descubrir y capturar á ese hombre, el Estado y el Rey están de enhorabuena. Precisamente nuestro amigo el Sr. Lozano bebe los vientos por ponerle la mano encima. ¿Pues y D. Buenaventura?.... Poco contento se vá á poner cuando yo le diga..... Como que nuestro paisano es el alma y la clave de

las conspiraciones. Parece mentira que una señora como usted haya conseguido lo que intentaron hasta ahora en vano tantos y tan buenos espías.....

—¡Espías! Los de la Inquisicion, lo mismo que los del Gobierno, están vendidos á los masones—afirmó Genara con desprecio.

—Cuénteme usted todo; cuénteme usted esos prodigios.

Ella sonrió y por breve rato puso los ojos en el brasero, sin dejar la sonrisa que parecia esculpida en su rostro.

—Si le contara á usted todo lo que he hecho—dijo al fin,—se asombraria mucho de algunas cosas y de otras se reiria, formando mala idea de mí.

—Vamos á ver.

—Es preciso hacerse cargo de la impresion que produjo en mí la vista de ese hombre en la iglesia del Rosario, para comprender las locuras que he hecho. Yo estaba aterrada; parecia que me apretaban el corazon con tenazas de hierro; yo no podia dormir; la terrible imágen iba tras de mí á todas horas, infundiéndome miedo y una congoja extraña.

—Lo conocí.

—Yo presagiaba toda clase de males; atribuia á ese hombre un poder maléfico; tenia un

desasosiego inexplicable. Era tal mi turbacion y lo preocupada que yo vivia, que una noche creí verle deslizarse por esos pasillos como un fantasma.

—¡Genara!

—Sí; la imaginacion me lo puso delante..... ¡y con cuánta verdad! Ví su cara, sentí el ruido que hacia su capa rozando en las paredes.....

Yo me quedé frio.

—Pero no..... no se asuste usted..... yo no creo en fantasmas. ¡Cosas de mis ojos que suelen ver lo que no existe!.... Ya me ha pasado lo mismo otras veces..... Ello es que la propia exaltacion mia me dió fuerzas para sobreponerme al miedo, á la congoja, y furiosa me revolví contra mi atormentador. El placer de castigarle, de hacerle sentir el peso de una mano justiciera dirigida por mí, dió mayor fuerza á mi voluntad. ¡Era preciso buscarle, burlar su astucia, sorprenderle, cogerle, destrozarle!

—Veamos lo que hizo usted.

—Desde luego, sabiendo que ese hombre estaba en Madrid parecia natural creer que vivia en alguna parte.

—Eso no tiene la menor duda.

—Yo pensé de otra manera; yo pensé que viviria en muchas partes.

—Ya..... es decir, que cambiaria todos los

dias de domicilio para desorientar á sus perseguidores.

—Justamente. Pero esta idea tenia poco valor, mientras no se averiguase una por lo ménos de las guaridas del miserable. Empecé sin resultado mis pesquisas, cuando de repente vino en mi ayuda la casualidad, proporcionándome un nuevo encuentro con él cierta noche que volvíamos á casa Paquita y yo un poco tarde.

—¿Y le habló á usted?

—¡Qué disparate! No me conoció: yo sí le conocí perfectamente á pesar de que iba embozado hasta los ojos.

—¿Y dónde fué ese encuentro?

—En la calle Mayor. Eran las nueve. Él iba en direccion á la plaza de la Villa. Paquita y yo veníamos de casa del Sr. Grima, corregidor que fué de Vitoria.

—Y usted y Paquita llenas de terror avivaron el paso para huir de él.

—Al contrario, volvimos atrás..... y le seguimos.

—¿Le siguieron?

—Sí señor. Nos arrebujamos muy bien en nuestros mantones y le seguimos á alguna distancia. Como él anda tan aprisa, llegamos sin aliento á la calle de Santiago.

—Donde se escurrió por algun portal, y aquí paz y despues gloria.

—Entró, sí, en una casa; pero yo no me desconcerté por eso, y con toda serenidad examiné el edificio detenidamente. Era un palacio enorme, pesado y triste, con grandes balcones y un escudo formidable sobre el del centro. Parecia la vivienda de un Grande de España, y Monsalud al entrar en ella iba á visitar á alguien; de ningun modo á quedarse allí.

—Muy bien pensado; pero las casas de los grandes, sobre todo si los grandes que las habitan no son muy grandes, suelen tener bohardillas que se alquilan á gente pobre, y á las cuales se sube por la escalera de servicio.

—Tambien pensé yo esto—dijo Genara demostrándome su prodigioso método de raciocinio;—y para salir de dudas me decidí á preguntar al portero.

—Lo que no dejaba de ser aventurado y sospechoso.

—No me importaba: yo entré resueltamente y dije al portero: "¿Vive en las bohardillas de esta casa una pobre viuda enferma, llamada D.ª Petra, que ha puesto un anuncio en el *Diario*, pidiendo una limosna á las almas caritativas?"—El portero me informó de lo que yo queria saber, diciendo: "En esta casa no hay

bohardillas alquiladas, ni aun vivideras, ni aquí vive nadie más que mi amo el señor Conde.....» Ya estaba segura de que Monsalud no vivia allí y de que más tarde ó más temprano saldria. Paquita y yo nos llenamos de paciencia, y aguardamos.

—¡Qué valor, qué constancia sublime!... En una noche fria..... dos mujeres solas en la calle.

—Nadie se metió con nosotras. Antes de las once Monsalud salió.

—¿Y le siguieron ustedes?

—Le seguimos. Él miraba atrás algunas veces; pero viendo transeuntes indiferentes ó mujeres, seguia tan tranquilo.

—¿Y fué larga la segunda caminata?

—No muy larga. Entró en el café de Levante; pero no por la puerta del local público, sino por otra lóbrega y estrecha que hay al costado y por la cual creo se sube á la tertulia.

—Así es en efecto. Supongo que no entrarian ustedes en el café ni aguardarian tampoco la salida del aventurero, porque tales garitos no se vacian hasta la madrugada.

—Entrar no; pero aguardar sí—me contestó con una serenidad que me dejó pasmado.—En aquella acera, que es de gran tránsito á causa las puertas de los cafés cercanos, hay muchas mujeres y chicos que piden limosna,

castañeras, ciegos que venden villancicos, y tambien muchos rateros y gente sospechosa, con la cual alternan en amor y compañía los alguaciles. Paquita limpió el lodo junto á la puerta por dónde él habia entrado y por donde esperábamos que saliera, y.....

—¡Jesús, María y José!—exclamé interrumpiéndola:—¿fué usted capaz?

—Sí señor; nos sentamos allí—repuso con la mayor naturalidad del mundo.—Con los mantos sobre la cabeza, no nos diferenciábamos gran cosa de la sociedad allí reunida..... Yo no me acobardaba ante ningun obstáculo. Resuelta á marchar derecha á mi objeto, llena y encendida toda el alma con la llama de un aborrecimiento que era mi sosten y mi martirio, no reparaba en dificultades. Solo así se vence, Sr. Pipaon.

—¿Y hasta cuándo duró la guardia?

—Hasta las cuatro de la mañana. Fué aquella noche que estuve fuera de casa. ¿Se acuerda usted? Entré por la mañana diciendo que habia estado acompañando á una amiga parturienta.

—Me acuerdo, sí.

—Hasta las cuatro, sí. Nos levantamos de allí medio heladas—continuó riendo.—Él salió con otros tres; marchó hácia la calle Mayor. Á la entrada de la de Boteros, uno de ellos sese-

paró, y Monsalud con los dos restantes entró en la Plaza. Les seguimos á bastante distancia; pasaron á la calle de Toledo y pasamos tambien nosotras. Detuviéronse en la esquina de la calle Imperial, y entonces resolvimos adelantarnos y pasar junto á ellos para que no sospecharan que les seguíamos. Cuando pasamos oí claramente la voz de Salvador que decia á sus compañeros: «Estoy muy fatigado y me voy á acostar.....» Siguiéndole, pues, hasta el fin, era seguro que sabríamos dónde vivia.

—¡Qué admirable paciencia! El más astuto y diligente alguacil no haria otro tanto.

—Esto no puede hacerlo la justicia que es mercenaria y venal; lo hace una mujer.

—¿Y dónde vivia?

—En la calle de Segovia. Detúvose en una puerta, y despues de dar varios golpes, bajaron á abrirle, y entró.

—Dando fin con esto á las investigaciones de usted, pues no creo.....

—No entramos..... ¡qué disparate! Pero examiné cuidadosamente la casa. En los balcones del piso segundo de ella habia los papeles que suelen ponerse en las casas de pupilos. En la parte exterior del portal habia una muestra que anunciaba lo siguiente: *Pepita Rojo, bordadora en fino.* En el principal, otra tabla decia

Planchadora; y en el tercero habia un balcon roto y algunos tiestos.»

—¿Significan algo el balcon roto y los tiestos?

—Nada; pero lo digo para que vea usted cómo examiné uno por uno todos los accidentes de la fachada de aquella casa, como se examinan las facciones del facineroso que nos ha robado, para poder dar sus señas á la justicia.

—¿De modo que le tenemos allí?

—No cante usted victoria todavía, señor mio, que aún falta mucho por contar..... Nos retiramos á casa. Yo calculaba que un hombre que se acuesta á las cinco de la mañana no podria levantarse muy temprano.

—¿Pues qué? ¿Proyectaba usted nuevas escursiones?—pregunté con la mayor sorpresa.

—Á las ocho, despues de charlar un poco con mi viejo, estábamos en la calle Paquita y yo. ¿No se acuerda usted?

—Sí, me acuerdo.

—Salimos, sí, en direccion á la calle de Segovia. Llegamos: pregunté en el portal por *Pepita Rojo, bordadora en fino,* y dijéronme que vivia en el sotabanco; Paquita entró en la casa de huéspedes del segundo pidiendo pupilaje.

—¡Qué demonio! Fué cuando Paquita estu-

vo fuera de casa tres dias, y usted dijo que habia ido á Daganzo de Abajo á ver á su madre enferma.

—Eso es. Yo entré en casa de la bordadora á encargarle una obra difícil y costosa. Sin hacer alarde de riqueza, me mostré generosa; volví al dia siguiente, llevando un regalito á sus niños; conocí á su marido, que es herrero, y no parecia tener trato alguno con revolucionarios; pero ni mi observacion ni mi dinero me dieron luz alguna.

—¿Y Paquita?

—Vivió allí tres dias. Hízose, por encargo mio, la desenvuelta, para comunicarse fácilmente con los demás huéspedes, y principalmente con un tal Nuñez, algo misterioso, que en la misma casa vivia, teniendo consigo á un primo que se decia recien llegado de Valencia.

—Ese primo.....

—Yo iba á visitar á Paquita, porque ésta no podia hacer gran cosa sola. Apenas habia visto la fisonomía de Monsalud y no conocia el metal de su voz. El tercer dia de mi visita temblé de pavor y al mismo tiempo de alborozo; habia oido la voz del miserable en una habitacion inmediata. Al punto nos encerramos, y Paquita practicó sigilosamente un agujero en el endeble tabique detrás de un cuadro. Oimos algo;

pero nada importante. Nuñez y Monsalud habian llamado á la patrona y contaban el dinero para pagarle, pues se marchaban de la casa. Su conversacion era indiferente y ni una palabra dijeron que indicase cuál iba á ser su nuevo domicilio. Llegó entonces un tercero, salieron todos y metiéndose en un coche que á la puerta les esperaba partieron, sin que fuera posible averiguar nada.

—¡Perdido otra vez! ¿Y no se dió usted por vencida?

—Nada de eso. Mi criada y yo entramos despues en conversacion con la patrona, tratando de descubrir algo; pero nada sacamos en limpio. La buena mujer ponderó la puntualidad y largueza con que semanalmente le pagaba Nuñez, calificando á éste y á su primo de excelentes sugetos. No hacia un cuarto de hora que habian salido, cuando llegaron..... ¿quiénes dirá usted?

—No sé.

—Los alguaciles de la Inquisicion de Córte, con un señor familiar á la cabeza.

—¿A prenderles? ¡Estuvieron buenos!.... Esa gente es como el humo: lo ve uno y no puede echarle mano.

—Tranquilizada y en paz la casa, luego que los alguaciles, con el señor familiar al frente se marcharon, reanudamos nuestra conver-

sacion Paquita, la pupilera y yo. Fingí ser persona de escasos posibles, viuda de un militar, y dije que me acomodaria en aquella casa al lado de mi amiga, si me admitian por poco dinero. Era mi deseo penetrar en la habitacion abandonada por los fugitivos, para ver si habian dejado algun objeto que aclarase un poco las tinieblas en que me encontraba. Enseñóme el cuarto la posadera, y al punto lo examiné todo, paredes, muebles, piso. En un rincon de este habia varios pedazos de papel, una carta rota. En un momento en que estuvimos solas, los recogí, y guardados cuidadosamente, me los traje á casa para juntarlos y leerlos.

Diciendo esto, sacó de su costurero un papel en que estaban pegados los pedazos de la epístola.

—Lo que pude reunir y junté de este modo —dijo mostrándomelo,—no es más que una tercera parte de la carta, y solo resultan frases sueltas de oscuro sentido. Vea usted. «.....mingo á las nueve de la noche te espero en la esquina ....ana vieja no puedes venir á mi casa......... que mi ma......... Caraban......... enojada, furiosa y no mereces......... Andrea.»

IX

—No entiendo una palabra de esta monserga—dije devolviendo el papel.

—Pero basta fijarse un poco para comprender que es una cita amorosa. La firma de la dama es Andrea.

—¡Andrea!.... conozco yo varias Andreas.

—A mí no me importaba conocer á la dama: lo principal era saber el punto en que se verificaria la cita amorosa, y esto bien se descubria reflexionando un poco.

—¿En dónde?

—En la esquina de la calle de la Aduana vieja.

—Es verdad..... el domingo. ¿Y fué usted?

—¿Pues no habia de ir? Aquella noche Paquita y yo la pasamos tambien en claro. Ví á los dos amantes. Se me figura que él no está muy entusiasmado; ella debe valer poco; separáronse pronto.

—¿Y le siguió usted de nuevo?

—Por todo Madrid; hasta que despues de diversas paradas y escalas aquí y allí, paró cerca

de la madrugada en la casa donde vivia y donde vive todavia.

—¡Admirable, sorprendente!

—Desde que descubrí su nuevo albergue comenzó Dios á favorecerme, porque Paquita reconoció en aquella la casa donde vive una parienta suya y paisana, con la cual tiene muy buena amistad. Fué á visitarla al dia siguiente, y por ella supe que el marido de D.ª Teresona (que así se llama la de Daganzo) es portero, conserje ó guardian de la tal casa, perteneciente á bienes mostrencos y habitada por un administrador de estos. El Sr. Roque pertenece en cuerpo y alma al habitante principal de la casa. Es difícil corromperle; pero no así la señora Teresona, que insensible primero á mis ruegos, se ablandó con los regalos que le hice. Todos mis ahorros y el producto de parte de mis alhajas que vendí, lo he empleado en tentar la codicia y ganarme la voluntad de aquella mujer. He penetrado anoche en la casa, y escondida en un miserable cuarto trastero que dá al patio y á la escalera grande, he visto entrar á Monsalud con otros dos, encender luz y encerrarse en la única pieza habitable del piso alto, cuyos largos corredores desnudos, abiertos, frios y solitarios tiemblan y crujen cuando alguien pasa por ellos. Nada más necesito decir

á usted sino que cuando la justicia quiera apoderarse del conspirador, puede hacerlo cómodamente y sin peligro ni ruido.

—Mañana mismo—dije frotándome las manos de gozo.—¡Gracias á Dios! España verá al fin un dia de justicia, ya que ha visto tantos de bajezas, debilidades é infames sobornos.

—¿Y se hará justicia? pregunto yo ahora,—dijo Genara con energía.—Este indigno espionaje que he referido, ¿será un vano capricho de mujer furiosa?

—La Inquisicion sabe dónde tiene la mano derecha.

—La Inquisicion no sabe nada—repusó ella con desprecio.—Sueño con la justicia, y la justicia debe hacerse, debo hacerla yo misma. ¿Para qué he de fiar mi justa venganza á la Sala de Alcaldes y á la Inquisicion? ¿Necesito acaso de ellos? ¿Por ventura no estoy yo aquí?

Al decir esto, el vivo rayo de sus ojos indicaba una contumacia y una virilidad (permítase la palabra) que me infundian miedo. Aquella mujer no necesitaba de nadie para realizar sus ideas.

—Veo—le dije,—que usted será capaz de suplir con su acerada voluntad á nuestra débil é impotente justicia. Á tanto vilipendio han llegado el siglo y los tiempos, que una mu-

jer sola, sin más auxilio que su corazon de fuego y su iniciativa poderosa, podrá dar satisfaccion á la moral pública y á la pátria ultrajada. ¡Admirable espectáculo! ¡Cuán grande es la mujer, cuando quiere serlo! ¡Qué heroismo! ¡Qué leccion á los vanos y corrompidos hombres, señora!.... Dios infunde á una mujer esta energía potente; Dios envia un destello de su justicia sobre el sér más débil y más bello de la creacion, para que la gran idea no se extinga en el mundo. Yace la autoridad hecha pedazos en el fango de las lógias y en las alfombras de los palacios. Dios dá á una mujer el encargo de recogerla, y la gran fuerza vuelve á brillar como un acero terrible sobre la cabeza de los pueblos, atontados y embrutecidos por el democratismo y la revolucion.....

Genara, profundamente abstraida, no contestó nada á mis ditirambos.

—Pero yo—continué con el mismo calor,—yo, en cierto modo representante de esa justicia oficial que tan mal cumple sus deberes, estoy interesado en que recobre su explendor; he adquirido cierto compromiso en este asunto, y por tanto me atrevo á reclamar el delincuente.

—¿Para prenderle mañana y soltarle pasado mañana?—dijo con el mayor desden.

—No, yo juro á usted por Dios que nos oye, que Salvador no quedará esta vez sin castigo..... Pues no faltaba más..... Respondo de ello.....

—Es usted como todos—me dijo gravemente.—Pero este asunto me causa tanto terror, que no puedo empeñarme en llevar adelante mi primer pensamiento. Es una locura, un extravío..... Mi corazon irritado y furioso me ha impulsado hácia un fin terrible; pero en mi alma hay tambien destellos de luz religiosa; tiemblo, retrocedo y me digo: «Genara, ¿qué vas á hacer?...» Mientras buscaba á mi insultador y asesino de mi esposo, no me causaba espanto el considerar la merecida expiacion de sus culpas; pero ahora que le tengo, ahora que le veo en mi poder, casi puedo decir dentro de una jaula, siento frio en el corazon. «¿Qué voy á hacer?» me pregunto. Si fuera hombre, la cuestion estaba resuelta. Si mi esposo estuviera aquí, tambien. Pero me encuentro sola. ¿Qué puede hacer una mujer? Antes me condenaré á los tormentos del despecho toda mi vida, que comprar con oro una mano extraña. Si tan horrible idea cupo un dia en mi cerebro, hoy la rechaza mi corazon.....

«Le tengo en mi poder y vacilo..... Cuando le perseguia, todas las ferocidades del castigo, hasta el asesinato, me parecian naturales.....

Mi mano le coge al fin, y todo es congoja é indecision..... Ahora me acuerdo—añadió sonriendo,—de un caso ocurrido el otro dia y que no por trivial, deja de ser muy apropiado á lo que ahora nos ocupa. Dispénseme usted lo frívolo del cuento y oígalo. Durante muchas noches me mortificaba en mi cuarto un miserable ratoncillo, quitándome el sueño y adjudicándose multitud de objetos de mi propiedad. Cuanto ideamos Paquita y yo para apoderarnos del vándalo fué inútil. Yo me desesperaba, y desvelada por las travesuras ruidosas de nuestro intruso, tramaba mil proyectos de exterminio contra él. Estrujarle, aplastarle, quemarle vivo, ahogarle, todo me parecia poco. Oyendo el rumor de sus dientes y sus menudos pasos, mi corazon se abrasaba (no se ria usted) en furores de venganza. Ningun placer habia comparable al placer de verle en la boca de un gato ó en las tenazas de la cocinera, ó en las manos de un pilluelo de las calles..... Por último, le cogí en la ratonera que usted nos dió. Cuando le ví preso y en capilla, toda aquella tempestad de crueldades que rugian en mi corazon, desaparecieron como por encanto; aparté la vista con horror y repugnancia, y entregando la ratonera á Paquita, le dije: «mátale donde yo no le vea ni le sienta»..... ¿Querrá

usted creer que me puse nerviosa..... què casi estuve á punto de llorar..... que huí corriendo de mi cuarto, porque desde él se sentian los chillidos lastimeros del pobre animal?

—¡Corazon generoso en voluntad firme!—exclamé.—Bien, señora mia; entrégueme usted esta ratonera donde acaba de caer el vándalo. Yo juro.....

—Usted jurará todo lo que quiera; ¿pero de qué valen sus buenas intenciones contra la flojedad del Gobierno? Le prenderán hoy, y mañana.....

—Hay una gran irritacion contra él, y no es fácil que se le suelte. Vea usted cómo la señora Fermina Monsalud cayó en poder de la Inquisicion hace años, y aún se pudre en un calabozo, á pesar de los esfuerzos que hacen los masones para salvarla.

—La prision y el tormento que han dado á esa buena mujer es una iniquidad que me horroriza.

—¡Tambien usted se interesa por ella!

—Por la justicia. Toda infamia me irrita, y jamás perdonaré á mi esposo y á mi abuelo la crueldad con que han tratado á esa pobre señora inocente. ¿Es ella responsable de los crímenes de su hijo?

—Hasta cierto punto.....

—Hasta ningun punto—dijo bruscamente y con enojo.—¡Cuántas veces he reñido con Cárlos, echándole en cara su conducta en este particular! ¿No es inícuo, no es contrario á todas las leyes divinas y humanas atormentar horriblemente á una infeliz mujer, para qué....? para que declare que es cómplice de los crímenes de su hijo. Si no lo es, ¿cómo lo ha de declarar?

Advertí en el semblante de Genara una emocion muy visible, fenómeno raro en ella. Era la primera vez que aparecia conmovida durante nuestro largo coloquio de aquella noche.

—Veo que el ódio de que hablaba usted hace poco—le dije,—tiene tambien sus suavidades.

—Sobre mi ódio está mi justicia—repuso.—Y qué ¿puede negarse que esta iniquidad de mi familia atraerá sobre nosotros la cólera de Dios? Yo preveo desgracias, yo preveo desastres en mi casa. ¡Ay! ¿por qué no somos felices? En este matrimonio, en esta jóven familia llena de tristezas hay una cosa negra que todo lo envuelve.

Quedóse meditabunda. Contemplándola y tratando de penetrar en los antros de su alma, yo decia entre dientes:

—¿Qué misterios hay en tí, mujer? ¿Qué tienes detrás del cielo de esos ojos?

Luego hablé en voz alta, diciéndole:

—Verdaderamente es una crueldad inútil atormentar á esa desgraciada. Se conoce que Salvador bebe los vientos por librarla de los señores inquisidores. Ya vió usted aquella insolente hoja.....

—Debió usted hacer algo en pró de la infeliz—dijo en tono de viva reconvencion.—¡Qué ocasion tiene usted para hàcer una obra de caridad y contentarme al mismo tiempo!

Dijo esto y se levantó con la súbita agitacion de una persona impaciente.

—¿Qué más deseo yo sino agradar á usted?

—Dirá usted que es capricho; pero mi conciencia me repite que es ley.

—Y lo será.

—Usted tiene buenos sentimientos.

—Sin duda.

—Pues haga usted lo que piden la justicia y la piedad: empéñese usted con Lozano para que mande poner en libertad á la mártir Fermina Monsalud.

Yo me quedé perplejo. La animacion de Genara, su encendido color y el rayo de sus ojos, indicaban sensibilidad muy viva. El cambio repentino de aquella alma que habia pasado de la más fria impasibilidad inquisitorial á un arranque de piedad tan ardiente, me confundia.

—Es difícil que Lozano de Torres consienta.....

—Pues me quedo con mi prisionero—exclamó con un destello de ira.—Yo haré de él lo que me convenga.

Alcé los hombros, y sin decir nada, acerqué las palmas de mis manos á la lumbre.

—Me guardo mi prisionero; me guardo mi víctima; me guardo mi reo. Yo le pondré en capilla cuando me convenga.

—Bueno—dije sencillamente.—En ese caso no hay nada que añadir. Lo más que puedo hacer es hablar á Lozano de Torres.

—Y hacerle ver la injusticia y atrocidad que están cometiendo—añadió suavizándose.—¡Ay, Pipaon; desde hace tiempo deseaba yo que alguien de esta casa se interesase por esa pobre mujer! No me atrevia á decirlo por no enfadar á mi abuelo; pero créalo usted, ¡me causaba tanta pena!.... Tenia vergüenza de manifestarlo; ¡parece mentira que cause bochorno la piedad!.... Se me figura además que esta horrible injusticia ha de traer grandes calamidades á mi familia; pienso mucho en esto; estoy viendo venir el castigo de Dios.

—Nada, nada, señora; por mí no quedará.

—Pero qué locuras digo—añadió tranquilizándose.—¡He dicho que guardaba á mi prisio-

nero! ¿Para qué le quiero yo?.... No, la obra de caridad que solicito nada tiene que ver con ese hombre. El perdon de la madre inocente hará resaltar más la justicia si se castiga al hijo malvado.

—Usted ha dicho que se reservaba para sí el prisionero.

—Una tontería, Pipaon. ¿Quiere usted saber ahora mismo dónde está Salvador? En la calle del Divino Pastor, número 4, junto á Monteleon.

—Gracias, gracias.

—Justicia, pido justicia; y pues usted se presta á hacerla en mi nombre, ponga usted en libertad á Fermina Monsalud; líbreme usted de ese remordimiento que sufro yo por crueldades agenas; aparte usted de mi familia y de mí esa sangre que está cayendo gota á gota sobre nosotros, y lo agradeceré con toda mi alma.

—Lo intentaré, señora. Pero estoy confuso. Los extraños sentimientos de usted no se explican fácilmente. De pronto una furia inquisitorial contra el hijo..... de pronto una sensibilidad plañidera en favor de la madre. ¿Qué es esto?

—¿Acaso lo sé yo? Amigo D. Juan, la holgazanería del corazon trae estos extremados apasionamientos.

—¡La holgazanería del corazon!

—La falta de afecciones tranquilas. Mi soledad, el alejamiento de mi marido, el no ser ni madre, ni hermana de nadie, traen un estado en que el corazon ocioso trabaja buscando afectos. Es como un desheredado que ha de ganarse la vida. Trabaja, discurre ó coge lo que encuentra.

—Me alegraré de que el Sr. D. Cárlos vuelva pronto. Entretanto, señora, abogaré por la mamá, y en cuanto al hijo.....

—No le nombre usted más—repuso volviendo el rostro con repugnancia.—Lo que resta por hacer no me corresponde á mí. Cójale usted, enciérrele, mátele, descuartícele enhorabuena. No me verá usted conmovida ni alarmada, con tal que el castigo se haga lejos de mí.

—Le cogeré, le encerraré, le mataré, le descuartizaré.

Le entrego á usted la ratonera—dijo riendo,—y aparto la cara y me tapo los oidos. Mi rencor acaba donde empieza el verdugo.

—Muy bien; en el otro asuntillo, yo hablaré mañana mismo al Ministro.

—No diga usted que es cosa mia. Si Cárlos lo supiera.....

—No; lo haré por mi cuenta. Dudo mucho que consiga nada.....

—Insista usted. Ponga usted ese favor por condicion ineludible para la entrega del conspirador más atrevido de estos tiempos.

—No es mala idea. ¿Y no se nos escapará de aquí á mañana?

—¿Cree usted que he gastado en balde mi dinero y mi tiempo?—dijo en tono de seguridad.—Esté usted tranquilo.

—Pues no hay más que hablar.

—Nada más.

Y nos despedimos para retirarnos.

X

Al dia siguiente, cuando me disponia á salir, entró un amigo y me dijo que corria por Madrid la noticia de que dejaba el Ministerio de Gracia y Justicia el Sr. Lozano de Torres. Esto varió de improviso el curso de mis ideas, obligándome á apresurar mi visita al mencionado señor, y quitándome al mismo tiempo las pocas esperanzas que tenia de conseguir de él lo que á solicitar iba, por ser muy difícil tocar la fibra de la piedad en un Ministro sentenciado. Pero no habia dado veinte pasos por la

calle Ancha, cuando otro amigo, oficial en el ministerio de Gracia y Justicia, me detuvo, diciéndome:

—En la casa se asegura que sucederá á don Juan Estéban el señor marqués de M***.

Nuevas confusiones en mi cabeza. Poco despues estàba en el despacho de su excelencia. Cuando yo entraba entró tambien el Sr. D. Ignacio Martinez Villela, circunstancia que no carecia de significacion para mí. El Sr. Lozano estaba meditabundo y como acongojado, sin duda porque veia encima el palo con que la Magestad de Fernando iba á recompensar un amor desmedido. Á nuestras preguntas, no obstante, contestó que nada sabia de destitucion, y que el Rey se habia mostrado la noche anterior más cariñoso que nunca, lo cual, en puridad, no queria decir nada. Pero lo que más me sorprendió desde el principio de mi visita, causándome mucho gusto, fué que el Ministro recibió á Villela con extraordinarias muestras de aprecio.

—Ya le he dicho á usted—manifestó éste,—que há tiempo que el Marqués le mina á usted el terreno. Usted no quiere hacer caso de mí; usted no quiere seguir mis consejos.....

El zorro no contestó nada, y seguia muy taciturno.

—Ya nos cayó que hacer—dijo jóvialmen-

te Villela, sacando su caja de tabaco,—porque el Sr. D. Buenaventura vá á entregarse á la persecucion de masones con un celo lamentable, y ahora..... ya se sabe..... vamos á ser masones y jacobinos todos los que no pensamos como él. Seré mason yo, será mason usted.....

—¡Yo!...—dijo el Ministro.

—Sí; ahora, amigo mio, todo aquel que no tenga la suerte de agradar al Sr. Marqués..... ya se sabe.

—Pues que no me busque el Sr. Marqués—exclamó Lozano súbitamente arrebatado de ira,—porque me encontrará.

Villela rompió á reir. Su doble barba temblaba al compás de la risa.

—Pero hombre; si se lo estoy diciendo á usted.....—gruñó D. Ignacio,—y usted no quiere creerme; y usted cada vez más condescendiente con el Sr. Marqués; y usted erre que erre, creyendo que el Sr. Marqués es el brazo derecho de la Nacion. Hace tiempo que en esta casa somos tratados como perros todos los que no tenemos esa acendrada admiracion y culto por el ínclito marqués de M***.

—¿Como perros?

—Ó como masones. Hace tiempo que aquí le niegan á uno hasta los favores más insignificantes, si no obtienen la vénia del Sr. D. Bue-

naventura, de esa lumbrera, sin cuyos resplandores parece que los de esta casa no se ven la punta de la nariz.....

—Pues qué, ¿no he accedido á todas las peticiones de usted?—dijo el Ministro con pena.

—Á ninguna, Sr. D. Juan Estéban. En cambio el Sr. Marqués, á quien se indica para sucesor de usted y que tanto trabaja para conseguirlo, no ha tenido más que boquear para ver realizados toda suerte de antojillos. Ya se cobrará los favores que ha recibido: descuide usted. Ahora, es corriente, todos somos masones. Preparémonos, Sr. D. Juan Estéban, á que caiga sobre usted y sobre mí la familiaridad del familiar.

—¿Qué dice usted á esto, Pipaon?—me preguntó el Ministro.

—Solo sé que en Madrid no se habla de otra cosa que de la entrada del Sr. D. Buenaventura en este Ministerio—dije con gran aplomo.

—No se habla de otra cosa.....—repitió Lozano sin poder disimular que tenia traspasado el corazon.

—Y un amigo mio que ahora venia de Palacio me lo dijo tambien—añadí.—Si aquí no hay nada seguro..... ¿De qué sirven una lealtad acrisolada, una disposicion extraordinaria y una experiencia no comun?... Pero consuéle-

se usted, Sr. Lozano de Torres, con saber que quedarán en el país excelentes recuerdos de la paternal administracion de usted.....

—¿Sí, eh?

—Es evidente. El hombre honrado, el hombre inteligente, el hombre que cumple con su deber, tiene por premio la admiracion y el respeto de los pueblos, ¿qué más quiere?... Goza usted fama además de hombre benigno y que aborrece las crueldades.....

—Lo que es eso.....

—Hasta cierto punto—dijo Villela sonriendo.

—Hasta donde se ha podido—dije yo.—El Sr. Lozano no abandonará esta casa, sin dar la última prueba de su caritativo corazon y sentimientos cristianos. Sí, ¿por qué no he de decirlo de una vez? Hoy vengo aquí con una pretension de generosidad que proporcionará á usted, amigo mio, ocasion de mostrar la bondad de su alma.

—Para pedirme una obra de caridad, no se necesita tanto aparato— dijo el Ministro.—Si no es más que eso.....

—Vengo á solicitar en nombre y á peticion de varios paisanos mios, que la Inquisicion de Logroño ponga en libertad á Fermina Monsalud, inícuamente atormentada.

Lozano de Torres frunció el ceño.

—Aquí te quiero ver—dijo Villela echando hácia atrás el inmenso cuerpo y riendo como un ídolo asiático.—Si esa es la peticion que yo hice el otro dia..... pero no, no agrada al señor D. Buenaventura..... ¡Pues no faltaba más sino que se fuera á poner en libertad á una mujer inocente!... ¡Duro en ella, Sr. Ministro! La religion y el Estado exigen que esa mártir perezca.

Sus risas atronaban la sala.

—Aquí hay una madre presa y un hijo que conspira—dijo el Ministro.

—Eso es—gruñó Villela.—¿No se puede coger al hijo?.... pues descoyuntar á la madre. ¿Hay nada más lógico?

—Es una iniquidad—dijo Lozano con movimiento repentino.—Esa pobre señora debe ser puesta en libertad.

Alargó la mano para tomar pluma y papel.

—Tate, tate—exclamó con toda la fuerza de su mordaz ironía el elefante.—¿Qué vá usted á hacer? Cuidadito, se enojará D. Buenaventura.....

—Es una obra de caridad.

—Masónico, eso es masónico puro—gritó Villela dejándose caer en el sillon.

—Mandaremos al Consejo Supremo que disponga inmediatamente la libertad de esa mujer—dijo Lozano escribiendo.

—Hombre de Dios—manifestó el Consejero variando al fin de tono y hablando sériamente,—¿no solicité lo mismo hace tres dias? Ha necesitado usted que otro lo recomendara para hacerlo.....

—Mis paisanos.....—indiqué yo.

—Sr. Pipaon—dijo Villela volviendo de nuevo á las burlas.—Usted es mason.

—¿Por qué?

—Porque ha pedido que se pusiera en libertad á una víctima de la Santa..... y tambien yo soy mason, porque lo pedí antes, y tambien es mason el Sr. Lozano, porque lo concede. Preparémonos á que los espías del Marqués se metan en nuestras casas.

Lozano escribia.

—¿Usted manda á la Suprema que dé las órdenes?—preguntó el Consejero mirando por encima del hombro de Lozano lo que éste escribia.

—¡Á raja tabla!—respondió Torres echando una rúbrica que parecia una puñalada.

Estaba furioso. Parecia un gatillo contrariado, y cuando tiró de la campanilla para llamar á un oficial, sus ojuelos azules despedian un fulgor vengativo.

—Ya está hecho—dijo con el placer de quien ve el éxito de su primer rasguño.

—Ha hecho usted una obra admirable—afirmó Villela alargando sus brazos hácia el Ministro;—permítame usted que le abrace. Y ahora me toca á mí. Tenemos que hablar mucho. Si Pipaon tuviera la bondad de dejarnos solos.....

—Precisamente tengo que hacer.....

Dí las gracias á Lozano, que me reiteró verbalmente su estimacion. Villela me dijo al despedirme.

—El Ministro y yo vamos á hablar de masonería. Si ve usted á D. Buenaventura, denúnciele esta lógia.

—Pues hablemos de masonería—repitió Lozano sentándose junto á la corpulenta humanidad de su amigo.—Pipaon, adios.

Yo estaba tan sorprendido como satisfecho. Presentábanseme aquel dia las cosas á pedir de boca, pues despues de conseguir del Ministro amenazado lo que poco antes me parecia imposible ó al ménos dificilísimo, me quedaba ancho y expedito el camino para congraciarme con el Ministro sucesor, proporcionándole uno de los más vivos goces que pudiera anhelar. La Providencia que jamás me abandonó, disponia en aquella ocasion que quedase bien con todos, bien con Lozano de Torres, y mejor aún con el Marqués, principal iman de mis complacencias á la sazon, porque los servicios que yo le pres-

tara habian de influir mucho en la provision de la primer vacante en el Consejo.

Recibióme D. Buenaventura muy gozoso, aunque con modestas razones aseguró no tener noticia de su proximidad al sillon de Gracia y Justicia. Cuando le comuniqué las verídicas noticias que llevaba, púsose muy alegre y al punto se vistió para ir en busca del Gobernador de la Sala de Alcaldes, y del Sr. Alguacil Mayor de la Inquisicion de Córte. El Estado y la Iglesia estaban de enhorabuena. Tomáronse desde por la mañana con el mayor sigilo todas las precauciones imaginables, porque el señor don Buenaventura era uno de los esbirros más celosos y más diligentes que por entonces tenia el absolutismo. Para que se vea qué vehemencia acostumbraba poner aquel piadoso varon en sus gestiones inquisitoriales, dejaré hablar por un momento á un célebre cronista de la masonería de aquellos tiempos (1).

"El marqués de M***, familiar del Santo "Oficio, hombre fanático por la Inquisicion, y "oficioso por ella con delirio, habia por sí y "ante sí organizado una tropa de espías, que él "pagaba á sus propias expensas y en la que "figuraba con distincion un antiguo oficial

(1) Van-Halen. *Memorias.*

"suizo, que conociendo el flaco de este co-"rifeo, lo embaucaba y hacia creer mil maravi-"llas. Nadie osó ofrecer al Rey mi nueva "captura con la decision y afirmativa que este "digno caballero."

D. Buenaventura, aunque marqués, vivia en una casa de huéspedes de la calle de la Abada. Era amigo de la casa y obsequiador de las tres hermosas niñas de la patrona un tal Nuñez, compinche de los conspiradores, el cual se habia dado muy buenas trazas para espiar á los espías del Marqués y al Marqués mismo de un modo tan seguro como ingenioso. Y fué que las niñas habian practicado un agujero en el tabique de la estancia del familiar, el cual huequecillo, cubierto con un mapa, les permitia oir desde la pieza inmediata cuanto en aquella se decia. Desde que iba el suizo á dar parte de sus pesquisas ó á recibir órdenes de D. Buenaventura, ya estaban las niñas con el oido pegado á la pared, y junto á ellas el travieso Nuñez. Véase por esto si daria resultados la policía del Marqués.

Cuando todo quedó concertado, despues de mis revelaciones para dar el golpe seguro contra el astuto agitador aquella misma noche, mi ilustre amigo y protector, me dijo:

—Querido Pipaon, no puedes figurarte cuán-

to hemos penado el Sr. Alguacil Mayor y yo noches pasadas. Recorrimos toda una manzana de casas, saltando de tejado en tejado, más parecidos ambos á gatos que á grandes de España. El Sr. Duque se destrozó una pierna contra la reja de una bohardilla, y yo resbalé por las tejas..... ¡ay! poco me faltó para rodar hasta el alero y caer á la calle..... Y por fin de fiesta, no cogimos nada..... por todas partes gente honrada y piadosa. Madrid, y sobre todo los pisos altos, desvanes, sotabancos y chiribitiles están atestados de modelos de virtud..... Los espías que pago son perros jóvenes que apenas tienen olfato..... se equivocan siempre. Denuncian un conspirador herege en tal ó cual bohardilla, vamos allá y resulta un ex-abate hambriento que compone villancicos y romances para los ciegos..... Nos hablan de una lógia, corremos á ella, y despues de rompernos las piernas contra las chimeneas, hallamos un altar donde se adora entre flores y velas á la Santísima Vírgen..... Ó los espías no sirven para el oficio ó la sociedad toda es una mentira y pura hipocresía y enredo..... En fin, si es verdad lo que me has dicho, esta noche haremos algo de provecho, mayormente si Su Magestad se digna nombrarme ministro. Como supongo que estarás impaciente por saber el

resultado del golpe, en cuanto todo esté hecho, te mandaré un recado con Perico.

Yo dejé á D. Buenaventura entregado á sus dulces proyectos, y despues de despachar varios asuntos, me retiré ya de noche á mi casa, donde me encontré á D. Antonio Ugarte, que pocos dias antes habia llegado de Andalucía y me estaba esperando para hablar conmigo, segun dijo, de un negocio interesante.

Desde que le ví, dióme un vuelco el corazon, anunciándome con su ignoto lenguaje que algo grave iba á decirme y á tratar conmigo aquel personaje. Era Ugarte el hombre á quien yo más respetaba en aquella época. Su suprema inteligencia y tino me subyugaban de tal modo, que no podia dejar de obedecerle ciegamente. Sus presunciones, sus barruntos, eran leyes para mí; y á pesar de mi amistad con diversas personas, solo aquella influia de un modo poderoso en mis ideas y en mi conducta. Al mismo tiempo él me tenia por auxiliar tan poderoso de sus planes, que yo me podia llamar su brazo derecho. Ugarte no podia ir á mi casa para una tontería. Advertí que traia un paquete bajo la capa; algo estupendo iba á salir de sus sibilíticos lábios. El coloquio que ambos sostuvimos encerrados en mi cuarto y sentados frente á frente, es tan útil para la

perfecta inteligencia de estas *Memorias* mias, que no puedo pasarlo en silencio.

XI

—Pipaon—me dijo con el tono reprensivo que empleaba siempre para echarme en cara mi conducta, cuando ésta no le convenia,—de algun tiempo á esta parte estás haciendo tantas y tan grandes tonterías, que apenas te conozco. No solo te haces daño á tí mismo, sino que me lo haces á mí.

—Ya me dijo usted, Sr. D. Antonio—le respondí con humildad,—que encontraba censurable mi empeño en ser consejero; pero tambien he dicho á usted que no es por el huevo sino por el fuero; que es para mí un caso de honra, de dignidad.

—Nada de eso hace al caso. Importa poco que lo pretendas por esta ó la otra razon; lo que encuentro perjudicial y aun soberanamente nécio es que lo solicites, cualquiera que sea el motivo. Llevas trazas de no conseguirlo nunca, y aun de perder lo que has adelantado en tu carrera.

Como no podia penetrar el sentido de aquellas razones, esperé sin decir nada á que el gran Antonio I me las explicara.

—Mi situacion en la Córte no es hoy lo que hace un par de años—dijo muy preocupado,—ni la tuya tampoco.

—Desde la compra de los malhadados barcos rusos—respondí,—nos hemos averiado un tanto, y navegamos mal. Demos gracias á Dios por no habernos estrellado ya.

—¡La compra de los barcos rusos!—exclamó fija la vista en el suelo y moviendo la cabeza.—Ahí tienes un servicio eminente prestado á nuestro país, y sin embargo nadie nos lo ha agradecido.

Hice un esfuerzo supremo para no reirme.

—Verdaderamente—añadió D. Antonio,—los barcos no valian ni para leña. Hablando aquí en confianza, amigo Pipaon, yo no creí que fueran tan malos. El señor bailío me aseguró que podian hacer un viaje.

—No creo que sea posible hacer un negocio peor, Sr. D. Antonio; dígolo con referencia al país. Si las quinientas mil libras que nos dieron los ingleses para indemnizar á los perjudicados por la abolicion de la trata, se hubieran repartido equitativamente entre los españoles pobres.....

—No te hagas eco tú tambien de las vulgaridades que se hablan á propósito de los cinco navíos y la fragata que compramos al Emperador de Rusia—dijo con cierto enfado.—Si ha resultado que esos buques están podridos, la culpa no es mia. ¿Entiendo yo de barcos? Además aquí no quieren sino gangas. ¿Pues qué, con quinientas mil libras, ó sean cincuenta millones de reales, se podian cómprar seis buques acabados de salir del astillero?

—Sr. D. Antonio, si el gran Alejandro sigue con tan buen ojo para los negocios, pronto no cabrá el dinero en todas las Rusias de Europa y de Asia.

—¿Y á mí qué me cuentas?—dijo amostazándose más.—El tratado secreto que se celebró para comprarlos, firmélo yo como *secretario íntimo*; pero fué el Rey quien lo hizo. Era tal su impaciencia por cerrar el trato de una vez, que estaba el hombre desasosegado y fuera de sí. Yo quise ir con tiento, yo quise establecer alguna garantía; pero amigo Pipaon, si vieras cómo estaba, cómo se puso ese hombre..... Parecia sediento, ávido; parecíale que si no se compraban pronto los barcos, se iban á convertir en humo las quinientas mil libras de los ingleses. ¿Qué dices á esto?

—Parece mentira que tal haga y de tal modo

se apure un hombre que tiene á su disposicion más de cien millones del Tesoro público y otras gangas.....

—Si es un saco roto. ¡Y el vulgo nécio cree que de la compra de los cachuchos podridos me he aprovechado yo!....—dijo Ugarte con cierta expresion que indicaba como lástima de sí mismo,—¡yo, Pipaon!.... No me ha tocado sino una miseria, un bocado, indigno de mí y de los muchos afanes que pasé. Pero querido, los revolucionarios se valen de todos los medios..... Ni los barcos son tan malos como dicen, ni es absolutamente imposible que se den á la vela.

—Los marinos han dicho que no se embarcan en ellos.

—¡Los marinos! ¿Ignoras que todos están vendidos á la masonería?.... Pero es preciso desplegar gran energía contra esa gente; si no..... Al capitan de navío D. Roque Gruzeta se le ha puesto preso por haber dado un informe desfavorable á los cinco buques.

—Es que no quieren embarcarse, Sr. D. Antonio; es que nadie quiere ir á América.

—Exactamente; ese es el mal primero y más grave, y ayer se lo he dicho claramente á Su Magestad. Ni militares ni marinos quieren correr los riesgos de una navegacion larga, ni exponerse á las epidemias de América, ni ménos

entrar en campaña con los insurrectos en un país tan vasto como aquel. Los que vuelven, escuálidos y moribundos, quitan á los expedicionarios las pocas ganas que tienen de embarcarse. Con esta cobardía general, toda guerra ultramarina es imposible, y las Américas se pierden, amigo Pipaon.

—Claro es que se pierden. Si este último esfuerzo no dá algun resultado.....

—¿Qué esfuerzo, ni qué niño muerto? ¿Pero tú crees que las tropas del ejército expedicionario que yo dispuse llegarán á embarcarse? ¡Necedad! Fuí á Cádiz hace poco y pude ver por mí mismo cómo está aquella gente. Hay que oirles, amigo. Con decirte que no hay un solo oficial que no esté afiliado en alguna sociedad secreta, está dicho todo. Hablan con el mayor desparpajo del mundo de ideas liberales, de constituciones, de democracia, de soberanía nacional y aun de república. En los círculos de oficiales y en los cuerpos de guardia no se oye otra cosa que versitos, pullas y chascarrillos contra el absolutismo, contra el Rey absoluto y contra todas las personas que le rodean. Hay allí una atmósfera que marea; al llegar á la Isla se respira revolucion, como al acercarse á un incendio se respira humo.

—No estaba yo muy seguro de las aficiones

absolutistas de los oficiales del ejército, especialmente de los pertenecientes á cuerpos facultativos—dije participando de las inquietudes de D. Antonio,—pero no creí que las so ciedades secretas estuvieran tan extendidas.

D. Antonio dió una especie de silbido, que indicaba la plenitud de su creencia en punto á la enorme extension de las sociedades secretas.

—Estás en Babia, Pipaon—me dijo sonriendo.—Las sociedades secretas, llámalas masonería, clubs, orientes, ó como quieras, ofrecen hoy una ramificacion inmensa y completa dentro de la sociedad. En ellas está comprometida toda clase de gente. ¿Crees que solo los perdidos son masones? ¡Error, amigo mio, vulgaridad supina! Altos personajes.....

—Eso lo sé tambien. Podria citar aquí media docena.....

—¡Media docena! Yo te citaré centenares. De algunos no tengo seguridad completa; pero de muchos no puedo dudarlo, porque tengo datos irrecusables. ¡Y qué hombres, y qué nombres! Precisamente los que mejor suenan en los oidos del absolutismo son los que más se pronuncian hoy en las lógias. Ministros, tenientes generales y algun capitan general, vicealmirantes, infinidad de brigadieres, consejeros de Estado, alcaldes de Casa y Córte, fa-

miliares de la Inquisicion, hasta inquisidores, hasta canónigos, hasta frailes hay en la masonería. No me asombraré de ver en ella á un señor obispo el mejor dia..... Por de contado, el núcleo, la base, el amasijo fundamental de este gran pastel que se está cociendo y que pronto fermentará, si Dios no lo remedia, lo forman los oficiales de todos los cuerpos que guarnecen la Córte y las principales ciudades y plazas del Reino.

—Vamos, es para volverse loco.

—No; hay que tomarlo con calma, con mucha calma y sangre fria—repuso D. Antonio mostrando gran dósis de ellas en su voz y semblante.

—Pero entonces, ¿qué vá á pasar aquí?

—Qué sé yo..... allá veremos—dijo alzando los hombros;—pero cualesquiera que sean los acontecimientos que han de venir, Pipaon, es preciso estar preparado para ellos.

—¿Y cómo?

—Todo será segun y como venga lo que ha de venir—dijo con aplomo.—Ninguna cosa, ni aun la revolucion, es mala de por sí. Todo depende del procedimiento, de la conducta.

—Si mal no recuerdo, Sr. D. Antonio, he oido decir que frente á las sociedades masónicas, se ha formado tambien una especie de ma-

sonería absolutista que se llama *La Contramina*, y cuyo objeto es atajar la revolucion, ó ahogarla ántes de nacer.

—Ríete de contraminas—repuso.—Conozco á los principales indivíduos de ella, y con decirte que esa anti-conjuracion la ideó el marqués de M*** está dicho todo. Nada, nada, Pipaon, es preciso huir siempre de los nécios y no hacer nada comun con ellos. Todo lo que hoy intenta el Gobierno contra las sociedades secretas; su tardía diligencia contra ellas, es pura necedad. No se lucha contra todas ó casi todas las capacidades del Reino, en milicia, en dinero, en talento.

—¿Esas tenemos?—exclamé asombrado al ver cómo iba creciendo el fantasma masónico que Ugarte ponia ante mis ojos.

—Esas tenemos, sí; y todo lo contrario, es necedad y ridiculez. Por ejemplo: tú, poniéndote al servicio de Lozano de Torres, y haciéndote lugarteniente del marqués de M***, llevando mensajes al primero y ayudando al segundo en sus espionajes grotescos por tejados gatunos y casas de huéspedes, eres tan soberanamente nécio, que al saberlo me he visto en la precision de venir á atajarte, á salvarte, á salvar tu porvenir y tu carrera, comprometidos con la amistad de esos hombres.

Sin acertar á decir nada, miré á D. Antonio lleno de asombro. El punto grave de nuestra conferencia habia llegado.

—¿Piensas tú que vás á sacar algun provecho de tu servilismo? ¿Piensas atrapar de ese modo la plaza de consejero?—prosiguió.—¡Cuán equivocado estás! Lozano y el marqués de M*** á pesar de todos sus humos, y aunque el uno suceda al otro en el ministerio, son hoy dos fantasmas en la Córte. Su valimiento es pura farsa y engaño. Agárrate á sus faldones y te hundirás con ellos.

—Verdaderamente, Sr. D. Antonio—repuse,—despues que he dejado de frecuentar la cámara de Su Magestad, vivo á oscuras de todo.

—Se conoce. Estás con una venda en los ojos; marchas á tientas y te estrellarás sin remedio. Yo tambien estoy apartado de Palacio; ignoro lo que allí pasa; he perdido relaciones muy útiles allí, y ando como tú, algo desorientado; pero hace tiempo que empiezo á ver claro, y de resultas de mis recientes observaciones, he sacado en limpio que es un suicidio tratar de oponerse al creciente poder de las sociedades secretas.

Abrí los ojos con espanto.

—Durante algun tiempo—continuó D. An-

tonio,—me he dedicado á observar esta sociedad, como observa el médico á su enfermo: le he tomado el pulso y le he mirado la lengua, Pipaon; me he fijado escrupulosamente en todos los síntomas, y he comprendido que el enfermo vá á dar un estallido.

—¡Un estallido!.... ¡una revolucion!....

—Pues qué, ¿lo dudas tú?.... Por mi parte no moveré la mano para impulsarla, ni tampoco para contenerla—dijo mirando al techo.—Soy agente de negocios: yo no soy hombre político. Si los grandes errores cometidos traen una conmocion popular, casi, casi..... les está bien merecido. Lo que ahora me preocupa es que cuando esa revolucion venga (y ten por seguro que vendrá), no me incluya á mí entre los absolutistas rabiosos..... ¡Pues no faltaba más! Yo no soy amigo del despotismo puro; yo he aconsejado la templanza.....

—Y yo tambien.

—Mi plan—continuó,—es el que debe servir de norma á todo español honrado: ni impulsar ni perseguir la revolucion. ¿Que viene? pues muy señora mia. ¿Que no viene? Pues lo mismo que antes. Yo no daré un céntimo para sediciones militares; pero tampoco reñiré ni me enemistaré con la flor y nata del Reino en talentos, armas y riquezas..... porque te lo re-

pito, Pipaon, lo más granado está hoy en las sociedades secretas.

—Vamos, que á usted, Sr. D. Antonio, se le están pasando las ganas de hacer una visita á las lógias y codearse con lo más granado.

—No; en eso te equivocas. Jamás iré á las lógias. Yo soy agente de negocios; yo no soy hombre político..... Pero debo ser franco contigo. Si personalmente no quiero ir, no me disgustaria tener algun contacto con esa gente.

Yo empezaba á comprender.

—Esa idea me parece admirable, Sr. D. Antonio—dije.—Nunca está de más poner una vela al diablo.

Ugarte se sonrió, y luego en tono resuelto continuó de este modo:

—En una palabra, Pipaon, cuando se me ocurre un asunto delicado, una dificultad de esas que requieren tacto, cordura y mucha discrecion para ser resueltas, miro á todos lados y no veo más que un hombre, tú.

—Dígamelo usted de una vez, ¿á qué andar con rodeos?

—Pues bien, amigo querido, hazte mason.

No pude ménos de soltar la risa, y D. Antonio me acompañó festivamente en mi desahogo.

—Para tí y para mí, este paso que te acon-

sejo no puede ménos de ser provechoso. Hazte mason, con reservas se entiende. No creas que en las sociedades secretas es todo misterio, lobreguez, sangre, horror, barbas largas, palabras enigmáticas; nada de eso. Hoy los masones son la gente más cortés y más amable del mundo..... Vas allá; yo buscaré quien te lleve; procuras hacerte pasar por muy entusiasta. Dí á todo amen, y cuando los otros den un grito á la Constitucion, tú das cuatro.

—Entendido.

—Además, no es preciso dejar de ser sincero. Puedes abrazar la nueva idea con entera buena fé, porque esto lleva camino, hijo mio..... ¿Lo harás?

—No tengo inconveniente.

—¿Romperás con Lozano de Torres, el marqués de M*** y demás hermanos venerables de la necedad?

—Romperé.

—¿Dejarás el papel de espía y buscador de masones?

—Lo dejaré.

—¿Me darás cuenta de todo lo que veas, oigas y entiendas?

—La daré con mucho gusto, Sr. D. Antonio; me ha hecho usted ver nuevos horizontes con unas cuantas palabras. Adelante.

—Adelante. Lo principal es que dejes de mostrar empeño en la persecucion y castigo de los muchos reos políticos que andan por ahí. Esta oficiosidad, de que ahora haces alarde, puede serte perjudicial en los momentos presentes, y altamente nociva en los venideros.

—Pues que triunfen y se diviertan los reos políticos.

—Es más, amigo Pipaon. Desde el momento en que vas á ofrecer tu cooperacion á los oscuros trabajadores de las lógias, tu deber es amparar á los que se vean comprometidos..... No te asustes; podria citarte una docena de señorones graves, firmísimas columnas del Estado en el Consejo y en la milicia, los cuales han sido encubridores de la mayor parte de los comprometidos en las conspiraciones de Porlier, Lacy y Torrijos. La historia secreta de estas tentativas es muy curiosa. Los pobrecitos inmolados ofrecieron con su sangre tributo externo al derecho público; pero tras los cadáveres de Lacy y Porlier, amiguito, se han escurrido impunes muchas personas, cuyos nombres han sonado siempre bien en Palacio.... ¿Conque entrarás por la nueva vía?

—Entraré. Usted ha venido á dar á mis ideas giro distinto del que llevaban. Vivo algo retraido, y cuando usted está fuera de Madrid

apenas conozco hácia dónde vá la marejada.

—¡Ah!—exclamó con cierta tristeza;—la marejada vá hácia adelante..... y más que de prisa.

—¡Pues que vaya!—exclamé yo con alguna vehemencia.

—Nos veremos. Nos pondremos de acuerdo—dijo poniendo sobre la mesa el paquete que traia y que estaba compuesto como de medio centenar de pequeños cuadernos.—Entretanto, hazme el favor de repartir estos folletos á los amigos. Esto se hace con cautela: un dia das uno, otro dia das otro..... Es preciso que vaya cundiendo.

—Pero, ¿qué es esto?

—Un admirable folleto que ha escrito en Lóndres Flores Estrada. En él se pintan de mano maestra los males de la Nacion. Es obra que no tiene desperdicio: lo digo aunque no soy de los mejor tratados.

—Bien; se repartirá poco á poco.

—Todos los dias te echas uno en el bolsillo.....

—Entendido, entendido.....

—Conque adios. Veámonos con frecuencia, para que me tengas al tanto de lo que haces y de lo que ves.

—Todos los dias; adios, mi Sr. D. Antonio—dije estrechando sus nobles manos.

—Pues me voy tranquilo. Ya sé que cuento con un auxiliar poderoso.

—Nosotros, ya se sabe.....—afirmé abrazándole,—amigos hasta la muerte.

—Gracias, gracias. Adios.

Cuando Ugarte se marchaba, un criado llegó á la puerta y me entregó una carta, que decia:

"¡Victoria, amigo Pipaon, victoria completa! El criminal y sus cómplices están ya en poder de la justicia. Ni uno solo ha podido escapar. Para celebrar tan fausto suceso, vente á cenar conmigo....., el marqués de M***."

XII

Contesté excusándome y me quedé en casa. Necesitaba meditar.

Poco despues de anochecido, entró Genara á decirme que la cena estaba preparada, y le dí la carta para que la leyese.

—Ya ve usted—le dije,—que la justicia oficial, cuando quiere tener ojo de lince y brazo de hierro.....

La señora no hizo ademan alguno de ale-

gría. Tampoco se entusiasmó mucho cuando le dije que estaba conseguida la libertad de doña Fermina Monsalud, aunque me dió las gracias, asegurándome que habia librado su alma de un gran peso. La cena pasó triste y grave, hablando Genara y yo de asuntos indiferentes. Como le preguntase los motivos de su melancolía, me dijo:

—Hace muchos dias que Cárlos no me escribe, y estoy con cuidado.

—Se habrá puesto en camino.

—¿Sin avisármelo?—exclamó vivamente y como enojada.

Poco despues dimos tertulia al Sr. de Baraona, que no salia de su habitacion, y para alegrarle un poco el espíritu le notifiqué la prision de su enemigo.

—Tengo poca fé—respondió,—en el rigor de estos señores. ¿Quién me asegura que el criminal recien aprehendido no se paseará mañana por las calles de Madrid? Ya te he dicho, querido Pipaon, que la justicia está minada. Es como un doble edificio: en sus magníficas salas se sientan jueces de carton que sentencian y discuten y condenan, asistidos de miserables ministriles. Ve esto el nécio vulgo, creyéndolo justicia; pero no ve el laberinto de entradas y salidas que en lo macizo de sus paredes y ci-

mientos tiene el tal edificio, por los cuales pasos secretos se escurren los criminales, á ciencia y paciencia de aquellos señores jueces de figuron. Desengáñate, hijo, los hombres del Gobierno, los jueces, los consejeros, los ministros, forman hoy una especie de retablo, donde mil vistosos personajes accionan y se mueven con las apariencias de la vida. Acércate, mira bien, y verás que todo es carton puro: carton el cetro del Monarca; carton la espada de los generales; carton la vara del alcalde; carton la cuchilla del verdugo.

Trajéronle las sopas y calló.

Poco despues Genara y yo, luego que dejamos al viejo dormido, nos reunimos en el comedor, junto al brasero. Dejaba ella la labor para tomar un libro, y luego el libro para coger la labor, demostrando en esto que su espíritu se hallaba atormentado por ideas contrarias y en un estado de obsesion inquieta que no podia vencer variando á cada paso el entretenimiento con que queria darle reposo. Púseme yo á leer el *Diario*, papel mucho más entretenido entonces que su único compañero de publicidad la *Gaceta*, y de repente Genara hizo una pregunta que me heló la sangre en las venas.

—¿En dónde ahorcan aquí?—dijo.

—En la plazuela de la Cebada—repuse.—Se alquilan balcones, como en Corpus.

Genara tomando la labor, empezó á dar terribles picotazos con la aguja. Sus dedos parecian el pico de un pájaro hambriento. Torné yo á mi lectura del *Diario*, y de nuevo me distrajo súbitamente, diciéndome:

—En verdad, Pipaon, merece usted una corona por la diligencia que ha mostrado en este negocio.

—¿Servir al Estado y servirle á usted no es estímulo bastante para un hombre?

Genara dejando la labor, tomó otra vez el libro; pero al poco rato apartólo con hastío.

—No abro el libro una sola vez esta noche —dijo,—sin que mis ojos encuentren alguna idea triste. Oiga usted:

Donde antes rosas y placer, ahora
Cadáveres y horror huella la planta,
Y en olor de sepulcro, en vez de rosas
El aire tiñe sus funestas alas.

—¿Qué poeta es ese?

—Cienfuegos.

—Un majadero. Siga usted mi consejo y mi ejemplo, Genara. La mejor lectura es el *Diario*. Oiga usted: «El lunes fué ahorcado en Valencia.....»

—Basta, basta—exclamó interrumpiéndo-

me.—Es particular..... me salen horcas y muertos por todas partes.

—Es usted á veces más valerosa que un águila, y á veces más tímida que un pajarillo. ¿La idea de la muerte de un hombre, de un malvado, le causa á usted tanto temor?

—No, Sr. de Pipaon; ni me asusta ni me aterra la idea de que un gran criminal espíe sus crímenes; lo que me causa pavor y más que pavor, repugnancia es la horca, esa herramienta vil..... Las justicias de la tierra debieran hacerlas siempre los agraviados en el momento de recibir la ofensa.....¿qué quiere usted..... yo soy así..... tengo esas ideas y no lo puedo remediar.

—Extraña justicia seria esa, Genara.

—La mejor. Justicia rápida y por la mano del ofendido. Yo no la concibo de otra manera. Esa que está en manos de hombres pagados, vestidos de negro, amarillos y casi siempre súcios; esa que dá tormento al reo, y antes de matarlo lo envuelve en una mortaja de papel escrito, me dá tanta tristeza como repugnancia. Detesto al criminal y seria capaz de matarle yo misma, sí señor, yo misma; pero compadezco al encausado.

No quise seguir tratando aquella cuestion, y los dos permanecimos largo rato en silencio,

que solo se interrumpió para dar órdenes al nuevo criado que me servia. D.ª Fé se hallaba otra vez en cama, molestada de sus pertinaces dolores. Á pesar de ser ya un poco tarde, ni Genara ni yo teníamos ganas de dormir; sin duda uno y otro llevábamos tantas ideas en la cabeza, que el sueño no podia entrar en ella. Aquella respectiva situacion nuestra, nuestro desvelo, el silencio que reinaba en la casa, las moribundas áscuas del brasero, que servian como de intermediario á nuestra melancolía meditabunda, trajeron á mi memoria el recuerdo de la noche en que recibí el singular escrito. No pude reprimir un repentino acceso de miedo, el cual se apoderó de mi alma y corrió por dentro de mí y pasó como una influencia eléctrica..... Pero mi razon se esforzó en serenarse, diciendo: «ahora no hay cuidado.»

De pronto sonaron no sé qué extraños ruidos en lo interior de la casa. Yo dí un grito y Genara se puso á temblar.

—No es nada—dije.—Una puerta que se ha cerrado á impulsos del viento..... Qué es eso, Genara, ¿tiene usted miedo?

—Tengo frio—me contestó arropándose en su manton.

—¿No se acuesta usted?

—Sí..... ahora—dijo mirando á todos lados

con el recelo propio de quien busca, y al mismo tiempo teme ver algun objeto desagradable.

Llamé á la doncella, que acudió al punto; acompañélas á las dos hasta su habitacion, y cuando dí á la señora las buenas noches, respondióme con tristeza:

—Muchas gracias..... pero ya sé que esta noche no he de dormir.

Dirigíme pensativo y no completamente libre de susto á mi cuarto. Cuando abrí la puerta de él, y la luz que yo llevaba iluminó el interior de la pieza..... ¡terror incomparable!.... lancé un grito de espanto y no quedó gota de sangre en mi cuerpo..... ¡Jesús mil veces! En mi cuarto habia un hombre.

Un hombre, sí, que tranquilamente sentado en mi propio sillon, clavaba en mí una mirada fulgurante y burlona á la vez.

¡Cielos divinos! ¡socorro!.... ¡un hombre en mi cuarto!

¿Quién?.... Salvador Monsalud.

XIII

Salvador Monsalud en persona.

Breve rato estuve sin habla, sin movimien-

to, paralizado por el espanto. Yo no era Pipaon; yo era el miedo mismo. Mi espíritu era incapaz de reflexion, de comparacion, de juicio..... Las piernas me flaqueaban, la voz, muerta en la garganta, no podia ni sabia pedir auxilio.

Creí ver un fantasma. Por un instante, perdiendo mi buen sentido, creí en brujas, en duendes, en almas del otro mundo, en todos los disparates de los cuentos de viejas.

Pero el fantasma se reia de mi turbacion, y alargando un brazo hácia mí, me dijo:

—No te asustes, Juan. Soy yo, tu amigo Salvador.

—¡Tú, Salvador, Salvadorcillo!....—exclamé con voz ahogada.—¿Por dónde entraste?.... Esto es una alevosía.

—Calla, calla—me dijo levantándose, al ver que yo, recobrando el aliento, iba á alborotar la casa.—Soy tu amigo. No me tengas miedo. Hablaremos un rato. Vengo á darte las gracias.

—¡Las gracias!.... ¡á mí!

—Sí, me has hecho un favor, un beneficio inmenso que te agradeceré toda mi vida. Siéntate.

Imperiosamente me ofreció una silla. Los dos nos sentamos. El miedo y no sé qué fascinacion extraña me subordinaban al intruso visitante.

—Sí—añadió sonriendo y pasando cariñosamente su mano por mi hombro,—un beneficio inmenso. Á tí te debo que se hayan dado hoy las órdenes para poner en libertad á mi pobre madre.

—¡Á mí!.... es verdad..... sí, yo.....—repuse tratando de sacar una idea de la confusion espantosa que habia en mi cerebro.—Yo fuí quien supliqué al Ministro.....

—Cediste á mi ruego.....

—Como me lo pedias en aquella hoja.....—dije viendo un poco más claro, y determinando, segun mi costumbre, sacar partido de la situacion.—Me pareció justo lo que me pedias..... Pero dime, ¿con quién mandaste aquel papel?

—Lo traje yo mismo.

—¡Tú!.... bien puede ser, puesto que ahora estás aquí..... ¿Y por dónde has entrado?

Monsalud rompió á reir.

—¿No has caido en ello? Por el agujero de la llave.

—Estas bromas no me gustan—dije recobrando mi aplomo.—Ya veo que no hay casa segura para la masonería.

—Ni para el absolutismo. Si yo entro en la tuya, no falta quien entre en la mia.

—Eso no me lo cuentes á mí. Nunca he sido espía.

—Pero sí amigo del Marqués de M***. Escúchame, Juan; esta noche han querido prenderme. He sospechado que anduvieras tú en este negocio.

Dominóme de nuevo el miedo, y haciéndome el sorprendido, repuse:

—¡Prenderte!.... ¿y quétengo yo que ver con eso?

—No es más que sospecha.....—dijo sériamente.—Te he creido autor al mismo tiempo de un beneficio y de un agravio. Me ha parecido inverosímil que me salvaras y me perdieras en un solo dia, y he querido apelar á tu franqueza y lealtad para que me digas la verdad.

—El beneficio, obra mia es; pero el agravio.....

Salvador me clavaba los ojos con tal fijeza escrutadora, que sus rayos parecian penetrar en mi alma. Yo tambien le observé á él. Lejos de parecerme siniestro y terrible como decia Genara, Monsalud tenia aspecto en extremo agradable y habia ganado mucho desde que no nos veíamos. Su fisonomía era inteligencia y fuerza; la expresion de sus ojos ejercia inexplicable dominio sobre mí, y toda su persona tenia un sello de superioridad y nobleza que cautivaba. Vestia bien.

—Esta noche han intentado prenderme con un lujo de precauciones y de habilidad que me han llamado la atencion,—dijo.—Gracias á la lealtad de un hombre, he podido escapar á tiempo, y el Sr. Marqués ha cogido tan solo á unos pobres aguadores que dormian en el sótano de la casa. Sé que una señora desconocida sobornó á la pobre mujer del guarda; sé que tu amigo el Marqués dió las órdenes para sorprenderme; pero desconozco la trama y los móviles de todo esto. Tú los sabes y me lo has de decir.

—¡Yo!.... ¡Yo no sé una palabra! Todo lo que me dices es nuevo para mí.

—Dime la verdad..... ¡tú lo sabes todo!—dijo apretándome el brazo.—Dímelo, Bragas, ó te acordarás de mí.

—¡Por mi nombre, por Dios que nos oye, te juro que nada sé!—repuse temblando de susto.—Á fé que tienes buen modo de agradecerme lo que he hecho por tu madre.

—Tú eres amigo y confidente íntimo del señor familiar—añadió Salvador aplacándose.

Finjí gran sorpresa.

—¡Yo!.... ¡yo amigo de ese majadero!.... Pero tú no sabes lo que dices. ¿En qué país vives?

—¿No eres tú de la pandilla de Lozano y el

Marqués de M***?—preguntó algo desconcertado por mi aplomo.

—Vaya, vaya..... veo que no estás enterado de nada...... ¡Ya esos tiempos pasaron, Salvador!

—Entonces has variado de ideas y de conducta.

—Sí señor, he cambiado de ideas, de conducta, de todo. Mi ruptura con toda esa caterva absolutista es completa desde hace tiempo. Les trato y nada más.

Salvador manifestaba el mayor asombro.

—¡Pues ya!....—continué, cada vez más dueño de mí mismo,—si así no fuera, ¿crees que hubiera intercedido por tu madre?.... ¿crees que me hubiera expuesto á pasar por cómplice de los conspiradores?

—Juan, por favor, ya seas mi amigo, ya seas mi enemigo, te ruego que me digas lo que sabes respecto á mi persecucion de esta noche.

—Te juro que no sé una palabra, ni tengo parte en ello—respondí con tanta seguridad, que no se me traslucia en la cara ni la más ligera turbacion.

—Para que seas franco, voy á darte un ejemplo de franqueza—me dijo despues de breve pausa.—Escúchame bien: en esta azarosa vida mia, consagrada á un afan que devora, á una

pasion que lentamente consume y postra las fuerzas del alma, me he dejado dominar por vanos caprichos ó veleidades amorosas. Mi carácter, en el cual hay ansiedades que nunca se han satisfecho ni se satisfarán jamás, me ha impulsado á esto. Me he tolerado yo mismo estas distracciones, como se tolera el soldado, en medio de la pelea, descansos cobardes para fortalecer su ánimo. Pues bien, últimamente amaba á una mujer con más vehemencia de la que suelo poner de algun tiempo á esta parte en asuntos de amor. Pero no sé qué fatalidad me persigue: con mi exaltacion vino una inexplicable frialdad en la persona amada: tuve primero celos y luego sospechas de que me vendia. No quiero entrar en detalles inútiles. Lo principal es esto: al saber hace poco que una señora habia comprado con dinero el secreto de mi morada, se han aumentado mis sospechas. Herido en lo más delicado de mi alma, he sentido un furor y deseo de venganza que no puedo expresarte con palabras; me he vuelto loco á fuerza de discurrir buscando antecedentes é indicios que confirmaran mi sospecha; he vagado como un insensato por las calles, jurando muertes y venganza; he prometido no descansar miéntras no aclarase este enigma que me atormenta y me abrasa las entrañas.

Mi amigo apoyó la cabeza entre las manos. Su hermoso y noble semblante expresaba viva cólera.

—En esta confusion—prosiguió,—discurrí que tú, como amigo del familiar, podrias sacarme de dudas.

—No sé una palabra. En un tiempo conocí á todas las familias que tenian relaciones con D. Buenaventura. ¿Cómo se llama esa señora?

—Andrea.

—No puedo darte ninguna luz, amigo.

—Al mismo tiempo que tal traicion infame suponia, otra idea, otra sospecha aumentaba mi confusion, amigo Juan; idea sobre la cual espero que puedas darme más luz que sobre la otra.

—Á ver.

—Existe otra mujer, á quien tambien puedo atribuir mi persecucion: una mujer que vive en tu misma casa, y de cuyas acciones, por reservadas que sean, puedes tener noticia.

—¿Genara?

—La misma. Esa tiene motivos para aborrecerme. Cuanto haga contra mí no me sorprenderá. Nada pienso hacer en contra suya. Dejaré que caiga su mano implacable y pediré á Dios que nos perdone á mí y á ella.

—Pues tampoco puedo sacarte de confusio-

nes. No tengo ni el más leve indicio de que Genara.....

—¿De veras?

—Te lo juro por mi salvacion.

—Está de Dios que yo me consuma en el fuego de esta duda espantosa,—exclamó Salvador con imponente afan.

Durante las últimas palabras, así como en diversos momentos de nuestro diálogo, yo me preocupaba de un rumor que fuera de la alcoba sentia, rumor como de leves pasos y faldas de mujer, y la idea de que un oido importuno nos escuchase empezó á mortificarme. No quise, sin embargo, llamar sobre esto la atencion de mi amigo, y me propuse no decir cosa alguna que pudiera ser desagradable á la persona que, segun mi presuncion, aplicaba su curioso oido á la puerta.

—Creo que puedes tener seguridad completa en ese particular—dije á mi amigo.—Genara es incapaz de hacer el indigno papel de inquisidor.

—Tambien lo creo así,—me respondió Monsalud.

Diciendo esto, ambos nos quedamos absortos, porque la puerta se abrió suavemente y apareció ante nuestra vista una magnífica figura blanca, cuya presencia repentina, unida á la

belleza y emocion de su rostro, tenia todo el carácter de las misteriosas apariciones de la poesía y de la noche.

—Es un error—dijo con voz tan perturbada que no parecia la suya.—La inquisidora he sido yo.

Salvador se levantó; dió indeciso algunos pasos como quien no sabe si mostrarse cortés ó enojado, y habló de este modo:

—¡Que Dios nos perdone á tí y á mí, Genara!.... Por esta vez has errado el golpe.

—En otra ocasion seré más afortunada—dijo la dama dando un paso hácia atrás y atrayendo la hoja de la puerta hácia sí.

—Aguarda un instante—exclamó vivamente Monsalud, corriendo á detenerla.—En pago de tu crueldad, quiero darte una mala noticia.

Genara se detuvo.

—Cárlos, tu pobre marido, llega mañana..... Como hace tiempo que has dejado de quererle, segun él dice, por eso llamo á esto mala noticia.....

Salvador acentuaba las palabras con punzante ironía.

—Pues no ha anunciado su viaje—dije yo, advirtiendo en Genara una gran perplegidad y deseando sugerirle una idea para que saliese de ella.

Pero Genara no dijo nada. En su semblante, que poco antes parecia de mármol, distinguí una alteracion súbita. Leves llamaradas de rubor tiñeron sus megillas.

—No ha anunciado su viaje—dijo Monsalud,—porque viene á lo celoso, callandito..... Quiere sorprender, acechar, vigilar. ¿Sabes que está celoso, Genara?.... El pobre Cárlos no será nunca feliz.

Ví moverse los lábios de Genara y replegarse en torva conjuncion sus cejas. Difícil es conocer lo que pasó entonces en su mente y en su conciencia (¿nos lo dirá ella misma algun dia?), porque en vez de hablar, cerró con estrépito la puerta, y desapareció como una vision de teatro. Fuí trás ella..... huia como la corza herida. Creeríase que trás su fugitiva persona, semejante á la sombra de una diosa ofendida, habia quedado en la atmósfera un suspiro que por breve rato reprodujo su emocion.

Cuando volví al lado de Monsalud, éste reia.

XIV

—Gran bien me ha hecho tu huéspeda sacándome de dudas. Al fin veo que no he perdido el tiempo con venir aquí.

—¡Conque era ella!

—¡Ésta!—exclamó con júbilo.—¡Oh! amigo Juan, qué dulce es ver que solo nos hacen daño nuestros enemigos..... Sospechar de un amigo, de una persona amada, es el mayor de los martirios.

—Quién lo habia de decir—indiqué yo, haciendo un esfuerzo para que no me cogiese en mentira.—Cómo habia de figurarme yo que Genarita.....

—¿Y no sospechabas nada?

—Ni una palabra.

—¿Y no te habia confiado nada?

—¿Á mí? Si no nos podemos ver..... si somos el perro y el gato. ¡Cuánto me alegro de que venga Cárlos, á ver si esta gente se marcha de una vez de mi casa!

Antes de pronunciar estas palabras me cercioré de que el espionaje habia concluido. Nadie nos oia. Cerradas cuidadosamente todas las puertas, me senté junto á mi amigo, resuelto á poner en ejecucion el hábil plan que habia concebido.

—¿Pero es cierto que no os lleváis bien los Baraonas y tú?—me preguntó Salvador en tono que indicaba alguna desconfianza.

—No nos podemos ver, te he dicho. Ya conoces las ideas del abuelo. Es un hombre inso-

lente! Respecto á la implacable soberbia y á los rencorosos sentimientos de Genarita, ¿qué puedo decirte que tú no sepas?.... Pues digo, si llegan á saber que yo he intercedido por tu infeliz madre..... Cuando se les habla de tal asunto, son fieras el abuelo y la nieta.

—No me hables de esto—dijo Salvador pálido de ira,—porque me olvidaré de que estoy en casa agena y en situacion poco á propósito para pedir cuentas á nadie..... Los Baraonas y los Garrotes son autores de la prision y del martirio de mi pobre madre. ¡Venganza miserable! Todo porque le herí en un duelo leal, provocado por él..... Si vieras cuánto he luchado aquí para conseguir la libertad de la pobre mártir..... Diferentes veces se ha logrado lo que hoy te concedió el Ministro; diferentes veces por empeño de poderosos amigos mios, ha dado órdenes generosas el Consejo Supremo. Mientras Cárlos ha estado en la Rioja, todo ha sido inútil. Yo no sé cómo se las compone el maldito, que puede allá más que el Consejo Supremo aquí.

—Tiene amigos y parientes en la Inquisicion de Logroño, y es familiar de ella.

—Mi madre será puesta en libertad pronto, gracias á que Cárlos ha salido de allí, á que las órdenes de ahora son muy enérgicas, y sobre

todo á la revolucion que se aproxima..... Pero sálvese ó no la infeliz señora, la infamia de esa gente rencorosa y vengativa como las furias antiguas no quedará sin pago..... ¡Me parece mentira que Cárlos Garrote viene á Madrid y que le he de ver delante de mí!

Diciendo esto, eran tan enérgicas la expresion y los ademanes de mi amigo, que me aparté de su lado, temeroso de alcanzar alguna señal dolorosa de su indignacion.

—Esta gente es atroz—dije.—No veo la hora de que se marchen de mi casa. Estamos riñendo todo el dia. ¡Cuántas veces les he echado en cara ese furor inútil contra D.ª Fermina, por no poder cebarse en tí!

—Por eso te llamará tanto la atencion verme en esta casa, albergue de mis implacables enemigos, y que al mismo tiempo lo es de un rabioso absolutista.

—¡Absolutista yo!—exclamé comenzando á desarrollar mi plan.—No me insultes.

—Yo vacilé largo rato antes de presentarme á tí; pero el deseo de que me sacaras de una cruel duda me decidió. Por un lado sospechaba que tú, como familiar del familiar, no dejarias de tener parte en mi persecucion; por otro, el saber que habias implorado la libertad de mi buena madre, me inspiraba cierta con-

fianza hácia tí, á pesar de tu absolutismo.

—¡Absolutista yo! Vuelvo á decirte que no me insultes. Bien sabes tú que no soy servil. Si lo creyeras así, no te atreverias á venir á mi casa.

—¿Por qué no?

—Porque temerias que te detuviese y te entregase á la justicia.

Monsalud se echó á reir, burlándose descaradamente de mí.

—Pues qué, ¿si yo fuera absolutista de los de D. Buenaventura, estarias tú tan tranquilo delante de mí?

—Dices eso, pobre hombre, porque ignoras que aunque seas absolutista de los de D. Buenaventura, no puedes nada contra mí dentro de tu propia casa.

—¡Cómo que no!

—Mírame—añadió desembozándose.—No traigo armas. Esto prueba mi confianza...

—Y si yo quisiera.....—dije lleno de confusion.—Verdad es que alguno de mis criados está vendido á la masonería.

—Lo están todos.

—¡Todos! De modo que en mi propia casa.....

—Estoy yo más seguro que lo estuve esta noche en la mia—me contestó riendo.—No te alarmes por eso. Además, el mal es irreparable,

porque si despides á tus criados y tomas otros, sucederá lo mismo..... ¿Sabes que me encuentro bien aquí? Si me lo permites, descansaré un poco—añadió, acomodándose holgadamente en el canapé.

Volvió de nuevo el miedo á apoderarse de mí; pero yo habia resuelto seguir la corriente á que me impulsaban mis nuevos propósitos y las ideas de mi amigo, y le hablé de este modo con mucha amabilidad.

—Por supuesto, Salvador, la traicion de mis criados es perfectamente inútil, porque has de saber que no solo soy incapaz de perseguirte, sino que te ocultaré y te protegeré en caso de que otros te persigan.

—Vamos—dijo sonriendo amistosamente,—no me confundas más de lo que estoy. Dí que eres mi amigo, dí que conservas algo del afecto que hace años nos teníamos. Lo creeré, no solo porque mi corazon es crédulo en materias de amistad, sino porque has dado pruebas de ello hoy mismo intercediendo por mi madre, lo cual te agradezco en el alma. Dime eso, querido Juan; dime que eres leal y honrado y generoso conmigo; pero no me digas que no eres absolutista, porque me echaré á reir.

—Pues te lo repito. Vamos, me enojaré de veras si insistes en tal absurdo. Ven acá—aña-

dí mostrando el paquete de folletos que me habia dejado D. Antonio Ugarte.—¿Es absolutista el hombre que se ocupa en repartir estos papeles?

—¡El folleto de Florez Estrada!

—He repartido ya más de cien. Asómbrate, Salvadorillo: he hecho llegar este cuaderno á las manos de Su Magestad y de los Infantes.

—Esto es algo,—dijo con formalidad;—pero no es una prueba completa de enemistad con el absolutismo. Quizás tu entendimiento se incline á otras ideas; pero ya estás muy amoldado, Bragas, estás endurecido en la forma de los Lozano de Torres, de los Buenaventura, de los Eguía, de los Elío..... Necesitarias que te derritieran y que de nuevo te fundiesen en otro crisol.

—Tonto—repuse con calor,—¿y quién te ha dicho que no me he puesto ya al fuego?

—¡Tú! el covachuelo, el oficial de Paja y utensilios, el director de la Caja de Amortizacion, el amigo del Sr. Chamorro, el brazo derecho del Sr. Ugarte, el tertulio de Palacio, el mandadero de Su Magestad.....

—¡Yo, yo, yo!.... sí—exclamé con enfado.—¿Quieres que te convenza de una vez con dos palabras, Salvador?.... Pues para que comprendas mi decidida ruptura con todos esos

deplorables antecedentes y personas, óyeme lo que voy á decirte. Quiero ser mason.

Monsalud manifestó el mayor asombro.

—Ser mason es no ser nada si no se conspira—dijo.

—¡Quiero conspirar!—exclamé dando fuerte puñetazo sobre la mesa y metiéndome despues las manos en los bolsillos.

—Pero no se conspira para aumentar la autoridad de la Corona, sino para disminuirla. No se conspira en pró del Rey, sino en pró de la Nacion.

—Pues en pró de la Nacion.

—Se conspira para restablecer el gobierno liberal y la Constitucion, es decir, lo que tú llamabas *la mamancia* cuando escribias en *La Atalaya*.

—Para restablecer el gobierno liberal y *la mamancia*—repetí frunciendo el ceño y con los ojos fijos en el suelo.

—Y para dar al traste con la infame polilla de España que mina el Trono y el País y al mismo tiempo se los está comiendo.

—¡Para eso, para eso!—afirmé con fuerza.

—Debo añadirte que hoy se hila un poco delgado debajo de Madrid.....

—¡Debajo de Madrid!

—¿No me entiendes? En las lógias y reunio-

nes secretas quiero decir. Hoy se toman precauciones. Cuando un señoron de categoría elevada, sea quien fuere, ofrece su ayuda á la revolucion, lo cual ocurre todos los dias, queda ligado por compromiso solemne; y las veleidades, querido Bragas, los arrepentimientos suelen costar caros á quien los padece.

—Sí, ya sé.....—dije asomándome á la puerta otra vez, para cerciorarme de que nadie nos oia.—Hay pruebas rigurosas, palabras enigmáticas, juramentos que hielan la sangre en las venas..... y el que hace traicion muere sin remedio.

—No hay nada de eso—me dijo riendo.—Huye de esas reuniones formularias que establecen el sainete en los sótanos. Ahora no se trata de eso. Cuando los pueblos padecen y luchan por su emancipacion, obran sériamente y van á su objeto sin necedades de teatro. Ahora, amigo Bragas, las cosas han llegado á un punto tal, que se trabaja por la libertad á toda prisa, con la avidez del náufrago que entre las olas lucha con la muerte y por la vida..... Fuera misterios y ritos anticuados y palabras vacías. Todo es accion: las tinieblas y el misterio han dejado de ser vano velo de las chocarrerías de los holgazanes. Yo lo he visto todo desde el principio: he visto las jimias haciendo muecas

entre dos calaveras en la ahumada atmósfera de una cueva; y hoy veo á los hombres inteligentes y formales labrando en silencio y sin aparato las palancas poderosas con que pronto ha de moverse lo de arriba. Solo en las épocas en que no hay nada que hacer existen esas vanidades y espantajos ridículos de que habla el vulgo. Ahora la inmensidad de la tarea une las manos de todos los hombres en una obra comun, y desaparecen las máscaras convencionales y las fórmulas aparatosas, que más bien eran entretenimiento que utilidad. Eso no quita que en plena luz, y á la faz del mundo oficial y de la tiranía, se empleen ciertos signos para reconocerse y obrar de acuerdo; pero allá dentro, amigo, en nuestro reino escondido, en aquella vida de catacumbas donde se prepara la nueva vida libre y pública, todo es claridad y sencillez. Se trabaja, se extiende la accion con arte y fuerza; se prepara el golpe con la destreza y habilidad necesarias para que no se malogre como otras veces. Ahora bien, querido Bragas de Pipaon; tú, servidor declarado de los poderosos de hoy, ¿quieres servir á la revolucion?

—Sí quiero—respondí.—Pero dime antes una cosa: ¿esa revolucion vendrá?

—¡Vendrá! Para tí es condicion indispensa-

ble que la revolucion venga. Adoras el hecho, no la idea..... No puedo responderte. Puede venir y puede no venir. Eso dependerá de este, del otro, de mí, de los demás, de tí mismo, de todos reunidos. Si hacemos tonterías, ¡cómo ha de venir la revolucion!

—Lo preguntaba, porque eso es muy importante. D. Antonio Ugarte, uno de los hombres más listos y de mejor ojo que hay en España, me ha asegurado que la revolucion vendrá.

Al decir esto, la idea del puesto que me habian negado en el Consejo estaba fija en mi cerebro como la marca de un hierro encendido. Me quemaba.

—¡La revolucion viene, la revolucion viene!—proseguí sintiendo en mí una especie de voz interior que así me lo decia.—Lo conozco, lo adivino, lo veo, amigo Monsalud, en la atmósfera que nos rodea, lo veo en la cara misma de los palaciegos. Es un hecho inevitable, lógico. La revolucion viene como viene el dia despues de la noche. Todo lo anuncia, ilustre amigo. Hasta los pájaros, cuando cantan, dicen «revolucion.»

—Esto te infundirá valor y aliento. La revolucion no suprimirá los destinos..... por eso tu accion tiene poco mérito. Pero en fin, quieres ser de los buenos, y el sistema adoptado es

recibir á todo el mundo, venga de donde viniere. Ahora voy á cogerte por la palabra, para que no te arrepientas de aquí á una hora. ¿Puedes salir conmigo esta noche?

—¿Por qué no? Vamos adonde quieras.

—Es muy cerca; no andaremos mucho.

—Mi capa, mi sombrero..... ¡Blas!..... pero ¿es posible que este sencillote criado mio esté tambien vendido á la masonería?

—En cuerpo y alma. Ahora, ciudadano Robespierre—me dijo con mucha sorna,—convendria que tomásemos algo. Quizás tengamos que estár en vela toda la noche. Has de saber que no carezco de apetito: es imposible que en la casa de un hombre que ha servido en tan altos puestos, no haya á estas horas excelentes fiambres.

—Todo lo que quieras—¡Blas, Blas!.... Este tunante mason no viene.

Al fin apareció mi criado, al cual no pude mirar sin rencorosa prevencion, considerándole traïdor, y nos sirvió un bocado confortativo. Mientras comia, meditaba yo sobre aquel nuevo giro que tomaban mis ideas, sobre aquel nuevo camino que emprendia mi actividad.

—Es preciso—me dije para mí,—que en este mundo desconocido en que ahora entro, procure desde el primer instante disipar los recelos

que mi presencia pudiera despertar. Cuidadito, Pipaon, con mostrar tibieza ó indiferencia, aunque veas toda clase de extravagancias y locuras. Un celo excesivo y un entusiasmo demasiado ardoroso no serán tampoco el mejor sistema. Tomemos por modelo al maestro don Antonio Ugarte. Conviene, pues, adoptar una actitud intermedia, poner cara en cuyas facciones se asocien artística y noblemente el entusiasmo y la dignidad, la templanza del gobierno y la energía revolucionaria..... Mi papel es el de un honrado repúblico que, comprendiendo con dolor la incapacidad del absolutismo para gobernar á los pueblos, se acerca grave y triste, pero resuelto á la revolucion y le ofrece sus servicios, porque seria lamentable que la revolucion, si algo hace, lo hiciera sin él..... Ánimo y disimular. Seguro estoy de que al poco tiempo de estar en la conspiracion, me encontraré tan á mis anchas como en la camarilla de Su Magestad á los dos dias de ingreso....; seguro estoy de que mi sutil travesura volverá lo de arriba abajo y lo de abajo arriba en esas escondidas sociedades que voy á visitar..... seguro estoy de que al poco tiempo de mi feliz iniciacion, armaré más lios y enredos que vió Creta en su famoso laberinto, y de que no pasarán muchos dias sin que tra-

duzca en provecho propio las tenebrosas artimañas de estos caballeros y mi novel liberalismo. ¡Lo haré; sin remedio lo haré! ¡Ay! me conozco como si me hubiera parido.

XV

—¿Duermen todos en la casa?—me dijo Monsalud, cuando el reloj de *cucú* que exornaba mi sala dió las diez.

—Sí—repuse,—mas para salir nosotros, poco importa que duerman ó no..... mayormente, señor brujo, cuando ahora vamos á escaparnos por una grieta misteriosa abierta en la pared, ó por el cañon de la chimenea de la cocina. Vamos, haz la invocacion, y vendrá un señor gentil-hombre del Tártaro á abrirnos paso.

—Tú puedes hacer la invocacion—dijo Salvador poniéndose la capa.

—¿De qué modo?.... ¿Llamo al demonio?

—Ó á D.ª Fé, que es lo mismo.

—¡D.ª Fé! ¡Sra. D.ª Fé!

Mis gritos se perdian en las soledades de la

casa sin hallar respuesta; pero al fin un eco de ellos pudo llegar á las orejas de la dueña.

Y en verdad fué como si el mismo Lucifer apareciera justificando la broma de nuestra demoniaca evocacion y brujería, porque habia que ver la fealdad de mi doméstica, soñolienta y amarilla la faz, cerrado un ojo mientras revolvia el otro en todas direcciones, cual si ambos se concertaran para turnar en sus funciones, acordando que durmiera el uno mientras el otro veia. Sin ser vieja, D.ª Fé tenia en su desagradable semblante una especie de decrepitud sin respetabilidad, mientras el peinado con pretensiones de elegancia y la escofieta picuda la hacian bastante ridícula. Dando al viento la destemplada y bronca voz, dijo al llegar á mi presencia:

—De morir tenemos.

—Ya lo sabemos, señora—exclamé con ira;—ya lo sabemos. ¡Maldita sea usted y toda su casta! Ya he descubierto que está usted engañando á su amo, que abre usted la puerta de mi casa á hombres desconocidos..... porque si ahora ha querido Dios que metiera usted en mi casa á un amigo, otra vez podrán ser ladrones y asesinos..... Sra. D.ª Fé, mañana mismo se pone usted en la calle.

—Todo sea por Dios—dijo la dueña con

calma imperturbable.—El padre Beraza me dijo que, haciendo lo que he hecho, servia á Dios.

—Ya, ya ajustaremos cuentas. Respóndame usted. ¿Duerme el Sr. de Baraona?

—Sí señor.

—¿Y la señora D.ª Genara?

—Tambien parece que duerme.

—Bueno; retírese usted.

—No, que vá á ir delante de nosotros.

—¿Á dónde?

—Á enseñarnos el camino y abrirnos la puerta.

D.ª Fé salió de mi cuarto, y tras ella Monsalud y tras Monsalud yo, sin comprender á dónde íbamos, viajero errante y extraviado dentro de mi propia casa.

Atravesámosla toda hasta llegar á un sitio próximo á la cocina, donde estaba la puerta de una escalera que bajaba al patio colindante con el jardin de la casa inmediata. Como aquella salida no tenia comunicacion directa con la calle, habíala yo condenado al entrar en la casa, clavándola fuertemente. Sorprendióme mucho verla desclavada y practicable, y juré en mi interior tomar al siguiente dia venganza pronta y ejemplar de D.ª Fé. Por entonces no dije nada, y cuando Salvador mandó á la dueña

que abriese, y ésta obedeció, salimos y bajamos los tres.

—¿Para qué necesitamos ahora á esta infame bruja?—pregunté á Salvador.

—Ya verás—replieó Monsalud.

Llegamos al patio lóbrego, destartalado y profundo, cuyas humedades é inmundicias criaban en distintos sitios algunas yerbas raquíticas y arbustos tristes. Uno de sus cuatro lados era una tapia que limitaba el jardin inmediato, cuyos elevados árboles secos traspasaban el espacio de sus dominios para invadir los mios, y alguno de aquellos alargaba sus dedos flacos, desnudos y ateridos hasta tocar los cristales de mi comedor. En los otros lados habia varias ventanuchas y puertecillas, tapiadas todas menos una, que se decoraba con media docena de cristales rotos y una fechadura tomada de viejísimo orin. D.ª Fé golpeó con su mano en uno de los cristales; vióse al través de ellos una luz, y al poco rato se abrió la puerta del modo más natural posible, sin que precedieran al acto ni fétido olor de azufre ni aullidos de demonios bufones.

La comunicacion abierta dió paso á un anciano robusto, guapo y sonrosado, cuya alegre fisonomía no me era en verdad desconocida. Al vernos se sonrió con la franqueza propia

de los tunantes hechos á la farsa y engaños de la vida; rascóse una oreja, dejando caer sobre la sien contraria el sombrero anticuado y mugriento con que cubria su hermosa cabeza cana, y despues nos hizo un saludo tan cortesano y fino como el de un diplomático.

—Sean bien venidos sus mercedes.

—Sr. Mano de Mortero—dijo D.ª Fé mostrando un cazuelo de comida que en la mano traia.—Ahí tiene usted lo de hoy.

—Venga acá—repuso el gallardo y festivo viejo, dando un paso fuera de la puerta;—venga esa bendicion de Dios. Pero ¿qué hacen estos caballeros que no pasan adelante?

Franqueamos el estrecho umbral; desapareció D.ª Fé, perdiéndose en la oscuridad del patio; cerróse la puerta y nos hallamos en una ancha habitacion de techo abovedado, cuyo aspecto, sin tener nada de sobrenatural, ni de infernal, ni aun de extraordinario, me dejó suspenso y estupefacto. Los cuatrò testeros de la tal pieza apenas tenian superficie para tanto trebejo roto y súcio, para tanto cachivache como en ellos habia acumulado una mano diligente y allegadora. Prescindiendo de los muebles de uso diario, parecia una prendería del peor género: hay sillas de montar, enteras unas, despedazadas otras, cajas de violin, fre-

nos y herrajes de caballerías, artesas rotas, copas de cobre que llevaron lumbre y ora llevaban polvo, armarios que fueron sepulcro de ejecutorias y eran ya depósito de clavos, hebillas, tenedores, pesas de reloj, garfios, badilas, espuelas, llaves, tinteros de cuerno, tacones de palo, asadores, cucharas, lancetas, tabaqueras, tenacillas, peines, dedales, piedras de chispa y otras mil y mil baratijas de diferentes edades y sexos, que habian servido para diversos usos de la vida.

Por aquí y por allí, colgadas unas, en pié otras, puestas de costado ó boca abajo, se veian multitud de imágenes, Dolorosas con el pecho traspasado, Josés con vara, Migueles con demonio, Santiagos á caballo, Roques con perro, Antones con cerdo, Pedros con llaves y Lorenzos con parrillas; toda la corte celestial en suma. Pero entre tanta arrinconada santidad, solo una Vírgen del Rosario tenia los honores del culto. Puesta en una especie de altarejo muy singular, adornado con no sé qué estrambóticos fragmentos (entre ellos las roscas de una trompa y la placa dorada de un morrion de la guardia), tenia delante algunas flores de trapo y á los lados algun resto mocoso de velas de cera.

Ví en el ángulo oscuro una cama de no mal

aspecto. Tambien habia diversas suertes de armas, tales como espadas, las más sin punta, sables de guardias, algun coselete que debia de tener memoria de Roldan, y además pistolas que habian roto el fuego, pero que no tenian más que la intencion, un mosquete, y la más variada coleccion de trabucos que he visto en mi vida. Entre los muchos objetos pacíficos que en los rincones y paredes distinguí, tales como velones, candeleros, platos de metal, braserillos y loza de china, creí reconocer alguna pieza de mi pertenencia que habia desaparecido de mi casa, sin que nadie pudiese averiguar quién cargara con ella; pero me callé y seguí observando.

Lo que más llamó mi atencion fué una especie de gran banco de taller, donde habia multitud de figurillas, al parecer juguetes de niños, caballitos, títeres que movian brazos y piernas con articulaciones de alambre; panderetas, nacimientos, instrumentos rústicos, dominguillos, peonzas y otras zarandajas, muchas de las cuales estaban por concluir ó á media pintura, entre tarros de almagre y toscas herramientas.

Ocupaba el centro de la habitacion una mesilla de zapatero cargada de herramientas, y junto á ella un asiento agujerado, del cual

parecia acabar de levantarse el Mano de Mortero, y veíanse á un lado y otro suelas y tacones, con multitud de gruesos zapatos negros y chinelas juanetudas, pero nada de obra nueva.

—¿Qué tal? ¿Se trabaja mucho?—preguntó Monsalud al anciano, que, sin dejar la lámpara de la mano, se disponia á acompañarnos no sé á dónde.

—Estoy echándole medias suelas al señor Definidor—repuso con desden;—poca cosa, señor. Si no fuera por lo que cae.....

Diciendo esto, dirigió una mirada orgullosa y magistral á los innumerables chirimbolos que en toda la redondez del cuarto se veian. Los miró como mira un general su ejército.

—¿El señor es el amo de D.ª Fé?—dijo despues, mirándome con impertinencia.—¡Ah! ¡D.ª Fé!.... ¡Excelente señora!..... ¿No se le ofrece á usted alguna cosilla? Tambien hago juguetes. Si tiene usted niños.....

—Veo que tiene usted una buena coleccion de..... preciosidades.

—Yo..... recojo todo lo que encuentro.

Se habia puesto las manos en la cintura, y con el sombrero sobre la ceja ofrecia la más rufianesca y cómica apariencia que puede imaginarse. Yo conocia á aquel hombre; pero la per-

plejidad en que me encontraba era gran estorbo para mi memoria.

—¿Quieren ustedes pasar allá? Pues vamos—dijo Mortero tomando su linterna.

Cuando esto decia, habíamos salido Monsalud y yo, y nos internábamos por un largo callejon oscuro, que no tenia nada de agradable como paseo. Iba el viejo despacio, por no permitirle sus piernas mayor actividad, y Salvador y yo teníamos tiempo para recrearnos en las contorsiones y horribles gestos que hacian nuestras sombras bailando en la pared á medida que avanzábamos. Segun los movimientos de la linterna de Mortero, corrian aquellas, anticipándose á nosotros, y desde lejos nos miraban, aguardando á que pasáramos para unírsenos de nuevo: otras veces se quedaban atrás, y luego en tropel corrian jugando para tomarnos la delantera.

Llegamos á una puerta, que empujó el anciano, y yo creí que iba á sacarnos al aire libre. Pero mi sorpresa y mi pesadumbre fueron grandes cuando ví que, en vez del libre espacio, se extendian ante mí negras bóvedas de ladrillo; cuando en lugar de subir, bajamos por una escalerilla, que si no conducia al mismo infierno, llevaba cuando ménos á la antesala de éste.

—Pero ¿á dónde vamos?—pregunté bastante inquieto.—¿No hemos bajado bastante todavía? ¿Esto es el Tártaro ó qué es?

—Chiton—dijo Monsalud sonriendo y poniéndose el dedo en los lábios.

La escalera no era muy larga; pero tan estrecha, que sin cesar me iba aporreando la cabeza contra la bóveda de ella, haciendo de camino gran acopio de telarañas.

—Estamos en plena novela, amigo Salvador—dije librando mi rostro de aquellos cendales.—¿Qué demonios es esto? ¿Está tu lógia en el centro de la tierra?

Salvador, sonriendo de nuevo, repitió:

—¡Chiton!

Habíamos entrado en un vasto recinto abovedado, que se extendia considerablemente sin que la vista alcanzase á divisar el fin, dividido por arcos de ladrillo desnudo. Á un lado y otro, la escasa luz de la linterna permitia distinguir multitud de objetos cuya forma no se apreciaba claramente. Más que el objeto mismo, veíase la sombra de ellos; disformes masas que se abrazaban unas á otras, ó se repelian, formando un conjunto semejante al que ofrece un gran monton de ruinas en la penumbra de una noche de luna.

Salvador se detuvo y, poniéndose ante mí, me dijo:

—Bragas, estamos en los calabozos de la Inquisicion.

XVI

Sentí que la sangre se me trocaba en hielo, los cabellos se me pusieron de punta y por breve rato estuve sin respiracion. Mi primer impulso, cuando pude tener impulso, fué buscar con la vista un hueco por donde echarme fuera de allí. Mi mayor confusion consistia en no poder asociar estas dos ideas: la Inquisicion y el Sr. Mano de Mortero.

—No te asustes—dijo Monsalud,—aquí estamos tan seguros como en tu casa. Despues de todo, esto no es tan feo como parece desde arriba.

Acudió en tropel á mi mente todo lo que habia oido, visto y leido referente al temible tribunal. Aquel solitario y lúgubre sitio en que me encontraba desmentia un poco con su silencio y abandono las ideas de espanto que invadieron mi cerebro, porque ni se oian lamentos, ni se veian los humanos cuerpos arrastrando cadenas sobre el ensangrentado suelo. Con to-

do, aquel lugar, bastante pavoroso por sí, lo era mucho más desde que la fantasía lo asociaba á la tremenda Institucion. No podia uno ménos de considerarse sepultado allí. No bastaba que la razon dijera: *estoy libre;* el corazon se sentia estrechado por una mano de bronce, y el cuerpo se reconocia cobarde hasta para huir.

Era imposible dejar de ver en los indefinidos objetos que obstruian el paso horribles aparatos de tormento, que, como manos ávidas, alargaban sus garfios para agarrarle á uno las carnes; era imposible dejar de ver en movimiento toda aquella maquinaria infernal, y los apagados hornillos encenderse, cual miradas del infierno, ascuas que resplandecian contemplando y llamando á sus víctimas; y los tornos girar, zahiriéndolas con su irónico chirrido, semejante á pullas de vieja; y los potros estirarse, deseosos de descoyuntarse á sí mismos mientras no les dieran cuerpos humanos que desbaratar; y abrirse las cajas, murmurando un gruñido sordo, como bostezo de Satanás, para cerrarse luego tragándose un cuerpo humano palpitante aún de rabia y dolor. Era imposible dejar de ver brazos amenazadores, escuetas figuras de angustia, semblantes doloridos, luengos trages negros y garabateadas

dalmáticas de ignominia, monteras de papel llenas de gatos y diablillos pintados, y horribles caperuzas sin rostro, con dos agujeros por donde asomaba la Suprema sus insaciables ojos, buscando la heregía.

Al cabo de un rato de observaciones, distinguí varias puertas á un lado y otro.

—¿Son esas las mazmorras donde están los presos?—pregunté á mi amigo.

—Mazmorras son; pero aquí no hay presos.

—¡Que no hay presos en la Inquisicion!

—No: esto es ya una broma, un cachivache histórico que solo asusta á los niños de teta. Los dos ó tres presos que hay, están en el piso segundo, y se pasean por los corredores tomando el sol.

—¿Y estos instrumentos de tormento?

—Tú ves visiones: aquí no hay nada que sirva para dar tormento—dijo Monsalud dando un puntapié á una caja vacía que retumbó con lastimero acento.—¿Ves esto? Pues es una caja de botellas de vino.

—Desechos de la comilona que tuvieron el otro dia los señores—dijo Mortero.

—¿Y aquellos maderos que allí se ven?—pregunté señalando unos palos en cruz, cuyo aspecto me parecia el más siniestro que se podia imaginar.

—Es un catre de tijera, puesto patas arriba.

—¿Y aquello que luce y parece metal?

—Un brasero viejo.

—¿Y aquello que tiene cadenas y unas como pesas?....

—La garrucha vieja que estaba en el pozo del patio grande—repuso Mortero.

—¿Y aquel cilindro horrible?

—Un tambor que servia al pregonero de la Bula.

—¿Y aquella argolla enorme?....

—El aro de una pandereta con que jugaba en las Páscuas del año pasado el niño del conserge.

—Pero allí veo unas, al modo de mandíbulas, que parece se van á comer á todo el género humano.

—Si es un fuelle viejo sin cuero.

—Y una caperuza.

—Fué la que me puse el Carnaval pasado.

—Algunos cachivaches de tormento deben de quedar aquí—dijo Monsalud.

—Pero están hechos pedazos y cada pieza por su lado—repuso Mortero.—Yo cojo todos los dias madera y hierro para remendar las guitarras, y hacer obra nueva. Si no fuera por esto no tendria materiales para la juguetería..... Hago caballitos, nacimientos, peonzas, aros,

ballestas y mil diversiones para los niños..... Lo que servia para atormentar se lo llevaron hace poco á la cárcel de la Corona en la calle de la Cabeza..... lo pidieron las comisiones de Estado..... Lo que ahí queda, entre los ratones y yo lo acabaremos.

Despues del temor que yo habia experimentado, sufrió mi alma una transicion notoria: un vivo sentimiento de lo cómico se apoderó de mí. Produjo estos efectos la disparidad que resultaba entre el terrible tribunal, como la mente lo concebia y la grotesca realidad de sus calabozos; pero lo que principalmente habia enfriado de súbito mi terrorífica excitacion, era la voz, el gesto, la figura del miserable viejecillo, cuya persona en aquellas oscuridades inofensivas se asociaba al siniestro *exurge domine*. Era aquello como el despertar en sainete despues de haber soñado tragedias. Como alta torre que se desploma, así cayó ante mis ojos el tremendo aparato fantástico de la Inquisicion de Córte, y roto el negro capuchon, aparecia desnudo el vil mamarracho, cuya grotesca risa más inspiraba desprecio que horror.

—Pero ¿usted quién es? ¿qué hace usted aquí?—pregunté á Mortero sin poder refrenar mi impaciencia.

—Yo barro las salas bajas—respondió,—

limpio el patio, hago recadillos á los señores, les arreglo el calzado, subo agua, voy por una onza de rapé, saco á paseo los niños del conserge, y remiendo y compongo los sillones, las cajas, las mesas y la estantería del archivo.

Mirándole y recordando al fin su historia, no pude ménos de echarme á reir. Era un antiguo chalan del Rastro, contrabandista y capitan de matuteros, gran maestre de los tomadores del dos y hombre de empuje para todas las empresas difíciles (1). Puestas á un lado las armas, cuando con la edad se le acabaron á nuestro héroe las fuerzas, se dedicó al comercio de las Américas, ó sea el tráfico del Nuevo Mundo; que estos nombres tienen hácia el Sud de Madrid las industrias de compra y venta establecidas en la Ribera de Curtidores. Mano de Mortero tuvo mala suerte. Parece que la justicia dió en decir que el almacen de aquel varon insigne se abastecia del hurto, teniendo por principales acopiadores á todos los ladrones de la Córte.

¡Infame y vil calumnia! Víctima de ella, el pobrecito Mano de Mortero hubiera sido indignamente perseguido sin la caritativa intervencion de los padres de la Merced que le te-

(1) Véase *Napoleon en Chamartin*.—1.ª série, tomo 5.º

nian particular afecto; y no solo le libraron estos de las execrables garras de la justicia, sino que lograron colocarle en un puesto humilde, pero honroso, dependiente de la conserjería de la Inquisicion de Córte. El sueldo casi era una limosna; pero Mortero era Mortero y se las ingeniaba en aquellas profundidades. Llevó toda su hacienda al lóbrego departamento que le destinaron y no le faltaban industrias que ejercer. ¡Extrañas anomalías del siglo! La casa de la Inquisicion ofrecia un refugio al inválido de la matutería, al insigne Aquiles retirado de las epopeyas del contrabando, al atleta de las luchas con la autoridad civil. Cuando le hacian notar esta coincidencia singular y el amparo que recibia en su vejez, decia sonriendo:

—Buenos barriles de vino les he regalado en mis buenos tiempos. No volvia nunca á Madrid de mis viajes sin traerles la sarta de chorizos, la pieza de cotonía inglesa, el jamon de Portugal ó las docenas de pañuelos del Bearn.....

La Inquisicion no era muy escrupulosa en aquellos tiempos para elegir el bajo personal que la servia. Todo el mundo sabe que cuando la de Murcia se encargó de los presos políticos, despues de fracasada la intentona de Torrijos en 1817, tenia por carcelero *á un gitano.* Fácil fué á los conspiradores que no habian

sido puestos á la sombra, salvar de la prision á sus compañeros. La respetable persona que los guardaba hizo lo que puede suponerse. El historiador que se ocupa del gitano, dice que en Madrid *no estaba la Inquisicion mejor servida que en Murcia;* pero no nombra al insigne Mano de Mortero, sin duda porque este gitano era más oscuro y subterráneo que el de Murcia. Lo que sí dice, es que *ciertos conspiradores habian encontrado medio de penetrar en la Inquisicion desde una casa cercana*, á la cual, por el mismo camino, vamos á pasar ahora Monsalud, yo y mis lectores, si quieren por entre estas tinieblas seguirme.

Pronto dejamos las bóvedas de la Inquisicion, subimos otra escalera, pasamos á un patiecillo, donde despidiéndose cordialmente nos abandonó el Sr. Mano. Salvador llamó á la puerta que allí se veia, y abierta por un hombre de aspecto comun, nos encontramos en una casa, en una verdadera casa, como todas las que habitamos los hombres. Me parecia mentira que estaba ya fuera de la region de oscuridad y miedo.

—Aquí se respira, aquí se vive—dije á Salvador.

Despues de atravesar varias piezas, llegamos á una en que habia varios estantes con

libros, mapas, planos, esferas geográficas y otros objetos que convidaban al estudio.

—¿Pero estamos en una academia?—pregunté.—Hemos pasado de la Inquisicion á los libros..... ¡Cuán cerca están el gato y el raton!

—¿No ha venido nadie?—preguntó mi amigo al hombre que nos guiaba.

—Sí señor—repuso éste.—Allá están los señores Lopez Pinto, Infante, Zorraquin y media docena de paisanos.

—¿Pero en dónde estamos?—pregunté con viva curiosidad cuando nos dirigíamos al sitio que el portero, criado ó lo que fuese designó simplemente con la palabra *allá*.

—¿No has oido decir que Su Magestad nombró en 1814 una Comision de oficiales del ejército, para que escribiese la *Historia de la guerra de la Independencia?*

—Sí. Dicen que la obra está atrasadilla.

—¿No sabes que se dió á la Comision un edificio de Mostrencos para que en él se reuniese, y con todo recogimiento y comodidad pudiera dedicarse á sus trabajos?

—Sí, en la calle de la Flor Baja.

—Pues en esa calle y en el edificio de la Comision estamos. Solo que los señores oficiales.....

—En vez de dedicarse á escribir, se dedican

á conspirar. Tambien lo habia oido decir. Pero hace poco ¿no se disolvió la Comision?

—Sí; pero ellos conservan las llaves del edificio y se reunen aquí algunas veces. Has de saber que esto no es lógia masónica; es una junta de patriotas. La iniciacion es sencillísima, y basta ser presentado por cualquiera de nosotros.

—Pero esta reunion..... ¿cómo la tolera el Gobierno?

Monsalud alzó los hombros.

—Yo creo que el Gobierno tiene noticia de ella; pero el Gobierno está tambien minado, como está minada hasta la misma Inquisicion.

—Por cierto que no acabo de explicarme.....

—Á poco de frecuentar esta casa, descubrieron algunos que, haciendo una pequeña obra, se podia pasar fácilmente por los sótanos del edificio al cercano de la Inquisicion. El arquitecto de estas viejísimas casas previó la confusion que habia de venir con los tiempos nuevos y el trabajo socavador de las ideas que por todas partes se meten y toda histórica muralla horadan. Logramos seducir primero á algunos bajos empleados del Tribunal, y por último al conserge mismo. Hasta se me figura que algun inquisidor debe de tener noticia de que solemos pasar allá y revolverles un poco el archivo,

pero no se atreve á decir nada, porque nos tienen miedo.

—¡Miedo los inquisidores!

—Ó simpatía..... tambien puede ser. La Inquisicion es hoy una cosa que se aburre, un instituto infinitamente fastidiado de sí mismo. Sus procesos son un bostezo. Si en los Tribunales de provincia se conserva bastante rigor (testigo de ello mi madre), el de Córte es una decrepitud lela, un aburrimiento, como te he dicho, que anuncia la paralizacion del sepulcro. Nos burlamos de este perplejo estafermo, que se duerme con el azote en la mano. El tunante Mortero, convirtiendo en juguetes para la industria los instrumentos de suplicio, te dirá más que todos los razonamientos. Por cierto que no se ve tipo más truhanesco que este antiguo chalan del Rastro, á quien la Inquisicion ha dado asilo en su casa. Una noche estaba yo en la habitacion de él admirando sus industrias y oyéndole contar graciosas historias, cuando ví entrar á D.ª Fé. Mientras nosotros ganábamos al buen gitano, éste habia explorado la vecindad y héchose amigo de su sirvienta. Los dos se entendian admirablemente. En prueba de ello, busca bien en tu casa y encontrarás no pocos platos de ménos.

—Ya lo he notado.

—Comprenderás que sentí gran curiosidad y deseos de entrar en tu casa, y que, dado el carácter de D.ª Fé, no me fué difícil conseguirlo.

—Tú mismo me dejaste el papel..... Si supieras qué rato me hiciste pasar.

—Esta noche entré como has visto y por los motivos que ya sabes. Vine aquí despues del lance ocurrido en mi casa, y hallándome en esta misma sala, lleno de confusion, perplejidad y amargas dudas, resolví hacerte una visita. Ya ves cuán fácil y natural explicacion tiene lo que á tí te ha parecido efecto de masónicos conjuros. No tengas por masones á D.ª Fé y al criado que ella misma te propuso; tenlos por dos grandes tunantes; échalos á la calle y ten cuidado con las puertas de tu casa.

—¡Vive Dios que has hablado como un libro! Ahora dime qué vamos á hacer aquí, y con qué clase de gentes tenemos que habérnoslas.

—Ya te he dicho que esto es una reunion de patriotas pura y simple, no una lógia masónica. No esperes nada misterioso ni formulario. Eso lo hay en otras partes; pero la revolucion es tan urgente y tiene tanta prisa, que ha dejado á un lado los floretes para tomar las espadas.

—Pues adelante; entremos.

XVII

Pasamos á una pieza grande, mejor amueblada que alumbrada, en la cual habia hasta diez personas. Algunas de ellas revelaban claramente su profesion militar, aunque no tenian uniforme. Hablaban en alta voz con gran algazara. Cuando Monsalud me presentó á ellos, diciendo mi nombre y apellido, con la añadidura de los cargos que habia desempeñado, callaron todos, y no se oyó más que un murmullo. Creeríase que mi nombre habia caido en la reunion como un jarro de agua en brasero encendido.

Pero el que llamaban Zorraquin, que parecia tener cierta superioridad sobre los demás, se dignó hablarme con benevolencia.

—Las adhesiones de personas importantes que cada dia recibimos—dijo con alguna petulancia,—prueban que el absolutismo se desmorona.

—Hemos llegado á un punto—repuse,—en que es indispensable tratar de una revolucion en el Gobierno. Yo no valgo nada. Usted me

favorece demasiado..... Doy á usted las gracias.....

Y luego para mi capote añadí:

(—¡Cuatro tiros te daria yo de buena gana, tunante!)

—Eso lo reconocen todos los hombres de talento—dijo otro de los presentes.

—Yo mismo lo vengo sosteniendo—indiqué.—Público es y notorio que he aconsejado á Su Magestad..... Pero á ese pobre señor..... á ese pobre señor le han puesto una venda en los ojos, y es muy difícil arrancársela. La Córte debiera comprender su interés y transigir con ustedes.

Y para mis adentros añadí:

—(¡Qué bien os vendrian un par de carreras de baqueta á cada uno!)

—La cosa ha llegado á tal extremo—dijo el que nombraban Lopez Pinto,—que ya son contados los personajes importantes que no están dispuestos á ayudar á la revolucion..... Pero vamos á lo positivo, y ocupémonos de lo que nos ha reunido aquí. ¿Cómo es la gracia de ese señor?

Yo dí mi nombre y lo apuntaron.

—¿Quién responde del Sr. Pipaon?

—Yo respondo—dijo Monsalud.—Pero siguiendo la costumbre, se extenderá un acta y él la firmará.

Maldita la gracia que me hacia poner mi nombre y rúbrica al pié de un compromiso revolucionario; pero me acordé de las amonestaciones de D. Antonio Ugarte, y eché mano á la pluma. En el documento constaba que, admitido yo á la reunion y hecho partícipe del objeto y plan de ella, me comprometia á cooperar en la obra revolucionaria. Firmaban cuatro además del presentado y del presentador, y aquella hoja se unia al cartapacio que uno de los conspiradores llevaba siempre consigo.

Encabezaba el cuaderno una declaracion importantísima, punto capital del programa revolucionario, y era que aquellos señores y yo, desde tal momento, prometíamos hacer todos los esfuerzos imaginables para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitucion de Cádiz.

—(Antes os derrocaria yo la cabeza—dije para mí mientras firmaba, decorando mi faz con una sonrisilla.)

Con tan breve fórmula quedé armado caballero de la caballería demagógica, sin más petada ni espaldarazo. Esta sencillez patriarcal no dejó de llamarme la atencion. Zorraquin me dijo:

—No todos los personajes importantes que se abrazan á la revolucion, tienen el valor de venir aquí. Muchos hay que trabajan desde sus

casas, en el mismo Palacio y en los ministerios. Parece seguro—añadió bajando la voz,—que el Sr. Lozano de Torres es nuestro.

—Esta mañana le ví—dije yo,—y no sé por qué me pareció un poco inflamado de ardor revolucionario.

—Es ya indudable que esta noche deja de ser ministro.

Empezó á entrar gente y bien pronto la sala estuvo tan llena, que hacia allí un calor sofocante. La animada conversacion, las preguntas de fuego sostenian tambien una elevada temperatura moral. Sorprendíanse algunos de verme allí, y yo por mi parte no volvia de mi asombro al ver en tal sitio á ciertas personas. Aquello tenia todo el aspecto de un club y no parecia que nos reuníamos para tratar una cuestion concreta, sino que nos congregaba el deseo de desahogar por la vía oratoria las pasiones políticas. Eran oidos los que más gritaban y en ciertos momentos todos hablaban á la vez, resultando que ninguno podia ser escuchado. Yo habia resuelto hacerme notar desde el primer momento, y como repetidas veces me manifestaran deseos de que dijese alguna cosa, me subí sobre un banco y con gesto académico y cara sentimental me expresé de este modo:

—"Señores: Voy á hablaros con toda la franqueza propia de mi carácter..... porque yo llevo siempre el corazon en los lábios; yo no conozco el disimulo; yo soy un hombre que hasta en sus defectos (pues tengo muchos, dicho sea sin modestia), lleva el sello de la más pura lealtad..... Señores, faltaria á esa misma lealtad de que blasono, si yo viniera aquí ahora haciéndome pasar por liberal de toda mi vida, cantando himnos á la Constitucion y apostrofando al absolutismo. Si eso se me exigiera, por la misma puerta por donde he entrado me marcharia, con el corazon lleno de amargura, pero con la conciencia tranquila. *(Bien, bien.)*

"No, yo no puedo presentarme aquí alardeando de servicios prestados á la causa constitucional, ni afectando un entusiasmo tardío. Quédese eso en buen hora para los que se vuelven siempre al sol que más calienta, para los que adoran el triunfo, cualquiera que éste sea. Yo diré más, señores; yo levantaré ante vosotros, hombres honrados y leales, mi cabeza humilde, pero honrada tambien, y diré: "Señores, he sido absolutista; he servido al Gobierno absoluto; me he honrado con la amistad de mi Soberano, á quien desde aquí respetuosamente saludo;" diré más aún; diré: "Yo he trabajado contra la revolucion; he procurado ata-

jarla por cuantos medios estaban á mi alcance.» Pues bien, señores, esta franca declaracion mia, ¿no es una garantía de mis intenciones? ¿No prueba que no soy un aventurero? ¿No indica claramente que traigo aquí ideas de rectitud, de buen proceder, y sobre todo del más puro patriotismo y lealtad? *(Sí, sí.)*

»Pero los que me escuchan dirán: «¿Cómo este hombre, que ha servido al absolutismo, viene á servirnos ahora á nosotros?» Se hablará de defeccion, de inconsecuencia, de falta de lógica. ¡No, señores, no y mil veces no! Yo he visto el abismo á que es rápidamente conducida la Nacion por hombres perversos; yo veo los graves, los hondos, los inmensos males de la pátria; veo á la Córte desbocada, digámoslo así, por un carril de males; la veo tocando ya al término de la perdicion, de la ruina. Hago esfuerzos para salvarla, y no puedo; quiero detenerla, y me atropella; le grito, y no me oye. ¿Qué hacer, señores? ¿Qué hacer? ¿Cruzarme de brazos y contemplar con fria imperturbabilidad el desdoro y la destruccion de mi pátria? ¿Encerrarme en mi egoismo, no ver más que mi propia persona y dejar que la revolucion y el absolutismo se despedacen en feroz encuentro? ¡Oh! no, señores, y mil veces no! Los que tenemos un corazon que late al dulce nombre de

Pátria, los que hacemos nuestras las alegrías y las penas de la tierra en que hemos nacido, no podemos proceder de esa manera. Una voz dolorida suena en nuestro cerebro, y el corazon palpita al representarse las angustias de la pátria agonizante. Bendita seas una y mil veces, ¡oh pátria generosa, bella y desdichada! ¡Bendita seas, y malditos los que no estén prontos á derramar por tí la última gota de su sangre! *(Emocion general.)*

Tuve que detenerme, porque yo tambien me conmovia y la voz se ahogaba en mi garganta.

—Perdonadme, señores—continué, reponiéndome y pasando el pañuelo por mis ojos;—perdonadme si mis palabras desdicen de la gravedad de este lugar, si me dejo llevar de sentimientos..... porque sin quererlo..... casi me he puesto en ridículo. *(No, no; que siga.)* No puedo tratar de ciertos asuntos sin mostrar toda la sensibilidad de mi corazon..... Pues decia, señores, que un hombre honrado no puede permanecer tranquilo en presencia de los males gravísimos que todos conocemos. Yo, como otros muchos, he fijado los ojos en la idea que bullia en estos lugares secretos. Por lo mismo que la combatí, reconozco su poder; ¿á qué negarlo? Nadie se atreverá á sostener que la idea liberal

es mala en sí; nadie, nadie. Yo mismo, que la he combatido, he dicho, fijáos bien, señores; he dicho que la idea liberal y aun la Constitucion del 12 podian ser de provecho en determinado dia..... Pues ¿quién duda eso? Establecióse el absolutismo cuando era natural y lógico que se estableciera, porque la desorganizacion nacional, consecuencia lógica de la guerra, exigia una unidad poderosa que amalgamara los elementos dispersos. Pero el absolutismo, entiéndase bien esta idea, que yo he sostenido siempre, no podia considerarse sino como transitorio, como una obra de las circunstancias. Bien claro lo dice el Manifiesto del 4 de Mayo de 1814. Pues bien; así como fué natural y lógico establecer el absolutismo, entiéndase bien, señores, ahora es lógico y naturalísimo que el absolutismo cese..... No, España no puede continuar por más tiempo siendo una excepcion en Europa. No solo Luis XVIII, sino tambien Alejandro, el autócrata ruso, ha aconsejado á nuestro Rey la adopcion de una Carta constitucional. Esto es lo lógico; los tiempos lo reclaman, el país lo pide á grito herido, porque el país, señores, tiene mejor que nadie el instinto de su conveniencia; y así como aplaudió hace cinco años el absolutismo, aplaudirá ahora el Gobierno liberal, sábiamente estable-

cido. Y ahora preguntó yo: en estas ideas que he vertido, y que son norma de mi conducta, ¿hay defeccion, hay inconsecuencia, hay falta de formalidad? *(No, no.)*

«Repito que yo no vengo aquí á proclamarme revolucionario rabioso. No soy ni siquiera revolucionario. Mi sistema político se funda en un órden perfecto, en una concordia preciosa. Gobierno prudente y liberal; reformas sábias; respeto á Su Magestad; órden, mucho órden. Si se trata de escándalos, de disturbios sangrientos, me marcharé por donde he venido, é iré á llorar en la soledad de mi retiro los males de la pátria y los errores y la ceguera de mis conciudadanos. *(Muy bien.)* No me pidan manifestaciones calurosas. Trabajaré por el cambio de Gobierno. Trabajaré con ardor y celo, pero sin demostrar esa vana oficiosidad de los que se unen á las revoluciones, para desacreditarlas, mientras sacan provecho de ellas. Yo no quiero provecho; yo quiero ser el primero en el trabajo y el último en la recompensa. Quiero ser el último, señores; quiero permanecer en la oscuridad el dia del triunfo. El que no se acuerde de mí en dicho dia, me hará el mejor servicio que puedo apetecer. Ruego á todos los presentes que no vean en mí más que un hombre oscuro, que podrá equivocarse, que se ha equi-

vocado tal vez, pero que jamás ha fingido sentimientos ni ideas que no sintiera. Con la misma lealtad y franqueza con que expuse antes mis servicios al absolutismo, declaro ahora que creo en el triunfo de las ideas liberales. Yo no engaño, yo no finjo, yo no hago papeles diversos; yo no tengo entusiasmos hoy, frialdades mañana y veleidad y novelería siempre; en una palabra, yo no sirvo á partidos, ni á pandillas, ni á poderes, ni á reyes, sino á la madre que reverencio y adoro, á la pátria idolatrada, objeto de todas mis ánsias, de todos mis desvelos, de todos mis amores. Fijos los ojos en la pátria, exclamo: *Jóven libertad, yo te saludo.* He dicho.»

Concluí mi discurso entre señales de aprobacion tan manifiestas y calurosas, que, á pesar de estar yo en el secreto, como autor de la pieza oratoria que acaba de leerse, no pude ménos de admirarme de mí mismo. Mi discurso, dicho sea sin modestia, era un modelo en ese género resbaladizo, flexible y acomodaticio, que sirve, mediante hábiles perfidias de lógica y de estilo, para defender todas las ideas y pasar de uno á otro campo. Era un modelo en lo que podemos llamar el género de la transicion. Yo descubria maravillosas facultades para la política.

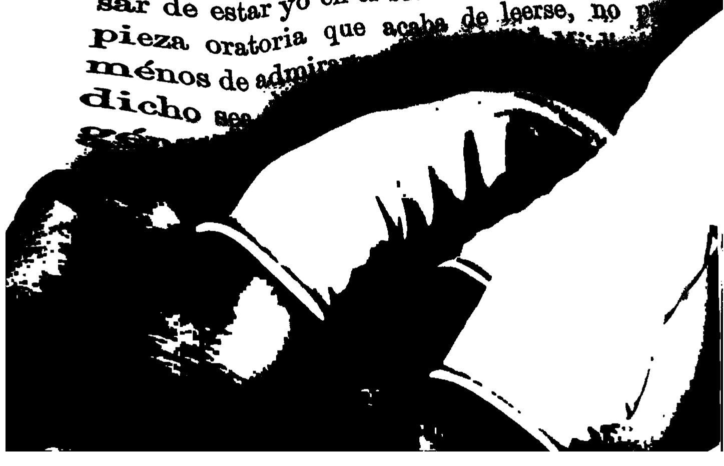
Los buenos revolucionarios, al aplaudirme y al admirarme irreflexivamente sin reparar mis antecedentes, no hacian más que cumplir las condiciones inevitables de su carácter, que eran candor y generosidad. La mayor parte de ellos tenian una buena fé excesiva, y abrian los brazos á todo el mundo, viniera de donde viniese. Dejábanse cautivar por los discursos amañados y retumbantes, sin reparar de qué boca salian, dándose el caso aquella noche de que á un hombre como yo le festejaran, considerándole como una esperanza de la jóven libertad, á quien ardientemente saludara.

Otros hablaron despues que yo; pero no se oyeron más que discursos violentos, sin aquella mesura y espíritu práctico y justo medio y prudencia y pulso que resplandecían en el mio. Yo hablé como hombre de gobierno: ellos como agitadores desalmados. Yo hablé desde un terreno en que fácilmente se podia volver la vista al absolutismo y al constitucionalismo, vistiendo al uno con los trages del otro, segun conviniera; ellos quemaban sus atrevidas naves, declarándose jacobinos. ¡Diferencia notable! El porvenir era mio. Ellos moririan despedazados por sí mismos.

Últimamente, la reunion se dividió en grupos, y hablaban todos á un tiempo. Yo advertí

vocado tal vez, pero que jamás ha fingido sentimientos ni ideas que no sintiera. Con la misma lealtad y franqueza con que expuse antes mis servicios al absolutismo, declaro ahora que creo en el triunfo de las ideas liberales. Yo no engaño, yo no finjo, yo no hago papeles diversos; yo no tengo entusiasmos hoy, frialdades mañana y veleidad y novelería siempre; en una palabra, yo no sirvo á partidos, ni á pandillas, ni á poderes, ni á reyes, sino á la madre que reverencio y adoro, á la pátria idolatrada, objeto de todas mis ánsias, de todos mis desvelos, de todos mis amores. Fijos los ojos en la pátria, exclamo: *Jóven libertad, yo te saludo.* He dicho.»

Concluí mi discurso entre señales de aprobacion tan manifiestas y calurosas, que, á pesar de estar yo en el secreto, como autor de la pieza oratoria que acaba de leerse, no p... ménos de admira... dicho sea... gén...



Los buenos revolucionarios, al aplaudirme y al admirarme irreflexivamente sin reparar mis antecedentes, no hacian más que cumplir las condiciones inevitables de su carácter, que eran candor y generosidad. La mayor parte de ellos tenian una buena fé excesiva, y abrian los brazos á todo el mundo, viniera de donde viniese. Dejábanse cautivar por los discursos amañados y retumbantes, sin reparar de qué boca salian, dándose el caso aquella noche de que á un hombre como yo le festejaran, considerándole como una esperanza de la jóven libertad, á quien ardientemente saludara.

Otros hablaron despues que yo; pero no se oyeron más que discursos violentos, sin aquella mesura y espíritu práctico y justo medio y prudencia y pulso que resplandecían en el mio. Yo hablé como hombre de gobierno: ellos como agitadores desalmados. Yo hablé desde un terreno en que fá[illegible]te se podia volver la vista al absolutis[illegible]nstitucionalismo, vistiendo[illegible]s del *otro*, segun convi[illegible] sus atrevidas naves, de[illegible] ¡Diferencia notable! El [illegible]os moririan despedazados

[illegible] reunion se dividió en gru[illegible]dos á un tiempo. Yo advertí

que Monsalud, Zorraquin y otros, habian desaparecido despues de mi presentacion, sin oir mi discurso, y curioso por saber dónde se escondian, lo pregunté á un señor excolector de espolios que conmigo charlaba.

—Están en la sala inmediata—me dijo.—Esas cabezas de la conspiracion deliberan secretamente. Para pasar allí es preciso haber trabajado mucho y servido bien á la causa. Creo que esta noche hay noticias importantes: ya nos las dirán. Se dice que vá á salir al momento un comisionado para Andalucía.

Uno, que parecia militar de elevada graduacion, se acercó y nos dijo:

—Se asegura que esta noche misma vendrá aquí por primera vez á inscribirse y á comprometerse D. Juan Estéban Lozano de Torres.

—¡Hombre!.... ¡Tan pronto!....—exclamé yo.

—Sr. de Pipaon: aprendamos á ver claro y á no juzgar á las personas por lo que aparentan. Yo mismo he visto á Lozano en la lógia masónica de la calle de las Tres Cruces.

—La verdadera masonería dicen que no es revolucionaria.

—Hay de todo: por ahí se empieza.

—No; no es que yo ponga mi mano en el fuego por la pureza anti-revolucionaria de don

Juan Estéban—dije.—Él, como todos nosotros, habrá comprendido que es imposible sostener el absolutismo..... Quien no se dejará bautizar fácilmente con estas aguas, amigo, es el señor Marqués de M***, á quien se indica para sucesor de Lozano.

—Tambien lo creo así. El Marqués de M*** no será de los nuestros hasta que no triunfemos. Su anti-constitucionalismo consiste en que no cree en la posibilidad de la caida. Allá veremos. Me temo que si entra ese señor en el Ministerio, sea esta la última noche en que nos reunamos aquí.

—Es posible.

—Pero no faltará un agujero. Madrid es muy grande, y la policía, en su prevision incomparable, no deja de simpatizar con las sociedades secretas. Felizmente ahora se han reunido fondos.....

—La cosa—dijo el militar, dando á esta palabra (cosa) el sentido revolucionario que siempre tiene en vísperas de trastornos,—vendrá esta vez de Andalucía.

—Sí; esta noche misma sale un comisionado para allá. El ejército de la Isla y las tropas que con motivo de la fiebre están acantonadas en las Cabezas de San Juan serán las que nos saquen de penas.

—Conozco á algunos jefes—indiqué.

—Y yo á todos—dijo el militar con suficiencia.

—¿Á Rafael del Riego?....

—De ese no puede esperarse gran cosa. Es un hombre que por milagro de Dios sabe leer y escribir.

—Mucho corazon.

—Regular nada más. En lengua sí le ganan pocos. Es de los que más hablan y de los que ménos hacen.

De improviso entró en la reunion un hombre á quien yo habia visto mucho en Palacio, y que aun en aquella época privaba mucho con Ramirez de Arellano y Villar Frontin.

—Señores—gritó con voz estentórea, —el Marqués de M*** es Ministro de Gracia y Justicia.

—¡Viva Lozano de Torres!—exclamó con oficiosidad uno de los presentes.

—Su Excelencia ha salido desterrado para el castillo de San Anton de la Coruña.

—No podia faltar el paseito—dijo el ex-colector.

—Ahora mucho cuidado. El Sr. D. Buenaventura nos enviará aquí sus perros. Ya no tendremos un jefe de policía que ampare la reunion.

La conversacion se animó. Hubo amenazas, promesas, votos, juramentos y proyectos. Yo me mantenia siempre en una actitud de dignidad y reserva, como hombre amante del justo medio y enemigo de escándalos. Se respiraba allí una atmósfera de pasion que no era la más á propósito para mí y empecé á sentir hastío. Sin embargo de esto, hice aquella noche algunas amistades. ¡Cuántos hombres conocidos encontré allí y con cuántos desconocidos trabé relaciones! Habia gran número de personas muy notorias por su probidad, por su honrada vida en el comercio y en la industria; habia altos empleados que sirvieron ó servian aún con buena nota; liberales exaltados que llevaban en sus manos la señal de las esposas del presidio, revolucionarios frenéticos y templados, hombres de ideas nobles y hombres de accion ruda, personas sencillas las unas, inteligentes y astutas las otras, la violencia y la persuasion, la sencillez y la anarquía. Para que nada faltase, ví algunos que se habian distinguido en los seis años por su absolutismo furibundo. El pan que iba á salir de aquel amasijo, solo Dios lo sabia.

Al fin aparecieron los que se ocultaron al principio de la sesion, y Zorraquin dijo:

—Señores, es preciso que nos retiremos. La

entrada del Marqués de M*** en el Ministerio nos quita toda seguridad, y esta casa puede ser registrada cuando ménos se piense. Si el señor Lozano no nos protegia abiertamente, me consta que hacia la vista gorda; es decir, que no queria meterse con nosotros y perseguia tan solo á nuestros agentes. El *tigre* no hará lo que el *zorro* y dirigirá sus golpes á lo alto. Quizás á esta hora estén cambiados los agentes de policía. Precaucion, pues, y cada cual á su casa. Se avisará.

Lentamente fueron desfilando todos. Hubo despedidas cariñosas, apretones de mano, promesas, citas particulares para el dia siguiente. Todo era concordia y entrañable afecto. Monsalud y yo nos quedamos los últimos. Riéndome no sé si de mí mismo ó de qué, le dije:

—¿Conque soy mason?

—Mason no—me respondió.—La masonería propiamente dicha, no es revolucionaria, aunque aquí el vulgo y los absolutistas llaman masones á los que conspiran. Ya te dije que esto no es una lógia sino una reunion; lo que en Francia llaman un club.

—De modo que no soy todavia mason, propiamente dicho. Pues bien, soy liberal.

Y rompí á reir con más fuerza. La revolucion individual se habia consumado en mí. La

segunda casaca no menos ridícula á mis ojos que la ropilla encarnada de un bufon, pesaba sobre mis hombros.

XVIII

—Una cosa no me ha gustado, Salvador— le dije cuando salimos á la calle,—y es que han tratado ustedes secretamente lo más importante de la reunion. ¿Por qué no habia de cooperar yo con mis consejos á lo que se está tramando?

—¿Acabas de sentar plaza y ya pretendes ser general?

—Qué quieres..... yo soy así..... Pero, ¿á dónde vamos ahora?

—Adonde gustes. Yo tengo que salir para Andalucía al rayar el dia, y quisiera tomar alguna cosa y descansar un poco.

—¡Ah! eres tú el comisionado que vá á Andalucía—exclamé con viveza.—Dicen que vendrá de allí eso que llaman *la cosa*. ¿Vas á llevarles dinero ó instrucciones? Se me figura que de todo llevarás.

—Mucho quieres saber en poco tiempo—me

dijo.—Te advierto que nunca he sido indiscreto. Sigue concurriendo á la reunion, muéstrate activo y servicial, y pondrás tus manos en la masa fina.

—Tienes razon, no debo ser curioso. Pero díme tú que estás en los secretos, ¿la revolucion vendrá pronto?

—Aunque no tengo la fé ciega de otros, creo que esta vez ha de resultar algo de provecho. Se ha trabajado tanto, se ha llevado el hilo de la conjuracion á tantas partes, que á poco que de él se tire habrá movimiento en diversos puntos, y cuando el Gobierno quiera cortarlo, se enredará en él.

—Por lo que veo y por lo que he oido, tú eres de los que más han trabajado en estos líos—dije procurando ganarme toda la simpatía de mi amigo.—Desde la conspiracion de Porlier andas en danza, Salvadorcillo, segun lo prueba la hoja de servicios que me enseñó Lozano de Torres. ¿Sabes que por mucho que te den el dia del triunfo, no habrá bastante con qué recompensarte?

—Yo no trabajo por recompensas, amigo Bragas,—replicó;—trabajo por una pasion irresistible y poderosa que me ocupa todo desde que me ví maldecido por mi pátria y arrojado al suelo extranjero como una béstia maligna.

Esta pasion es la que me impele, es la que me mueve, haciéndome infatigable, la que me hace afrontar todos los peligros y despreciar la muerte, á que mil veces he estado expuesto.

—Yo tambien tengo una verdadera pasion porque mejore la suerte de mi querida pátria. Salvador, entre tú y yo hemos de hacer algo muy sonado.

—Mi ambicion y la tuya son muy distintas. Tú has empezado á creer que esto vá mal desde que has empezado á perder tu valimiento. Yo he creido siempre lo mismo, y mucho me temo que despues del triunfo, sigan pareciéndome las cosas de mi país tan malas como antes. Esto es un conjunto tan horrible de ignorancia, de mala fé, de corrupcion, de debilidad, que recelo esté el mal demasiado hondo, para que lo puedan remediar los revolucionarios. Entre estos se ve de todo; hay hombres de mucho mérito, buenas cabezas, corazones de oro; pero asimismo los hay tan vanos como bullangueros, que buscan el ruido y el tumulto, no faltando muchos que están llenos de buena fé; pero carecen de luces y de sentido comun. Yo he observado este conjunto en que se revuelven sin poderse unir la grandeza de las ideas con la mezquindad de las ambiciones; he sentido al principio cierto temor; pero despues de medi-

tarlo, he concluido afirmando que los males que pueda traer la revolucion no serán nunca tan grandes como los del absolutismo.

»Y si lo son—continuó desdeñosamente,—bien merecidos los tienen. Si esto ha de seguir llevando el nombre de Nacion, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, que el sentido comun ultrajado se vengue, arrastrando y despedazando tanto ídolo ridículo, tanta necedad y barbárie erigidas en instituciones vivas; es preciso que haya una renovacion tal de la pátria, que nada de lo antiguo subsista, y se hunda todo con estrépito, aplastando á los estúpidos que se obstinan en sostener sobre sus hombros una fábrica caduca. Y esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque si no se hace así no se hace nunca. Ya sabemos lo que son las promesas hechas en manifiestos durante los dias de miedo. Aquí se han de romper á hachazos las puertas de la tiranía para destruirlas, porque si las abrimos con ganzúa ó con su propia llave, quedarán en pié y volverán á cerrarse.

—Salvador, me espantan tus ideas—dije yo, no pudiendo renunciar á mi papel de sustentador del órden social.

—Pues acabas de comprometerte á defender

estás ideas que tanto te espantan. Si quieres que siga gobernando á una Nacion como esta el capricho de un Rey ó la ambicion infame de media docena de lacayos; si quieres que todo el manejo de la fortuna del Reino esté al arbitrio de una mujerzuela ó de un palaciego adulador; si quieres que la parte principal de la riqueza del país sea chupada por un enjambre de holgazanes corrompidos, sin ley de Dios ni de los hombres; si quieres que la ignorancia y la barbárie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga; si quieres que un capellan de monjas más estúpido, aunque ménos gracioso que fray Gerundio, ponga su veto á las obras del entendimiento más sublime; si quieres que siga este envilecimiento en que tantos séres viven, gobernados como carneros, y sin saber ni poder pedir cuenta de su conducta á los que les gobiernan; si quieres que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y dolor en los calabozos ó en los presidios de África, y que los mejores títulos para escalar las altas posiciones sean aquí la adulacion, la bajeza, la nulidad, la ignorancia, la intriga; si quieres esto, Pipaon, ¿para qué has salido de Palacio y has entrado en el club?

—Veo, amigo Salvador—le dije con compla-

cencia,—que has aprendido en la emigracion muchas cosas que antes no sabias.

—La desgracia abre los ojos—me contestó,—y la desgracia en países que son una perpétua leccion para el nuestro, es la mejor maestra que se conoce. Tengo una fé inmensa en el éxito definitivo de mis ideas; tengo la creencia de que al fin y al cabo triunfarán, y serán tan comunes á todos como son hoy comunes la ignorancia y la ceguera de una gran parte de los españoles.

—De modo que ahora.....

—Ahora, si he de hablarte con franqueza, no creo yo que las ideas liberales sean bien comprendidas, ni ménos bien practicadas.

—Es decir, que serán una calamidad.

—Hasta cierto punto, sí.

—Entonces los que las predican hacen mal, y los que tratan de establecer el sistema liberal, peor.

—No, porque alguna vez se ha de empezar.

—El pueblo necesita ser ilustrado para poder practicar la libertad.

—Y necesita practicar la libertad para ilustrarse. Parece que esto es un círculo vicioso; pero no lo es realmente. ¿Por dónde se empieza? Esta es la cuestion. Comprenderás que todas las cosas tienen su principio doloroso. El

hombre antes de andar en dos piés, ha andado á gatas. Supongo que por evitarte los tropezones que acompañan á los primeros pasos, no desearás tú que el género humano ande siempre á cuatro piés.

—Ciertamente que no.

—En ese período estamos, amigo.

—¿En el de los cuatro piés?

—Exactamente. Yo le digo á la sociedad española: "levántate," y me responde: "no sé andar derecha." Los frailes y los palaciegos le aconsejan que no se meta en la peligrosísima aventura de marchar como la gente. Al fin la azuzamos tanto que se levanta.

—¡Y á los pocos pasos, al suelo!

—Pero la estimulamos de nuevo con ruegos, ó á latigazos si es preciso.—Afligida repite ella: "Si no sé, si me caigo, ¿qué debo hacer para aprender á andar?" Y le contestamos: "Andar, andar siempre."

—Bien, muy bien, Sr. Monsalud—dije riendo.—Dios quiera que el tropezon que vamos á dar ahora no sea tal que nos rompamos las narices.....

—Y andará, al fin tiene que andar—añadió.—Decirte cuánto he trabajado porque llegue el dia del triunfo; pintarte los peligros que he corrido, y la extraordinaria constancia mia al

inaugurar una tentativa al pié mismo de los cadalsos donde ha espirado la anterior, seria imposible. Esta fuerza, este afan incesante, sin desmayar nunca, sin desconfiar del éxito á pesar de las repetidas contrariedades que han agobiado y descorazonado á tantos, no se tienen sino cuando el alma está llena y ocupada por esas ardientes y potentes ideas, por las pasiones políticas que alientan y queman. Para desafiar la muerte es preciso no temerla, y este arrojo imperturbable, solo cabe en corazones limpios de toda ambicion pequeña.

—Comprendo que los trabajos han sido muchos; pero no me hables de los peligros, porque no creo en ellos. Pues qué ¿no es sabido que los conspiradores y masones ó lo que sean, burlan la policía y la justicia, cual si estuviesen de acuerdo con el Gobierno?

—Te diré: es cierto que hoy se ha relajado considerablemente la justicia; pero es porque al Gobierno le ha entrado ya el mareo de la perdicion, le ha entrado el aturdimiento que indica su próxima ruina. El absolutismo mismo, esa fiera indócil é incapaz de benignidad parece como que quiere congraciarse con la revolucion. Esto no es tolerancia, Pipaon, esto es cobardía..... Recuerda que Porlier fué ahorcado, Lacy fusilado y Vidal y sus infelices

compañeros inmolados tambien con un aparato lúgubre que indica la crueldad más refinada..... Hoy el absolutismo no ahorca; mas no porque no sepa hacerlo. Ahora le toca á él tener miedo..... Sin embargo, la impunidad que hoy disfrutan los revoltosos tiene sus límites. Cierto que hacen su voluntad y conspiran una multitud de personajes que han ocupado altos puestos ó los ocupan hoy. Con estos transigirá siempre el Gobierno, porque no es cosa de meter en la cárcel á un consejero de Estado ó á un capitan general. Con los que el absolutismo no transige es con los que, como yo, no son ni siquiera sargentos, ni siquiera covachuelos, y se atreven sin embargo á atentar contra lo existente. Para los que no somos nada, la impunidad no existe. Otros si son cogidos, sufrirán pequeño arresto ó una detencion insignificante, recibiendo algun recadito del Ministro, de tal dama, ó de cual palaciego: en cambio yo y otros como yo si somos cogidos, lo pasaremos mal.

—¿No eres amigo del Sr. Villela?

—Pero el Sr. Villela, aunque conspira, conspira á lo cortesano, y es esclavo de las conveniencias. Es mi amigo, pero solo hasta cierto punto, y en tanto cuanto no se comprometa por mí. No creas que me fiaria del *elefante* en

un caso de apuro. Los protectores y cómplices de la Córte sirven de poco. ¿Piensas que me hubiera sido fácil escapar de las garras del Marqués de M*** si por desgracia hubiera caido en ellas esta noche?

—Tú me has dicho que has sobornado á muchos polizontes, y por lo que Zorraquin indicó, se comprende que la policía no os molestará mucho.

—Pero no estoy libre de la policía de la Inquisicion, lo cual es muy distinto.

—Hace poco, cuando estábamos en aquellos sótanos tan apacibles, me digiste que la Inquisicion era una burla, un fantasma.

—Una burla y un fantasma porque no es lo que era, es decir, porque no quema, ni descuartiza, ni descoyunta, pero aún tiene presos y alguna vez se dá el gustazo de atormentar. Si he de hablarte con franqueza, en este período de perdicion y desvanecimiento en que ha entrado el absolutismo, no temo ni que me ahorquen ni que me fusilen, porque además de la flojedad del Gobierno, no faltaria quien me salvase; pero temo las molestias, y sobre todo la falta de libertad. Por eso varío de domicilio con tanta frecuencia con objeto de evitar á los infames hurones que olfatean la revolucion, faltos de valor para destruirla. Por eso he

organizado una especie de policía á mi manera, la cual me permite conocer gran parte de lo que pasa en los ministerios y en Palacio, en la Córte y fuera de ella.

—¡Admirable habilidad la tuya! Por lo que has hecho en mi casa, juzgo de lo demás—le dije.—Ya no me sorprende que tuvieras noticia de la órden secreta dada por el Supremo Consejo para poner en libertad á tu madre, ni que sepas la venida de Cárlos Navarro, cuando su misma mujer no lo sabe.

—Eso lo sé por un amigo llegado ayer.

—Mientras más hablo contigo, más me alegro de renovar nuestra antigua amistad—le dije cariñosamente y con franqueza.—Creo que entre los dos podremos hacer algo de provecho. Sigamos nuestras relaciones..... escríbeme..... Quiero saber dia por dia cómo vá nuestra querida revolucion..... porque yo, Salvador, soy todo de la revolucion, soy todo tuyo.

—Entusiasmado estás. Veremos si dentro de algun tiempo dices lo mismo—me contestó deteniéndose.

Habíamos llegado á la Puerta del Sol y junto al café de Levante.

—¿Es hora ya de que nos separemos?—le pregunté.

—Sí; te ruego que no me acompañes más. Ahora necesito estar solo.

—¿Y no puedo seguir en tu agradabilísima compañía hasta el momento de que te pongas en camino?

—No, querido Pipaon. Ahora deseo quedarme solo. Unos amigos me esperan aquí. Tengo que arreglar mi viaje. Conque.....

—¡Pues adios, ilustre y heróico jóven!—le dije abrazándole.—Cuántas cosas han pasado desde que te apareciste en mi casa! ¡Qué nuevo mundo de ideas! Entre morir y resucitar no hay tanta diferencia. ¡Si me parece que he vuelto á nacer!.... Soy otro, Salvador.

—Falta que seas consecuente, que comprendas bien la gravedad de tu mision ahora.

—Tomándote por modelo, mi querido amigo, no me equivocaré..... ¡Venga otro abrazo..... otro! Si no me canso de abrazarte. Que vuelvas pronto y nos traigas la revolucion. Oh, ¡la revolucion!!...

—Adios.

—Soy todo tuyo..... todo tuyo y de la libertad. Adios.

Nos separamos. Yo corrí á mi casa. El frio de la madrugada, azotándome el rostro, me obligaba á marchar velozmente como un ladron que huye ó un amante que acude á la cita.

Gran asombro me causó hallar á Genara levantada. Su palidez indicaba doloroso insomnio. Tenia en los ojos un exceso de atencion y de vida, semejante á los primeros síntomas del delirio mental.

—¿Cómo es eso?.... ¿En pié á estas horas?—le dije.

—Gusto de madrugar—me respondió señalando las ventanas por donde entraban las primeras luces del dia.—Vea usted. Ya amanece.

—¡Ah! señora,—exclamé compungidamente.—Vengo de cumplir el más penoso de los deberes..... ¡Terrible trance que ha llenado de angustia mi corazon!.... pero en fin, el deber es lo primero.

—¿De qué habla usted?

—¡Y me lo pregunta! ¡Y se hace la ignorante!.... Pues qué, ¿necesito decir que ese miserable enemigo nuestro se halla en poder de la justicia, que bien pronto ¡oh dolorosa y tristísima idea! le hará expiar sus nefandos delitos?

—¿El que estaba aquí?....—preguntó, venciendo difícilmente su perplejidad.

—Pero, Genara, ¿es posible que no haya comprendido usted mi intencion y el gran celo con que esta noche la he servido?

—¿Á mí?

—¡Á usted! Francamente, amiga mia, solo

por usted, solo por el gran amor que profeso á su familia he podido yo llevar á cabo la penosa empresa de esta noche..... Le aseguro á usted que mi corazon está destrozado.

—Nada comprendo. Solo sé que, despues de charlar en confianza, salieron ustedes juntos.

—¿Y lo demás es preciso decirlo letra por letra?.... ¡Qué tonta es la niña!..... ¿Pues no se comprende que si salí con él fué para llevarlo astutamente y con sutil engaño á un punto donde no pudiera hacerme resistencia?....

—¡Para prenderle!—exclamó con asombro.

—Pues es claro..... ¡Y se asombra!.... ¿Pues no era este el gran empeño de usted?.... El infeliz, al escapar de la emboscada que le prepararon en su casa, creyó encontrar refugio y amparo en la mia; pero se la he pegado bien..... Fingiendo que le conducia á paraje seguro, le puse entre los dientes del dragon. Conque, señora mia, los vivos deseos de usted están satisfechos. ¿Me he portado bien?

—De modo, que fingiéndose amigo.....

—Eso es, fingiendo que le protegia, le entregué á los sayones de D. Buenaventura, que darán cuenta de él.

—¡Qué felonía!—exclamó con arranque tan espontáneo que me desconcerté.

Despues tratando de reponerse, me dijo:

—Pero más vale así, para que no se pierda mi trabajo.

—¡Ah! lo que es esta vez subirá al cadalso, estoy seguro de ello..... Pero noto en el semblante de usted síntomas de lástima, Genara.

Y era verdad que los notaba.

—Justicia y generosidad no se excluyen—me respondió.—Ya he dicho á usted que detesto al delincuente; pero que compadezco al encausado.

—Estoy notando que en el espíritu de usted se encadenan de una manera misteriosa el ódio y la compasion—le dije.—De tal manera las pasiones humanas originándose las unas á las otras llevan al alma á extremos lamentables.

—¿Dice usted que ahora no escapará?

—Pero ¿no sabe usted que el Marqués de M*** está en el Ministerio? Con esto se ha dicho todo. Le ahorcarán sin remedio y pronto, muy pronto. Ya se acabó la impunidad de los agitadores y jacobinos. Por cierto, Genarita, que usted y yo nos hemos lucido. ¡Qué gran servicio hemos prestado á la pátria! Lástima grande que no siguiera usted descubriendo criminales y yo echándoles el guante.

Dirigióme una mirada rencorosa. Arrojándose en un sillon, apoyaba su frente en la palma de la mano.

—Cuando se pasa la noche sin dormir—dijo,—la cabeza es de plomo.

—¡Noche de emociones!—indiqué.—Yo sí que las he tenido buenas. Figúrese usted..... ¡Tener que vender á un hombre de quien uno ha sido amigo!.... ¡Entregarle á la justicia!.... ¡Engañarle!.... ¡es horrible!.... Y todo lo he hecho por usted, Genara, por complacerla, porque se tranquilizase usted, por dejar satisfechas esas violentas pasiones de la mujer más caprichosa de la tierra.

—Mi abuelo dice que ya no ahorcan á nadie—indicó fijando en mí sus ojos que pedian no sé qué desconocida misericordia.

—¿Se inclina usted á la generosidad? ¿Venimos ahora con blanduras? Las mujeres..... nunca se sabe lo que quieren.

—No..... dejémonos de generosidades humillantes.

—Eso es..... palo en él..... duro! Sea usted como yo, inexorable.

—Sí—dijo Genara levantándose y mostrándome su rostro teñido súbitamente de apasionados fulgores.—Sí; la palabra de estos tiempos, el lema de mi familia debe ser: ¡castigo!

—¡Castigo! Sí. ¡Qué bien he interpretado el deseo de usted!

—Mi deseo es..... ¡que muera!

Descargó la trágica mano en el aire, y su hermoso semblante lleno de luz, de magestad, de inexplicable imán de amores, se entenebreció con el ceño propio de una divinidad ofendida y vengadora.

Al mismo tiempo sonaron voces en la puerta de la casa.

—¡Mi marido!—gritó la dama.

Despues de breve pausa de confusion y estupor, Genara corrió al encuentro de Cárlos Navarro, que acababa de llegar en compañía de dos amigos, dos guerrilleros barbudos, dos salvajes de voz dura y miradas terribles y cuerpos y voluntades de acero.

Un instante despues de su llegada, yo me colgaba al cuello de Cárlos Garrote y estrechándole ardorosamente hasta sofocarle, le decia con voz conmovida:

—Bien venido sea, bien venido sea el insigne guerrero..... ¡Gracias á Dios!.... No podia usted venir más á tiempo. ¡Parece que le envia el Cielo, ahora que levanta por todas partes su cabeza la hidra revolucionaria; ahora que bullen las infames sociedades secretas y está Madrid lleno de miserables conspiradores y masones, los cuales con horrible alevosía tratan de hacer una revolucion..... ¡oportunidad admirable!

—¿Revolucion? Lo veremos,—dijo con acrimonia Cárlos, correspondiendo afectuosamente á mis demostraciones.

XIX

Cárlos Navarro al dia siguiente de su llegada me notificó que su familia abandonaba mi casa. Además de que no parecia ser de su agrado aquella residencia, las habitaciones en que moraban no eran suficientes para cinco personas, pues Navarro no queria separarse de sus dos amigos. Alquiló, pues, una hermosa casa amueblada con lujo en la solitaria calle de *Sal si puedes,* hermosa vivienda, perteneciente á un grande que viajaba por el extranjero. Cárlos era hombre rico y nada tacaño en el gasto y brillo de su persona: así es que, extinguido el imperio del avariento Baraona, púsose la familia en un pié de opulencia que eclipsó mi decorosa medianía. Tenian casa hermosa aunque pequeña, varios criados y cuadras y cocheras, anejas al mismo edificio. No sé si he dicho que Garrote era coronel de ejército, merced al reconocimiento de grados que

se hizo á los guerrilleros; y si él hubiera sido pedigüeño como otros, habria obtenido la faja.

Como vivíamos tan cerca, casi todos los dias me tenian allá. Baraona, que cada vez se inclinaba más á la tierra, no podia pasarse sin mis noticias, ni sin mi atencion, cuando soltaba la sin hueso en pró del régimen absoluto. Cárlos se preocupaba mucho tambien de política.

Genara me parecia más taciturna despues de la llegada de su esposo; y si he de decir verdad, yo no advertia entre uno y otro aquellas señales de mútuo afecto, de amable cortesía que indican perfecta paz y concordia en un matrimonio. Genara y Cárlos se hablaban poco y con frialdad. Nunca reñian; pero manteníanse á cierta distancia el uno del otro, más bien como conocidos indiferentes que como esposos. Noté en él no sé qué desconfianza vigilante, y en ella cierta reserva ocultadora. Por algunas palabras y acciones de Cárlos comprendí que acechaba. Por el silencio y la conducta de Genara comprendí que temia.....

Yo no sabia á qué atribuir tales fenómenos, que habian empezado á notarse desde que se verificó el matrimonio, aunque no tomaron carácter alarmante hasta la época á que me refiero. ¿Provenian de una profunda desconformi-

dad entre sus caractéres? Bien podia ser, porque Cárlos, hombre de corazon recto, era muy rudo y al mismo tiempo sencillo, sin delicadezas, enemigo acérrimo de novedades dentro y fuera de casa, muy reservado, ardiente, profundo, áspero, y de una constancia y perdurabilidad enorme en sus sentimientos y afecciones. Genara, á quien yo no conocia bien aún, parecióme que estaba fundida en moldes muy distintos.

Un dia fuí, como de costumbre, á hablar con Cárlos de política. No necesito decir que yo disimulaba perfectamente mi complicidad revolucionaria, pues si aquella gente tan fanática hubiera conocido mis veleidades, no lo pasara bien este desgraciado. Los Baraonas y los Garrotes, procedentes de lo más duro de las formidables canteras vascongadas, eran gentes con las cuales no se podia jugar en materia de ideas políticas. Despues que hablamos un poco los cuatro, salieron á paseo Genara y su abuelo, y cuando Cárlos y yo nos quedamos solos, aquel mostró deseo de hablarme de un asunto extraño á las conspiraciones.

—Pipaon,—me dijo.—Vá usted á tener conmigo tanta franqueza como si fuéramos hermanos. Se me figura que usted sabe algo que me interesa y que no me quiere confiar, algo

que segun su entender de usted no debe decirme.

—No, Sr. D. Cárlos mio; nada sé yo referente á usted que al punto no pueda decir.

—Usted habrá notado que mi mujer no me hace feliz—dijo, expresándose con cierta dificultad, como quien no encuentra la palabra propia,—quiero decir..... pues..... quiero decir que no soy completamente feliz con mi esposa.

—Sr. D. Cárlos, me parecia haber notado eso.

—Sin duda mi carácter es muy opuesto al suyo. Sin duda ella tiene la cabeza llena de proyectos estupendos y su alma toda entregada á ilusiones locas. Yo vivo en la tierra, soy rutinario, pacífico, me gusta la vida ordinaria que se vá deslizando tranquila por la suave pendiente de los fáciles deberes fácilmente cumplidos; ella es un alma de dificultades..... no sé si me expreso bien..... quiero decir que Genara no puede vivir sino donde hay tumulto, y algun mónstruo con quien luchar.

—Ahora lo entiendo ménos.

—Quiero decir que Genara tiene en su alma un laberinto.

—¿Un laberinto?

—Una batalla constante con sombras, con

fantasmas, con cosas grandes y enormes, que atropelladamente se levantan dentro de ella y la llaman y le arrojan piedras como montañas.....

—¡Ah! Sr. D. Cárlos, juro á usted que no entiendo una palabra.

—Pues yo sí lo entiendo—repuso con tristeza.—Esto que hablo, ella misma me lo ha dicho. Me lo dijo á poco que nos casamos. ¡Ah! Sr. de Pipaon, yo no debí casarme con Genara. Ella debió ser franca tambien y no casarse conmigo; debió buscar su igual, y su igual no soy yo.

—Ilusiones, mi Sr. D. Cárlos.

—Realidades, mi Sr. D. Juan. El resúmen de todo es que yo amo extraordinariamente á mi mujer, porque soy más pequeño que ella, y que mi mujer no me quiere á mí porque es más grande que yo. Lo grande desprecia siempre á lo pequeño; es ley eterna. ¡Oh! Dios mio, ¡cuán difícil es resolver la cuestion de tamaño en las almas!

—Creo que usted se deja llevar de presunciones falsas, de cavilaciones.....

—No; todo es realidad, realidad—dijo Cárlos con el aplomo que dá una conviccion profunda.—Mi mujer no me ama. Si en esto no hubiese más que un simple asunto de amores,

me callaria; sí, padeciendo, me callaria; dejaria correr la enorme rueda de molino que dá vueltas sobre mi corazon y lo tritura;.... pero esto es tambien una cuestion de honor.

—De honor.....

—¡Sí, porque Genara no es mi querida, es mi esposa!—exclamó sombriamente, clavando en mí el rayo de sus negros ojos.—Es mi esposa, y si mi esposa, (entienda usted bien que es mi esposa, unida á mí por lazo indisoluble,) olvidase sus deberes y me fuese infiel.....

Al decir esto, Cárlos me habia agarrado el brazo, y con su fuerza hercúlea me lo estrujaba sin piedad, y se ponia pálido y echaba el globo de los ojos fuera del casco, y tenia una expresion de ferocidad que me dejó helado. Acabando la frase, dijo:

—Si me fuera infiel..... ¿Ha visto usted matar á un pájaro? ¡Pues lo mismo la mataria!

—Perdone usted, Sr. D. Cárlos—dije con mucha congoja;—pero mi brazo..... este brazo que usted quiere convertir en polvo, no ha sido infiel á nadie, y.....

Garrote me soltó.

—Lo que quiero, Sr. de Pipaon—añadió,—es que usted me diga todo lo que sabe.

—Yo no sé nada.

—Durante mi ausencia, Genara ha vivido en su casa de usted.

Como las miradas de Cárlos despedian saña y rencor, pensé si tendria celos de mí; absurda idea que á nadie podia ocurrírsele. Yo me distinguia por mi fealdad, y carecia de cualidades propias para agradar á mujeres como Genara. Era imposible que Cárlos tuviese tal sospecha.

—Mientras usted ha estado fuera, la conducta de Genara ha sido ejemplar—le dije.

—¡Mentira! ¡mentira!—exclamó sacudiendo la cabeza, que en aquel instante me parecia una hermosa cabeza de leon.—Si usted me oculta la verdad, sospecharé.....

—¿De mí?

—Oiga usted—dijo con misterio, frunciendo el torvo ceño.—Á fuerza de dinero, yo he hecho confesar á una D.ª Fé que sirvió en la otra casa. Me ha dicho que mi mujer salia algunas veces á altas horas de la noche; me ha dicho que se estaba dias enteros fuera; que andaba á la pista de un hombre; que hacia averiguaciones para saber su paradero, gastando mucho dinero; que algunas veces salia, no volviendo hasta el dia siguiente, siempre en compañía de Paquita, esa criada infame á quien separé de su lado cuando llegué.

Al oir esto, no pude contener la risa. Cárlos, al verme reir, se enfureció más.

—Calma, mucha calma, amigo mio—le dije.—Si no tiene usted otros motivos de queja..... Afortunadamente estoy enterado de eso, y disiparé tan locas sospechas.

—Ya..... me dirá usted que mi mujer salia de casa para ocuparse en cosas de caridad, en llevar limosnas. Aunque torpe, ya conozco el estribillo.

—Nada de eso. Genara andaba á la pista de un hombre, de un criminal, Sr. D. Cárlos, de un conspirador. ¿Apostamos á que no lo cree?.... ¿apostamos á que lo toma usted á risa?....

—Sr. de Pipaon, mi mujer no es alguacil.

—Sr. D. Cárlos, su mujer de usted lo es.

En breves palabras le conté lo ocurrido, empezando por el encuentro de Genara con Salvador Monsalud en la iglesia del Rosario. Despues referí el empeño febril que habia mostrado porque le cogiese la policía, y por último sus afanosas pesquisas, tanto más enérgicas cuanto más impropias de una mujer. Cárlos me oyó atentamente. Parecia muy asombrado de mi relato; pero no estaba tranquilo.

—¿Le parece á usted inverosímil lo que ha hecho Genara?—le dije.

—No me parece inverosímil—repuso.—Eso puede caber en su carácter. Una extravagancia que en otra seria increible, es en ella natural.

—Entonces, ya se han disipado las dudas.

—No señor; al contrario.

—¿No cree usted lo que he dicho?

—Lo creo: á quien no creo es á ella; es decir, tengo la conviccion de que mi mujer le engañó á usted haciéndole creer toda esa comedia de Salvador Monsalud, y la conspiracion y los alguaciles. El infame jurado no ha intervenido para nada en este asunto. ¡Farsa, pura farsa!

—Yo tengo pruebas de que Genara no me engañó.

—¡Farsa, pura farsa!

Traté de convencerle, refiriéndole la frustrada captura de su enemigo y dándole datos y razones de gran peso; pero no era posible vencer la tenacidad de aquel pensamiento, al cual se adaptaban las ideas con invencible cohesion. Era vascongado.

—El ingénio de Genara—dijo sombríamente,—es inagotable. Dios le ha dado la filosofía suprema del engaño, la luz divina del disimulo. Penetrar su pensamiento es obra superior á la perspicacia de los hombres. Tiene las insondables argucías del demonio debajo de la sonrisa de los ángeles. Solo Dios puede saber lo

que hay bajo el azul de sus ojos. El azul de los cielos ¿no es una mentira? pues el mirar de ella es una inmensidad de embustes.

Una idea acudió veloz á mi mente, y aunque atrevida no vacilé en manifestarla, diciendo:

—Oiga usted lo que se me ocurre, amigo mio. Quizás sea esto un absurdo; pero ya que entre los dos tratamos de encontrar la verdad.....

—Venga.

—Si Genara, segun la idea de usted, nos engaña á los dos; si es evidente que Genara ama á algun hombre que no es su esposo (lo cual, sea dicho entre paréntesis, yo no creo); en fin, si tiene razon usted en atribuir á desvío la conducta de su esposa, es preciso creer que el hombre por quien olvida sus deberes es el mismo Salvador Monsalud, á quien aparentaba perseguir. La lógica es lógica, amigo.

Cárlos Navarro me miró..... no sabré decir cómo..... con mirada más llena de desprecio que de rencor, con una especie de lástima iracunda. Alargó su mano hácia mí, como si me quisiera abofetear: despues hizo un gesto de señor que despide á un vil esclavo. Más que hablarme parecia escupirme, cuando me dijo estas palabras:

—¿Qué está usted hablando?.... ¡Asquerosa idea! Mi mujer, Sr. de Pipaon, podrá ser criminal, pero no degradada. En el corazon de Genara cabrá la perversidad, pero no la bajeza. El sugeto á quien usted acaba de nombrar, no puede, no puede nunca ser mirado por ella sino como un despreciable sér, más digno de compasion que de ódio. Hay cosas que están fuera del órden natural. Por Dios, buscando la verdad, no caigamos en ridículos absurdos. No soltemos lo verosímil que ya tenemos, para agarrar en las tinieblas lo imposible.

—Pues entonces, Sr. D. Cárlos—dije campechanamente,—fuera sospechas, fuera dudas ridículas.

—Si algo hay claro en los sentimientos de mi mujer—añadió Navarro en tono misterioso;—si hay algo que salga á la superficie y aparezca con luz y forma precisa en medio de las oscuridades espantosas de su carácter, es el ódio y la antipatía profunda que le inspira el hombre envilecido con quien tuve la desgracia de batirme hace bastantes años. Dios quiso que su diabólica mano me hiriera..... Dios lo quiso, sin duda para abatir mi orgullo..... Era en tiempo de la guerra; yo era entonces muy orgulloso. Debí despreciar á Salvador Monsalud..... por no despreciarle me castigó Dios.

¿Usted no le conoce? Traicion, perjurio, cobardía, desvergüenza, jacobinismo; haga usted un amasijo de todo eso y tendrá á nuestro paisano..... Usted no ha logrado penetrar mis ideas; usted no comprende los grandes temores y recelos que me atormentan. Genara, á quien adoro, amará, ama sin duda á un hombre superior, muy superior á mí, á un hombre que sepa responder con la grandeza de su entendimiento á la grandeza de las pasiones de ella; Genara no se mide con los insectos que andan escarbando la tierra. El dia en que ella quiera perderse, no se arrojará á un charco inmundo, sino al mar inmenso..... ¿Cree usted que no lo conozco? Sí, y el conocerlo y conocer mi pequeñez es lo que me contrista, porque ha de saber usted que yo soy un bruto.

Dijo *soy un bruto,* con tanta sencillez y afliccion como decia Otelo *soy negro*. Una pena profunda se pintaba en su semblante, enterneciendo la ruda voz del guerrillero.

—Soy un bruto—añadió,—soy cualquier cosa, un hombre adocenado, un ignorante, un palurdo, un soldadote, y me he casado con una princesa, con una maga, con una sibila. Usted no ha visto de cerca á Genara como la he visto yo; usted no la conoce. En el fondo de la intimidad es donde se ven estas cosas y donde

se compara bien. Yo vivo en la vida ordinaria, quiero traer á mi esposa á mi lado, y cuando alzo los ojos la veo alargando la mano para coger las estrellas. Yo no puedo ofrecerle sino un puñado de este barro grosero y ramplon con que los vulgares amasamos la existencia; ella huye de mí sin dignarse mirarme.

—Preocupacion.

—¡Realidad, realidad!—continuó, cruzando los brazos y hundiendo la cabeza.—Estoy convencido, convencidísimo.

—¿De qué?

—De que Genara tiene para mí un sentimiento peor que el ódio, la indiferencia. El corazon y los pensamientos de mi mujer pertenecen á otro.

—Pero ¿á quién?

—No lo sé; pero pertenecen á otro. Mi mujer ama á alguien. Lo veo, lo sé, lo conozco en su silencio, en su frialdad, en su inquietud cuando está inquieta, en su tranquilidad cuando está tranquila; lo conozco hasta en su manera de abrir los ojos cuando despierta. Hay otro hombre, otro hombre—añadió con ferocidad,—le siento, le respiro en el aire. Los ojos de mi mujer tienen la terrible luz de la infidelidad; están hablando siempre con alguien. Si miran algun objeto, aquel objeto parece que me mira

á mí y me dice: *¡Cárlos, alerta!*.... ¡Genara está enamorada!

—Pero ¿de quién?

—¡De quién!.... ¡De quién!—exclamó remedándome con grotesca ira.—¿Faltan en la tierra hombres? Descuide usted..... el que mi mujer ame no será un cualquiera; será lo que es ella, un portento; pero..... tan mortal es el cuerpo de un sábio como el de un imbécil..... Yo le veo, le siento..... por ahí ha de andar—añadió con febril exaltacion.—Tendrá todo lo que yo no tengo; cualidades eminentes, nobleza exterior, nobleza de ideas, aparato de sabiduría y de hermosura; pero no, no, ¡no tendrá un corazon como el mio!

—Calma, Sr. D. Cárlos—dije yo.—Es un capricho, un delirio pensar en semejante cosa.

—¡Realidad, realidad!—contestó apartando bruscamente mi mano, que alargué para tocar su hombro.—Me confirman en mi creencia esas salidas nocturnas de mi mujer, esa supuesta persecucion de un criminal, de quien ella no puede en realidad ocuparse más que para despreciarle, porque es indigno de que ella le persiga..... ¡Ah! la conozco bien; Genara será criminal, pero nunca tendrá mal gusto. Ella no hace papeles indignos; ella no es capaz de emplearse en un vil espionaje..... ¿y por

quién? ¿y contra quién? contra quien deshonraria la mano del más miserable esbirro. No, Pipaon, eso no puede ser. Pretesto y nada más que pretesto; un artificio con el cual ha logrado engañarle á usted; pero no á mí..... no á mí que lo veo todo. Los ojos de los celosos son muy singulares. Así como los del gato ven en la oscuridad, así los del celoso ven en el disimulo. En el fondo de la intimidad, amigo mio, es donde todo se entiende y se descubre. Los breves diálogos que apenas se oyen, las preguntas no contestadas, los ojos que se cierran para ver mejor lo que tienen dentro, las respuestas que no vienen al caso, la frialdad de estudiadas caricias, este es el gran libro, lo demás es error. El ofendido es quien sabe leer en él; usted que tiene tanto talento hará mil argumentaciones sábias para quitarme esto de la cabeza; pero yo que soy un bruto sé más que usted ahora, y de mi cerebro no se desclavará jamás este letrero. Al contrario, yo me lo clavo más cada dia con mis propias manos, y si estas letras de fuego dejaran de quemarme un solo momento, lo tendria por una deshonra..... y nada más, sino que es lo mismo que yo digo, ¿entiende usted?.... y si me contradijeran mucho, sospecharia que no se me trata con lealtad, ¿entiende usted?.... y ya que se me quiere ocultar la

verdad, como se oculta la desgracia á las almas cobardes, no me vengan con sutilezas y palabras bonitas y razônes absurdas, ¿entiende usted?

—Entiendo, sí señor—repuse sin saber cómo suavizaria la violencia creciente de mi enojado amigo. —Pero insisto en lo dicho. Mientras no haya un hecho concreto, todo es presuncion.

—¡Realidad, realidad!—repitió el guerrillero.

Sus palabras eran tan enérgicas, que cuando movia la mano acentuándolas, parecia que iba á esculpirlas. Yo deseaba variar de conversacion. Decia alguna palabra de política; pero Garrote volvia á su tema. Por último, libráronme de tal tormento Baraona y Genara, regresando de su paseo. Cárlos, al ver á su mujer pareció más excitado, más inquieto, más violento.

—Tengo que hablarte—dijo á Genara.

Baraona se habia retirado á descansar. Despedíme yo, y al ver la palidez y alteracion de las facciones de Genara, no pude ménos de decirme al salir:

—Ahí me las den todas.

XX

Resuelto á no apartarme del camino nuevamente emprendido y seguro de que conducia á buen término, seguí asistiendo á la reunion secreta. Á los que ya me conocen, no necesito decirles que en poco tiempo me congracié de tal modo con aquellos revolucionarios, que yo parecia un democratista de toda mi vida. Bien pronto adquirí singular prestigio entre ellos; me comunicaban acuerdos importantes y se asesoraban de mí para vencer dificultades. En honor de la verdad debo decir que yo trabajaba con celo, sin hipocresía ni doblez, al ménos por aquellos dias, que eran los últimos de 1819: yo no daba cuenta de lo que veia en las reuniones más que á D. Antonio Ugarte, de quien era poco ménos que esclavo. En cambio recibia de él noticias é indicios estupendos que con toda diligencia comunicaba á mis nuevos amigos.

La entrada del Sr. Marqués de M*** en el Ministerio, no habia cambiado radicalmente la situacion. Verdad es, que él, creyéndose un Júpiter de Gracia y Justicia, descargaba sus

rayos á diestro y siniestro. ¡Pobre hombre! Sus rayos, ó mejor dicho sus palos, eran palos de ciego. No dió un golpe que no cayera sobre inocentes, mientras los verdaderos criminales bullian en torno suyo, gozándose en la bufante ira del Ministro. Todos los dias decretaba destierros, embargos, prisiones, registros de casas; el aturrullado Marqués hubiera despoblado á Madrid sin dar con los verdaderos revolucionarios. ¡Y qué convencido estaba él de que *iba poco á poco arrancando de cuajo la perniciosa yerba!* Habia que ver al buen señor; habia que oirle ponderar el éxito de sus trabajos, mientras daba pataditas en el suelo, emblemático movimiento para indicar que *aplastaba la hidra revolucionaria.*

Si apunto estos detalles es porque yo le veia con frecuencia, y si le veia con frecuencia era porque nuestra antigua amistad no se habia enfriado. Tan lejos estaba el bendito Marqués de tenerme por revolucionario como de creer que llovian calabazas. Muy al contrario, me juzgaba empalagado de amor por el absolutismo, y en ley de tal me hacia confidente de sus proyectos y de lo bien que le *iba saliendo el espurgo y limpieza del Reino.* Para que no sospechase, yo me deslenguaba en denuestos é injurias contra los liberales, y alguna vez iba

con él cuento de una lógia descubierta por mí ó de una conspiracion sospechada. De este modo favorecia á mis nuevos amigos, porque si nos reuníamos en tal calle, llevaba yo el soplo de que la cita era á legua y media de allí. Dé este modo, mientras la lógia estaba tranquila, descomunal nublado caia sobre una junta de cofradía ó merienda de artesanos pacíficos.

Entretanto era evidente que la *cosa* iba á paso de carga, segun opinion de los más metidos en harina. Al mismo tiempo todo Madrid esperaba algo estupendo. Habia en la poblacion la atmósfera especial del gran suceso inminente, una ansiedad precursora, sin saberse aún de qué. Á pesar de esto, los adeptos á la comunidad secreta no sabíamos nada fijo; sabíamos tan solo que se trabajaba en el ejército. Del de la Isla corrian versiones muy distintas: unos lo daban por entregado á la revolucion; otros le creian patriota en la idea, pero tímido en la accion. Salian y entraban comisionados; pero Monsalud no regresó de Andalucía. Últimamente logré internarme más en el corazon de la conjura, y fuí dueño de importantes secretos. El golpe debia darse en la Coruña y en Zaragoza.

Llegó el 1.° de Enero de 1820; vino el dia de Reyes y una noticia circuló por Madrid con

la celeridad del rayo. Fué á despertarme Cárlos Garrote, el cual me dijo que me vistiese con toda presteza para salir juntos. Estaba tétrico, y sus miradas y sus palabras eran hiel.

—¿Apostamos á que este bruto ha hecho una atrocidad con su pobre mujer?—dije para mí.

—Levántese usted—me dijo;—ocurren sucesos graves.....

—¡Pobre Genara!—exclamé.—Yo tengo la seguridad, Sr. D. Cárlos.....

—¿Qué habla usted ahí? No se trata de mi mujer.

—¿Pues de qué, Sr. D. Cárlos?

—Se han sublevado algunas tropas del ejército expedicionario.

—¡Qué picardía! ¿Habráse visto?....—exclamé yo simulando tanto enojo como espanto.—¿Pero son muchas las tropas sublevadas?

—Unos dicen que son muchas y otros que solo un par de regimientos.

—¿Y no se sabe en qué punto?

—En las Cabezas de San Juan.

—¿Y hácia dónde están esas Cabezas? No conozco más que una, que suele verse sobre los hombros del Santo Precursor ó en la bandeja de Herodias.

—Estas Cabezas, donde se ha consumado tan vil traicion, están en Andalucía, cerca de Je-

rez. Ya sabe usted que el ejército expedicionario, por librarse de la fiebre amarilla, se habia acampado en las Cabezas de San Juan, en la Corredera, en Arcos de la Frontera y otros puntos del interior.

—¿No manda ese ejército el conde de Calderon?—dije haciéndome de nuevas.

—El mismo: le conozco, es un viejo estúpido.

—¿Y no se sabe qué cuerpos han dado ese aleve grito? ¡Que no les fusilaran á todos!.... Sr. D. Cárlos, esto dá vergüenza.

—Dicen que el batallon de Astúrias ha sido el primero.

—¿Quién lo sublevó?

—Rafael del Riego.

—¡Rafael Riego!—dije yo fingiendo que hacia memoria.—¿Le conoce usted? ¿No estaba ese muchacho en el regimiento de Valencey?

—Sí; empezó sirviendo en la Guardia de la Real Persona. Durante la guerra sirvió en el ejército y en las partidas. Sé que estuvo en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Gueñes y Espinosa de los Monteros. Despues le hicieron prisionero, y al cabo de cierto tiempo apareció en Galicia.

—¿Le conoce usted?

—Le ví en Vizcaya al principio de la guer-

ra. Era valiente. Algunos traidores lo son.

—Si parece increible, Sr. D. Cárlos—dije vistiéndome apresuradamente.—¡Que tal canalla haya nacido en España! No sé qué haria..... Si todas las cabezas de esos infames rebeldes estuvieran al alcance de mi mano, las cortaria de un solo golpe.

—Este es el resultado—murmuró Cárlos,—de la benignidad del Rey con los militares que descubiertamente han estado conspirando desde el año 14.

—Dice usted bien. Si Su Magestad no se hubiera andado con blanduras..... Vea usted el pago que le dan al mejor y más generoso de los Reyes. ¿Y usted qué piensa hacer?

—Ahora mismo me voy á presentar al capitan general para que disponga de mí. Quiero formar parte del primer ejército que salga á combatir á los insurrectos.

—¡Oh, cuánto siento no ser militar como usted! Sr. D. Cárlos—exclamé con calor.—Si yo fuera militar, iria tambien el primero y entraria lanza en ristre en esas rebeldes Cabezas de San Juan..... ¡La sangre me arde en el cuerpo!.... Supongo que se mandará allá un ejército; que este ejército les entrará á saco; que no dejarán con vida ni á uno solo de esos infames.

—El ejército—dijo Garrote sombriamente, está corrompido y minado por el liberalismo.

—¿No se sabe más que la rebeldía del batallon de Astúrias?

—Se dicèn tantas cosas..... Todavía no será posible precisar la extension del mal. Todo depende de que Cádiz y su guarnicion hayan respondido al movimiento. Se habla tambien de otro batallon sublevado, el de España, que manda Antonio Quiroga.

—Ese ha estado preso hace poco por conspirador liberal.

—No sé más de él sino que debió el grado de coronel á la prontitud con que trajo á Madrid la noticia de la muerte de Porlier.

—¡Linda carrera!.... pero vamos, vamos á la calle. Le acompañaré á usted al ministerio de la Guerra, donde sabremos la verdad de todo.

Salimos; la gente iba y venia como de ordinario; pero hácia el centro de la villa, vimos grupos y gentes curiosas y anhelantes que preguntaban ó respondian, dando curso á imponderables mentiras. Las palabras *Cabezas, Riego, Quiroga*, sonaban sin cesar en nuestros oidos en todo el trayecto que recorrimos. Era digno de notarse que los semblantes alegres eran aquella mañana en mayor número que los

tristes. En el ministerio habia tanta gente y charlaban tanto, diciendo tan diversas cosas, que nada pudimos sacar en limpio. Vimos entrar al Sr. Ministro, el general Alós, hombre de quien un escritor coetáneo dice que era *más propio para capellan de un convento de monjas, que para Ministro de la Guerra.*

"Que los insurrectos habian entrado ya en Cádiz.

"Que los insurrectos habian sido rechazados en el puente de Suazo.

"Que se les habia unido el batallon de Sevilla á las órdenes de Muñoz.

"Que habian sorprendido y arrestado en Arcos de la Frontera al general en jefe conde de Calderon.

"Que el general en jefe los habia sorprendido y arrestado á ellos.

"Que el batallon de Canarias, acantonado en Osuna, se les habia unido tambien.

"Que habian sido atacados y destrozados por el batallon de Canarias.

"Que Riego y Quiroga habian reñido el uno con el otro, dándose de porrazos por quién de ellos mandaba.

"Que se habian dirigido á Algeciras, para embarcarse y refugiarse en Gibraltar.

"Que venian sobre Córdoba (la ciudad.)

"Que Córdova (D. Luis, no la ciudad) iba sobre ellos.

"Que Sevilla se habia pronunciado tambien.

"Que Sevilla no se habia pronunciado ni se pronunciaria jamás."

Estas y otras noticias fueron llegando sucesivamente á nuestros oidos. Era preciso resignarse á no saber nada fijo y cierto hasta que Dios quisiera; porque entonces habia tiempo de hacer todas las revoluciones imaginables antes de que la noticia llegase á la Córte. Al medio dia separéme de Cárlos, porque deseaba visitar á mis flamantes colegas de conspiracion.

"Que toda Andalucía estaba en armas.

"Que Zaragoza tenia ya formada su Junta revolucionaria.

"Que Murcia y el arsenal de Cartagena habian proclamado ya la Constitucion.

"Que la Coruña y el Ferrol ardian.

"Que *mañana* se daria el golpe en Madrid.

"Que las tropas que se enviaban á combatir la insurreccion se negaban á hacer armas contra sus compañeros.

"Que era gloriosísimo que todo se hubiera hecho sin efusion de sangre.

"Que la Europa nos contemplaba llena de admiracion."

Tales fueron las noticias y versiones con

que me aturdieron mis optimistas amigos. Yo, sin embargo, ponia en cuarentena tan lisongeras especies.

El Marqués de M***, á quien ví por la noche, estabá furioso, aunque se esforzaba en disimularlo, fingiéndose tranquilo y aun gozoso por el giro que tomaba la rebelion.

—Me alegro de que hayan arrojado la máscara—dijo dando las pataditas con que emblemáticamente indicaba la destruccion de la hidra revolucionaria.—De este modo será más fácil concluir de una vez con ellos.

—La situacion, Sr. D. Buenaventura—dije yo en tono agridulce,—no es muy lisongera.

—Ya verás, ya verás—me dijo con cierta acrimonia que me disgustó,—cómo les sentaremos la mano. Y se me figura que tú te me estás volviendo liberalote de algun tiempo á esta parte..... Pipaon, tengamos la fiesta en paz.

—¡Yo liberal!—exclamé.—Pero no se trata aquí de ser liberal ni de dejar de serlo. Trátase de ver si esta oleada que se ha levantado en Andalucía llegará á la Córte y nos anegará á todos.

—Veo que tienes miedo..... el miedo es el mayor auxiliar de la traicion.

—Jamás seré traidor; pero hablemos con toda franqueza, Sr. D. Buenaventura. Ponga

usted la mano sobre el corazon y dígame si el Gobierno y la administracion de nuestro país no exigen pronta y radical reforma.

—Pero ven acá—repuso poniéndose rojo como un pimiento.—Dado el caso de que esa reforma sèa necesaria, lo cual es muy dudoso, ¿quién la vá á realizar? ¿Esos infames perdidos, esos desocupados que charlan en los cafés, esos desalmados políticos del 12, esos militares revoltosos que no conocen la disciplina?

—Líbreme Dios de defender á los revolucionarios y perturbadores—dije;—pero vengamos á la cuestion.

—Al fondo de la cuestion.

—Eso es, al fondo. El gobierno absoluto no puede sostenerse. Bien sabe usted que mi opinion no es sospechosa: ¿no lo he defendido con todas mis fuerzas? ¿No he puesto á su servicio cuanto yo podia y sabia? Pues bien; yo, el más humilde soldado de aquel piadoso ejército de patricios que en 1814 derrocó la infame faccion, declaro ahora que el absolutismo, tal como al presente se halla, maleado y corrompido, no puede seguir rigiendo á la Nacion.

—¡Ah, gran canalla!—exclamó D. Buenaventura dando fuerte puñada sobre la mesa.—Te me has pasado, te me has pasado al enemigo..... ¡Ira de Dios! Ya van hoy doce, doce

traiciones. Llega el simple anuncio de una insurreccioncilla con esperanzas de triunfo, y ved aquí á mi gente mudando de casaca, como histriones que, concluida la tragedia, se preparan para el sainete..... ¡Esto no se puede sufrir! ¡Esto es ignominioso!.... ¡Pipaon de todos los demonios, Pipaon maldito, tambien tú, ó como dijo el gran romano, *tu quoque fili mi!*.... Serian las seis de la mañana cuando llegó la noticia del pronunciamiento; fuí á Palacio, vine despues al ministerio, recibí á varias personas, y no eran las doce cuando ya me habian manifestado sus simpatías por la revolucion cinco personas, cinco furiosos absolutistas de aquellos de pelo en pecho, que no transigian con nadie y hace unos dias amenazaban comerse á quien de liberalismo les hablase..... En el resto del dia ha aumentado el número de las defecciones repugnantes. Tú eres el duodécimo.....

"Pero estos canallas, ¿dónde tienen la conciencia? Sin duda creen que la infame faccion vá á triunfar. ¡Quieren congraciarse con los rebeldes por si llega la marimorena de los destinos!.... ¡Ahí os quiero ver, miserables!.... Que no se os volvieran veneno los reales despachos..... Los muy tunantes no se atreven á vituperar de súbito el paternal Gobierno que

nos rige, ni á ensalzar á los revoltosos; pero van preparando el terreno para la defeccion, y con delicada hipocresía dicen: «La verdad es que así no se puede seguir..... la arbitrariedad no puede gobernar constantemente á los pueblos cultos..... es indispensable que el Rey dé una Carta á la Nacion..... la Europa no puede consentir.....» Y vuelta á la Europa, y al Rey, y á los pueblos, y á la dichosa Carta, esquela ó lo que sea. Vale más que de una vez salgan por esas calles gritando: *¡Vivan Robespierre y la guillotina!* y acabaremos de una vez..... ¡Ah, menguado Pipaon! ¡ah, pérfido discípulo! Eres el cuervo que he criado para que me saque los ojos.....»

¡Conque te me has pasado á la masonería y á la revolucion!—añadió tirándome de una oreja con impertinentísimo movimiento;—¿conque esas tenemos, señor bergante? ¿Conque despues de haber explotado el oscurantismo, despues de haberle chupado la sangre al Reino, y al Rey, y á los chicos y á los grandes, ¿reniegas de la generosa cabrita cuyos ubres has puesto, á fuerza de mamancia, como saco de zurron gallego?.... ¡Ah, troglodita! ¿Sabes que desde hace algunos dias sospechaba yo tu defeccion? Me habian dicho que mangoneabas en las sociedades secretas; pero no lo quise creer.

Te juzgaba mejor de lo que eres..... Pero ¿qué puede esperarse de estos petates, cuando se asegura que hasta hombres como Lozano han caido en la tentacion? Execrable aventurero, ¡qué chasco te vas á llevar! ¡Qué horrible será el castigo de tu traicion indigna! La revolucion no triunfará, porque estamós decididos á aplastarla, sí señor, á confundirla; y si es preciso, iremos todos allá, desde el Ministro hasta el último empleado; y entretanto, en este foco de las conspiraciones buscaremos á los astutos Robespierres, á los violentos Dantonazos, á los sanguinarios Marates, y les entregaremos á la Inquisicion para que dé buena cuenta de ellos..... Descuida, que todo se hará, empezando por tí, mónstruo de felonía y doblez..... ¡te vigilaré, te perseguiré, te pondré preso, te ahorcaré!!!.....

Aquel hombre estaba loco ó al ménos lo parecia, segun se encendia su rostro y se hinchaban sus venas y espumarajeaba su boca. Oí la filípica con aquella calma burlona que me era propia y que tan bien cuadraba frente á un hombre tan ruidoso como poco temible..... Pero me convenia no prolongar más aquella conferencia. Antes que me echase de su despacho, me marché, para que no se irritase excesivamente, y al salir llevaba conmigo la seguridad de

que hombre tan fiero seria de los más blandos si los acontecimientos seguian á su resolucion con la precipitada corriente que hasta allí parecian llevar.

Del mismo modo que me trató D. Buenaventura, tratáronme otros personajes que hasta entonces no sospechaban de mí, y que al fin tuvieron indicios (de ningun modo certeza) de mi defeccion. Yo me reia de todos ellos y de su furor impotente. Hiciéronme desaires y me pusieron avinagrados gestos en algunas casas que visité; pero en ninguna recibí tan mal trato como en casa de Cárlos Navarro. Verdad es que del fanatismo insensato y exaltado de aquella gente todo se podia esperar, incluso el repudiar á un leal amigo por cuestion de ideas. Baraona me dirigió amargas pullas, Cárlos apenas se dignó hablarme, é hizo alusiones tan crueles á mi conducta que otro más valiente que yo le habria pedido satisfaccion. No era extraño que me manifestaran tanto desprecio por una simple sospecha, porque ellos eran atroces, intransigentes, irreconciliables, tenian el absolutismo en el fondo del alma y en la médula de sus huesos, como tiene el leon la fiereza. Además D. Buenaventura que iba allí de tertulia las más de las noches les habia dicho de mí mil picardías.

Únicamente Genara se mostró amable y cortés conmigo. Por eso sin duda, al salir yo, noté que su marido la reprendia ásperamente, lo cual me hizo decir para mi capote como en otra ocasion:

—Ahí me las den todas.

XXI

Desgraciadamente los acontecimientos iban con mucha calma. La revolucion, como los vehículos de aquellos tiempos, como la administracion española, como toda la vida de antaño, iba despacio. Parecia una cosa oficial. No habia en ella aquel estallido, aquel progreso instantáneo, aquel correr tempestuoso que indican la ira nacional. Yo me acordaba de cómo se alzaban los pueblos en la guerra de la Independencia, y al ver aquella pereza, aquella lentitud somnolienta de 1820, se me abrasaba la sangre de impaciencia. "Si viene que venga de una vez," decia yo. Más que revolucion, aquello parecia una fiesta, una cabalgata suspendida por la lluvia, una procesion atascada en los baches del camino. No habia en ella el

incendio popular, sino una especie de deshielo lento, inseguro, dificultoso.

Durante bastantes dias no vino noticia alguna de ventajas obtenidas por los insurrectos. Se supo con precision la verdad de lo ocurrido al principio; pero escaseaba lo nuevo. Eran hechos incontrovertibles la sublevacion del batallon de Astúrias al grito de su segundo comandante D. Rafael del Riego, de los de España y la Corona, mandados por Quiroga, y la marcha de ambos jefes insurrectos hácia Cádiz. Tambien era cierta la sorpresa y prision del general en jefe con tres generales más. Hasta aquí no habia ocurrido ningun contratiempo; pero cuando los insurrectos, tomado el puente Suazo, trataron de penetrar en la Isla, tuvieron la mala suerte de tropezar con un D. Luis Fernandez de Córdova, que acompañado de algunos urbanos les supo detener. Igualmente era cierto que si los insurrectos no habian podido vencer la obstinacion de Córdova, tampoco eran desbaratados por D. Manuel Freire que fué contra ellos.

Estaban, pues, en situacion que no podia llamarse ni próspera ni adversa. Si cualquiera de ellos hubiera tenido una chispa de génio militar en su entendimiento, fácilmente habrian adquirido ventaja, porque las tropas del

Gobierno andaban azoradas y buscando un pretesto decoroso para insurreccionarse tambien; pero ni Quiroga, ni Riego, ni Arco-Agüero, ni O'Daly valian todos juntos para componer un mediano estratégico. Faltos de resolucion, de verdadero instinto revolucionario y de iniciativa, los rebeldes decidieron..... esperar. Una sublevacion que espera es una sandez. Es como un rayo que tomara aliento en mitad de su veloz camino.

Dentro de Cádiz, un tal Rotalde quiso sublevar la guarnicion; pero Córdova ahogó tambien el pronunciamiento.

En Madrid nos moríamos de angustia. Era tristísimo en verdad que los que nos habíamos embarcado en la revolucion, aceptando sus hechos y renegando *in pectore* de sus principios, viésemos frustrados nuestros honrados planes. ¡Sensible desgracia! Nosotros no éramos Robespierres ni Marats; nosotros no queríamos cortarle la cabeza á nadie, ni aun al Marqués de M***, ni hacer horrores; queríamos sencillamente adaptar la revolucion á nuestra voluntad, aprovecharnos de ella, encauzarla en el lecho de nuestras ideas, haciendo de la hidra espantosa una flexible y condescendiente cortesana que tuviese sonrisas para todo el mundo y no metiese miedo á nadie. ¡Y por torpeza de

aquellos desdichados militares, el plan admirable iba á fracasar, y nos veíamos expuestos ¡oh funestos hados! á quedar en la más crítica situacion del mundo, mal con los liberales, mal con los absolutistas! ¡Esto no se podia sufrir! ¡Esto era el colmo de la injusticia y de la desgracia! Pensándolo, yo me volvia loco; invocaba el auxilio de mi ángel de la guarda, sin apartar la mente de Dios y de su Santa Madre, para que llevasen á seguro puerto el desmantelado bajel de la revolucion.

Pero ¡ay! Dios y su Santa Madre no me hacian caso. Sin duda protegian al Rey, como depositario en la tierra de la autoridad Divina. ¡Horrible situacion! ¡Contratiempo funestísimo! La revolucion, aquella obra tan cariñosamente preparada por los conspiradores viejos y por los catecúmenos, que eran (testigo yo) los más diligentes; aquella semilla tan esmeradamente puesta en la tierra, y á la cual dieron riego abundante los liberales y abono fecundo los absolutistas convertidos, se malograba de dia en dia, se perdia, se secaba..... ¡Oh desesperacion! ¡Y el país consentia tal cosa! Y el país contemplando las marchas y contramarchas de aquellos soldados, no proferia un grito, ni se levantaba en masa, ni hacia disparates, ni echaba el Reino por la ventana, sino que,

indiferente, frio y mano sobre mano, esperaba que se lo dieran todo hecho..... ¡Qué país, señores, pero qué país!

Pasaban los dias todos de Enero sin que tal situacion variase. Cundia el desaliento entre los revolucionarios, y los absolutistas, reponiéndose de su susto, sonreian con la vanagloriosa sonrisa del triunfo y la venganza. Véase, pues, lo que hombres de órden y de ideas templadas sacaban de meterse en aventuras con los liberales. ¡Cuando más!.... Era una ignominia que aquellos holgazanes dejados de la mano de Dios nos hubiesen comprometido de tal manera, exponiéndonos á ser ahorcados juntamente con ellos..... ¡Ya, como si todos fuéramos unos; como si un Gobierno pudiera medir por el mismo rasero á jacobinos desarrapados y á hombres rectos y prudentes que solo por amor al órden habian auxiliado á la revolucion!

Yo renegaba de los masones y del liberalismo y de la Carta y de la Constitucion del 12, y de los derechos del pueblo, y de toda la monserga con que en las reuniones me volvieron loco, haciéndome cómplice de tales extravagancias..... Yo estaba furioso; maldecia los clubs y quien los inventó; maldecia tambien á Ugarte que me catequizó y á Monsalud que me bauti-

zó; y me arrancaba los cabellos pensando en el instante de mi primera entrada en aquellos oscuros antros de necedad y jacobinismo.

La revolucion fracasaba sin remedio; sucumbia al nacer como un engendro enteco y miserable á quien hace daño el primer aire que respira fuera del cláustro materno..... Llegó Febrero. En Febrero como en Enero, la revolucion moria..... era preciso tomar precauciones contra el chubasco, y abrir apresuradamente el paraguas de la más esquisita prudencia. ¿Necesito decirlo palabra por palabra?.... Pues era preciso volver al redil, echar tierra á lo pasado y conducirse como si nada hubiera sucedido; hacer pedazos la nueva casaca, cuidando de esconder estos donde nadie los viese, y meter el cuerpo en la antigua.....

¡Ay! mi pobrecito corazon afligido necesitaba desahogarse con alguien; era un vaso lleno, próximo á desbordarse. Mi alma agobiada por la pesadumbre, necesitaba otra alma amiga con quien comunicarse; otra alma que recogiera parte del enorme fardo que sobre la mia gravitaba. Me hacia falta un amigo generoso, un hermano, un padre. Tomando una resolucion súbita, alcé la calenturienta cabeza que durante largo rato habia tenido apoyada en las palmas de las manos, y tomando capa y

sombrero me fuí á ver al Marqués de M***, á mi generoso amigo D. Buenaventura. La turbacion del criminal llenaba mi alma; pero un arrepentimiento sincero me fortalecia.

Contra mi creencia, recibióme con agrado. Estaba contentísimo, y su semblante era todo felicitacion. La alegría daba como una luz singular á su arrebolado rostro, y aquel sol de Gracia y Justicia parecia puesto en el zénit de la Administracion para repartir calor y vida á todos los confines de la vida burocrática. Su sonrisa estaba pregonando el fracaso de la insurreccion. Llevábase el tabaco á la nariz, aspirándolo con la voluptuosidad á que el alma se entrega cuando no tiene nada que temer y todo es rosas y paz y claridad en torno suyo.

—¿Ya estás aquí, perillan—me dijo señalándome una silla,—qué te parece el famoso pronunciamiento de las Cabezas? ¿Hemos triunfado ó no? Ya estarás convencido de que España no quiere revoluciones, sino paz. ¡Ay! este gran pueblo celtíbero, romano, gótico, musulman, es muy sensato..... Ama el sueño y aborrece á todos los que meten ruido..... Ya ves cómo la revolucion se ha enredado en sus propios lazos. Ni siquiera ha esperado á que la aplastáramos; se ha muerto ella sola, dañada por la podredumbre que al nacer trajo en sus

entrañas. Aquí están tan bien dispuestas las cosas y tan bien equiponderadas las fuerzas sociales, que cuando estalla una revolucion, el Gobierno no tiene que hacer más que cruzarse de brazos y dejar á los revolucionarios entregados á su tontería y frivolidad, que es su muerte y nuestra venganza.

Yo dudaba si hacer mi reconciliacion con arte hipócrita ó entregarme sin condiciones, como el hijo pródigo que vuelve al hogar paterno. Despues de pensarlo, me decidí por lo primero y hablé de este modo.

—A mí no me coge de nuevo el fracaso de la revolucion; á todo el mundo lo dije. Cuando le ví á usted muerto de miedo, bien claramente le expresé mi creencia de que todo vendria á parar en nada. Pero por eso no es ménos cierto, Sr. D. Buenaventura, que lo que ha pasado debe considerarse como una leccion, como una advertencia de Dios, para que se reparen los males causados por la arbitrariedad. No me canso de repetírselo á usted—añadí con aplomo ciceroniano;—el gobierno de estos reinos necesita prudentes reformas. ¿No recuerda usted lo que le dije el otro dia? Es preciso que quitemos á los trastornadores de la paz pública todo pretesto de revoluciones..... Lo estoy diciendo hace tiempo; lo estoy pregonando en

todos los tonos y nadie quiere hacerme caso..... ¡Pero qué obcecacion, Dios mio! ¡Aquí están, aquí están los resultados!.... ¡Es particular que entre tanta gente, yo solo haya tenido penetracion suficiente para ver el peligro!

—¡Oh, tú eres muy listo!—dijo D. Buenaventura, moviendo la cabeza con una expresion que me pareció algo irónica.

—Eliminado de la Administracion, apartado de la política—añadí con llorona sensiblería,—he servido siempre al gobierno absoluto en mi humilde esfera. ¿Y qué pago se me ha dado? ¡Horroriza el pensarlo! Calumnias, inícuas sospechas de mi honradez y consecuencia. En verdad que se necesita tener un corazon muy recto para no dejarse arrastrar por el despecho y hacer cualquier tontería. Pero ¡ay! yo quisiera que se pudiese hacer una investigacion irrecusable de la conducta de todos los hombres notables que usted y yo conocemos. Yo quisiera que existiese un ojo milagroso para leer en el corazon de cada uno de ellos. Entonces se veria quiénes son los buenos.

—Vamos, Pipaon, no te enfades—me dijo D. Buenaventura con bondad,—ya sé que eres un hombre honrado. Cierto que me han dicho de tí algunas cosillas; pero la verdad, no les he dado crédito.

—Gracias, gracias—dije, cobrando nuevos brios,—yo no esperaba otra cosa, y cuando el otro dia me acusó usted de no sé qué monstruosa infidencia, mi alma se llenó de angustia..... Yo lo olvido todo, Sr. D. Buenaventura; yo perdono á los que me han calumniado, y en vista de los peligros que corre el gobierno absoluto, elevo como siempre mi voz amiga para predicar la concordia..... Unámonos, Sr. D. Buenaventura, unámonos hoy, como nos unimos hace seis años para salvar á la Nacion del abismo á que corria. Cesen los chismes ridículos, las hablillas malévolas con que se ha querido manchar reputaciones como la mia..... Por mi parte todo lo olvido; no veo más que á nuestro querido Rey, á nuestra querida pátria, á nuestras adoradas prácticas de gobierno, á las cuales poco falta para ser las más sábias del mundo..... Pero ese poco que falta debemos dárselo para aplastar de una vez el jacobinismo insolente, y las lógias inmundas, y á los liberales soeces que quieren cubrir de ruinas el suelo de España. Quitémosles todo pretesto para nuevas insurrecciones; reformemos el Gobierno; ocupemos los hombres de bien todos los puestos que insolentemente usurpan los pillos, y constituiremos una Nacion feliz, y legaremos á nuestros hijos, si los tenemos, toda

clase de prosperidades y bienaventuranzas.

D. Buenaventura me oia con admiracion profunda. Concluido mi discurso, estrechóme la mano, y con benevolencia más ardorosa que lo que el caso exigia, me dijo:

—No he dudado de tí. Eres un hombre excelente. Verdad es que tenia algunas sospechas; pero las has disipado. Soy todo tuyo.

—Unámonos, Sr. Marqués.....

—Unámonos, sí. Reconozco que se te ha postergado con injusticia. Eras de los primeros y se te puso en las últimas filas. El puesto que tú debias ocupar en el Consejo, se ha dado á hombres nulos y que han trabajado descaradamente por la revolucion.

—Yo no guardo rencor á nadie—dije con hipocresía perfecta.—¿Querrá usted creer que no me habia vuelto á acordar de la tal plaza de consejero, ni de la incalificable ofensa que me hicieron? Yo soy así; el primero para agradecer, el último para odiar.

—Pero aún es tiempo de repararlo todo—dijo el Ministro atracándose de tabaco.—Hay otra vacante, y anoche me acordé de tí.

—No, no, de ninguna manera. Hágame usted el favor de no dármela; se lo suplico..... Vamos, que me pondrá usted en el caso de hacer renuncia.

—Bueno, veremos si te atreves á desairarme. Es preciso hacer reparaciones, reunir toda la gente buena alrededor del Trono. Convengo contigo en que es preciso hacer alguna cosa para normalizar el Gobierno.

—Por mi parte, señáleseme un puesto de peligro, un puesto en que solo haya trabajo y no beneficios, un puesto que permita manifestar la diferencia que existe entre los aventureros sin conciencia y los hombres honrados que se desviven por el Rey y por la pátria.

Asuntos urgentes reclamaban la atencion de Su Excelencia, y despidiéndome, me dijo con muchísima amabilidad:

—Queridito Pipaon, vete á tu casa. No llegará la noche sin que recibas un recuerdo mio. No salgas en todo el dia de tu casa, y espera.

Retiréme lleno de gozo..... ¡Fuera revoluciones, fuera clubs! ¡fuera trastornos políticos que alteran la santa armonía de la vida! ¡fuera jacobinos y lógias!.... Como el que ha vivido algun tiempo en poder del demonio y se ve libre al fin de la terrible obsesion, así yo renegaba de mis veleidades revolucionarias, haciendo voto de no prevaricar más en mi vida.

Pero me aguardaba un golpe terrible, uno de esos golpes que anonadan, que hunden, que matan, arrojando á un hombre en los abismos

de la desesperacion. Como me habia mandado el Marqués, aguardé en mi casa todo el dia. Al fin sintiéronse pasos en la puerta: yo creí que me visitaba un ordenanza de Su Excelencia, portador de pliegos en que se me notificase algo lisonjero, cuando mi criado me dijo que gran número de alguaciles preguntaban por mí.

¡Traicion inconcebible! D. Buenaventura habia determinado prenderme, y con su hipócrita zalamería alejaba de mí toda sospecha. Al decirme que no saliese de mi casa, su intencion era que me pudiesen coger fácilmente sus miserables sayones. En aquel trance supremo, vacilante entre el miedo y el peligro, pude tomar una determinacion salvadora, y corrí á la puerta interior. Por fortuna, fuéme fiel mi criado. D.ª Fé ya no estaba allí. Escurríme por la escalera con tanta presteza, que cuando los alguaciles registraban mi casa ya estaba yo en el lóbrego aposento del Sr. Mano de Mortero, á quien con las más patéticas razones pedí hospitalidad.

Temí que los tunantes me siguieran, pero el buen gitano me ofreció que en tal caso me ocultaria en lugar más seguro.

Mi angustia era inmensa. Contemplé con el alma destrozada el sitio en que me hallaba, mientras Montero decia:

—Por sí ó por no, apaguemos la luz.

Antes de que la soplara, mis ojos se extendieron por la habitacion, y ví que sobre el lecho del Sr. Mano yacia tendido y como soñoliento un hombre. La luz se apagó y no pude verle; pero en el mismo instante sentí pronunciar mi apellido, y por la voz conocí que estaba en compañía de Salvador Monsalud.

XXII

La pena y furor que yo sentia no dieron lugar por algun tiempo á la sorpresa que el encuentro inesperado de mi amigo debia producirme. El tio Mano, seguro de que no habia peligro, encendió de nuevo la luz, y diciéndome algunas palabras festivas y tranquilizadoras, puso sus manos en la obra interrumpida. Estaba haciendo un ejército. Yo alcé la vista, contemplé la bóveda bajo la cual estaba, las macizas paredes, y me creí sepultado para siempre. Parecia que habia caido sobre mi corazon una losa enorme. La Inquisicion, ó si se quiere la autoridad, ponia sobre mí su pié y me aplastaba como á un insecto. Una afliccion inmensa

llenó mi alma, asemejándose á una irrupcion de tinieblas que entraban en ella, ocupándola toda para nunca más salir. Yo no podia formular otra idea que esta:

—¡Adios carrera, adios porvenir, adios posicion mia!

¡Debilidad pueril! Ocultando el rostro entre las manos rompí á llorar como un chiquillo.

—No hay cuidado ninguno—dijo Mortero.—Aquí no vendrán los mochuelos. Esto es un sepulcro. Y si vinieran, señor mio, todavia están ahí los calabozos, y si entraran á regis trar los calabozos, todavia nos quedaba la cisterna.

—Fíate de los amigos, querido Pipaon—dijo Monsalud sacudiendo la pereza.—Pero aquí puedes estar tranquilo.

—Tambien á tí te han querido prender, por lo visto—exclamé con furia.—¿Has conocido hombre más infame que ese D. Buenaventura? ¡Miserable mastin del absolutismo! Dios poderoso: ¡permite que se desborden sobre España las revoluciones más horrendas; permite que se alce una guillotina en cada calle y que rueden por el suelo las cabezas de todos esos bárbaros tiranuelos que envilecen el país!!... ¡Sí, sí, vengan las revoluciones con sus cuadrillas de asesinos; levántese el pueblo y arrastre á esos

menguados ídolos; ardan España y Madrid!!... ¡Pero qué detestable Gobierno! ¡Qué infames ministros! De modo que á un vecino honrado, á un hombre de bien, se le pone preso sin más ni más, porque á un Ministro se le antoje..... De modo que no hay seguridad..... De modo que la libertad y la vida de los españoles está á merced de un víl delator..... ¡Esto no se puede sufrir, esto es inícuo! Es preciso que esto concluya. ¡Salvador, venga la revolucion, venga una y mil veces! Abajo todo esto y venga lo que viniere.

—Vamos: se conoce que te duele. Pues hay que tener paciencia, amigo—me contestó Salvador friamente.—La revolucion no viene.

—¡No viene!

—Se ha constipado en el canal de Santi Petri.

—Pues debe venir—repuse con furor.—Tú y tus amigos sois unos menguados cobardes. ¿Por qué no teneis más energía? ¿por qué no atropellais por todo? ¿por qué no sublevais en masa al país? ¿por qué haceis las cosas á medias? ¿por qué andais con paños calientes? ¿por qué no matais? ¿por qué no incendiais?.... ¡Horrible estado es el nuestro! ¡Horrible situacion la de España, entregada á un espantajo como D. Buenaventura, y sin encontrar media

docena de hombres valerosos que la salven!

La cólera mia no encontraba otro lenguaje. Mi pecho era un volcan y mis palabras fuego.

—¡Jacobino estás!—me dijo Monsalud riendo, mas sin abandonar su calma.

—Pero hombre, ¿no bufas como yo? ¿no te indignas? ¿no deseas ver al infame marquesillo asado en parrillas?.... Yo quisiera tener cien bocas para gritar con todas ellas: *¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitucion!....* Si no se comprende cómo hay absolutistas en el mundo..... Si no se comprende cómo no son liberales hasta las piedras de las calles..... Si no se concibe cómo estas no se levantan solas y van corriendo por los aires á destrozar á esos miserables verdugos..... Si no se concibe que doce millones de españoles consientan ser tratados como una manada de carneros..... Si no se comprende cómo hemos vivido tanto tiempo en compañía de esa víl canalla sin hacer una revolucion cada dia y un motin cada hora..... Salvador, tú no tienes sangre en las venas, cuando estás ahí tan tranquilo, y no te irritas al oirme, y no rechinas los dientes y no maldices á nuestros bárbaros enemigos, y no echas hiel y fuego y veneno por la boca.

—Sigue, sigue—dijo.—Te oigo con gusto.

—¡De modo que estoy perdido para siempre!—exclamé cruzando las manos con angustia.—¿De modo que esa endiablada revolucion no triunfa ya? ¡Qué inícua farsa! Nos comprometeis á tantos hombres honrados y luego lo perdeis todo por vuestra cobardía..... Y héme aquí perdido para siempre; sin carrera, sin más porvenir que el destierro..... porque es claro, tendré que emigrar, si no me ahorcan antes..... Hombre, horrorízate..... ten lástima de este desgraciado..... consuélame, amigo, dime alguna palabra que alivie mi angustia..... por Dios, Salvador, por Dios vivo, ¿no habrá todavia alguna esperanza?

—Ninguna—contestó secamente mi amigo.

—Pero hombre, ¿es eso verdad? ¿ninguna, ninguna? ¿Ha fracasado la revolucion?

—Por completo.

—Quizás te equivoques. Puede que todavia.....

—Ya no hay remedio.

—¿Qué sabes tú? Todavia.....

—Vengo de Andalucía.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy. Nadie sabe mejor que yo lo que allí ha pasado.

—Y dices que..... ¿Pero qué haremos ahora?

—Nada; tener paciencia—repuso con una

flema imperturbable que me exaltaba más.

—¡Tener paciencia! Eso está bueno para tí que nada pierdes, porque nada tenias; para tí que tan poca cosa eras antes como ahora; mas ¡ay! yo estoy arruinado, yo estoy perdido. ¡Adios carrera, posicion, porvenir!.... Pero cuéntame. ¿Qué ha pasado en esa fatal Andalucía? ¿Dices que has llegado hoy? ¿Por qué te has metido aquí?

—Porque el Sr. Marqués no se duerme ahora en las pajas. Me han seguido la pista todo el dia y me he visto muy apurado para escapar. Hoy no se encuentra un amigo por ninguna parte. Los Villelas y comparsa en vista del mal éxito adulan al Gobierno. Despues de recorrer varios albergues, he creido que en ninguna parte estaba tan seguro como aquí. No he confiado el secreto de este escondrijo ni á mis más íntimos amigos. ¿Qué habrá sido de ellos? en el aciago dia de hoy, querido Pipaon, se han hecho más de doscientas prisiones. No hay compasion ni para los arrepentidos.

—¡Nos hemos lucido! ¿Pero no habrá alguna esperanza? Dime, por Dios, que sí.

—No, no hay ninguna. Los insurrectos vagan á estas horas por los llanos de Andalucía, medio muertos de hambre y de cansancio, sin encontrar apoyo en ninguna parte, viendo dis-

minuir rápidamente su número en vez de aumentar; y gracias que los últimos consigan llegar vivos á la raya de Portugal. Ni Riego ni Quiroga valen más que para un momento de esos en que solo se necesita arrojo. Cuando el primero arengó á sus soldados en las Cabezas, y les dijo: *Basta de sufrimientos, valientes camaradas; hemos cumplido con el honor; más larga paciencia seria vileza y cobardía,* parecia que aquel hombre iba á imprimir á la insurreccion impulso poderoso; pero despues le hemos visto perplejo, vacilante, dejando pasar todas las buenas ocasiones, y corriendo de aquí para allí como un reclüta al cual de golpe y porrazo se le pusiera en la mano el baston de general. Tuvieron la mejor coyuntura para batir uno á uno á los batallones que no habian querido insurreccionarse, y la dejaron perder. Rechazados en la Cortadura, salió Riego de la Isla con mil quinientos hombres y marchó hácia Algeciras, movimiento cuyo objeto no se alcanza á nadie. Cuando quiso regresar, supo que Freire bloqueaba la Isla, donde estaba Quiroga, y corrió á Málaga. Perseguíale D. José O'Donnell sin conseguir derrotarle ni tampoco ser derrotado por él. La insurreccion hasta entonces no era más que un marchar contínuo, sin aliento, sin entusiasmo, sin espíritu, porque

en todos los pueblos del tránsito no habia más que frialdad, indiferencia..... De Málaga pasó Riego á Córdoba, donde entró con quinientos hombres.

—¿Y los otros mil?

—Habian desertado, y aprovechándose de la revolucion, se iban tranquilos á sus casas.

—¡Canallas!.... ¡Pero qué falta de entusiasmo y de patriotismo, sí señor, de patriotismo!—dije yo, no comprendiendo cómo habia quien desmayase, tratándose de derribar el gobierno absoluto.

—En Córdoba no fueron hostilizados por la tropa; pero tampoco vitoreados ni agasajados por el pueblo. No he visto frialdad semejante. Parece que esto no es Nacion, sino un pueblo de sombras.

—¡Qué país!—exclamé con desesperacion.—Conque mientras nosotros trabajamos por variar la forma de gobierno; mientras nos exponemos á perder las ventajas de una brillante carrera y sufrimos persecuciones, el bendito país se está mano sobre mano, sin decir esta boca es mia..... ¡Pero qué horrible ingratitud, hombre! Lo que tú dices, un pueblo de sombras.

—Lo que más me ha afligido en este fracaso, no ha sido la mala suerte de los militares sublevados sino la apatía del país, su pol-

tronería política, pues no merece otro nombre. Ve que se levantan unos cuantos hombres proclamando la libertad para todos, los principios de justicia, el gobierno ilustrado, y se cruza de brazos, no comprende nada, sonrie al ver pasar la insurreccion, cual si fuera cabalgata de Carnaval. Esto hiela el corazon.....

—¿Pero qué es esto, pues? Explícamelo.

—Esto es un triste desengaño; esto significa que España no nos entiende. Conoce su gran pobreza y envilecimiento; quizás comprende que otros pueblos viven mejor; pero no se le ocurre que en sí misma tiene los medios para salir de tal estado. Tres siglos de absolutismo no podian ménos de producir esta modorra intelectual en que el país vive. Duerme: sueña tal vez. Sufre un encantamiento parecido al de aquellos caballeros, á quienes un mago convertia en estátuas. Es verdad que en este leon encantado hay una cabeza que piensa, la idea que está en la flor de la sociedad, en algunos centenares de hombres escogidos;.... pero estos pueden poco. La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos, discurrir, creer. Tenemos fé, tenemos ideas; pero ¡ay! queremos tener accion, y entonces empieza el desengaño;

queremos movernos..... ¡Cómo se ha de mover una piedra!

—Desconsolador cuadro me pintas, Salvador.

—¡Ojalá no fuese verdadero! En mí notarás una trasformacion tan rápida como triste. Mi pensamiento tiñe de negro todo aquello en que se fija. Ayer estaba lleno de luz, y hoy no hay más que tinieblas dentro de mí. No tengo ya esperanzas; he perdido todas las ilusiones. Parece mentira que se pierda todo esto y siga uno viviendo. He visto por mí mismo la apatía nacional, una congelacion lamentable, una incapacidad absoluta para apropiarse la idea política y abrigar los sentimientos que con ella se relacionan, fuera del sentimiento de la pátria y del sentimiento religioso, concebidos en bruto, á lo salvaje. Aquí el pueblo no entiende de ideas: solo los sentimientos enormes del amor al suelo y á Dios le pueden mover. Hablarles otro lenguaje es hablar á sordos..... Nosotros somos muy torpes: confundimos deplorablemente la conspiracion con la revolucion; creemos que la connivencia de unos cuantos hombres de ideas es lo mismo que el levantamiento de un país, y que aquello puede producir esto. Vemos el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento,

y creemos que con igual rapidez puede triunfar la idea sobre las costumbres. Las costumbres las hizo el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y solo el tiempo, trabajando un dia y otro, las puede destruir. No se derriban montes á bayonetazos.

—Siempre creí que España era un pueblo de costumbres absolutistas—dije yo,—y que la revolucion y el liberalismo estaban solo en las cabezas exaltadas de cierto número de caballeros, un tanto avispados por el alcohol de las lecturas..... Por eso yo, al conspirar, no contaba con que se hiciera ninguna revolucion verdadera, sino simplemente una mogiganga de revolucion, una cosa teatral y de mentirijillas, que no alterara nada en el fondo sino en la superficie, y que contentándose con fórmulas, verificase un razonable y justo cambio de personas, que es al fin y á la postre lo más conveniente.

—Como tú, piensan muchos, muchísimos de los que más han bullido en las lógias, y esta es una de las causas del fracaso. Aquí no hay más que absolutismo, absolutismo puro arriba y abajo y en todas partes. La mayoría de los liberales llevan la revolucion en la cabeza y en los lábios; pero en su corazon, sin saberlo, se desborda el absolutismo.

—¿De modo que, segun tu frase, España seguirá andando á cuatro piés por mucho tiempo?

—Por muchísimo tiempo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Nada: renunciar á un trabajo que creo no ha de tener resultado alguno. Yo empecé con mucho ardor; tenia una fé profunda; creia que por tales medios podia adquirir gloria para mi país y para mí; trabajaba á ciegas sin ver el material que tenia entre las manos. ¿Me preguntas lo que pienso hacer? Renunciar á un papel que empieza á ser criminal y hasta ridículo desde el momento en que solo puede servir para ayudar á vulgares ambiciones. Estoy convencido de que la revolucion tiene que ser vana por ahora. Lo he visto por mis propios ojos; lo he tocado con mis manos..... Con su nombre pueden elevarse y luchar facciones miserables, y á facciones no sirvo yo. He sido durante algun tiempo aventurero; pero en mis aventuras entreveia un hermoso ideal. Mientras duró el engaño, mi conducta no podia dejar de ser noble. Pero, amigo mio, ya he visto que los que creia gigantes eran molinos de viento, y aquí concluye mi caballería andante. Felizmente no he perdido el seso. Si pude un dia aceptar lo que hay de generoso en el papel del gran caballero de la Mancha, renuncio ya á

lo que en él hay de ridículo, y arrojadas las inútiles armas, me vuelvo á mi aldea.

—¿Á tu aldea?

—Al extranjero, quiero decir; ó á América, qué sé yo..... En medio de mi horrible descorazonamiento, amigo Bragas, yo conservo una serenidad notable, y no tomaré resoluciones atropelladas. No hay que apurarse..... Calma. Durmamos ahora tranquilamente y mañana se pensará lo que se ha de hacer.

—Parece mentira que puedas dormir en una noche de desgracias como esta. ¡Qué calma tienes!

—Estamos caidos—dijo con voz que se extinguia poco á poco á causa del sueño.—Algun dia nos levantaremos. Dicen que no hay mal que cien años dure.

—¿Y serás capaz de dormirte así..... dejándome solo, sin consuelo?....

—¿Consolarte yo?—repuso dormitándose, sin consideracion á mi soledad.—¡Pobre Pipaon, pobre cortesano! le han quitado su destino..... le han dado un puntapié con sandalia de rosas..... Eso no es nada, amigo. Con unas cuantas sonrisas recobrarás tu favor..... y si nó con un par de lágrimas. El chubasco pasará y..... al cabo de cierto tiempo..... como si tal cosa.....

Durmióse el infame, dejándome entregado

al sombrío martirio de mis pensamientos..... ¡Dormir cuando yo estaba perseguido, dormir cuando el órden natural de las cosas se habia alterado! Encontréme enteramente solo, porque el Sr. Mano de Mortero habia salido poco antes. Estuve meditando y cavilando con tal laberinto en el cerebro, que al fin deliraba. Creo que hablé solo largo rato y una vision extraña atraia la atencion de mi espíritu. ¿Qué era aquello que yo estaba mirando, Dios mio? Yo veia un ejército poderoso que avanzaba en gallarda formacion. Las filas de hermosos caballos corrian las unas tras las otras tan matemáticamente alineadas que no discrepaban una línea. Los ginetes todos esgrimian sus sables, y á igual altura se elevaban los empenachados morriones..... Pasaban, pasaban fila tras fila, escuadron tras escuadron, sin acabarse nunca y sin variár nunca. Era el ejército infinito, siempre el mismo, siempre marchando y nunca concluido. De las apretadas y correctas filas salia sin cesar un grito magestuoso, que penetraba en mi alma como un rayo de luz. El grito era: "¡Viva la libertad!"

No sé cuánto tiempo duró este fenómeno; pero al fin entró el Sr. Mano de Mortero, hizo ruido y me moví. En el rincon frontero y sobre el banco de taller, continuaba el ejército;

mas era un escuadron de groseros muñecos mal tallados y peor pintados..... Sin embargo, siempre me parecia que gritaban con sus bocas de palo: "¡Viva la libertad!"

El Sr. Mano de Mortero dejó á un lado el farolillo con que se alumbraba, la capa y el sombrero, y en voz alta nos dijo:

—Buenas y frescas, señores.

Monsalud despertó.

—¿Hay noticias?—pregunté con ansiedad.

—Y buenas. La Coruña ha proclamado la Constitucion.

—¿Pero es verdad? ¿Lo dicen por ahí?

—Lo dicen por ahí y es verdad. Y el Ferrol y Vigo tambien se han sublevado. Dicen que los Ministros están que se les puede ahorcar con un cabello.

—¡Dios mio, Vírgen Santísima! que sea verdad lo que dice este buen hombre—exclamé juntando las manos.—¿No has oido, Monsalud, lo que dice el Sr. de Mano? ¿Qué te parece? ¿será verdad?

—Puede ser verdad—dijo Salvador con mucha calma.

—Conque la Coruña, el Ferrol, Vigo; es decir, toda Galicia..... Principio quieren las cosas. Si saldremos al fin con que triunfa la revolucion y arde toda España.

—El ejército nada más.....—dijo mi amigo friamente.

—Sr. de Mano, quién sabe, quién sabe todavia..... Oye Salvador, me ocurre una idea.

—¿Qué?

—Que imploremos de la Divina Misericordia.....

—¿El perdon de nuestros pecados?

—No, el triunfo de la revolucion. Pidamos á Dios con todo fervor y recogimiento..... que sea verdad lo que ha dicho este buen hombre; que sea verdad el levantamiento de la Coruña.....

Monsalud estaba echado boca arriba en actitud de tranquilidad perfecta. Habia extendido sus dos brazos formando arco alrededor de la cabeza, y miraba al techo.

—Hombre, no seas impío,—añadí—¿por qué no hemos de impetrar de la Omnipotencia Divina lo que deseamos? ¿No piden pan los hambrientos y salud los enfermos? Pues pidamos nosotros revolucion. El Evangelio dice: «pedid y se os dará.»

Monsalud reia.

—Sr. de Mano—añadí yo.—Aquí veo unas hermosísimas imágenes de la Vírgen y del Señor. ¿Por qué no les pone usted una vela?

Salvador no podia tener la risa.

—Herege, empedernido herege, calla, calla. Cada uno tiene sus ideas. Yo soy religioso, yo soy creyente y tú eres un perro judío. Querido Sr. de Mortero, encienda usted un par de luces en ese altar que está junto á la cama.

Mortero encendió las luces.

—Ahora—dije yo,—que la Santísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario, nos dé el inefable beneficio de un pronunciamiento en cada ciudad de España; que sea un volcan Galicia y otro volcan Aragon; que caiga por tierra el absolutismo y D. Buenaventura.

—Me parece que se sienten pasos arriba—dijo Salvador en voz baja.

—Es que andan por allá el Sr. Secretario y un señor inquisidor—repuso Mortero.—No hagan ustedes ruido. Están sacando papeles del archivo.

—Es que ven la cosa negra—afirmé yo.—Sin duda temen que el pueblo penetre en la casa y descubra alguna picardía. Señor Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.....

—¡Es gracioso!—dijo Monsalud mirando la imágen, que era la Vírgen del Rosario con Santo Domingo de Guzman arrodillado á sus piés.—Si á esos señores inquisidores que están arriba les dijeran ahora que en un sótano de la Santa Casa arden velas ante las imágenes cris-

tianas para implorar de Dios el triunfo de la revolucion.....

—Si se lo dijeran..... seguramente no lo creerian.

Mi amigo se volvió hácia la pared, y al poco rato dormia.

Yo no cesé de rezar en toda la noche.

XXIII

Al dia siguiente muy temprano, Mano de Mortero, que habia salido á sus quehaceres, entró diciendo:

—Gordas y frescas.

—¿Qué, qué hay?

—Que lo de Galicia es tremendo. El Rey y la Córte están muy asustados. Toda la noche han estado los Ministros en Palacio..... Quieren contemporizar..... les ha entrado el destemple..... desconfian de la guarnicion.....

—¡Desconfian de la guarnicion! ¿Oyes, Salvador; oyes hombre?—exclamé con exaltado júbilo.

—Oigo—repuso mi amigo secamente.

—¡Y de la guardia de la Real persona!—añadió Mano.

—¡Tambien desconfian de la guardia! ¿Oyes, Salvadorillo de mi alma?

—Oigo.

—Sr. de Mano, traiga usted cuatro velas; yo las pago.

—Con esa condicion, aunque sean ocho—dijo Mortero abriendo el cajon de una cómoda.

—No quepo dentro de mí—exclamé saltando del jergon.—Voy á salir á la calle, aunque me exponga á ser cojido. Me pasearé, comeré en casa de algun amigo..... Sr. de Mano, ¿tiene usted algunas ropas con que disfrazarme?

—Tengo vestidos de cómicos. ¿Quiere usted ir de rey turco?

—Hombre, no.

—¿Y de senescal de Polonia?

—¡Qué majadero!

—¿Y de majo? Sombrero ancho, capa encarnada, marsellés.....

—Venga, venga. Me embozaré hasta las cejas.

Mano sacó unos vestidos, que yo me puse, acomodándolos lo mejor posible á mi cuerpo. Peinéme á lo majo, tiznéme el rostro, y quedé convertido en chispero, tan al vivo, que era muy difícil conocerme. Con tal pergenio, guiado por Mortero, que me llevó por oscuros laberintos, salí á la calle, embozado hasta las

cejas. Monsalud no quiso seguirme. Pasé por Palacio, y ví que entraban y salian muchos coches; recorrí luego la calle Mayor hasta la Puerta del Sol; pero aunque encontré en este sitio muchos conocidos, no me atreví á hablar á ninguno; tanta era mi cobardía aun bajo el disfraz de chispero. Estábamos en los primeros dias de Marzo.

Ya conocí en la actitud y semblante de las personas, y en las palabras que al vuelo cogia, que era ciertísima la alarma anunciada por Mortero. Sin cesar herian mi oido las voces *Coruña, Ferrol, Junta revolucionaria, D. Pedro Agar*, volviéndome loco de alegría. Recorrí toda la poblacion sin descubrir mi cara, atendiendo disimuladamente á todos los grupos, huroneando, atisbando, olfateando la revolucion. ¡Ay! la revolucion palpitaba; yo la sentia. Quien habia puesto tantas veces la mano sobre el pecho de la sensible villa no podia engañarse.

En estas exploraciones empleé toda la mañana y parte de la tarde. No me habia descubierto á nadie. Llegó por fin una hora en que me picó el hambre con alarmante viveza; porque el júbilo y esperanza no me alimentaban; que esto corresponde á las magras y otros condimentos, y de ningun modo á las impresiones

agradables del alma. ¿Qué hacer? El Sr. Mano no podria ofrecerme sino un guisote grosero. ¿Entraria en algun café ó figon? No, porque mi pusilanimidad veia alguaciles en todas partes, y se me figuraba que ni siquiera me dejarian llevar la cuchara á la boca. ¿Iria á casa de algun amigo? Ugarte estaba fuera de Madrid, y quizás perseguido tambien. De Villela y otros altos personajes no me fiaba más que del demonio. Pensé ir en busca de D. Gil Carrascosa, hombre que me debia muchos favores, ó de D. Bartolomé Canencia; pero luego discurrí que las casas de donde más rápidamente debia huir era las de aquellos que me debian beneficios.

De pronto ví á cuatro personas que me inspiraron una idea felicísima. Eran Cárlos Navarro y D. Miguel de Baraona, que iban por la calle de la Montera hácia la Puerta del Sol acompañados de los dos sáfios amigos que con el primero vinieron del Norte. Antes me metiera yo mismo en la cárcel que presentarme ante aquellos hombres fanáticos capaces de hacer conmigo una felonía; pero teniendo la certeza de que estaban ambos fuera de casa, bien podia pedir amparo á la Sra. D.ª Genara, que de fijo no me lo negaria ni me venderia.

—Si Genarita está en su casa—me dije cor-

riendo en direccion de la calle Ancha,—comeré, y comeré bien.

Poco despues entraba yo en la calle de *Enhoramala vayas*, para pasar á la de *Sal si puedes*. Esta tenia poco que andar. Componíanla dos casas humildes, otra suntuosa, y una tapia de corrales ó jardines. La suntuosa, como muchas personas, tenia mejor alma que cuerpo; es decir, que su aspecto vetusto y feo no correspondia á su comodidad interior. De poca fachada, extendíase mucho en el fondo de la manzana y lo mejor de ella era la crugía de Poniente, que daba á un patio donde estaban las cocheras. Este patio tenia salida á la calle de *Aunque os pese*. Aquel pequeño barrio de nombres tan extraños, era entonces más solitario aún que ahora.

Entré resueltamente. Por fortuna Genara estaba, y estaba sola. Tan solo su doncella tuvo noticia de mi visita.

Expuse á la generosa dama la aflictiva situacion de mi estómago, rogándole encarecidamente que si me daba de comer lo hiciera pronto para evitar el peligro de un encuentro con los feroces Navarro y Baraona. Ella se rió mucho de mi extraña facha y me dijo:

—Hace usted bien en temer á mi marido y á mi abuelo. Ellos no disculpan ni perdonan.

Están furiosos contra usted y si le encontraran aquí, serian capaces de entregármele atado de piés y manos á D. Buenaventura.

—¡Miserable sayon!

—Anoche estuvo aquí, y dijo de usted mil picardías. ¡Pero qué atrocidades ha hecho usted Pipaon!.... Conspirar así; escribir cartas; juntar dinero..... qué sé yo..... Es usted un Robespierre. Dice el Marqués que no se consolará en toda la vida de que se le escapara usted, y que daria un ojo de la cara por atraparle.

—¡Bandido!.... Pero si usted tuviera la bondad de darme de comer..... Ahora ó nunca: me muero de hambre.

—Al momento—repuso riendo.—Pero van á decir que soy encubridora de revolucionarios y el Marqués querrá prenderme tambien.

Inmediatamente dió órdenes á su doncella para que me trajese lo que tan imperiosamente pedia mi pobre cuerpo. Ella misma tendió un pequeño mantel en el velador de aquella estancia que era la suya y me iba poniendo delante los platos, amenizando el festin con discretas observaciones y celestiales sonrisas. Yo caí sobre los manjares como el tigre sobre su presa.

—Perdone usted, si como groseramente—le

dije.—Un condenado á muerte tiene derecho á prescindir de ciertas reglas.

—¡Parece mentira!—exclamó.—Usted revolucionario, usted liberal!....

—Señora, no haga usted caso de infames calumnias. Mis enemigos discurren infernales embustes para perderme. Ya disiparé yo las nubes que empañan el limpio sol de mi reputacion. Deje usted que pase este chubasco.....

—Triunfen ó no los revolucionarios—dijo ella sentándose frente á mí y apoyando el codo en la misma mesa donde yo comia,—lo cierto es que los conspiradores lo pasarán mal. Casi todos están presos, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—Sin embargo, no se oye decir que ajusticien á ninguna persona conocida.

—Incomparable está esta gallina—repuse, más atento á la reparacion de mis fuerzas que á la suerte de los conspiradores.

Cuando empecé á reponerme y á sentirme dueño de mí mismo, fijáronse mis ojos con singular deleite en la hermosísima figura que tenia delante de mí. Nunca me habia parecido Genara tan bella. En la nueva mansion su hermosura soberana se realzaba con el lujo que el generoso marido habia acumulado allí, labrando de este modo el único estuche digno de al-

baja tan preciosa. Fuera por una irradiacion admirable de la privilegiada naturaleza de Genara, fuera porque la casa era en realidad muy linda, todo lo que veian mis ojos tenia el más puro sello artístico. Cuadros, tapices, muebles, cornucopias, constituian mil formas encantadoras que extasiaban la vista. El oro y los pastosos tonos, las tintas brillantes admirablemente armonizadas, llevaban los ojos de sorpresa en sorpresa. Los excesos del lujo, que generalmente traen el mal gusto, eran allí, ó al ménos á mí me lo parecia, un esfuerzo sublime de la imaginacion, comedida siempre en su delirio.

En su propia persona los encantos de Genara eran, como siempre, superiores; pero allí su grave y patética sencillez brillaba más que cuandó vivia en mi casa. Siempre tuvo el raro instinto de ataviarse elegantemente, y la no aprendida ciencia en virtud de la cual una mujer privilegiada sabe estar preciosa con el adorno más insignificante. Aquella tarde en que me dió de comer, estaba vestida con la negligencia cuidadosa que parece han de emplear las que siempre quieren estar bien, aun sabiendo que nadie las ha de ver. Sobre su cuerpo no habia más que dos colores, el blanco y el negro; éste en una copiosa sarta de cuentas que pen-

dia de su cuello, adorno muy usado entonces. Su trage blanco, conjunto delicado de graciosos caprichos de águja, de pliegues y rizos, era un plumaje maravilloso, que á causa de la estrechez de los talles de entonces, cubria delicadamente sus incomparables formas sin desfigurarlas, respetando cuanto el Divino cincel modeló en aquel hermoso barro humano, es decir, no aplastando ningun bulto, ni llenando ningun hueco, ni alterando con importuno arte la más acabada estátua en cuyo tibio mármol han vibrado nérvios y corrido, por las azules venas, menudas ondas de impetuosa sangre.

Cuando se movia de aquí para allá trayéndome lo que yo habia de comer, parecia una hechicera de leyenda que cuidaba de mí, niño extraviado en las cavernas de la mágia, entre maravillosas trasformaciones; primero maltratado por ogros horribles, despues mimado y agasajado por las blancas manos de las hadas. Caia la tarde, y la dulce luz crepuscular que entraba en la estancia por las ventanas abiertas al patio y á la calle de *Aunque os pese*, derramaba en torno mio, entre ella y yo, una dulce onda de tristeza. Cuando yo concluia de comer, sentóse, como he dicho, frente á mí, apoyando el codo en la mesa y la mejilla en el puño. En primer término yo veia un brazo

que á ningun otro puede compararse, blanco, torneado, de una pureza y correccion admirables. Distinguíanse en la suave penumbra de lo interior de la manga las tentadoras morbideces del ante-brazo que se perdia al fin entre la batista, seguido hasta lo último por mi ansiosa vista. Tenia los ojos medio cerrados. No sé por qué todo allí era tristeza.

Yo exhalé un suspiro tan hondo, que Genara se conmovió cual si oyese un grito.

—¿Qué tiene usted?—me dijo.

—Estaba pensando, señora mia, que el señor D. Cárlos, mi antiguo amigo y esposo de usted, es el hombre más feliz de la tierra.

—¿Por qué?

—Porque es dueño de tanta hermosura.

Genara hizo un gesto de desden.

—Pero no sabe apreciar su felicidad, señora mia—añadí,—y con sus ridiculeces y manías mortifica á este ángel de gracia y de bondad.

—Galan está usted—me dijo sonriendo.—No extraño que usted hable así de Cárlos. Todo el mundo conoce lo mal que me trata. Ni siquiera tiene el tacto de guardar para mí sola sus impertinencias, sino que delante de los amigos me suele ofender.....

—Él mismo confiesa que es un bruto; pero

su alma y su corazon son excelentes. Procure usted domesticarle, y.....

—No sirvo para domadora—me contestó, moviendo con insistencia su linda cabeza.—Él se cansará ó se corregirá. ¿Qué puedo hacer para convencer á un hombre que se encariña con sus errores y con sus sospechas? Cuando alguien intenta quitárselas, Cárlos se enoja como si le quisieran robar un tesoro.

—Sí, muy bien dicho. Es avaro de sus tenacidades y equivocaciones. ¡Cabeza de granito! Se estrellará, pero no dirá jamás: «me equivoqué.»

—Esto tiene que concluir de un modo ó de otro—afirmó.—Es imposible vivir así. Cada dia una cuestion, cada hora una disputa. ¿Y por qué? Por nada, por fantasmas. Sepa usted que el cerrar los ojos y el abrirlos es en mí un indicio de infidelidad, segun mi marido. Aprenda usted á tener perspicacia.

—¡Detestable sistema es ese! Conozco algunos maridos que por buscar tres piés al gato, han hallado los cuatro. Mucho cuidado señor Garrote, que vais por mal camino..... No crea usted; ya le reprendí y le dije media docena de verdades..... pero no hace caso. Tiene á gloria el equivocarse. En disparatar consiste su orgullo.

—Ahora, con estas cosas de la revolucion que viene, está insoportable—dijo la dama con ademan ponderativo.—No se le puede resistir..... Ahora paso los dias entre el temor y la tristeza, asustada cuando le espero y creo que vá á llegar, triste cuando estoy sola. Con él tiemblo; sola me aburro. ¿Puede haber situacion más horrible? Ha de saber usted que Cárlos con sus impertinencias ha llegado á lo que nunca creí, á malquistarme con mi abuelo, que tambien sospecha, tambien!.... Figúrese usted si será deliciosa mi existencia. Ellos dos, es decir, toda mi familia, están contra mí. Á mi lado no hay nadie más, ni hermanos, ni hijos, ni siquiera amigos..... Las amistades, cualesquiera que sean, me están prohibidas..... ¿No es verdad que soy digna de envidia? La cabeza hecha un volcan y el corazon vacío, enteramente vacío.

—¡El corazon vacío! es decir, holgazan..... ¿Qué de cosas no discurrirá el muy tunante para poder mantenerse..... eh?

En el mismo instante sentimos ruido de voces y pasos en lo interior de la casa.

—¡Cárlos!—exclamó Genara con el mayor sobresalto.

—¡Jesús, María y José!—dije yo sintiendo que flaqueaban mis piernas.—¿Dónde me escondo, dónde?....

—Váyase usted. Está usted perdido si él le ve.

Genara y yo, llenos de confusion, no sabíamos qué partido tomar. Íbamos de aquí para allí, de un rincon á otro. Yo buscaba una salida.

—Escóndase usted aquí—me dijo Genara, mostrándome un armario, que abrió precipitadamente.—Despues saldrá usted.

Escurríme dentro. Yo no era hombre, yo era un papel. Creo que me hubiera metido entre dos platos. De tal modo me hacia flexible el miedo.

Poco despues de esconderme, entró Cárlos. Yo no le veia; pero le sentia. El resoplido de la fiera, llegando á mis oidos, me ponia los cabellos de punta. Acompañábale uno de sus amigos, el llamado Zugarramurdi, que era el más bruto. Estuvieron los tres en silencio durante breve rato. Sin duda Cárlos estudiaba el semblante de su mujer.

—Genara—dijo al fin,—el portero me ha dicho que entró hace poco un hombre y que no ha salido.

—¡Un hombre!....—repuso Genara.—No sé.....

Su voz temblaba.

—¡Es singular cosa!—dijo Cárlos con mar-

cado acento de ironía.—Pero como en estos tiempos hay tantos ladrones.....

—Se registrará la casa—indicó con bronca voz el amigo.

Yo me quedé yerto, yo era un cadáver.

—Como no sea.....—dijo Genara.—Sí..... hace poco estuvo aquí un señor, preguntando.....

—¿Preguntando qué?—vociferó Garrote.—Sosiégate, mujer..... te doy tiempo para que medites lo que quieres decirme..... no se ocurren siempre buenas ideas para ocultar la verdad. Los más listos se turban..... Conque entró uno preguntando.....

Sentí el chasquido de los maderos de la silla en que la béstia se sentó.

—Un hombre, no sé quién.....—continuó Genara en tono más tranquilo y algo altanero.—Si no lo quieres creer, no lo creas. Me parece que era el que anoche fué contigo en busca de Pipaon.

Hubo una pausa. ¿Se convenceria?

—¡Pipaon!—dijo el amigo.—Juraria que le encontramos hoy en la calle.

—¿Y por qué no me lo digiste?—repuso Cárlos con violencia.—¿Crees que me importa pescar en medio de la calle á un sapo, liarle una cuerda á los brazos y llevarle á la superintendencia de policía?

Yo daba diente con diente.

—Pues sí—dijo Genara con voz serena,—ese creo que era.....

Y deseando variar de conversacion, añadió:

—¿En dónde has dejado al abuelo?

—Fué solo al Príncipe, á comprarte billetes para esta noche.

—¿Qué funcion es?

—Una ópera nueva, una sandez, qué sé yo, —dijo Zugarramurdi.

—Se llama *La Inútil Precaucion ó El Barbero de Sevilla*, por un tal Rufini ó Rossini—gruñó Cárlos con malísimo humor.

—Anoche se estrenó: es un sainete ridículo, segun me han dicho,—añadió el amigo.—Un tutor estúpido, un barbero sin vergüenza, una pupila descocada, un amante que se finge soldado borracho para meterse en la casa, despues se hace maestro de música, y luego entra por el balcon.

—Por el balcon—repetí yo, apropiándome con calenturiento afan aquella idea.

De repente Cárlos, que sin duda no estaba para pensar en óperas, dijo levantándose:

—¿Cerré yo la puerta interior al marcharme?

—Creo que sí—dijo el amigo.—Lo mejor seria registrar la casa. Hay ahora tantos ladrones.....

Cárlos y su camarada salieron.

Genara al verse sola abrió precipitadamente el armario, y me dijo:

—Esta farsa no puede seguir..... ¡qué compromiso!.... Es preciso que yo diga la verdad á mi marido..... Ya no es fácil que usted pueda marcharse.....

—¡Señora!.... ¡por compasion!

—La verdad, vale más decir la verdad..... ¿á qué vienen estos enredos?.... Bastantes tengo con los que él inventa.....

—Señora..... ¡por piedad!—exclamé de rodillas.

Y me dirigí al balcon que caia al patio.

—Por él balcon—dije asomándome para medir la distancia.

—Se vá usted á estrellar.

Felizmente el descenso era muy fácil. Habia bajo el balcon una alta ventana con reja de hierro que casi era una escalera. No lo pensé más.

—Se puede, sí, se puede—dijo Genara.—¡Pronto abajo! Por fortuna no hay nadie en el patio ni en las cuadras..... La puerta que dá á la calle de *Aunque os pese* está siempre abierta.

Liéme la capa en la cintura y con presteza sin igual me deslizé sin más contratiempo que algunas rozaduras en las manos. Embozándome

hasta los ojos, salí sin obstáculo alguno á la calle; pero no habia dado dos pasos, cuando ví al Sr. de Baraona que atentamente me observaba. No quise detenerme y apreté á correr, diciendo para mí lo de marras:

—Ahí me las den todas.

XXIV

—Salvadorillo, albricias—dije á mi amigo entrando en la cueva del Sr. Mano,—todo vá bien; la revolucion marcha. Madrid ofrece un aspecto imponente..... ¡Si vieras qué cosas me han pasado!.... ¡qué aventuras!.... ¡qué peligros!.... soy un héroe. Pero en fin he comido como un príncipe. ¿A que no sabes dónde? Pues en casa de tus amigos los Baraonas. Genara con sus propias manos divinas me sirvió de comer.

—¿En dónde viven ahora?—me preguntó Salvador con indiferencia.

—En la calle de *Sal si puedes*..... bonito nombre..... aquí cerca.

—Te lo pregunto, porque quizás me dé una vuelta por allá.

—Me alegraré de que busques camorra á esa

canalla. Pero aguarda á que triunfe la revolucion. Entonces les meteremos en un puño. Cuando la policía sea nuestra, es preciso tomar venganza. Enviaremos á Garrote á presidio y á Baraona á una casa de locos.

Monsalud se estaba arreglando y vistiendo. Habíale proporcionado Mortero un vestido de majo, como el mio; pero mucho más decente: marsellés nuevo, calzas y pantalones negros, capa de grana y sombrero redondo. Su figura no podia ser más hermosa.

—¿Vas á salir esta noche? Te acompañaré. Me aburre este agujero. En Madrid se respira, amigo mio, el aliento sulfúreo de la revolucion. La conmocion viene, el trueno retumba ya muy cerca.

Salimos juntos. Habíase disipado en gran parte mi miedo, y la compañía de Monsalud infundíame valor. Desde los primeros encuentros con varias personas conocidas, comprendimos que no corria ya gran peligro nuestra libertad. Las noticias eran tremendas para el absolutismo, y, segun dijeron, se preparaba para el dia siguiente un decreto haciendo concesiones y prometiendo reunir Córtes. Tanta cobardía inflamaba más á los revolucionarios.

Visitamos aquella noche con el mayor descaro algunas tertulias, que no eran otra cosa

que las mismas reuniones perseguidas por don Buenaventura; pero con la súbita esperanza de triunfo, la revolucion habia arrojado la máscara, y se burlaba del Gobierno. En este no habia un solo ministro propio para la gravedad del caso. Hombres todos de miserable espíritu, no servian más que para la adulacion. Todo Madrid se reia de ellos. Los conspiradores que no estaban presos, afectaban en las calles y en los sitios públicos un desprecio á la autoridad que rayaba en desvergüenza.

Al dia siguiente, tranquilos ya con el aspecto que tomaban las cosas, abandonamos Salvador y yo el escondrijo del Sr. Mano de Mortero, y tuvimos hospitalidad en casa de un amigo.

Era el 6 de Marzo, cuando llegó la noticia de la sublevacion de las tropas que estaban en Ocaña. El júbilo y osadía de los revolucionarios eran tan grandes, que por momentos se temia en Madrid un movimiento popular. La atencion de todos se fijaba en la guarnicion de Madrid, formada de algunos regimientos de la Guardia y de otros de línea. En Palacio, segun me dijo el Sr. Villela, á quien encontré en un estado de indecision extraordinaria, todo era tumulto y azoramiento. La Reina Amalia lloraba, el Rey bufaba de ira y los palaciegos iban y venian consternados, sin saber si pon-

drian la vela al santo ó al demonio, ó á entrambos á la vez, que era lo más seguro. Escondíanse el duque de Alagon y los demás favoritos, y diversos personajes oscurecidos ú olvidados por la Córte se presentaban llamados por el Rey ó espoleados por su propia ambicion.

Desde que amaneció el dia 7, Madrid ofrecia el aspecto propio de los dias en que vá á pasar algo extraordinario. Inútil es decir que desde muy temprano recorrí yo las principales calles, en union de algunos individuos que iban sembrando la semilla del tumulto de barrio en barrio. Recordaba yo las escenas famosas del 1.º de Mayo de 1814, y me parecia que nada habia cambiado. Las caras eran las mismas, los gritos parecidos. Ciertamente que la idea era distinta; pero como la idea no se vé, de aquí la ilusion.

No hay cosa más parecida á un motin absolutista que un motin revolucionario. Se asemejan como una calabaza á otra. No trabajar, cerrar las tiendas, salir chillando, derribar lápidas y letreros, injuriar á los caidos, proclamar nombres nuevos, levantar ídolos, mezclar tal cual arranque generoso á actos salvajes, esto fué lo que ví en 1814, y lo que se repitió ante mis ojos en 1820. En una y otra época, por rara coincidencia, fuí agente eficaz

en el movimiento, y las dos veces mi astuto aguijon pinchó á la béstia feroz para que gruñese. Antes habia gruñido en las Córtes; ahora debia gruñir en Palacio.

Comprendiendo la gravedad del asunto y la conveniencia de que el trabajo de seis años no se malograse, desplegué aquella mañana facultades verdaderamente maravillosas que llenaron de asombro á los revolucionarios viejos. Ya se comprenderá que los nuevos éramos atroces. No perdonábamos.

Debo advertir que en Marzo de 1820 yo notaba en la poblacion un movimiento mucho más espontáneo y general que en Mayo de 1814. Todos los tenderos, todo el comercio alto y bajo de los barrios del Sur y del Centro se asociaba al impulso con una franca y natural alegría que me llenó de admiracion. En los empleados, en todas las personas de la clase media, habia un sentimiento de simpatía que más tarde llegó á manifestarse en hechos. Habia, pues, en aquel dia dos corrientes, la corriente natural de la gente de buena fé que se alegraba del cambio previsto, y la corriente del tumulto, que tenia encargo de vociferar y hacer demostraciones locas. Ambas se mezclaban y juntas invadian las calles, llenando los aires con sordo mugido, sin que se pudiese determi-

nar dónde acababa el oro y empezaba el plomo. En la generalidad de la poblacion resplandecia la más franca hombría de bien, una especie de candor revolucionario, si así puede decirse, un júbilo patriarcal que era del mejor augurio.

Por la tarde la muchedumbre formaba una apretada masa en los alrededores de Palacio. Escenas bulliciosas de animacion, de risas, de plácemes, de gritos, de palabrillas un poco jacobinas alegraban las calles del Arenal y Mayor.

"Que el Rey juraba.

"Que el Rey no deseaba otra cosa que jurar.

"Que los ministros y palaciegos eran unos tunantes; pero que Fernando era el hombre mejor del mundo.

"Que á Dios gracias nos íbamos á ver libres de pillos.

"Que en aquellos momentos se estaba formando un nuevo Gobierno.

"Que por la noche la guarnicion de Madrid, inclusa la guardia real debia apoderarse del Retiro, para desde allí enviar una diputacion al Rey, pidiéndole el juramento consabido.

"Que la Reina decia entre lágrimas y suspiros que la habian engañado y que se queria volver á Sajonia.

"Que Ballesteros, recien llegado por man-

dato del Rey, habia dicho que nada se podia hacer ya.

"Que los hombres todos de la Córte opinaban, que no era cosa de trastornar el Reino y de pasar sustos por un juramento de más ó de ménos."

Esto y otras cosas que omitimos decia la gente. Yo no quise hacer demostraciones en público, pero me daba á conocer á todos mis amigos, no recatándome de nadie, porque ya no habia para qué. Con los liberales me hacia el exaltado y con los templados el indiferente.

Cerca de Palacio la multitud prorrumpia en desaforados gritos: allí estaba nuestra gente, pidiendo á voces la Constitucion y el juramento con tanto ardor, que parecia no poderse pasar ni un momento más sin ello. Pero los balcones de Palacio permanecian cerrados; no se veia ni aun la nariz del Infante D. Cárlos, generalísimo de los ejércitos.

Iba cayendo la tarde, y no habia novedad. Algunos ginetes de la guardia decian al pueblo que se retirase. Su actitud no era hostil, sino tan conciliadora que despertaba general simpatía. La guardia, que tanto dió que hacer despues, estaba aquel dia como un guante. Verdad es que aquel dia era un fenómeno por la generalizacion súbita de los sentimientos liberales.

Habia contagio sin duda. Los exaltados contagiaban á los tibios, los tibios á los indiferentes; los hombres contagiaban á las mujeres, las mujeres á los niños, y los niños á los pájaros, que de rama en rama piaban *Constitucion*.

La noche enfrió el entusiasmo de muchos; pero exacerbó más el furor de otros. Aquellos que á toda costa deseaban una escena y la pedian y la estaban buscando, no querian irse á sus casas sin saber la determinacion de Su Magestad. Diversas comisiones entraron en Palacio; pero el pueblo ignoraba todo. Por eso cuando corrieron voces de que era inútil esperar nada positivo hasta la mañana siguiente, un bramido de despecho circuló de un cabo á otro. Gracias á que nuestro pueblo es dócil, poco exigente, humilde, y conserva sentimientos de profundo respeto al Trono en medio de sus más soeces espansiones, que si no fuera así, algo grave habria ocurrido aquella noche.

Mientras los vecinos se iban á sus casas ó á las tertulias ó á los cafés, los que mangoneábamos en la maquinaria oculta del alboroto popular, azuzábamos á los beneméritos patriotas para que manifestasen sus altas dotes, ora rompiendo algunos vidrios absolutistas, ora entonando canciones que á toda prisa improvisaron ramplonas musas. Todo lo hicieron á pe-

dir de boca; pero aquello donde más lució su destreza, fué la algazara que armaron en la plaza Mayor, al poner una lapidilla provisional que más tarde fué sustituida por otra de mármol. Diversas turbas, roncas á fuerza de gritos y aguardiente, daban vivas á la Constitucion, y habia grupos carnavalescos, semejantes á los que forman los gallegos la víspera de los Santos Reyes.

Aquella vez entre lucientes antorchas, no llevaban escaleras, sino el libro de la Constitucion abierto é izado en un palo. La gracia de esta apoteosis consistia en hacer que todo transeunte besase el libro, prévia inclinacion del palo hácia el suelo. Se obligaba á los transeuntes á ponerse de rodillas, siendo de notar que la mayor parte lo hacian de muy buen grado. Fuera de este inocente desahoguillo, no hubo ningun exceso aquella noche, ni se vertió sangre, ni nadie fué arrastrado, ni se realizó ninguno de aquellos siniestros augurios que en tiempo de la conspiracion se hacian. Todo era una especie de juego de chiquillos.

Así pasó la noche. Ya no tuve recelo de entrar en mi casa, en la cual estaban aún dos ó tres polizontes, que me recibieron sombrero en mano, con exagerados cumplidos y servilismo. Yo les miré de un modo altanero, y en-

tonces cada uno de ellos me rogó que le proporcionase un ascenso, puesto que ya de vencido me trocaba en vencedor, é iba á estar en candelero. Prometíles á tan guapos chicos mi favor, y se despidieron, diciendo que si el nuevo Gobierno les mandaba prender á D. Buenaventura, lo harian de mil amores. Por último, les recomendé que al dia siguiente muy de mañana saliesen por las calles dando vivas á la Constitucion y á la libertad, que vigilasen la casa de Baraona por ver si entraban en ella gentes sospechosas, y que se pusiesen en todos los sucesos del dia al lado de los buenos y ardientes patriotas.

El 8 fué dia de júbilo, de triunfo, de algazara, de espansion incomparable. El pueblo, más niño en las buenas que en las malas, parecía haber recibido un juguete por mucho tiempo deseado. Viendo tanto entusiasmo, ¡quién creeria que bien pronto el muñeco habia de ser hecho pedazos por las mismas manos que entonces le recibian! Todo estaba consumado; la revolucion estaba hecha; lo de arriba habia pasado abajo y lo de abajo arriba; la cabeza era pié y el pié cabeza; la soberanía del pueblo, representada en un papel escrito, habia subido al magestuoso zénit del Estado, echando de allí á la soberanía real para ponerla debajo.

La gran jugarreta que hacen los siglos á los siglos estaba consumada, y el hoy habia triunfado sobre el ayer. El Monarca de derecho divino, el escogido de Dios se habia prosternado moralmente ante los gallegos que, cual comparsa de noche de Reyes, recorrian las calles con escobas encendidas, y habia besado de rodillas el libro puesto en un palo. Ya era público el famoso decreto del 7 de Marzo, y desde muy temprano no habia ciudadano de la improvisada nacion constitucional que no repitiese el *me he decidido á jurar la Constitucion promulgada por las Córtes generales y extraordinarias de* 1812. *Tendréislo entendido...... etc.....*

XXV

¡Cobardía y debilidad!.... Pero á mí no me importaba averiguar los sentimientos que dictaron aquella resolucion, y salí gritando como todo el pueblo, como los discretos y los ignorantes, como los ancianos y las mujeres, como las viejas y los chiquillos de escuela: *¡Viva la Constitucion!....* Era una fiesta nacional, un desbordamiento impetuoso de alegría: ¡la ma-

yor parte no sabian por qué! Se alegraban por el gozo extraño.

En todos los balcones pendian cortinas, las famosas y eternas y apolilladas guirindolas que habian festejado la primera entrada de Fernando en Abril del año 8, la entrada de Wellington despues de Arapiles, la proclamacion de la Constitucion en Agosto del 12 y su caida en Mayo del 13, la segunda arrebatadora entrada del ídolo, al volver de Valencey, la entrada de Isabel, que habia pasado por el Trono como una sombra simpática y bienhechora, y la de Amalia que rosario en mano sustituyó á Isabel. Las cortinas se iban ya poniendo algo viejas. ¿Qué dirian ellas de tantas y tan repetidas ventilaciones como recibian por distintos motivos? El viejo y miserable caserío de entonces, no renovado completamente todavia, cubierto de harapos rojos y blancos, tenia perfecta similitud con una risueña cara de vieja emperifollada. La gente invadia las calles. En estos dias el vecindario, obrando en virtud de irresistible movimiento de bullanguería, siente un aguijon que lo expulsa de las casas. Hay necesidad absoluta de salir, de preguntar lo que ya se sabe, de comunicar las impresiones, los sustos y las alegrías. Al mismo tiempo y mientras se empavesaban los balcones, mil can-

dilejas, puestas en los antepechos y goteando su aleve aceite sobre los transeuntes, amenazaban con una iluminacion general en la próxima noche. Lozano de Torres hubiera creido que la Reina estaba de parto.

Imposible es para mí describir las manifestaciones cariñosas de que fuí objeto. La gratitud, llenando mi corazon, ahogaba mi voz. Todos me felicitaban, me estrechaban la mano, dándome parabienes por mi libertad y por el fin de la horrible persecucion que habia sufrido. Rogábanme otros que les tuviese presentes; los liberales me ponian en las nubes, y los absolutistas, buscando el modo más decoroso de elogiar la revolucion, decian:—"Es preciso confesar que se ha hecho muy bien; ni una gota de sangre, ni un atropello. En verdad que no me asusta la revolucion. Yo pensé que era otra cosa."

Todo era abrazarse y congratularse. ¡Qué hombres tan negros blanquearon su semblante con la sonrisilla del regodeo liberal! ¡Qué trasmutacion de rostros, qué quitar y poner de máscaras, conforme el caso exigia! Muchos derramaban lágrimas.

En la calle Mayor encontré á Salvador Monsalud, á quien no habia visto desde la noche del 6, y al punto corrí á abrazarle. Estaba regocijado sin exaltacion.

—¿Qué te parece—le dije,—el hermoso, el ejemplar espectáculo que están dando Madrid y la Nacion? Esto es un modelo de pueblos sensatos. Dí ahora que no sabemos practicar la libertad.

—El primer dia—repuso,—todo es concordia y festejos. No quiero decir que no sea muy satisfactorio. Estoy contento, y este espectáculo llena mi alma de alegría.

—Y disipará tus dudas ridículas.

—Eso no; las conservo—repuso.—Aquí todo lo que pasa tiene un sello oficial que destruye la espontaneidad. Yo he visto los pueblos del campo y las pequeñas ciudades, que es ver la Nacion desnuda y entregada á sí misma, obrando por su propio impulso; y lo que he visto me ha infundido ideas que tus banderolas no pueden disipar.

—¿Asegurarás que no hay aquí un verdadero amor á la Constitucion?

—Aquí sí, aunque ese amor no será tampoco muy firme..... Sin embargo, fuerza es aprovechar lo que existe, poco ó mucho, y trabajar sobre ello.

—Pues á trabajar. Has de saber, amigo, que aún falta mucho que hacer. Todavia puede volverse la tortilla. No nos fiemos de promesas. Es indispensable que el Rey nos dé una garan-

tía sólida..... ¿Vienes conmigo? Es preciso alborotar mucho esta tarde.

—Pues entonces no voy. Alborota tú.

—¡Vaya un revolucionario!

—Cada uno lo es á su modo. Si la mudanza deseada está ya hecha, ¿á qué más ruido?

—Amiguito, es que todavia falta lo mejor—contesté con mucho apuro.—Estamos en el momento crítico. Se ha de nombrar una junta, ayuntamiento, autoridades, cualesquiera que ellas sean. Si no acudimos en el primer momento de la marejada, y metemos ruido y nos ponemos en primer lugar, es fácil que nos quedemos fuera. ¿Vienes?

—No quiero ser autoridad.

—¿Pero qué hay en tí? ¿Qué calma es esa? ¿Á dónde vas?.... Ya..... perplejidades de hombre enamorado, que no piensa más que en su dama. Salvador, ten juicio, sé al fin un verdadero y grave hombre político, un hombre de órden, un padre de la pátria, un sosten del Estado.....

—Adios—me dijo riendo.

—Pero ¿á dónde vas?

—Á prepararme. Saldré mañana de Madrid.

—¡Ahora!—exclamé en la mayor confusion.—¡Salir de Madrid, es decir, de Jauja!....

—Voy á Logroño á reunirme con mi madre,

que ya debe de estar libre. Despues iremos á la Puebla. Volveré á Madrid.

—Volverás. No creas que me olvidaré de tí. Al contrario..... Yo te aconsejo que optes por *Paja* y *Utensilios*. Ahí empecé yo..... Puedes ir descuidado. Yo velaré por tí, Salvador. Dale expresiones á D.ª Fermina..... ¡apreciable señora!.... ¿Sabes—añadí riendo,—que los Baraonas y Garrotes habrán tragado á estas horas mucha hiel? Infames servilones..... Qué bien merecido les está..... Dime, ¿piensas sentarle la mano á Cárlos, como dijiste?

— Tal vez no—repuso Monsalud con tristeza.—Están caidos y les perdono.

—¡Generosidad ridícula!.... ¿Sabes lo que me han dicho esos guapos chicos de la policía? Que ayer y anoche han entrado misteriosamente en casa de Garrote algunos pájaros gordos, Eguia, el Marqués de ***, Alagon. Me parece que traman algo. ¡Qué buena ocasion para darles un susto! Yo estoy muy ocupado: encárgate tú. Me alegraría de que le pusieras las peras á cuarto. Yo te proporcionaré media docena de ciudadanos que te acompañen con buenos garrotes..... Anda, hombre, anímate.

—En caso de ir, iria solo..... Pero hemos vencido; basta ya de violencias. El derrotado

bastante amargura tiene en su derrota. Seamos generosos.

—Pues adios. Voy á ver lo que se hace esta tarde. Que escribas..... Pídeme lo que quieras. Aunque nunca has sido nada..... en fin, por algo se empieza. Haré por tí lo que pueda..... habrá tantas solicitudes, tantas pretensiones, serán tantos los que abran la boca..... pero no te olvidaré, no.

—Adios—me dijo estrechándome la mano cordialmente y sin hacer caso de mis últimas palabras.

XXVI

El Rey habia prometido jurar; pero no juraba, ni se nombraba nuevo Gobierno, ni siquiera nuevo Ayuntamiento. Estábamos á merced de un golpe de mano, y si el ejército habia dado al país la libertad, el ejército podia quitársela de la noche á la mañana. Las reuniones secretas, que ya eran públicas, trabajaron sin descanso toda la tarde y parte de la noche, mientras seguian las demostraciones populares, juego inocente que al fin nos causaba risa.

Amaneció el dia 9, el gran dia. El pueblo, aguijoneado por quien sabia hacerlo, se reunió en los alrededores de Palacio, puso su planta en la puerta y dijo que queria entrar. La guardia callaba y dejaba hacer. El pueblo entró en el patio grande y se paseó de un extremo á otro, dando gritos y entonando las canciones de aquellos dias. Por los vidrios de la galería alta asomaban las caras pálidas de medrosas damas y tímidos palaciegos que preveian un desastre. Cansado de esperar en el patio, el importuno visitante bramaba de impaciencia. Era aquella una visita que no se hace todos los dias, y como cosa nueva carecia de reglas de etiqueta. El pueblo, pues, queria subir antes de que se lo mandasen, ó antes de que le echaran á la calle. El amo de la casa, sintiendo desde su gabinete el resoplido del animal que tan descortesmente queria penetrar hasta él, se sentaba y se levantaba, reia ó bufaba, y á ratos pálido, á ratos rojo, dirigia preguntas á todos. Hubiera deseado que su mirada fuese un rayo que desde arriba, traspasando las paredes, cayese sobre la béstia y la aniquilase.

Al mismo tiempo el amo de la casa forjaba proyectos de venganza y estudiaba un papel, papel difícil que rara vez se desempeña bien ante el peligro. No es lo mismo recibir al cuerpo di-

plomático entre sonrisas de oficio y estudiadas fórmulas, que recibir al pueblo entre rugidos.

Fernando no se atrevia á formular el terrible *que pase adelante*. Pero el pueblo parecia dispuesto á colarse sin que se lo mandaran. Inquietos pero decididos los de abajo, inquieto y vacilante el de arriba, no era fácil prever en qué iba á parar aquello. Si hubiera habido un batallon de la guardia dispuesto á desafiar las navajas...... pero los emperegilados guardias se mantenian tiesos y hermosos, empuñando sus armas como empuñaban sus palitos blancos las figuras del tio Mano de Mortero.

Por último, todos tomaron una resolucion, los de abajo y el de arriba. La visita queria posesionarse del estrado; el señor habia dispuesto enviar un mensaje á los del patio, rogándoles y prometiendo. Estos habian nombrado una comision. La comision y los mensajeros del Rey se encontraron en la escalera. Allí hubo expresiones benévolas, un cambio feliz de sentimientos conciliadores, y el asunto empezó á tomar aspecto risueño. Subieron al fin los comisionados que eran seis, y al poco rato bajaron con la noticia de que Su Magestad habia mandado al Marqués de Miraflores que estableciese el Ayuntamiento del año 14.

El Palacio quedó poco á poco libre y el mo-

vimiento del pueblo era en direccion á la casa de la Villa. Los que deseaban mangonear en los primeros momentos y coger para sí los primeros peces del revuelto rio, no tenian tiempo que perder. Yo fuí de los más veloces en invadir las Casas Consistoriales, en ocupar las oficinas, en apoderarme de una resma de papel de oficio, en dictar órdenes menudas á los subalternos. Así es que cuando Miraflores llegó, ya estaba yo allí dictando leyes, como un déspota, expidiendo órdenes y preparándolo todo para el gran acto que se iba á realizar.

De buena gana me hubiera nombrado alcalde á mí mismo; pero yo no era del 14. Con aquella presteza febril y verdaderamente maravillosa que yo tenia para las improvisaciones oficinescas, me impuse desde el primer momento, y á los diez minutos de intrusion, ya no podia hacerse nada sin mí. Yo solo sabia dónde estaban los pliegos, yo solo sabia en qué términos debian hacerse los oficios, cómo se habia de ordenar lo que entonces se llamaba la *Tabla de Excelentísimo Ayuntamiento.*

Tambien salí al balcon con otros, teniendo la suerte de enjaretar unos parrafillos tan bien dichos, tan conmovedores y del caso, que me aplaudieron frenéticamente. Yo fuí quien inauguró los abrazos que tanto entusiasmaron

á la generosa muchedumbre. Sin más ni más abracé al que tenia á mi lado, un liberalote furioso de toda su vida; éste abrazó al vecino, y entre lágrimas y patrióticos pucheros nos abrazamos todos repetidas veces. Yo gritaba: "¡Se acabaron las discordias, se acabaron los ódios! ¡Ya no hay más que españoles leales y amantes de la Constitucion! Todos son hermanos. ¡Viva España que es la Nacion más sábia y más gloriosa del mundo! ¡Viva la Constitucion! ¡Viva el Rey!"

¿Quién puede olvidar aquellos sublimes instantes? ¡Inefable dia!

El Marqués de Miraflores iba pronunciando los nombres de los indivíduos del Ayuntamiento. El pueblo aplaudia ó denegaba, gritando: *bien, bien, ó ese no, ese no que es servil.* Concluido esto, dirigióse á Palacio el Ayuntamiento recien establecido, para recibir el juramento de Su Magestad, y por el tránsito todo fué bullicio, loca alegría, vivas roncos, embriaguez indescriptible. Poco despues, Madrid entero sabia que Fernando VII habia jurado la Constitucion.

¡Viva el Rey! Ya todo estaba hecho. Ya podian venir las iluminaciones, los festejos, las alegrías, las ceremonias llenas de exaltacion política mezclada de religioso entusiasmo. Una

nueva era se presentaba, una nueva era, sí, vasto campo á la actividad de los hombres listos. Yo no salí en todo aquel dia del Ayuntamiento y trabajé con ardor en diversos asuntos.

El 10 apareció el Manifiesto en que están las célebres palabras: *Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.* El 14 dió D. Cárlos su proclama al ejército, congratulándose del juramento de la Constitucion. El mismo dia 9, nombró Su Magestad la Junta provisional consultiva que debia suplir al Ministerio mientras éste se formaba, y tuve tan buena mano y tacto, que me congracié soberanamente con todos los exclarecidos indivíduos de ella, en tales términos, que no sabian cómo recompensar mis servicios. Estos eran importantes y de todas clases. Yo estaba siempre en primer término; yo salia siempre al encuentro de todo; yo era la prevision, el cálculo, la prudencia. Híceme de tal modo necesario, que mi nombre sonaba aquí y allí donde quiera que ocurrian dificultades. Debia esto á mi tino para todo, á mi destreza y experiencia suma de los hombres y las cosas. Por eso supe encaramarme dentro de la revolucion á puestos tan altos como los que ocupé dentro del absolutismo, y en uno de los primeros consejos de ministros que se celebraron, se acordó

darme la plaza de consejero, *en premio de los servicios que habia prestado al liberalismo, y como compensacion de las horribles persecuciones de que habia sido objeto.*

¡Ventura incomparable! ¡Qué bien sentaba á mi gallardo cuerpo la nueva casaca! ¡Cómo me reia yo de D. Buenaventura y de todos aquellos vanidosos personajes que me habian postergado en 1819! Ellos purgaban sus culpas con la ignominia que les resultaba de humillarse ante la revolucion, despues de haberla combatido hasta el último momento. Verdad es que pronto le declararon nueva guerra; pero fué porque la revolucion, despreciándoles, no quiso nada de ellos ni con ellos.

Largo tiempo estuve en gracia con la revolucion, la cual no era tan fiera como nos la pintábamos los absolutistas cuando la combatíamos. ¡Matrona más condescendiente no la vieron mis ojos! ¡Qué excelente señora! En muchas, en muchísimas cosas del Gobierno apenas se conocia su existencia. Verdad es que sus noveles servidores hacíamos lo posible por ponerle una venda en los ojos para que nada viese y renunciase á la fatal manía de innovar, que era su flaco. Con mi nuevo y flamante destino renació la dicha en mi alma y la holgura en mi casa, que ya se iba desmejorando con el

largo vagar; me ví de nuevo favorecido y adulado por grandes y chicos y Su Magestad me mandó asistir á sus tertulias. El pobrecito no podia pasarse sin mí.

. . . .

No puedo seguir, no puedo hablar más, porque la alegría embarga mi espíritu y ahoga mi voz. Aunque algo sé digno de contarse, lo entrego á otro narrador para que con más aliento que yo lo continúe; y postrado y sin fuerzas doy fin aquí á mis curiosas *Memorias,* encargando al copista de ellas que me sustituya en las últimas páginas de este libro.

XXVII

Concluidas las *Memorias* que por dichosa casualidad vinieron á nuestras manos, seguimos contando por cuenta propia.

El 8 de Marzo, uno de los tres dias de bulliciosa huelga que sirvieron de introito á la revolucion, un anciano avanzaba al caer de la tarde por la plazuela de Santo Domingo en direccion á la calle Ancha de San Bernardo. Su paso era vacilante; su actitud la de un descaecimiento lamentable. Fijaba la vista en el suelo y movia la cabeza, cual si no tuviera en su cuello fuerza suficiente para mantenerla derecha. A ratos hacia con los brazos y las manos súbito movimiento, como el de quien se ocupa en cazar moscas. Hablaba consigo mismo y daba bastonazos en el suelo tan fuertemente como los ciegos que reconocen el terreno. Su cuerpo encorvado tropezaba á menudo con los transeuntes, sin que el choque le distrajera de su penosa marcha meditabunda.

Al llegar á la entrada de la calle Ancha, un obstáculo que no podia vencer le detuvo. Tro-

pezó con una muralla. Habia allí tanta gente reunida que no se podia seguir.

—¡Otra pared de carne!....—gruñó el viejo con impaciencia.—¡Y no hay quien la derribe á cañonazos!

Trató de abrirse paso, pero no pudo. Se abria ante él un boquete; pero al punto se volvia á cerrar, dejándole tapiado dentro de una ardiente mampostería de brazos, muslos y espaldas. El viejo movia sus codos y avanzaba la mano y el palo como una cuña. En una de estas, dos piedras enormes se juntaron, cogiéndole en medio y esprimiéndole sin piedad.

—¡Mil demonios!—chilló el viejo con voz angustiosa.—Que me aplastan ustedes..... Atrás, animales..... Dejen pasar á un hombre de bien, que no se mete en estas danzas y aborrece la bullanguería..... ¡Eh! so bruto, que me destroza usted con su anca.

—¡Maldito viejo!—gritó uno de los más cercanos.—¿Para qué se meterán entre el gentío estos escarabajos? ¡Hermano, váyase al hospital!

—Si todo el mundo estuviera en su casa—dijo el anciano,—si el Gobierno no permitiera estas atrocidades ridículas, no se obstruirian las calles.

—¿Quién es ese cernícalo que grazna?

—Señor abate, señor capellan, señor sepulturero ó lo que sea—dijo un indivíduo en tono compasivo,—sálgase usted de este laberinto, porque le van á hacer tortilla.

—¡Paso, paso!—gritaba el viejo con un arranque de cólera y de energía que contrastaba extraordinariamente con su miserable cuerpo.—¿No hay quien meta en cintura á esta canalla?

En torno al anciano se elevó un murmullo siniestro, entre burlon y hostil, que hubiera asustado á otro, pero que á él no le alteró; tan grande era su valor.

—Sí, lo repito—añadió echando fuego por los ojos,—estas borricadas existen, porque no hay un Rey que tenga calzones.

Diciendo esto, el sombrero del anciano voló por los aires, y unas manos vigorosas, cogiéndole ambas orejas, le hicieron dar grotescas cabezadas. Risas generales celebraron el hecho. Él pobre viejo rugia como un noble animal prisionero é insultado. Todo cuanto la lengua contiene de festivo, de grosero, de ignominioso y de mordaz resonó en las insolentes bocas. El anciano fué empujado, estrujado, arrastrado, y su endeble cuerpo, escurriéndose dolorosamente por una grieta, erizada de agudos codos y de crueles manos, fué á chocar contra una pared

de la calle de la Inquisicion. Pegado á ella, con las manos cruzadas, la boca espumante, llenos de luz y de ponzoña los ojos vengativos, parecia una pantera vieja, que en su agonía estaba resuelta á hacer estragos.

—¡Miserables! ¿pensais que os temo?—exclamó más bien rugiendo que hablando.—Yo no temo á nadie, yo no temo á indignas sabandijas que huyen del peligro y se ensañan picando á los débiles; yo temo á hombres valientes, no á una vil chusma gritona.

—Es un demente—repitieron varias voces.

—Es un hombre de bien—gritó él,—es un buen patricio, es un cristiano, es un español. Cáfila de rateros y farsantes, respetad á los que nunca han robado, ni conspirado, ni maldecido á Dios, ni hecho revoluciones; respetadles ó no faltará quien os enseñe á hacerlo.

Una mano cogió el cuello del frenético viejo, y otra mano le golpeó.

—Está bien—dijo con voz ahogada cuando quedó libre.—De este modo abofetearon á Cristo. Escúpeme tambien, sayon.

Le golpearon de nuevo, y el anciano añadió:

—Está bien. Burro, acepto tus coces.

—Dejarle; es un pobre viejo inofensivo—indicó una voz.—¿No veis que está demente?

—Desprecio tu misericordia—gritó el inexorable hombre caido.—Si no insultárais, si no escupiérais, si no deshonrárais, si no rebuznárais, no seríais lo que sois: masones, revolucionarios, ateos, jacobinos.

—Vamos, padrito, levántese usted y se le dará un vaso de agua.

—Aparta tus manos de mí—repuso con desprecio,—y vé á coger las tijeras, sastre. No abras tu boca para hablarme y vé á mascar la suela, zapatero. No me toques y vé á espumar los pucheros, pinche. Soy un caballero. Señores sastres, zapateros, pinches y albéitares, que haceis revoluciones y quitais al Rey sus derechos y enmendais la obra de Dios, buscad para vuestra miserable obra un reino que no sea este Reino de España, esta tierra de caballeros, de santos, de soldados.....

¡Cómo se reian al oirle!

—Haced revoluciones—prosiguió,—degradad más el suelo que pisamos; manchadlo todo, imbéciles. Haced un estercolero con las banderas gloriosas, con los laureles, con las coronas de santos y reyes, y el demonio estará contento..... Poned la historia toda bajo vuestras patas y bailad encima, acompañados del Cabron. El infierno triunfa.

Dicho esto lanzó una carcajada siniestra.

—Es un servil—dijeron algunos.

—No hacerle daño—añadió un compasivo.

—Colgarle de una reja de la Inquisicion—añadió un cruel.

En aquel instante todas las miradas se fijaron en un edificio, á cuyas puertas el gentío se apretaba, cual si todos quisieran entrar á un tiempo. Era la Inquisicion de Córte, cuyo frontispicio, marcado hoy con el número 4 de la calle de Isabel la Católica, nada tenia de particular. Componíase de algunas ventanas y una puerta grotesca en el piso bajo, de una série de balcones en el piso principal y de varios huequecillos enrejados en el sótano. Los balcones estaban llenos de paisanos. En la calle y arriba el general bramido de triunfo é impaciencia formaba una algarabía infernal. Un hombre echó el cuerpo fuera en el balcon principal, y sacudiendo las manos arrojó una gran masa de papeles que cayeron á la calle. Multitud de hojas quedaban suspendidas y flotando de aquí para allí, llevadas por el viento. Iban y venian como pájaros que han recobrado la libertad. Eran las causas de la Inquisicion. El pueblo soberano estaba inventariando á su modo el archivo.

Casi todos querian entrar para ver los terribles calabozos. Penetraron muchos; pero sa-

lian descorazonados, diciendo que todo habia sido ocultado á tiempo y que no restaba nada. Quién sacó una tarima de brasero, quién un fuelle roto, éste una sarten vieja, aquel un cazo. No se encontraron otros instrumentos de tortura. De repente un indivíduo apareció riendo en la puerta principal. Venia cargado de extrañas cosas. Arrojólo todo en el suelo, diciendo:

—Ahí están las picardías.

Una lluvia de soldaditos á pié y á caballo, de muñecos articulados, de peones, de animalillos de carton, de reyes magos, de pastores de Belen, de panderetas y rabeles cayó sobre las cabezas y los hombros del gentío. Carcajadas generales acogieron el regalo.

Despues de esto despejóse un tanto el terreno, y una turba de chiquillos cayó, cual manada de lobos, sobre tan rica presa.

Poco despues oyóse un rumor de júbilo. Por el portal grande apareció un grupo de gente gritona, que sobre sus hombros, á manera de trofeo glorioso, sacaba tres personajes, nada flacos ni estenuados. Eran los únicos presos que se encontraron en el piso alto del edificio; uno de ellos, D. Luis Ducós, rector de Hospitalarios.

Tras la procesion siguió toda la muchedum-

bre, dando vivas á la libertad, y la calle de la Inquisicion empezó á despejarse, mientras se llenaba la de Torija, junto al edificio de la Suprema.

Era ya completamente de noche, y el infeliz viejo á quien dejamos rugiendo de cólera entre un grupo de ciudadanos, continuaba en el mismo sitio, arrojado en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en la pared. No hablaba ya ni se movia. Un hilo de sangre corria por su rostro, desapareciendo por el cuello entre la ropa. En derredor suyo habia nuevo corro de ciudadanos, pero de ciudadanos prudentes y compasivos, que en silencio le miraban, guardando religiosa compostura en torno suyo, sin atreverse á tocarle, llenos de curiosidad y aun de respeto. Sus nombres oscuros han llegado á nosotros. Eran Currito el de la carbonera, de ocho años; Joselito Gonzalez, el del covachuelista, de siete; Paco el de D. Robustiano, de diez; Isidorillo el de la tia Rampiosa, de seis y medio, y otros que la historia y la tradicion no recuerdan bien. Entre todos eran una docena. Cada cual llevaba en su mano un objeto de los que estaban desparramados en la calle ante la puerta de la Inquisicion.

Acercábase uno á mirar de cerca el rostro

del anciano, y con ademan pavoroso decia: «Está muerto.» Reian todos, mirándose unos á otros, y ya se disponian á retirarse juntos, cuando Isidorillo el de la tia Rampiosa, que por ser el más chico era el más travieso de todos, tuvo una feliz idea, que al instante puso en ejecucion. Llevaba en la mano una varita delgada y larga, y con la punta de ella exploró por dentro la nariz del desgraciado anciano. Éste hizo una mueca, se movió, y un coro de risas infantiles acompañó á su movimiento.

Abrió el anciano los ojos, miró á todos lados, pasóse la mano por la frente, dió un suspiro.....

—¡Qué buena turca ha cogido usted, hermano!—dijo Currito el de la carbonera.

El anciano revolvió sus ojos á todos lados, amedrentando con la fiereza de ellos al regocijado concurso, y en voz ronca, habló así:

—¡Á esto llamais una revolucion! Menguados, si quereis hacer una verdadera revolucion, hacedla; alzad la guillotina; cortadnos la cabeza á todos los que tenemos en ella la idea de Dios, la idea del deber, la idea de la justicia, la idea del honor y de la hidalguía..... ¿Quereis acabar con los buenos? pues á ellos. Combatidnos y se os vencerá. Matadnos y resucitaremos en otra forma. Pero no, no llameis

revolucion á este conjunto de graznidos y patadas..... Sois miserables y grotescos bufones que deshonrais el suelo de la pátria. Apartaos de mí, despreciables bailarines. ¿Creeis que una nacion es el tabladillo de un teatro?.... Inmundos tiples, no chilleis más en mi oido..... Mi voz atruena.

Una algazara de risas siguió á estas palabras. Los pajarillos piando con alegría en torno al buitre moribundo, no se hubieran expresado de otro modo. El anciano hizo esfuerzos por levantarse; sus huesos crugian; pero al fin lo consiguió y se puso derecho, apoyándose en la pared. Los ciudadanitos, agrupándose en torno á él, no le dejaban dár los primeros pasos.

—Fuera de aquí, hombres pequeños—dijo el viejo empujándoles á un lado y otro.—Quereis hacer revoluciones, y ninguno de vosotros alza una vara del suelo.

Cuando los muchachos se oyeron llamar hombres pequeños, redoblaron las risas. Siempre con las manos en la pared, siguió andando el viejo. Los chicos le seguian, tirándole de la ropa é impidiéndole el paso. Él observaba las fachadas de las casas, como para orientarse; doblaba todas las esquinas que encontraba al paso. De este modo recorrió lentamente varias

calles, y despues de muchas idas y venidas, entró en la de Amaniel. Los chicos habian ido desertando poco á poco. Al fin Joselito Gonzalez, que era el más pesado, le dejó solo. El anciano se detuvo, reconoció la calle, y con voz débil murmuró:—"no es por aquí." Volvió atrás, dobló varias esquinas, siguió á lo largo de la pared apoyándose en ella..... pero sus piés vacilaban, temblaban sus piernas; su cuerpo abatióse rozando el muro y cayó al suelo sin sentido.

XXVIII

Estaba en la calle de Eguiluz. No pasaba nadie por allí. Poco despues, al extremo de la calle abrióse una puerta y aparecieron en un oscuro hueco dos personas, hombre y mujer; el uno despidiéndose de la otra, á juzgar por las breves palabras cariñosas que en el silencio de la calle resonaron sin que ningun extraño las oyera. Despues de confundirse los dos bultos en uno, efecto sin duda de la oscuridad de la noche, se separaron; la mujer desapareció, y el hombre echó á andar por la calle adelante has-

ta que el obstáculo de un cuerpo atravesado en la acera, le detuvo. En el mismo instante, una vieja llegando por el otro lado, se detenia tambien. Inclináronse ambos, examináronle el rostro, le palparon, le movieron, y el jóven dijo:

—Es el Sr. D. Miguel de Baraona.

Trataron de reanimarle. Respiraba, pero no se movia. El jóven, despues de un rato de vacilacion, se terció la capa, enlazó con sus brazos vigorosos el desmadejado cuerpo del anciano, y se lo echó á cuestas como un saco.

Felizmente el peso del *Patriarca del Zadorra* no era excesivo, ni el humanitario jóven tenia que andar mucho para llegar á la calle de *Sal si puedes*. Los curiosos que en el camino se le unieron, quedáronse á la puerta de la casa, y él subió solo. Ni porteros ni criados salieron á su encuentro en la escalera. Abrió la puerta una criada, y bien pronto sonaron en la casa gritos y lamentos de mujer, angustiosos diálogos, preguntas, órdenes rápidas.

Baraona fué puesto en el suelo. El que le habia llevado permanecia en pié. Genara miraba al uno y al otro con muda sorpresa; pero el dolor no dejaba lugar en su corazon á otro sentimiento. Las dos mujeres azoradas llamaron;

acudió un criado; entre todos trasportaron al enfermo á su cuarto, tendiéndole de largo á largo en la cama. Abrió, al sentirse en ella, los ojos, y lanzando un hondo suspiro, dijo:

—¡Me muero!

—¿Pero está herido?—exclamó Genara.—Esa sangre..... ¿Qué le han hecho? ¡Dios mio!.... ¡Abuelo!

Interrogaba con los ojos al portador de tan gran desgracia; pero éste, alzando los hombros, decia:

—No sé una palabra. Así le encontré en la calle.

Salió del cuarto, y en el laberinto de los pasillos medio oscuros preguntó que por dónde se salia.

—Por allí—le indicó Genara, que á su lado pasó rápidamente, corriendo en busca de remedios caseros.

Dirigióse el jóven á la puerta en el momento en que, abierta por fuera, daba paso á tres hombres. Cárlos avanzó el primero, y tras él sus inseparables amigos. Vieron á aquel hombre, y la sorpresa les detuvo y les inmovilizó un instante, como cuando se ve lo imposible.

—¿Qué buscas aquí?—gritó Navarro, mirando coléricamente á Salvador.

—¡Has entrado aquí!—rugió destemplada-

mente el que llamaban Zugarramurdi, asiendo al jóven por el brazo.

El que llamaban Oricain corrió á asegurar la puerta.

—¿Qué haces aquí?—repitió Navarro, con mirada furibunda y amenazadora.

—Nada—respondió Monsalud, dando un paso hácia la puerta,—y por eso me marcho.

La voz de Genara, que llegó volando más bien que corriendo, puso término á aquella escena.

—¡Cárlos, Cárlos!—gritó.—El abuelo enfermo..... herido..... ¡se muere!.... Este..... este buen hombre le ha traido de la calle..... un accidente desgraciado, un atropello..... qué sé yo. Ven al instante.

Navarro miró á Monsalud, como pidiendo más explicaciones.

—Estaba en la calle de Eguiluz, arrojado sin movimiento ni sentido sobre la acera,—dijo Salvador.—No sé más.

Navarro tomó una determinacion súbita.

—Yo averiguaré lo que hay en esto—afirmó. —Oricain, cierra esa puerta. Zugarramurdi, deten á este hombre.

Y corrió hácia dentro.

Cárlos y Genara se acercaron al lecho del enfermo, é hiciéronle mil preguntas acerca de

su estado; vendáronle su herida, le abrigaron, tratando de reanimarle por todos los medios. Baraona sufria un temblor convulsivo.

—Esa canalla me ha insultado—murmuró.—Pero les dije cuatro verdades..... No pudieron conmigo..... ¡Conmigo no puede nadie! ¡nadie!

—¿Pero quién, pero quién?.... Dígame usted quién ha sido—vociferó ciego de ira Cárlos, cerrando los puños.—¡Dígame usted quién ha sido!

—Muchos, muchísimos. Los revolucionarios—murmuró el enfermo.—Sus manos inmundas me golpearon..... Está bien: ¿no abofetearon los judíos al Señor?....

Cárlos rugia como un leon y sus dedos se clavaban como garras en los colchones de la cama.

—Maldito sea yo si no me vengo—gritó.—¿Y usted no recuerda quién le ha traido aquí?

—¿Quién me ha traido?—dijo el anciano con la mayor sorpresa, abriendo mucho los ojos.—Nadie: he venido yo solo; he venido por mi pié.

—No sabe lo que se dice—indicó en voz baja Genara.

—Pero ¿por qué gritais tanto?—murmuró Baraona cerrando los ojos.—¿Qué ruido, qué

algazara infernal es esa?.... Callad por Dios..... necesito descanso, necesito dormir..... ¿No habrá nunca silencio en esta casa?

Cuando esto decia, el silencio era profundo en la habitacion. Genara y su marido observaban atentamente la fisonomía del enfermo.

Mientras esto ocurria en la alcoba, el señor Zugarramurdi, que era un hombrazo corpulento, de espesa barba rubia, frente estrecha y miembros poderosos se acercaba á Salvador Monsalud en la antesala, y dejando caer sobre el hombro de éste una de sus gruesas manoplas, le decia con voz áspera y cavernosa.

—¿Sabes quién soy?

—Sí—repuso Salvador mirándole con desprecio.—Ya sé que eres un bruto.

Oricain, pequeño, regordete, de ojos negros, cubiertos por una sola ceja pobladísima y corrida de sien á sien, guardaba la puerta.

—Soy Zugarramurdi—dijo el de este nombre.—Estuve en la batalla de Vitoria. ¿Te acuerdas de la retirada, juradillo?

—Sí; me acuerdo. Tú estabas entre los mulos.

—¿Te acuerdas del que hirió á nuestro amigo y jefe Cárlos Garrote?—prosiguió el vizcaino.—¿Recuerdas que yo te guardaba y que te

me escapáste, porque una señora compró á los centinelas?

—Déjame—gritó con violencia Salvador apartando bruscamente el brazo del guerrillero.—Oricain, ábre esa puerta.

—Ven á abrirla—repuso imperturbablemente el navarro.—¿Sabes quién soy?

—Sí; ya lo sé: ladrabas en la jauría de Garrote. Abre esa puerta, ó pasaré por encima de tí.

—Ya te espero.....—dijo Oricain;—pero como no me cojes de espaldas, no hay que temerte.

—Abusais de mí, porque veis que no llevo armas—dijo Salvador conteniendo su ira.—Estoy indefenso, porque yo no muerdo como vosotros.

Cárlos se presentó en el mismo instante, fruncido el ceño, pálido el rostro, con un visible sello de dolor y de desesperacion en su grave persona.

—Cárlos—dijo Monsalud.—¿He entrado en una guarida de lobos?

—Es espía de los ateos—dijo Oricain clavado siempre en la puerta,—y viene á saber lo que hacemos para contárselo á esa canalla.

—Ha venido á provocarte y á desafiarte—dijo Zugarramurdi.—Nosotros le enseñaremos á ser comedido.

—¡Cárlos!—gritó Monsalud perdiendo toda prudencia.—¡Mira que no tengo armas!.... ¡Esto es una infamia!....

—¿A qué has venido aquí? Lo mismo te desprecio amigo que enemigo; lo mismo te desprecio espía que servidor. Vete y dí á los revolucionarios que mañana salimos para Navarra á levantar partidas.

—Yo no soy espía..... ¿Pagas con tan vil sospecha el servicio que acabo de hacerte?....

—No sé si te debo un servicio ó una nueva ofensa.

—Yo no me ocupo de ofenderte—dijo Monsalud con desprecio.—Has sido conmigo cruel, implacable y sañudo como una fiera. Tu corazon de piedra no se ha conmovido al ver los tormentos de una pobre mujer inocente; te has opuesto á que la pusieran en libertad; has redoblado el furor de los inquisidores, verdugo. Y sin embargo de esto, cuando ha concluido el martirio de mi madre; cuando ha venido la revolucion, y triunfábamos, y tenia yo todos los medios para tomar venganza de tí; cuando me era fácil prenderte, molestarte, denunciarte á los vencedores, nada he hecho contra tí, Cárlos, y no queriendo abusar de la gran ventaja adquirida, te he perdonado.

—¡Dice que me ha perdonado!.... ¡que me

ha perdonado!—exclamó Garrote, con el rostro encendido.

—Sí, te he perdonado; he tenido lo que tú no conoces, generosidad.

Navarro permaneció un momento en extraña perplejidad.

—Vamos—dijo al fin con desdeñoso acento de ironía,—es un modo raro de pedir misericordia. Salvador, tu ódio y tu generosidad, tu venganza y tu perdon, son igualmente despreciables para mí..... No quiero hacerte el honor de mirarte. Zugarramurdi, Oricain, registradle bien, y si veis que no tiene armas, dejadle salir.

—Sí, eso, eso—dijo Oricain con pena;—para que nos denuncie á los ateos, y vengan acá y nos prendan.

—Y nos impidan salir mañana para Navarra—añadió Zugarramurdi.

—Que vaya..... que lo diga..... que vengan esos cobardes bullangueros á detenernos—dijo Navarro.—Ya sabia yo que algunos polizontes atisbaban estas noches mi casa.

—No hay duda de que es espía,—gritó Oricain. Me consta.

—No se burlará de nosotros, ¡con cien mil demonios!

—Infame jurado!

Zugarramurdi asió con violenta fuerza los

dos brazos del jóven, que se extremeció al sacudimiento de aquellas tenazas, sin poder desasirse de ellas. Oricain acudió en auxilio del otro sayon; vino tambien un criado; le sujetaron, le contuvieron, le amordazaron, le liaron una larga cuerda en brazos y piernas, y llevándole á una habitacion cercana donde habia un pié derecho á manera de poste, resto de un tabique antiguo recien derribado, le sujetaron á él tan fuertemente, que el desgraciado jóven no podia mover ni un dedo. Palpitante, sofocado, rugiente, como un volcan obstruido; amenazado de violenta congestion, Salvador veia á sus enemigos delante de sí y no se podia defender sino mirándoles..... La rabia de sus ojos era su única arma. Se contraian sus músculos: la prisionera sangre hinchaba sus venas.

—¿Qué pensais hacer?—preguntó Cárlos á sus amigos, cuando concluyó la operacion, sin que él se dignara tomar parte en ella.

—Cuando nos marchemos—repuso Oricain,—le ahorcaremos.

En aquel instante Genara pasaba.

—Es demasiado—dijo Navarro.—Le dejaremos así. Basta que no pueda hacernos daño de aquí á mañana..... ¿Sabes que esa postura es buena para conspirar contra el Trono?—añadió contemplando con una especie de hosca sereni-

dad á la víctima.—¿Por qué no vas ahora de Herodes á Pilatos, comprometiendo oficiales, repartiendo proclamas, engañando al país, difundiendo la rebeldía contra Dios y contra el Trono? ¡Miserables conspiradores! Vé y dí á tus revolucionarios que vengan á sacarte de aquí. Llámales, invoca la libertad, los derechos del hombre. ¡Que vengan Riego y Quiroga á desatarte!.... ¡Oh! si desde un principio hubieran puesto á la masonería y al ateismo como estás ahora, ¿habria revoluciones? Que me den el mando un solo dia, y verás qué gran soga lio alrededor del gran cuerpo. ¿Por qué no conspiras ahora? ¿Por qué no sublevas regimientos? Abre la boca y predica libertad y jacobinismo..... ¡Ah! tú creerás que eres un mártir digno de lástima. ¿No lo has de creer, si en tí y en esta canalla que acaba de triunfar no hay idea de justicia?.... ¡Justicia! ¡Castigo del crímen! ¡Qué sublimes ideas! En medio de la impunidad más espantosa que llena el Reino todo como una plaga, aquellas grandes ideas se ven realizadas en un rincon de Madrid!.... ¡en un rincon de mi casa!....

Cuando esto decia, Genara volvió á pasar.

—¡Bonita imágen de la revolucion tenemos delante!—prosiguió Cárlos con amarga ironía. —¡Qué emblema tan hermoso del sistema cu-

rativo de una nacion revolucionaria! En esa postura se olvida el modo de andar y se pierden los deseos de agitarse mucho; se puede meditar tranquilamente en Dios y reconocer las ofensas que se le han hecho..... La voz se olvida de que ha dicho heregías é infamias..... Se aprende á obedecer y á callar, y el que manda, manda..... Yo querria que toda España fuera pasando por esa puerta y viera á su revolucionario..... el pobrecito no mueve brazo ni pierna; no habla ni gruñe. Está convertido, y ya no hace daño ni con su lengua ni con su brazo..... ¡Qué leccion, Sr. Monsalud!.... ¡Si esos locos ó imbéciles que chillan por las calles vieran esto!.... Si estoy por abrir entrada pública y exponerte como una cosa rara, anunciando «el gran fenómeno de la justicia», ó sea «la revolucion en la soga.....» Esto abriria los ojos á muchos.... Tal idea debe cundir y propagarse; es admirable. Todos los que han atentado contra su Rey deberian atravesar ese pasillo y mirar adentro..... Se te pondrán luces.....

Genara pasó de nuevo.

Mi opinion—añadió Garrote,—es que no se te quite la vida, á no ser que resulte que has maltratado á mi abuelo, como sospecho. Si eres inocente no te haremos daño. La enemistad

privada que tenemos tú y yo me obliga á ser generoso. Ni aun consentiria la violencia que sufres, si yo y mis amigos no estuviéramos en peligro de ser denunciados por tí; pero es preciso asegurarse, señor mason..... ¡Cuánto me alegraria de tenerte así el dia del triunfo de mis ideas, para soltarte y decirte: "Ahora los dos á solas arreglaremos una cuenta antigua!...." Pero yo estoy caido, y tus amigos son poderosos..... es preciso tener algun rigor con los vencedores, mientras se puede; que tiempo tienen ellos despues para abusar de su victoria. Cuando esto pase, cuando yo y mis amigos no corramos riesgo de ser denunciados á un partido vengativo, nos veremos, ¿eh?.... No haya miedo que se te aten entonces las manos. Al contrario, te las multiplicaria si en mi poder estuviese..... ¿Me buscarás tú? ¿Será preciso que yo te busque? ¿Entrarás entonces furtivamente en mi casa para espiarme? ¿Golpearás en la calle á mi infeliz abuelo con el fin de encontrar despues, so color de ampararle, un pretesto para meterte en el domicilio de un hombre de bien? Esto se averiguará..... Me parece que penetro tu intencion..... eres astuto..... Sabias que aquí se conspiraba..... sabias que aquí nos reunimos en estos dias algunos hombres del partido del Rey. Sin duda les vis-

te entrar. Bien, Sr. Salvador; todas esas cuentas se arreglarán despues..... Hasta la vista.

Cuando Cárlos salió, Genara pasaba otra vez.

Cerraron la puerta y Monsalud se quedó solo. Los rumores de la casa sonaban á lo lejos. En su desesperacion, sentia trascurrir el tiempo sin darse cuenta de él, y pasaron minutos que le parecieron horas. Cualquiera que fuese el delirio de su mente y la exagerada proporcion que daba á todo, ello es que pasó mucho tiempo, y un reloj cercano le iba marcando los plazos solemnes de su agonía. Imposibilitado de moverse, luchaba con extraordinaria fuerza del espíritu y del cuerpo; pero no le era posible vencer. Su sangre era una corriente de fuego: sentíala en el palpitar de las sienes, semejante al golpe de un hacha. Al fin perdió el sentido claro de las cosas.

Á hora bastante avanzada creyó sentir gran agitacion en los ruidos de la casa, el ir y venir y el precipitarse que indican la gravedad de un enfermo y la consternacion de una familia. Constantemente subia y bajaba gente por la escalera principal, que cercana de su prision estaba. Sintió al fin gran rumor de pasos, como si subiera mucha gente á la vez, y acompañaba á este rumor el triste son de una campanilla y rezos en latin. El Viático entraba en

la casa. Monsalud distinguió lejano resplandor de faroles; despues un gran silencio, solo interrumpido por algunas voces que en lo más hondo de la casa sonaban, semejantes á los tristes ecos del coro de un convento. Luego se oyó el estrépito de los pasos, la misma campanilla, los mismos rezos. Dios salia.

No supo apreciar bien el tiempo que trascurrió despues. Su pensamiento estaba fijo en la idea terrible de que despues de entrar Dios en la casa, continuase la iniquidad que en su persona se cometia..... La fiebre empezó á trazar sus vertiginosos y atormentadores círculos dentro del cerebro del infeliz; pero al fin, trascurrido un plazo de difícil apreciacion, distinguió una claridad que parecia la de la aurora; vió claramente que la puerta se abria; que alguien entraba sin hacer ruido, más semejante á una sombra que á una persona, y por último, que unas manos blandas y frias tocaban su cuerpo.

XXIX

El Sr. de Baraona pasó muy mal la noche. El médico dijo que no saldria de la madrugada.

Á esta hora la claridad de sus facultades mentales le permitió hacer sus disposiciones y recibir á Dios, lo cual verificó con piedad suma y una uncion evangélica, que fué causa de gran emocion entre los circunstantes. Su aplanamiento fué despues muy grande, y todo hacia presumir rápido desenlace. Sin embargo, hablaba el enérgico anciano todavia, y dando explicaciones acerca del triste accidente, aseguró no conocer á ninguno de los que le maltrataron. No hacia memoria de que un extraño le habia traido á su casa, y con toda firmeza aseguraba haber venido por su pié. Cárlos y Genara no se apartaban de su lado. Zugarramurdi y Oricain que salieron en compañía del Viático, tardaron bastante en volver.

Principiaba á lucir el dia, cuando Baraona dijo:

—Tengo que hablarte, amado Cárlos; tengo que decirte dos palabras. Sentiria llevármelas conmigo y no poderlas soltar..... ¡pesan tanto!

Cárlos y Genara se inclinaron hácia él, á un lado y otro del lecho.

—Lo que tengo que decir—indicó el patriarca mirando á Genara,—tú no debes oirlo. Querida nieta, sal de aquí por un momento. Cárlos y yo debemos estar solos.

Genara salió: el moribundo y Cárlos quedaron solos.

—Hijo mio—dijo Baraona expresándose con mucha dificultad,—en esta hora suprema me veo obligado á hacerte una revelacion penosa. Mucho me cuesta, pero la verdad es lo primero..... Hace tiempo que me has manifestado dudas y sospechas acerca de la fidelidad de tu esposa, mi querida nieta.

—Sí—repuso sombriamente Navarro.

Reinó por breve rato un silencio tal que los dos parecian muertos.

—Sabes que yo la he defendido—añadió Baraona,—aunque al fin la fuerza de tus argumentos y la evidencia de ciertos síntomas, me han hecho dudar tambien, hasta que al fin.....

Cárlos miró al moribundo con terrible ansiedad.

—Hasta que al fin.....—repitió el anciano haciendo un esfuerzo.—No puedo acusar terminantemente á mi adorada nieta; pero sí te diré que al anochecer del sábado ví á un hombre que se descolgaba al patio por el balcon del cuarto de tu mujer.

—¡Un hombre!

—Solo los ladrones y los amantes salen de este modo de las casas. He estado dudando mu-

cho tiempo si te lo revelaria ó no..... creo que en conciencia debo decírtelo..... ¡Averigua..... indaga! Quién sabe..... quizás sea inocente.....

—¡Un hombre!—repitió Cárlos ahogando un bramido.

—Un hombre vestido con el trage de la gente del pueblo..... capa de grana, sombrero redondo..... calzon negro..... De su cara nada te puedo decir. Ya sabes que la puerta del patiecillo estaba siempre abierta. Desde entonces la cerré y guardé la llave. Bajó del balcon, apoyándose en la reja. Mi primera intencion fué gritar y echarle mano; pero no quise dar escándalo ni comprometer la honra de Genara hasta no hacer averiguaciones. Bien podia ser algun enredo de la criada..... Cárlos: con un pié en el sepulcro, te pido que no condenes á mi pobre nieta sin oirla. Ten prudencia, calma y tino, y no seas arrebatado ni ligero. Si Genara es inocente pídele en nombre mio perdon de esta sospecha. Si es culpable..... ¡que Dios tenga misericordia de ella!.... Ahora puedes llamarla. Me parece que ya me apago..... ¡Dios sea conmigo! Quiero despedirme de todos. ¿Dónde están tus buenos amigos? Genara, Cárlos, venid todos.

Cárlos salió de la habitacion. Bajo el fruncido ceño, sus negros ojos, despidiendo rayos, exploraban en la penumbra de la casa con fe-

roz curiosidad. Pasó por el cuarto oscuro y miró hácia adentro. Monsalud no estaba allí. En el suelo se veian los pedazos de la cuerda y el cuchillo con que acababan de ser cortados.

Garrote dió un rugido y saltó afuera.

Deslizóse por el corredor hácia el cuarto de su mujer. Entró. El balcon estaba abierto y Genara, asomada en él, se inclinaba hácia fuera, diciendo: "¡pronto, pronto que puede venir!"

El rencor de Cárlos era mudo porque era inmenso. Abalanzóse hácia el balcon y hácia Genara que sintió el bronco resuello de su marido, semejante á una llamarada de volcan que le quemaba el rostro. Volvióse y su grito de espanto aumentó el furor de Cárlos. Este pudo ver claramente á un hombre en el momento en que se desasia de la reja del piso bajo, y envolviéndose rápidamente en su capa de grana, echaba á correr hácia la puerta.

¡Instante más breve que la palabra, accion más breve que el pensamiento!.... Genara y Cárlos se miraron. En el semblante de ella brilló de súbito una serenidad profunda. El hombre que huia se detuvo un instante en la puerta del patiecillo, porque al entrar en la cerradura la llave, esta y aquella no obedecian.

—¡Dos vueltas á la llave y tirar hácia aden-

tro!—gritó Genara con verdadero acento de inspiracion.

La ira del esposo estalló como un trueno.

—¡Traidora!—gritó agarrando á Genara por un brazo y apartándola del balcon.

Su mano de hierro, tirando fuertemente del brazo y del cuerpo de la mujer, hízola dar rápida vuelta en torno suyo. Las flotantes faldas describieron, arremolinadas, un disco blanco, en cuyo centro el busto admirable de Genara, al caer de rodillas, se alzaba con el semblante vuelto hácia el esposo, los cabellos en desórden, la mirada ardiente. De su pecho contraido y sofocado por la veloz caida, salió una voz que dijo:

—¡Salvaje, haz de mí lo que quieras!.... ¡Ya sabes que te aborrezco!

Cárlos alzó con movimiento brusco á la infeliz mujer, y de nuevo la dejó caer ó la impulsó contra el suelo. Una imprecacion horrible sonó en la sala, y en el mismo instante sonaron tambien las palabras angustiosas de una criada, que súbitamente entró diciendo:

—El señor se muere.

Navarro llevó, mejor dicho, arrastró á su esposa hasta la habitacion del enfermo.

Baraona respiraba con dificultad. Sus ojos, medio apagados ya, se fijabàn en un Santo Cristo que frontero de la cama habia. Genara, puesta de rodillas junto al lecho y apoyada el rostro en él, ocultaba sus lágrimas. Los dos amigos de Cárlos entraron en aquel instante, y con la cabeza descubierta se acercaron al moribundo. Cárlos, lívido y terrible, estaba en pié, la vista fija en el suelo.

Baraona recobró de repente la energía. Una llamarada, último esfuerzo del vivir que se despedia, inflamó con fugaz esplendor su naturaleza. De los hundidos ojos brotó un rayo, y la lengua articuló palabras claras.

—Hijos mios, amigos mios—dijo dirigiéndose á todos.—Adios; ahí os queda el mundo. Tal como hoy está, no es gran regalo..... Muero en Dios, muero proclamando la justicia y la ley. Sed todos buenos. Hija mia querida, ama y obedece á tu esposo..... Amado hijo mio, respeta y dirige á tu mujer.

Los sollozos de Genara le hicieron callar un momento.

—Á todos perdono—continuó poniendo la flaca mano sobre la cabeza de Genara.—Si alguno hay con mancha de pecado, que mi perdon sea la señal de su arrepentimiento..... Y vosotros, valientes amigos, y tú, noble hijo

mio y de aquella tierra de Álava que no ven mis ojos en este triste momento, recibid mi bendicion, recibidla todos. Valientes jóvenes, muero aborreciendo la revolucion; muero abofeteado, escupido, azotado, inmolado por ella como Jesús por los judíos. ¿Qué mayor gloria?.... ¡Gracias, gracias, Dios mio!!

Entusiasmo y gozo vibraban en su voz.

—Valientes jóvenes, mirad la imágen del Dios-Hombre, que está frente á mí; mirad ese cuerpo bendito puesto en la cruz. Juradme ante él que derramareis hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de los buenos principios, de la justicia, de la ley de Dios. Jurádmelo, si quereis que muera contento, y que mi alma angustiada se arroje libre de toda zozobra y desconsuelo en los inmensos, en los infinitos brazos de Dios.

Los tres jóvenes miraron la sagrada imágen. Estaban juntos en imponente grupo. Los tres extendieron el brazo derecho hácia la efigie, alzaron orgullosamente la cabeza, y con voz entera y solemne dijeron á un tiempo:

—¡Lo juramos!

Los tres brazos continuaron alzados breve rato, y en el trágico grupo reinó el silencio de las grandes emociones.

Cárlos dijo:

—¡Que mi alma arda en el infierno eternamente si no lo cumplo!

—¡Muerte á los infames!—bramó Zugarramurdi.

—¡Muerte!—repitió Oricain.

Los sollozos de Genara se confundian con los terribles juramentos.

La energía de Baraona se extinguió de improviso. Empezó á apagarse, á pestañear, á oscilar ténuemente, como el brillo del áscua que vá á ser tragada por las lóbregas fauces de la oscuridad.

—Jurádmelo otra vez—murmuró en voz queda y con los ojos cerrados, hablando desde el fondo de su agonía.

Los tres hombres que parecian gigantes repitieron, alzando el brazo:

—¡Lo juramos!

Al ronco sonido del juramento, los enormes cuerpos crecian. Todo tomaba proporciones enormes. Las manos del Crucifijo parecian tocar á Oriente y Occidente.

En aquel momento se oyó un rumor lejano, el resuello profundo del pueblo, que volvia á invadir el recinto de la Inquisicion gritando: «¡Viva la libertad!»

Baraona abrió los ojos, y señalando con el

dedo al punto por donde parecia venir el discorde ruido, murmuró:

—La ola de estupidez se acerca.

Despues se extremeció, y cruzando las manos, exhaló un hondo suspiro. En su pecho cavernoso retumbaron estas huecas palabras como un ronquido:

—¡Hasta la última gota de vuestra sangre!

—¡Hasta la última!—repitió Navarro sordamente.

El mugido de Baraona se repitió más lento, más apagado, más lejano.

Parecia una voz que se iba alejando de caverna en caverna, y decia:

—Acabar con todos ellos.

—¡Con todos ellos!—dijo Oricain.

—¡Hasta el último! —dijo Navarro.

Baraona despues de ligera convulsion, habia abierto desmesuradamente los párpados, y sus pupilas, semejantes á insensibles globos de vidrio, continuaban fijas en el Santo Cristo con aterradora insistencia. Su alma navegaba ya por la inmensidad de las olas eternas.

El rumor de la calle se acercaba, y el solemne reposo de la estancia mortuoria era turbado por este grito:

—¡Viva el pueblo! ¡Viva la libertad!

Cárlos dirigió á la calle una mirada terrible.

Mientras Genara cerraba los ojos de su abuelo, los tres jóvenes juntaron espontánea é instintivamente sus manos, y alzando con insolente soberbia la cabeza, gritaron:

—¡Viva el Rey! ¡Viva la religion!

MADRID
Enero de 1876.

Fin de LA SEGUNDA CASACA.

ADMINISTRACION DE «LA GUIRNALDA» Y «EPISODIOS NACIONALES»

Barco, 2 duplicado, Madrid.

BIBLIOTECA DE BUENAS NOVELAS.

Precio: 4 reales tomo en toda España.

No puede en manera alguna desconocerse que las obras de entretenimiento influyen poderosamente en las costumbres y en la cultura de un pueblo. Las obras sábias y profundas no llegan á conmover ni á trasformar las sociedades hasta que sus ideas y principios no pasan á la literatura recreativa, órgano eficaz del pensamiento.

Por desgracia la literatura de entretenimiento, y especialmente la novela, no tiene en España la importancia que en otros países se le concede. Aunque cultivada por muchos autores, apenas cumple su objeto, pues son muy pocos los que la cultivan con esmero.

Para llenar el vacío que de esto resulta, han recurrido los editores á traducir de lenguas extranjeras, y particularmente del francés, lo que otros países más fecundos y más adelantados producen. Pero hay que convenir en que se ha abusado lastimosamente explotando la facilidad de apropiarnos la literatura extranjera, y por lo comun invade nuestro mercado de libros algo de lo más malo y de lo más abominable que diariamente se publica en Francia.

Relaciones de horrendos crímenes, tramas inverosímiles en que juegan tahures y estafadores, empalagosas historias de loretas convertidas, groserías, indecencias é inmoralidades que quieren hacerse pasar por gracias ingeniosas, son aquí por lo comun el alimento intelectual de un público estragado.

Seguros de que prestamos un gran servicio á la juventud del dia, hemos emprendido la publicacion de una série de novelas traducidas fielmente de distintas lenguas, escogiendo los autores más eminentes y de

más renombre, que se distinguen por la elevacion moral y literaria de sus obras.

Así, pues, publicaremos obras escogidas de Conscience, Dickens, Bulwer, Feuillet, Saint-Germain, Xavier de Maistre, Edgar-Poe, Wilkie Collins, Braddon, Disraeli, George Elliot, Auerbach, etc.

Forma el primer volúmen de esta biblioteca, *El Quinto*, de Conscience, el popular novelista flamenco, y *Los prisioneros del Cáucaso*, por el conde Xavier de Maistre. *El Quinto* es una de las narraciones más interesantes, más patéticas y más verdaderas que pueden leerse. Un sentimiento puro palpita en todas sus páginas, entre las cuales hay muchas que no pueden leerse sin verdadera emocion. Está escrita con encantadora sencillez dè estilo, y el autor revela en ella profundísimo conocimiento del corazon humano. De la segunda novelita *Los prisioneros del Cáucaso*, solo con decir que su autor *Maistre* es uno de los más elegantes escritores de Europa, y que la relacion que hace en esta obra es de un grandísimo interés, basta para que las personas de buen gusto literario se decidan á adquirirla.

El segundo tomo ó volúmen le forman la interesante y ya tan ventajosamente juzgada novela de Cárlos Dickens, titulada *La batalla de la vida*, y la curiosa y entretenida historia del descubrimiento de un tesoro, que con el título de *El escarabajo de oro* ha publicado el fecundo escritor norte-americano Edgar-Poe. Ambas obras sobresalen entre todas las que se deben á tan exclarecidos ingénios, por lo vigoroso y elegante de su estilo y los bellos y bien delineados caractéres que presentan.

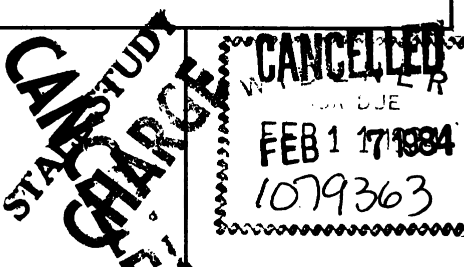
El tercer volúmen, que acaba de publicarse, contiene la preciosa novela *Julia de Trécœur*, de Octavio Feuillet, cuya interesante lectura recomiendan todas las personas que la conocen, y *El Mayorazgo*, notable produccion del tan popular escritor Hoffmann, cuyas obras son tan buscadas por el público ilustrado.

Se venden á 4 rs. y se remiten franco de porte á provincias, dirigiéndose el pedido á la

Administracion, Barco, 2 duplicado, Madrid.

13




CANCELLED
STAFF STUDY
CHARGE
CANCELLED
FEB 1 7 1984
1079363